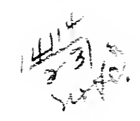
ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

(TOMO VII)



ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodríguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO VII — NUEVA ALBORADA

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

NUEVA ALBORADA

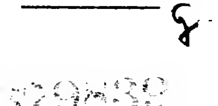
VENTURA DE LA VEGA

GABRIEL REAL DE AZUA

BARTOLOMÉ MITRE

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

RICARDO GUTIÉRREZ



NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

VENTURA DE LA VEGA

El Diccionario Enciclopédico Hispano Americano, que trae una noticia biográfica muy completa y detallada sobre D. Ventura de la Vega, la empieza con estas palabras: *Célebre poeta español. N. en Buenos Aires á 14 de Julio de 1807.* La autoridad del léxico, y la notoriedad del personaje, nos haría aparecer discutiendo con España la nacionalidad de Ventura de la Vega, si no tuviéramos otros títulos para reclamar como nuestra á esta gloria de la poesía castellana. Pero los tenemos.

No hay situación más desairada que la del amor á la fuerza, y estimamos tanto el concepto de la patria, que quizás nosotros mismos hubiéramos rehusado incluir á de la Vega entre los poetas argentinos si no hubiéramos encontrado manifestaciones suyas, bien claras, espontáneas y terminantes á este respecto.

De la Vega es argentino no solo porque nació en Buenos Aires, sino porque sus sentimientos para este país fueron siempre los de un hijo amante del suelo que lo vió nacer; sus recuerdos acariciaron en todo tiempo la memoria del lejano hogar, mirándole con cariño diseñarse á través de las brumas del oceano,

en las playas del río de la Plata; y sobre todo, porque esta patria y no aquella, es la que ha resonado en las cuerdas de su lira cuando el poeta ha invocado los benditos afectos del terruño.

Díganlo sino los siguientes versos con que empieza la segunda de las décimas á D.ª Matilde Lamarca, en que, hablando de sus ojos, la dice:

Yo que en su luz soberana
El Sol de mi patria ví,
Orgulloso me sentí
De mi sangre americana.

Dígalo sino la primera cuarteta de la *Despedida á un amigo:*

Con bien te lleven, mi querido amigo,
Propicio el viento, bonacible el mar,
¡Oh! si pudiera saludar contigo,
Tras tanta ausencia, mi paterno hogar!

Y sobre todo, la siguiente, que no puede ser más terminante respecto á sus afecciones en el suelo extranjero:

¡Oh! cuánto fuera mi consuelo, cuánto,
Si en esa nave huyéramos los dos!
¡Oh! si á este suelo, donde sufro tanto,
Pudiera darle mi postrer á Dios!

Y fimalmente, este párrafo de su carta de fecha 6 de Febrero de 1865, dirigida al general D. Bartolomé Mitre (1): «Pero sepa Vd que mi deseo sería ir á

(1) Esta carta está agregada, encolada sobre una tira de papel, entre la 1.a y la 2.a de las hojas en blanco ó tapas interiores del volúmen de las poesías de Ventura de la Vega que fué de D. Juan María Gutiérrez, y está hoy en la biblioteca del Senado Nacional.

morir donde nací: que mis restos descansaran donde están los de mi padre, donde estarán los de mi madre, en ese país cuyo recuerdo vive en mí ligado á la mejor época de mi vida. Dios me lo conceda.»

No pudieron llenarse sus deseos porque le faltó muy pronto la salud, pero nos demostró su amor y su entusiasmo por la patria lejana, en este final de la citada poesía, tan sentido y como hermosamente expresado:

¡Llévale tú los ecos de mi lira,
Que ya desde hoy resonará en su honor:
Díle que es ella el númen que me inspira
Y el solo objeto de mi ardiente amor!

Aun cuando de la Vega se educara en España, y aun cuando allí muriera sin haber vuelto á ver el cielo de su patria, nosotros tenemos así todos los derechos que dan los hechos y los sentimientos, para decir que era argentino.

Fueron sus padres Dn. Diego de la Vega, español, ex-contador mayor del Tribunal de Cuentas y Visitador general de la Real Hacienda del virreinato del Río de la Plata, y D.ª Dolores de Cárdenas, argentina.

Cuando solo contaba once años de edad, mandolo su señora madre á que se educara en los colegios de la península, embarcándose Ventura con ese destino, en compañía de un sacerdote amigo de la familia, el 19 de Julio de 1818. Entregado á su tío don Fermín del Río y de la Vega, que era oficial mayor de la Secretaría del Ministerio de Hacienda, éste lo puso

en el colegio de San Isidro, con los padres jesuitas. De allí pasó al célebre colegio de San Mateo, donde recibió las lecciones de Lista y de Hermosilla, vinculándose en estrecha amistad con sus condiscípulos Espronceda, Ochoa, Patricio de la Escosura y Roca de Togores bajo la dirección de Dn. Alberto Lista, en su pequeña academia *El Mixto*, continuadora de la enseñanza de la escuela sevillana cuyo ideal se sintentizaba en aquella célebre y repetida frase del maestro: *pensar como Rioja y decir como Calderón.*

Las corrientes liberales de la época complicaron á Vega en las bulliciosas conjuraciones de los *Numantinos*. Pero terminó pronto con estas calaveradas de muchacho, á costa de una reclusión de algunos meses, que debió sufrir en el convento de la Trinidad, en Madrid. Vistió más tarde el uniforme de miliciano, y al último empezó á derivar hacia las esferas oficiales, atraído por el halago de la protección de su tío político Dn. Francisco de Zea Bermudez. La muerte de este hombre público privó á de la Vega de su principal apoyo en el momento más crítico de su vida, cuando su ingenio empezaba á destacarlo de la mediocridad y lo llevaba á trasponer las cumbres de la indiferencia y de la envidia, para hacerlo esparcir el esplendor de sus galas por el campo de las letras castellanas. Y como de la Vega nunca fué hombre de trabajo, se encontró en esta ocasión tan falto de recursos y tan desorientado en su vida, que se decidió á regresar á su patria, por lo cual escribió á su madre, pidiéndole los fondos necesarios para ello. Los ruegos de una amiga

tuvieron más fuerza que la voz de la sangre que clamaba por él desde las orillas del Plata, y dejó salir el barco que debía traerlo, componiendo con tal motivo el siguiente soneto, inédito:

IMPROVISACIÓN

Cruza sin mí los espumosos mares,
Saluda ¡oh nave! de mi patria el muro,
Y déjame vagar, triste y oscuro,
Por la orilla del lento Manzanares.

Si osa turbar la paz de mis hogares
De tirano extranjero el soplo impuro,
Otro defienda con el hierro duro
Su libertad y mis nativos lares.

Así exclamaba yo, cuando las olas
Rompió la nave en que partir debía
Y abandonó las costas españolas.
Ella al impulso plácido del aura
Voló á las playas de la patria mía,
Y yo á los brazos me volví de Laura. (1)

Entonces fué que, para ganarse la vida, empezó de la Vega á traducir comedias del francés. Pasan de ochenta las obras que tradujo y arregló para el teatro español; pero esta poco noble tarea le valió también que le dijeran:

«El señor Vega todo lo hace con las comedias; las lee, las estudia, las critica, las traduce, las ensaya, las representa; solo le falta..... escribirlas.» (2)

(1) Copiado de un m. s. de Dn. J. María Gutiérrez, inserto en el vol. de las poesías de de la Vega, que fué suyo, y forma hoy parte de la Biblioteca del Senado Nacional.

(2) *Ferrer del Rio:* cit. por el P. Francisco Blanco García, en su obra: «La literatura española en el siglo XIX» Tom. 1, pág. 319.

Su acercamiento, cada vez mayor, al mundo oficial fué quedando jalonado por las poesías que le inspiraban los sucesos de la época. Al regreso de Fernando VII de su viaje á Cataluña, después de terminarse el movimiento subversivo iniciado por los célebres *agraviados* que formaron la *Federación de los realistas puros*, compuso un canto épico (1), que es más notable por la prodigalidad de los agasajos al Soberano, que por el tono de la composición y el valor de las ideas con que realza el mérito de aquel triunfo sin lucha. Los días de la reina María Cristina, su juramento de la Constitución ante las Cortes, ó sus visitas al Liceo, quedaron así también como fechas celebradas por el poeta.

Esto le valió el que le dieran un puesto de Auxiliar, en el Ministerio de la Gobernación, y que más tarde le hicieran Secretario de la comisión encargada de inspeccionar el «Conservatorio de María Cristina» y de proponer su reforma. En este instituto fué donde Vega conoció á Dª Manuela de Lema, cuya belleza y voz preciosa cautivaron su corazón, con la que después se casó.

Dicen sus biógrafos españoles que Vega cambió radicalmente de ideas con los años, y que, «de volteriano que era en su mocedad, pasó á devoto en la edad madura». Y hasta se ha dicho que al quedar viudo, en

---

(1) Dice el Sr. de la Vega en una nota con que precede á esta composición: «El Ayuntamiento dispuso magníficos festejos: arcos triunfales, danzas, fuegos, iluminaciones, toros, funciones alegóricas en los teatros. Ofició á Dn. José María de Carnerero, á Dn. Manuel Breton de los Herreros, á Dn. Juan Bautista Alonso y á mí, pidiéndonos versos, que todos hicimos, y que imprimió en un cuaderno, con la relación circunstanciada de las fiestas.» Poesías de V. de la Vega, pág. 515.

1854, sintió viva inclinación á retirarse á un convento.

Al fin llegó á gozar de favor en la Corte. Fué maestro de literatura de Isabel II y de su hermana, y gentil-hombre, y secretario particular de la primera. Fué después, sub-secretario de Estado; y según lo manifiesta él mismo, en la carta al general Mitre á que ya hemos hecho referencia, al crearse la legación española en la República Argentina, se le ofreció el cargo de Ministro, que no pudo aceptar por el estado precario de su salud.

La verdad, es que, sufrió muchos padecimientos en sus últimos años. Dice su biógrafo más notable: «Se diría que vivía de milagro, y que su voluntad y su espíritu le sustentaban». Falleció el 30 de Noviembre de 1865, en Chamberi, cuando se dirigía á Madrid para asistir al estreno de su tragedia «*La muerte de Cesar*».

Respecto al mérito literario de las obras de Vega, dejaremos la palabra á sus críticos de la península, su segunda patria.

El señor M. Menendez y Pelayo (1) lo juzga en los siguientes términos: «Su verdadera gloria está en la poesía dramática; pero en la lírica tiene, aunque con menos perfección y amplitud, cualidades muy análogas: el mismo respeto á la forma, el mismo acicalamiento de versificación, con la misma tersura y nitidez de estilo con que á veces llega á simular la efervescencia de la vida poética que nunca es en él muy inten-

---

(1) *Antología de poetas Hispano-Americanos.* Tom. 4º pág. CXLVI.

sa, y el sentimiento que nunca es muy profundo. Su cultura clásica, superficial sin duda, pero sana, unida á un exquisito buen gusto, que parece haber sido en él casi innato aunque luego se desarrollase con las enseñanzas y los consejos de Lista, le dieron desde muy temprano la perfección negativa, esto es, la ausencia de defectos monstruosos y palpables, tales como los que en torno suyo cometía á diario la escuela romántica.

Su estro lírico no era muy vigoroso, y por consiguiente, no le fué difícil encerrarle en un cauce fácil y ameno (semejante al del *Pusa* descrito por él), donde la vista se recrea en la transparencia de las aguas sin buscar misterios en el fondo. Todo es natural, sencillo y culto; todo está bien dicho y bien versificado, sin ningún género de afectación ni de violencia: no se puede dar una poesía de salón más amena ni más ingeniosa: nadie ha hecho los versos de álbum con más primor y buen tono, ni las odas de circunstancias con tanta oportunidad. Se dirá que todo esto es tan efímero como las flores ó los perfumes de un sarao; pero algún mérito ha de tener la dificultad vencida cuando son tan pocos, á lo menos en España, los que han sobresalido en este género de agradable pasatiempo.

Lo que falta en la mayor parte de las composiciones sueltas de Ventura (y hablando de tal ingenio, puede decirse sin reparos la verdad entera) es personalidad lírica, ímpetu varonil, entusiasmo sincero, pasión hondamente sentida por algo divino ó humano.—Sé que pueden alegarse excepciones; pero son tan pocas, que

por el momento solo recuerdo una aunque bellísima y llena de fuego, *La Agitación,* que es una ráfaga romántica; quizás pueda añadirse la oda política *A mis amigos,* escrita en 1830, tributo pagado á ciertos hervores revolucionarios que nunca volvió á sentir el autor, y que eran de todo punto contrarios á su índole y temperamento. Todo los demás son versos de encargo en que ha entrado la cabeza, pero no el corazón del poeta».

Este reposado y concienzudo juicio del señor Menendez y Pelayo (cuyas apreciaciones sobre Vega son muy benévolas á nuestro parecer), se acentúa y pronuncia más en sus alcances, teniendo en cuenta lo que escribe D. Juan Varela, en su «Estudio biográfico crítico de las obras de la Vega, inserto en la colección de *«Autores dramáticos contemporáneos»:* «Tal fué el hombre que, en aquella brillante época de renacimiento literario, sobresale entre muchos que indudablemente valían; y si por fecundidad y riqueza de inventiva, por originalidad y brío de imaginación, y por enérgica novedad en el estilo propio, queda por bajo de Zorrilla, Espronceda, duque de Rivas, Bretón de los Herreros y García Gutiérrez; por rectitud de juicio, por acendradísimo buen gusto y por primorosa elegancia de dicción nos parece que supera á todos, desempeñando así, en aquella revolución literaria, el útil y conveniente papel de conservador de las tradiciones de la escuela clásica, tan ilustrada por Lista, Moratín, Gallego, Hermosilla y Quintana».

En parecidos términos se expresa también el P.

Blanco García; y como hasta los más entusiastas panegíristas de Vega eluden discutir su mérito como poeta lírico, hay que convenir en su justicia.

Las obras poéticas de Ventura de la Vega han sido publicadas en un lujoso volumen de 647 págs. en 8º (París imprenta de J. Claye, 1866), pero esa colección es muy incompleta.

GABRIEL ALEJANDRO REAL DE AZUA

Nació en Buenos Aires y muy joven se ausentó del país emprendiendo largos viajes de estudio por Europa y América. Según la información biográfica con que por primera vez se le presentó en la *América poética* (1), no volvió al país sino para cruzarlo, en dirección á las costas del Pacífico, el año 41.

En *El Nacional* de Montevideo, del 2 de Enero de 1841, publicó entonces la poesía *El villano discreto,* y los apólogos: *El ciervo y el perro de ojeo, La gallina y el pollo* y *La abdicación del león*,

Don Juan María Gutiérrez (2) nos dice lo siguiente: «El Sr. Real de Azua ha cultivado las letras con constancia, ya haya vivido entre los monumentos de

(1) *América poética*, pág. 716.

(2) *Revista del Rio de la Plata*, Tomo V, pág. 153.

Roma ó entre las montañas del Alto Perú. Su instrucción le ha hecho acreedor á la amistad de eminentes literatos europeos, y á que varias sociedades científicas y literarias le cuenten en el número de sus miembros.

La intención moral de las obras del señor Real de Azua es la más pura y bien intencionada que pueda darse.»

Las obras del señor Real de Azua son:

Poesías diversas, 1 vol. en 8° menor, 304 págs. París, 1839.

Fábulas, 1 vol. en 8° menor, 181 págs. París, 1839.

Comedias, 1 vol. en 8° menor, 286 págs. París, 1840.

Fábulas, 1 vol. en 8° menor, 448 págs., 2ª edición, aumentada. Valparaíso, 1854.

Máximas y pensamientos diversos, en prosa y verso, 1 vol. en 8° menor, 351 págs. Valparaíso, 1856.

TENIENTE GENERAL D. BARTOLOMÉ MITRE

Hay nombres que representan un siglo, una época, una nación ó un pueblo, porque: como Lutero, trastornaron los ideales del mundo; como Frankclin desentrañaron el secreto de una ciencia; como Cesar personalizaron sus estados, ó como Napoleón condensaron la gloria de sus armas: Así el nombre del Teniente General D. Bartolomé Mitre representa para

la República Argentina su siglo, su época, su pueblo, su cultura y su grandeza.

Pretender escribir la biografía de una personalidad cuya vida es casi la historia de la República, es lo mismo que aspirar á representar al mar por una gota de agua, y para eso, basta decir que: nació en Buenos Aires el 26 de Junio de 1821, falleciendo en la misma capital el 19 de Enero de 1906.

Mitre ha sido todo cuanto un hombre puede aspirar á ser en la vida de su pueblo, y todo cuanto el pueblo quiso ver en aquel hombre. Cuanto la fortuna pudo darle, estuvo á su servicio; y cuanto la inteligencia y el trabajo pudo hacerlo, se lo dió su voluntad.

Fué político y soldado: y agotó todas las gerarquías civiles y militares. Luchador infatigable, fué periodista; estudioso observador, fué historiador; repúblico apasionado, fué polemista; patriota desinteresado, fué reformador; ingenio cultísimo, fué poeta.

Su musa fué la patria, y sus versos reflejan los elevados pensamientos que le inspirara esta hada de todos sus sueños. Su ideal fué la gloria, y su estro revela el lento y paciente esfuerzo con que luchó por conseguirla.

Algunas de sus composiciones han llegado á ser populares: ¿Ha sido efecto de íntima consonancia de su poesía con los sentimientos del pueblo, ó mero reflejo del prestigio y de la simpatía de que gozaba su autor?

Nosotros creemos que los versos no se popularizan sino cuando realmente traducen el anhelo ó el sentimiento general; cuando en sus ideas chispean las luces que iluminan el alma de la multitud, ó cuando

en sus acentos palpitan los afectos que le son más caros.

El general Mitre ha sido un gran literato. A este respecto, uno de sus últimos biógrafos se expresa en los siguientes términos: (1)

«Pero no creemos engañarnos al decir que cifra en las letras su mayor orgullo, á par que su más vivo y constante fervor: termina su vida como la empezó, siempre fiel á las musas y dedicado en su gloriosa ancianidad al mismo culto que mereció sus votos juveniles. Además de sus grandes obras históricas sobre Belgrano y San Martín, que han alcanzado varias ediciones, el general Mitre ha colaborado infatigablemente en casi todos los periódicos de su país, y, entre muchos volúmenes de crítica histórica, política y literaria, ha dado á luz un tomo de *Arengas*, otro de *Rimas*, y traducciones en verso de Dante, Victor Hugo y Horacio».

La obra literaria de este gran hombre de la política y las letras argentinas, publicada en libros, es la siguiente:

Rimas (vol. 2.ª ed. 1876); *Estudios históricos sobre la Revolúción Argentina. Belgrano y Güemes* (1 vol. 1864); *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* (3 vol. 4.ª ed. 1887); *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* (4 vol. 2.ª ed. 1890); *Comprobaciones históricas á propósito de algunos puntos de historia argentina* (2 vol. 1882); *Arqueología Americana, Las ruínas de Tiahuanaco* (1 vol. 1889); *Arengas* (1 vol. 1889).

---

(1) *P. Groussac.* «La Biblioteca» Tom. VIII, pág. 268.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

Entre la pléyade de hombres superiores que siguió á la heroica generación argentina á cuya inteligencia y denuedo debe el país su independencia, se han revelado muchas figuras de relieve intenso y actuación brillantísima, que se destacan en el fondo de los acontecimiento nacionales como los astros de las grandes constelaciones sobre su cielo cubierto por miriadas estelares. López, Frias, Alberdi, Varela, Echeverria, Domínguez, Avellaneda, Cané, Mitre y Sarmiento, son nombres que resplandecen en el horizonte argentino por el intenso fulgor que irradian sus talentos, y representan algo así, como vértices principales de una gran triangulación ideológica, cuyas líneas morales y políticas abarcan todo el campo de nuestra historia en el período angustioso que precedió á la organización constitucional de la República, y á los comienzos de su progreso no interrumpido.

Y, sin embargo, con ser todos ellos tan notables, aún llega á serlo más, entre ellos mismos, nuestro ilustre D. Juan María Gutiérrez, de quien vamos á ocuparnos en estas páginas. Su personalidad es más pura, y por lo mismo más ámplia, más dulce y más suave que la de aquellos otros, tan brillantes como fogosos contemporáneos; su acción fué más honda, y en consecuencia su trabajo más fecundo; su mi-

sión más pacífica, y por lo tanto su recuerdo más extensamente apreciado.

Políticos, militares, poetas y literatos, todos ellos acusan en las formas angulosas de sus escritos el desquiciamiento social de la época. Las espadas ociosas después de la victoria que derrumbó la tiranía, continúan peleando en el campo de las letras, donde se truecan en las mejores plumas; y tanto afilan sus plumas los escritores, que resultan las mejores espadas.

En medio de esta efervescencia pasional de la época, y del resplandor de aquellas inteligencias que convirtieron en momento de fulguración genial del pensamiento argentino las horas más lúgubres de la historia patria, la personalidad de D. Juan María Gutiérrez se destaca entre todas, por la intensa nobleza de sus líneas, luciendo, entre las desgarradas vestiduras de sus contemporáneos, la inmaculada túnica de su sacerdocio literario.

Trabajador infatigable de erudición tan vasta como sólida, su carrera profesional á base de matemáticas, había sedimentado su cerebro y ordenado sus ideas, habituándolas á desenvolverse con método y precisión algebraica; y su temperamento afectuoso, su gentileza patricia, su amor á la patria y su entusiasmo por la libertad y solidaridad de las repúblicas americanas, envolvían sus pensamientos en cendales tan hermosos, que las hijas del divino Apolo debían sentirse tentadas de engalanarse con ellos. Era poeta en toda la extensión de la palabra.

Las obras de los escritores argentinos que descollaron después de Caseros se caracterizan por su tendencia polemista, por el desenfadado personalismo y altanero exclusivismo de sus autores. El ambiente de controversia que epilogó la caída de Rozas, prologando nuestra organización definitiva, ha azotado con tanta furia sobre las páginas impresas entonces, que es difícil encontrar una sola de ellas que no esté ajada por la pasión ó rota por el encono.

La obra de D. Juan María Gutiérrez es la única que ha escapado de este vejamen.

La admiración que el señor Gutiérrez sentía por los hombres de la guerra de la independencia, sobre todo por el vencedor de Maipo y Chacabuco; su visión de la grandeza americana á la luz de aquella inmensa aurora que saludaron las dianas de Ayacucho; y su amor al terruño, á la patria recién acariciada con todas las ternuras del regazo materno, á la raza recién levantada á la faz de las otras naciones con todas las altiveces de sus victorias, determinaron en él un exclusivismo de otro orden, más ficticio que verdadero, pero que desgraciadamente aparecía siempre como tal, en forma de repulsa á todo lo que fuera español, aun cuando en el fondo de esa actitud no hubiera otra cosa que el propósito bien patriótico de aplaudir la causa de la emancipación, y el anhelo bien legítimo de coadyuvar por todos los medios á su alcance á demostrar la importancia de la revolución americana y la posibilidad de su evolución independiente.

Fuera de este detalle, de esta aparente animosi-

dad contra España, la obra de D. Juan María no puede ser más noble y desinteresada, puesto que tiende á establecer una situación que no hubiera podido nunca juzgarse si él no se hubiera preocupado de reunir los elementos que se necesitaban para ello. Su trabajo es de un valor inapreciable por la cantidad de documentos que ha salvado del olvido; y gracias á su laboriosidad, su celo y su pasión por las letras, tenemos un verdadero tesoro histórico-literario, en sus colecciones de manuscritos autógrafos de los poetas americanos, que afortunadamente para el país, han sido adquiridas por el Estado para la Biblioteca del Senado Nacional.

Don Juan María Gutiérrez, nació en Buenos Aires, el 6 de Mayo de 1809. Su primera escuela fué su hogar, en cuyo ambiente solariego aprendió los primeros conocimientos del saber y practicó las virtudes heredadas de sus padres. Cursó humanidades en el colegio de la Universidad, y tanto se distinguía por su inteligencia y aplicación, que siendo todavía estudiante fué nombrado miembro de la comisión topográfica de la Provincia, y jefe de trabajos prácticos del mismo colegio.

Orientado en la dirección de las matemáticas, obtuvo con lucimiento el título profesional que daba entonces la Universidad. Pero desde muy joven también mostró D. Juan María su afición á las letras, haciéndose admirar por el buen gusto y la profundidad de sus trabajos en las reuniones de carácter artístico-literario que se celebraban en casa de D. Mar-

cos Sastre, educacionista de la época, cuyo nombre ha pasado á la posteridad, venerado por la juventud de la cual supo ser maestro y compañero.

El señor Zinny (1) recuerda el éxito que obtuvo el joven Gutiérrez con una disertación leída en aquella minúscula academia, el año 1837, sobre la *Fisonomía del saber español*, y la colaboración que tuvo ese mismo año en la publicación del *Cancionero Argentino*, de D. José Antonio Wilde, cuyo prólogo fué hecho por él. (2)

Asociando los trabajos científicos con los literarios, como ingeniero primero del Departamento Topográfico de la Provincia el Sr. Gutiérrez tomó parte en la medición de precisión del ancho de la nave central de la catedral, que se verificó el año 1836, para referir á ella la longitud de la unidad lineal, y colaboraba en los periódicos de la época *El Museo Americano* (3), *La Moda* y *El Recopilador*.

Fué, con Echeverria y D. Juan B. Alberdi, fundador de la *Asociación de Mayo*, ideada por el primero; y con ellos dos redactó la memoria explicativa del *Credo*, que aceptaron y juraron sus miembros en la tenida del 8 de Julio de 1837.

Como todos los hombres de mérito de su tiempo, que no respondieron al déspota adueñado del poder,

---

(1) *Juan María Gutiérrez. Su vida y sus escritos*, por Antonio Zinny, 1878, pág. 9.

(2) Creemos que sobre este punto haya error de información en el señor Zinny, porque el *Cancionero Argentino*, editado el año 1837, no tiene prólogo de nadie.

(3) Este fué el primer periódico ilustrado que se publicó en Buenos Aires. Apareció el año 1835.

el joven Gutiérrez fué á dar á las mazmorras de sus prisiones, y de ellas salió para el destierro.

Dirigióse á Montevideo donde se hallaba reunido un grupo tan numeroso como selecto de amigos víctimas del mismo infortunio, y junto con ellos siguió sus campañas en la prensa, colaborando en todos los periódicos que se publicaban contra Rosas: *El Iniciador* (1), *El Muera Rosas* (2), *El Talisman* (3), *El Tirteo* (4), *El Museo Literario* y *El Comercio del Plata.*

Pero el enjambre rumoroso de los expatriados argentinos no reducía su trabajo de colmena al propósito de derribar la tiranía, clavando sus aguijones en la endurecida epidermis del trágico señor de Palermo, sino que formaban allí de todos modos, para la patria, el panal de rica miel de las más nobles aspiraciones de sus almas.

El ostracismo templaba sus fibras. El ambiente fraternal que les brindara la sociedad uruguaya revivía en sus corazones los entusiasmos de los años juveniles, y libando ambrosías en los afectos y festejos de sus aristocráticos salones, revoloteaban, alegres y de-

---

(1) *El Iniciador* era redactado por Lamas, Alberdi, Echeverría, Cané, Mitre, Tejedor, y D. Félix Frías. Existen en él los siguientes artículos de don Juan María Gutiérrez:

«Capítulo XIV de los deberes del hombre. Del estudio.—No lo diré.—Endecha del gaucho.—El hombre hormiga —A los poetas (*traducción de una poesía italiana*).—Mirabeau, juzgado por Víctor Hugo en 1834 (*traducción*).—Don Juan Meléndez y Valdes.—Costumbres españolas (*cuentos á la manera de los caprichos de Goya*).—La flor y la tumba.—Pensamientos de Mr. Lamartine, estractados de su viaje á Oriente.—El encendedor de faroles.—La flor del aire.—El alma de Luvina (*canción*).—Venecia (*traducción de una poesía italiana*).

(2) Lo redactaban Gutiérrez, Dominguez, Cané, Echeverría, Alberdi, Irigoyen, Orma y Goyena.

(3) Lo fundaron Gutiérrez y Rivera Indarte.

(4) Lo redactaban Gutiérrez y Rivera Indarte.

cidores, cargando sobre sus alas el polen de oro de sus chispeantes ocurrencias para amasar con él las celdas de todos sus planes y proyectos.

Asi nació la idea de celebrar con un certámen poetico el aniversario de Mayo del año 1841.

¡Los manes argentinos debieron sonreir complacidos al ver á aquel grupo insuperable, aprestándose á arrancar de sus liras los sonidos más alegres y armoniosos, para cantar la gloria y la grandeza de la patria ¡sumida en llanto!

«Son los poetas sacerdotes, encargados de las festividades de la patria»—empezaba diciendo el informe de la comisión clasificadora (1) del certámen—Y ante las aras del altar de Mayo en que se elevaba el sol de la libertad, los poetas argentinos y uruguayos, mostrándose vinculados en los más altos ideales, realizaron aquel día la más solemne evocación poética de sus destinos, de que nos habla la historia.

El gobierno oriental auspiciaba el acto. (2)

El poeta laureado fué D. Juan María Gutiérrez; y el Presidente de la comisión del certámen, don Cándido Juanicó, le entregó el premio con las siguientes sencillas palabras: «Hé aquí el lauro consagrado

(2) *J. B. Alberdi.* Obras completas. Tom. II pág. 69.

(1) Don J. B. Alberdi (obras completas. Tom. II, pág. 77) dice: «Aun cuando el señor Antuña no se hubiese señalado por otros actos recomendables, en el empleo que desempeña, sino por su decreto del 6 de Mayo, este solo pensamiento haría digna de recuerdo su administración de policía por mucho tiempo.»

El decreto del señor Antuña, decía: «Al individuo que presente la mejor composición poética, en celebridad de la revolución de Mayo, de los obstáculos que tuvo que vencer y de los beneficios que ha producido al continente Sud Americano, se ofrece un premio, que consistirá en: una medalla de oro, que en su anverso tendrá: REPÚBLICA ORIENTAL—25 DE MAYO DE 1841, entre dos ramos de laurel; y en su reverso: AL MÉRITO POÉTICO, entre una orla de siempreviva y rosa.

por el patriotismo, al sublime cantor del gran día de América. Os habeis hecho por vuestro noble ingenio, digno de él y del común aplauso.»

Don Juan María permaneció en Montevideo hasta Abril de 1843, en que se embarcó para Europa, junto con D. J. B. Alberdi, á bordo del bergantin «Edén». Dejaba huella imperecedera de sus tendencias políticas y de su amor á las letras en las páginas del *Tirteo*, el *Iniciador* y el *Museo Literario*, donde, además de innumerables artículos de todo género, había publicado la conocida poesía *la bandera de Mayo*, la leyenda histórica *Irupeza*, y *la endecha del gaucho;* pero dejaba ya también la semilla fecunda de su laboriosidad y de su amor á las letras americanas.

Desde un año antes venía trabajando con sus amigos el poeta D. José Rivera Indarte y el historiógrafo D. Andrés Lamas, en la formación de una Antología de los poetas del Río de la Plata, que pensaban titular: *Poetas del Río de la Plata.* (1)

Verdaderamente es de sentir que aquel trabajo no se terminara, pues era el momento más oportuno para salvar las lagunas con que hoy nos encontramos.

---

(1) En la colección de manuscritos de D. Juan María Gutiérrez adquirida por el gobierno para la Biblioteca del Senado Nacional, existe un cuaderno titulado: «*Notas para la colección de poetas del Rio de la Plata que compilaban en Montevideo en 1842, los señores don Juan María Gutiérrez, don José Rivera Indarte y don Andrés Lamas.*» Este es un cuaderno en folio, que contiene notas referentes á nombres de ciudades, de personas, de cosas, hechos históricos, usos y costumbres americanas.

El Sr. D. Antonio Zinny, que es autor de la biografía más completa que se ha escrito del Sr. Gutiérrez, dice que el Sr. Lamas terminó solo esa obra, y que la remitió á París para su publicación «con la condición de que la edición fuese de primer orden, estremadamente correcta, hallándose bajo la inspección de tres literatos españoles», pero, el hecho es que la obra no apareció jamás, y D. Juan María no hace nunca mención de un trabajo tan adelantado, al cual difícilmente hubiera renunciado á vincular su nombre.

Ellos habían estado en contacto inmediato con los poetas de la colonia y de los primeros años de la guerra de la independencia, y eran del grupo de donde salieron los editores de La lira, la Colección de poesías patrióticas y el Cancionero Argentino. Ellos conocían la paternidad y la historia de todas esas composiciones, y por lo tanto estaban en condición de poder aprovecharlas á todas. (1)

Al empezar á escribir esta biografía, hemos trepidado sobre la elección del mejor modo de hacerla, temiendo sacrificar al orden de los sucesos la importancia de los hechos realizados. Pero como toda la vida de D. Juan María está ligada al movimiento literario de su época, siendo actor y espectador, su obra solo puede apreciarse en conjunto. Para estudiar el significado de ese exponente de la cultura intelectual argentina, su generación, su desenvolvimiento y su influencia en el país, vamos á dar preferencia á la reseña y comentario de sus trabajos sobre el de las circunstancias porque atravesara en su vida, abandonando los detalles de la personalidad del poeta, escritor y publicista, del político, del viajero y del hombre de estado, del educacionista y del bibliófilo, para poder encuadrar, siquiera sea someramente, los orígenes de ese espíritu privilegiado, las fuentes que alimentaron su cerebro, los estudios que completaban su ilustración, sus gustos y sus métodos de trabajo, sus opi-

(1) Don Juan María ha eliminado muchas de estas incógnitas respecto á Lavardén, Azcuénaga, Rojas y Fray Cayetano con su feliz inclinación á coleccionar autógrafos de poetas. Así ha salvado también del olvido muchas de las poesías de los emigrados.

niones en materias de discusión científica ó religiosa, sus creencias y sus teorías sobre el estado y la sociedad.

A bordo del *Eden*, durante la travesía del Atlántico, los espíritus de aquellos dos jóvenes tan animosos como ya desgraciados, vincularon los sentimientos de sus almas en las estrofas de un mismo canto, del que trascienden las profundas meditaciones del filósofo, entre las dulces armonías del poeta. (1)

Don Juan María llevó á cabo la *versificación* del *Eden*, y dos años más tarde, desde las costas del Pacífico, remitía á su amigo las estrofas de aquel canto que el juzgaba las más correctas, *quedando las otras condenadas al olvido, sin apelación, ante el tribunal de su propia crítica.* (2)

---

(1) J. B. Alberdi, autor del argumento de este poema que titularon *El Eden* en recuerdo del barco que los conducía, puso el libreto en manos de Dn. Juan María, con la siguiente carta:

Oceano Atlántico, 26° 32' lat. N. y 37° 45' log. O, á bordo del *Eden* el 9 de Mayo de 1843.

Sr. Dn. Juan María Gutiérrez.

Mi querido Gutiérrez:

Aquí tiene Vd. un trabajo literario, sin norma conocida, que me ha ocurrido apellidar poema. Pero un poema en prosa es como un *libreto* de ópera sin música.—Según esto, ¿no se atrevería Vd, á tomar el rol de Rossini, y acomodar mi asunto á la música de sus versos?

Los que prescriben la imitación como ley del arte, persiguen al imitador como plagiario. Creo haber eludido esa ley, sin hacerme culpable de plagio. Pueden, sino, citarme al jurado de la rapsodia literaria, si he tomado los elementos de mi obra de otras fuentes que mi corazón, el oceano y el sol de la zona torrida.

Muy posible es que los lectores académicos no me hallen ajustado al código del poeta; pero al menos me hallarán pintor sincero y veraz, los lectores que meten el fastidio de la navegación á la sombra de la *randa* en los mares tropicales. Para ellos se destina este escrito, no para corazones artificiales, que sienten su literatura por medio de la regla, como los viejos ven con auxilio de los anteojos.

Pintor vulgar, yo escribo para el pueblo, que lee en el corazón como yo escribo con el instinto.

J. B. Alberdi.

(2) Valparaíso, Mayo 20 de 1845.

Sr. Dn. Juan B. Alberdi.

Mi compañero y amigo: Vd. conoce tanto como yo la historia de estos

El Sr. Gutiérrez visitó la Italia, la Suiza y la Francia, y volvió á América recorriendo casi todas las repúblicas del Pacífico, para radicarse en Valparaíso. Allí levantó su tienda de emigrado político, y el ilustre huesped retribuyó las atenciones que se le dispensaron, con los dones de su ilustración y su cultura: Fundó y dirigió la escuela naval.

Colaboraba en todos los periódicos que defendían la tendencia política contraria al tirano de Buenos Aires; escribía poemas genuinamente americanos como *Caycobe* (1); escribía folletos descriptivos de los lugares visitados, donde su talento práctico descubría las fuentes de riquezas inexplotadas que podían ser objeto de los negocios más lucrativos. Y con el alma llena de entusiasmos por el país y la raza sudamericana, que nunca supo ver sino entre nímbos de gloria y de grandeza, ocupaba sus ocíos en recopilar las producciones de los poetas del continente, publicando en 1846, la primer antología americana *La América Poética* (2). Ese mismo año publicó un tomito de lec-

---

versos. Han estado entre mis papeles, sin revisión ni lima desde que nos separamos en Europa. Sobre la cubierta que los guardaba yo había escrito esta advertencia: «La inspiración y los pensamientos de este poema, pertenecen á mi amigo el Dr. Dn. Juan B. Alberdi.»

El vuelo de los pensamientos del original y mucha parte de sus galas, han desaparecido al sugetarlos al tormento de la medida y de la rima. El *Edén* no es en mis versos, sinó la copia descolorida de un cuadro de maestro. La parte que le adjunto es la más correcta, quedando las otras condenadas al olvido, sin apelación, ante el tribunal de mi propia crítica. Estimo en muy poco los versos mismos que le adjunto, y los he copiado en limpio, porque son lo único que puedo ofrecerle en prueba del amor y la estima que le profeso.

Su amigo.

Juan María Gutiérrez.

(1) Se publicó en *El Comercio del Plata*, núm. 227 del 16 de Julio de 1846.

(2) *América poética*, colección escogida de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo. Valparaíso. Imprenta del Mercurio, 1846.

Los poetas argentinos incluídos en esta antología son; Florencio Balcarce,

tura para los colegios, titulado *El lector americano* (1), con el objeto de propagar entre la juventud el conocimiento de los grandes hechos de la historia americana, y alentar en sus almas su amor á la libertad, y su veneración á los próceres de la independencia.

—Muy grande debe ser nuestro agradecimiento hacia los hombres ilustres que han escrito aquel período de nuestra historia en el idioma de las musas—decía el patriota publicista, en el prólogo de aquella obra de la cual el Sr. Menéndez y Pelayo ha dicho, con razón, que: «no ha sido superada ni igualada después, por ninguna otra» —la epopeya de la lucha de la independencia existe burilada; falta únicamente que se reunan en un cuerpo los himnos en el triunfo y las elegías en los desastres, que se han escrito desde el Anahuac hasta la tierra Argentina —Y en aquella época en que todos los vínculos de la solidaridad hacían crísis, enervados por la anarquía, y en que los pueblos se hallaban agrupados en torno de la banderola roja, azul ó blanca que flameaba en la lanza de sus caudillos, recordando la unidad de propósitos, de ideales y de sacrificios que los habían agrupado bajo las mismas banderas, desde el Orinoco hasta el estrecho de Magallanes, él volvía á hacer resonar en sus oídos

---

José María Cantilo, Luis L. Domínguez, Esteban Echeverría, Juan Godoy, Juan Crisóstomo Lafinur, Vicente López y Planes, Esteban de Luca, José Mármol, Gabriel Alejandro Real de Azúa, José Rivera Indarte, Florencio Varela y Juan Cruz Varela.

Esta obra se publicó por entregas, y se concluyó de imprimir á fines de Junio de 1847.—Comprende 53 autores y 455 composiciones.

(1) *El lector americano*, colección de trozos escogidos de autores americanos, sobre moral, maravillas de la naturaleza, historia y biografía americana, estractados y ordenados por don Juan María Gutiérrez. Valparaíso. Imprenta y Librería del Mercurio. 1865. (2.a edición).

las clarinadas de Maipo, de Junín y de Ayacucho, en las estrofas de López, de Olmedo y de Varela.

La *América Poética* es el primer y más hermoso monumento que se haya erigido en honor de la *armonía del pensamiento sudamericano.* Fué hecha para difundir entre las diversas repúblicas el gusto de la amena literatura, renovando los recuerdos más convenientes para alimentar el espíritu público, y de este punto de vista su importancia era tan grande y su propósito tan trascendental, que el sociólogo y el político, el filósofo y el estadista, pudieron ver en ella la mejor de las propagandas, como los poetas veían el más galano de los homenajes. Por eso es, que, ese *americanismo mal entendido,* que critica el Sr. Menéndez y Pelayo (1) á Dn. Juan María Gutiérrez, ha sido apreciado en América como el mejor y más justo título de su reputación de hombre ilustrado y patriota. (2)

---

(1) *Antologia de poetas hispano-americanos.* Tom. IV, pág. CLXXXI.

(2) En el *Album Mejicano* Tom. 1.º, pág. 614, se leen las siguientes palabras sobre la obra del Sr. Gutiérrez:

«La *América Poética* es no solamente un monumento levantado á la gloria de los ingenios del continente; es una vindicación solemne que responde á los que nos representan día á día sumidos en la más dolorosa barbarie. La *América Poética* si para el humanista y para el filósofo debe ser un objeto de estudio, para nosotros además, es un libro de familia; es el álbum en que han escrito nuestros hermanos; es el registro simpático en que está formulada nuestra manera de sentir.»

—*La Prensa* de Guayaquil, núm. del 3 de Febrero de 1848, hablando de los emigrados políticos argentinos con motivo del arribo de Sarmiento que venía á Chile, dice: «Es nuestro deber asociar á estos nombres el del señor Juan María Gutiérrez que ha levantado en la *América Poética* un monumento á todo la América hispano-americana; obra de erudición, de buen gusto, obra de un patriotismo ilustrado, que ha tratado de probar que el genio naciente de la América podía prestar un gran interés á los que contemplan con gusto los primeros albores de la inteligencia; obra que probará mucho en favor de América, pues sus poetas han cantado más por un impulso natural, que por esa sed de gloria, por ese entusiasmo que en las sociedades más adelantanas arroja coronas de gloria ó de martirio sobre la frente del genio.»

No conocemos discrepancia alguna á este respecto que sea digna de tomarse en cuenta; y no puede haberla, porque, aún cuando este anhelo particular de concurrir al restablecimiento del orden, al afianzamiento de la paz, al goce de los derechos y libertades *que supieron conseguir* los prohombres revolucionarios, y á la solidaridad en los principios de la democracia y de la igualdad ante la ley, fueran en Dn. Juan María la preocupación incesante de toda su vida, el mismo sentimiento palpita en los corazones de todos los sudamericanos.

El pensamiento de utilizar la literatura y sobre todo la poesía, para restablecer el predominio de estas ideas, no era incensato, y tenía en la historia de aquellos mismos tiempos los más sugestivos ejemplos. Equivalía á echar al molde de los ideales de la revolución de Mayo las gangas del primer estrato del terreno movedizo de la anarquía, para fundir, al calor de las más altas temperaturas del patriotismo, los nuevos sistemas é instituciones de sus pueblos.

Así piensa también Dn. Juan Valera (1), cuando dice: «Mientras una nación conserva fecunda actividad en el pensamiento no es de temer que por la acción decaiga y mucho menos que se hunda. En todas partes, en estos últimos tiempos, los grandes pensadores y escritores, y los eminentes é inspirados poetas han sido, en el pueblo que los poseía, como anuncio

---

(1) *Ecos Argentinos.* Apuntes para la historia literaria de España en los últimos años del siglo XIX—1901—pág. 4.

Carta dirigida al Sr. Dn. Rafael Obligado, con fecha 27 de Noviembre de 1886. (Publicada el *El Sud Americano* año 1888. pág. 231.)

y señal de altas venturas, de renacimientos políticos y de extraordinarios triunfos en la vida práctica. A la formación de la unidad italiana, soñada y deseada en valde durante tantos siglos, precedió una rica y brillante actividad intelectual, donde dieron gallardas pruebas de su valor Parini, Alfieri, Casti, Monti, Fóscolo, Manzoni, Leopardi, Mamiani, Rosmini, Nicolini, Giusti, Gioberti, Galuppi, Tosti, César Balbo y muchos otros. Fueron éstos como los profetas y precursores de Victor Manuel, de Cavour y de Garibaldi. Y á las victorias de Prusia sobre Francia, y á la formación del nuevo imperio alemán precedió también, en Alemania, un gran movimiento filosófico y literario, acaso en su mayor auge cuando Alemania parecía más en peligro y más abatida bajo el imperio de Napoleón I. Göthe, Schiller, Kant, Fichte, Schelling, Hegel, y una hueste luminosa de otros ilustres filósofos, historiadores y poetas fueron los precursores de Bismarck y los profetas de su éxito y de su gloria.»

Convengamos pues en que, el calificativo de *mal entendido* que el Sr. Menéndez y Pelayo aplica al patriotismo del Sr. Gutiérrez, es cuando menos, tan injusto y disonante, como así hayan podido serlo siempre los ataques de éste á todo lo español.

La filología, y por ende la literatura, ha sido muchas veces la víctima más inocente de los regionalismos de los pueblos, y España ha pagado tanto tributo á este mal, que ya podía estar habituada su crítica á distinguir las razones que vinculan ó separan los pueblos entre sí, de aquellas que las circunstancias po-

nen en boca de los exaltados, para no exponerse á trocar el manto inmaculado de su realeza por la capa plebeya de la política.

El mismo insuperable crítico que tan agresivo resulta para nuestro insigne D. Juan María, no ha creído siempre que fuera malo el que nuestros poetas trataran de ser lo más americanos posible; y haciendo justicia á la fuerza de la sangre, á la influencia del lenguaje, al ambiente de la religión y á las armonías del clima, escribía hace algunos años, á uno de nuestros vates más jóvenes, estas hermosas palabras que están may lejos de ser una paradoja:

«Cuanto más argentino, sea Vd. tanto más español llegará á ser.» (1)

Cosquillas nos hace ahora mismo el propósito de probar que D. Juan María Gutiérrez ha sido *el más español* de todos los argentinos: de los periodistas, por lo apasionado; de los literatos por lo castizo; de los poetas por lo galano; de los críticos por lo gentil; y de los hombres, por lo regionalista y aferrado á las cosas de su pueblo.

Pero, la madre patria ha perdido esta vez el derecho á nuestra consideración, para que la demos una satisfacción tan grande.

—El año 1851 pasó el señor Gutiérrez al Perú, radicándose en Lima, donde dejó rastros imperecederos de su saber y su cultura, publicando en el *Comercio de Lima* un trabajo muy importante sobre Juan de

(1) Carta dirigida al señor D. Rafael Obligado, con fecha 27 de Noviembre de 1886. (Publicada en *El Sud Americano*. Año 1888, pág. 231.)

Caviedes. Cuando supo el levantamiento del general Urquiza se puso en viaje de regreso; y en la bahía de Valparaíso recibió la noticia de la victoria de Caceros, que le habría las puertas de la patria.

Apenas llegado á Buenos Aires fué electo diputado. Pero el Dr. D. Vicente López y Planes acababa de ser nombrado gobernador titular de Buenos Aires, y el señor Gutiérrez aceptó compartir las tareas de su gobierno, en las difíciles circunstancias que se produgeron después del acuerdo de San Nicolás.

Como ministro de gobierno le tocó defender aquel célebre tratado ante la Cámara de Representantes, teniendo por opositores, entre otros, al Dr. D. Dalmacio Vélez Sársfield y al entonces coronel D. Bartolomé Mitre. La historia patria ha recogido el eco de aquellos célebres debates, y ha puesto de relieve el caracter del ministro informante, estereotipando la siguiente frase dirigida al pueblo y á la cámara, en un momento en que las manifestaciones de la barra le eran más adversas (1): «Parece desgraciadamente, que los diputados y la barra están bajo la presión de sentimientos iguales á los del 1º de Diciembre de 1828. En aquel tiempo no hubo ningún mozo de tienda, ni ningún estudiante de la Universidad, y yo entre ellos, que no viniese á este sitio á producir escenas análogas, como si representaran efectivamente la opinión pública; y sin embargo, esta aparente opinión pública

(1) *Historia de la organización nacional*, por Mariano A. Pelliza, 1852-1862, pág. 48.

no fué la de la razón, según lo patentizó su desenlace en el puente de Márquez.»

En medio de las agitaciones de la política de aquella época, en que el país recién salido de las sombras de la tiranía, encaraba de frente el problema de la organización nacional, hollando resistencias de toda clase, y antagonismos los más opuestos é inconciliables, don Juan María Gutiérrez fué, en todas partes, factor de orden, de paz y de progreso; vínculo de solidaridad en medio de los más apasionados localismos provinciales; y símbolo de ilustración y de cultura para todas las administraciones que honró con sus luces y sus esfuerzos. Y en todas partes y en todo momento, continuaba con infatigable constancia y entusiasmo sus estudios filosóficos y literarios, sus trabajos profesionales, sus investigaciones históricas y bibliográficas sobre la literatura americana (que era su pasión favorita), sus correspondencias literarias á diarios y revistas nacionales y extranjeras, y sus visitas al Pindo.

Puede apreciarse el mérito de sus versos por las siguientes palabras con que los juzga el señor Menéndez y Pelayo (1): «La fama que alcanza y merece como prosista y como investigador ha perjudicado á la reputación de sus versos, que no serán quizá de los más inspirados y vehementes del Parnaso argentino, pero que son sin duda de los más tersos, pulcros y aliñados. Gutiérrez, á diferencia de muchos paisanos suyos, sabe siempre lo que quiere decir; y el cuidado de la línea

(1) «Antología de poetas hispano-americanos». Tomo IV pág. CLXXXI.

no daña á la gracia y gentileza de los movimientos de su musa, clásica por instinto más que por escuela, modestamente ataviada con cierta nativa elegancia que contrasta con el abandono de Echeverría, con el desorden de Mármol, con el énfasis apocalíptico de Andrade. En *Los amores del Payador* y en otras composiciones de su primer tiempo, resulta no menos americano que el autor de *La Cautiva*, sin afectarlo tanto. En su célebre canto *á la Revolución de Mayo,* premiado en un certamen de Montevideo el año 1841, se aparta mucho de la vulgaridad corriente en las odas patrióticas, procede con cierta magestad solemne y vierte nobles pensamientos en el raudal de una versificación cristalina. Pero sus poesías ligeras, escritas con sumo primor y delicadeza, valen más en mi juicio que sus odas de aparato, y eran sin duda más adecuadas á la índole suave é insinuante de su musa.»

Imitando el ejemplo de varios de sus compatriotas contemporáneos, pagó á su país el tributo de esos nobles sentimientos é inspiraciones generosas que inspiran á los poetas, y reunió sus versos en un tomo de 339 páginas, en 8°, que publicó en 1869 (1), aspirando (según él mismo lo dice en el prólogo) á que se le tuviera solamente «por tributario, en verso, al caudal de la literatura patria, probando con un nuevo hecho que los argentinos que se creyeron capaces de manejar la pluma, no fueron jamás perezosos para celebrar las glorias de su país, dolerse de sus males ó

(1) Se publicó por la imprenta y libreria de Mayo, de D. Carlos Casavalle. Plaza Monserrat, Moreno 241.

describir lo que es bello y característico en esta porción de América en donde Dios nos hizo nacer.»

—Se ha hecho alguna vez mención de las ideas liberales del señor Gutiérrez, y el ilustrado cuanto erúdito autor de la Historia de las ideas estéticas en España, corrobora esa triste fama y acentúa más el rumor sobre la dudosa ortodoxia de nuestro insigne compatriota, hablando de su *empedernido volterianismo*, como de una *fanática é intolerable manía.*

Estamos muy lejos de pensar de acuerdo con el insigne autor de los Heterodoxos españoles.

Si algo prueban los versos del señor Gutiérrez son sus creencias, su fervor y su moral.

En la primera de las poesías de su volúmen, titulada *A Mayo*, ya encontramos estrofas como éstas que bien pudieran ser firmadas por Fray Luis de León:

«Palma á mi sien, recogimiento á mi alma,
Sublime magestad á la voz mía,
Dad ¡oh mi Dios! dispensador del día,
Como dais tempestades y dais calma.

Todo es tuyo, Señor, en mi creencia:
Prodigios de los hombres y conquistas,
Creaciones de vates y de artistas,
Son obra tuya, no de humana ciencia.

Jamás alcé mi pensamiento al cielo
A contemplar las luces de tu gloria,
Sin tenerte, Señor, en la memoria
Y sin mirar compadecido al suelo;

Y cuando pude comprender un día
Lo que hicieron los próceres de Mayo,
Ya comprendí también que ardiente rayo
De tu luz divinal les dirigía.

—¿No es esta una confesión de fe la más amplia, rotunda y entusiasta?

¿Acaso no es ortodoxo este otro pensamiento de la misma composición, basado en su fe y confianza en la divina providencia?:

Los pueblos más lejanos
De amor riendo y de placer henchidos,
Hélos ahí, nos dirán, los escogidos:
Y vendrán á nosotros atraídos
Por esa luz que la virtud derrama,
Inflamando los pechos con su llama.
Vendrá del polo el hombre endurecido
Y el rudo habitador de las montañas;
Y el invierno aterido
Que les heló la sangre en las entrañas,
Verán trocado en dulce primavera
BAJO ESTE CIELO QUE EL SEÑOR NOS DIERA.
Y, creeis que El hiciera
Rios cual mares y mineros de oro,
Y llanos de verdura deliciosa,
Y las fragantes brisas del desierto,
Y ese risueño azul de nuestro día,
Y esas mujeres del amor tesoro,
Para solo saciar la codiciosa
Sed de un imperio á las virtudes muerto
Pero vivo al placer y altanería?

Quítese de aquí la alusión particular al móvil de la dominación española, que es suposición del poeta, por

cuanto ello no es más que un desahogo (apasionado, si se quiere); quítese igualmente toda la exactitud que convenga al juicio sobre el estado social y político de la España de Carlos IV y Fernando VI, que envuelven los dos últimos versos; déjese solo, limpio y escueto, el pensamiento que une á la intensión divina con el porvenir de estos países, y si es heterodoxia pensar como D. Juan María, nosotros confesamos el mismo error.

¿Y la estrofa siguiente?:

« No, que cuando la mano
Se abrió de Dios bondadoso y soberano
Y puso entre las nubes de occidente
A su América virgen é inocente,
Dijo: Bendito suelo,
Tú, del mundo caduco y enviciado
Serás la primavera y el consuelo,
Como hijo de ese padre ya cansado.

Casi no hay una sola poesía del señor Gutiérrez en que no se nombre á Dios, y en que no resulten inspirados en él los sentimientos más entusiastas que palpitan en sus versos, que, como él mismo dice de su corazón:

Dióselo Dios para sentir lo bueno
Diósela Dios para admirar lo grande.

Don Juan María Gutiérrez murió en Buenos Aires el 26 de Febrero de 1878.

Sus principales obras son: «América Poética» y «El lector Americano» (1846).—«Elementos de Geometría» (1848).—«Pensamientos, máximas, sentencias, etc., de

escritores, oradores y hombres de estado en la República Argentina» (1860).—«Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX» (1865).—«Bosquejo biográfico del general San Martín» (1868).—«Poesías de Florencio Balcarce, con noticias sobre el autor y sus obras» (1869).—«Elogio del profesor de filosofía doctor Luis José de la Peña» (1871).—«Historia Argentina, para los niños» (1873).—Origen del arte de imprimir en la América Española», «Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires, desde su fundación hasta el año 1810, inclusive el catálogo de las producciones de la imprenta de Niños Expósitos, con observaciones y noticias muy curiosas», «Poesías» (1869).—«El capitán de Patricios», «Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública y superior de Buenos Aires», «Estudio sobre las obras y persona del literato y publicista argentino don Juan Cruz Varela.»

De sus trabajos inéditos el más importante es el *Diccionario de poetas americanos* que ha quedado á medio hacer. Son notables sus colecciones de *manuscritos y autógrafos originales* de poetas americanos, por la abundancia y la variedad de documentos que contienen, principalmente la colección de poemas anteriores á la Independencia, y la colección de poesías americanas modernas.

DOCTOR RICARDO GUTIERREZ

Entre los poetas que más renombre alcanzaron en la segunda época de nuestro pequeño ciclo alrededor del romanticismo francés y más ilustrado público deleitaron con sus versos, figura en primera línea, el doctor don Ricardo Gutiérrez, quien, por sus ideas, ha merecido además el que lo llamen: *poeta cristiano.*

Sin embargo, sus composiciones no son de carácter religioso, ni es misticismo de ningún género lo que exalta su imaginación. Sus versos reflejan ese estado pasional de las almas que ama las luces crepusculares, y busca en la vaguedad de las expresiones el equilibrio necesario para que sus ideas tengan contornos visionarios, y se admiren como verdaderas creaciones poéticas de su númen. Pero, si bien es cierto que en algunos casos, el poeta alza los ojos al cielo y su pensamiento se dirije á Dios, eso es solo como recurso de artista y no como tendencia religiosa.

Y no es que pensemos que para juzgar de verdaderamente cristianas á las ideas ó á los afectos, han de estar aquellas sahumadas á incienso, ó destilando éstos agua bendita. La naturalidad es la verdadera fuente de la poesía, y lo que pueda tener teológicamente de arriesgado un pensamiento, se compensa, en el mundo de la belleza, con lo que puede sobrarle de espiritualidad y de gracia.

Así, nos resulta mucho más cristiano el padre Fonseca, cuando dice que: «*á Dios, en creando á la mujer, se le fueron los ojos trás ella, y dijo: Por ésta dejará el hombre al padre y á la madre*», que no el señor Gutiérrez cuando canta:

Y eras un ángel de inmortal belleza,
Y era loco el amor del alma mía;
Tu único tesoro, la pureza;
Mi único porvenir, noche sombría.
Noche ¡ah! de fatídica tristeza,
En que, amándote, hundirte no podía;
Horrendo abismo de insondable angustia
Que abrió una maldición en mi alma mústia.

La lira cristiana no repudia cantar el amor á la mujer; pero la moral cristiana, y el título de cristiano, requieren ajustes y composturas muy diferentes de las que usa el señor Gutiérrez.

Quien repudia el amor místico á la mujer es la poesía: porque misticismo y sensualidad son términos opuestos; y pretender juntarlos, es ir contra lo natural.

La forma místico-sensual del Sr. Gutiérrez entra en la categoría de aquellos platonismos de los cuales ha dicho lord Byron:

Oh Plato! oh Plato! you have paved the way,
With your confounded fantasies, to more
Inmoral conduct by the fancied sway.
Your system feigns o'er the controlles core
Of human hearts, that all the long array
Of poets and romancers: you are a bore,
A charlatan, a coxcomb; and have been,
At best, no better, than a go-between.

Se ha dicho de Lamartine que «el canto parecía en sus labios tan natural como en boca de los demás hombres la palabra» (1), y con razón, se ha atribuído esa facultad de expresarse siempre admirablemente, á «la plenitud de su vida interior, que caudalosamente se derramaba en sus estrofas.» Por eso la lira de Lamartine tenía resonancias supremas, aunque á él le pareciera no hallar armonías suficientes ni en el estruendo de los clarines de guerra, ni en los acordes de las arpas eólicas:

Il n'est pas de langage ou de rhytme mortel
Ou de clairon de guerre ou de harpe d'autel,
Qui ne brisât cent fois le souffle de mon âme;
Tout se rompt à son choc et tout fond à sa flamme!

Gutiérrez se siente á sí mismo mucho menos ansioso que el poeta francés. En «La batalla» nos dice:

Alma gentil, espíritu sublime
Que alientas en la esfera de mi alma,
Voy al impulso, sobrehumano impulso
Que en pos de tí me arrastra:
¡A precio de tu amor, no hay en la vida
Rémora ni dolor para mi planta!
No sé qué insomne y misterioso acento
A mis oidos sin cesar te llama;
No se que genio ante los ojos míos
Tu sombra me levanta;
Allá voy, allá voy, tras el impulso
Que á tu existencia mi existencia enlaza!

---

(1) M. Menéndez Pelayo. Ideas Estéticas, Tom. IX, pág. 312.

Y en la poesía «El poeta y el soldado» donde más acentúa su aspiración de pocta, solo llega á decirnos:

Yo soy el arpa que en el triste suelo
Templa de Dios la mente soberana
Para que cante á la creación humana,

empequeñeciendo más á este pensamiento la impropiedad del concepto, que supone malgastada la inspiración divina, en cantos á la creación humana, en vez de hosannas á la obra del creador.

Aparte, pues, de lo bonito de los versos, por su fluidez, variedad de ritmo, sonoridad y armonía, y aclarado el punto de las reminicencias de ética cristiana, debemos reconocer que el Sr. Gutiérrez incurrió también en muchos de los pecados de su poeta favorito *Lamartine.*

Así, son características de su estilo: las repeticiones ó divagaciones al rededor de una misma idea; el abuso de las expresiones abstractas; los epítetos impropios y arbitrarios; y el amaneramiento en la forma.

La extremada frecuencia de las repeticiones mata todo su efecto poético, y destruye la armonía de los versos, introduciendo en los períodos de sus frases un retintín incómodo, un machaqueo impertinente y fastidioso, que más bien predispone en contra que no en favor de la idea que así se desenvuelve.

Entre las numerosas composiciones de Dn. Ricardo Gutiérrez sobresalen: *El misionero*, *La oración* y *El poeta* y *el soldado*, y estas bellísimas poesías son pre-

cisamente aquellas en que el poeta ha hecho menos uso de su tendencia á las repeticiones.

Creemos que en *El misionero* el Sr. Gutiérrez se pone á la altura de los mejores poetas líricos españoles, de su época; y que el cantor de *La duda* y de los *Gritos del combate* no hubiera desdeñado firmar esas estrofas.

El Sr. Gutiérrez ha escrito también dos poemas que se titulan: «La fibra salvaje» y «Lázaro».

Ambos adolecen de los defectos de la escuela: plan descabellado, forma vaga é inconexa, y escenas fantásticas y pasmosas, á toda costa.

Así: en *Fibra salvaje* nos encontramos con que Ezequiel se enamora de una mujer casada, y que resuelve el conflicto entre el amor y el deber confesándole su pasión, y huyendo de ella al desierto de la pampa.

Este buen propósito está bien manifiesto en la siguiente estrofa:

¡Sálvate! ¡Adios! La noche más oscura
Enlute mi esperanza y mi existencia
Antes que la pasión en su demencia
Envenene la paz de tu alma pura!

Llegado Ezequiel al desierto y después que:

Del sombrío éxtasis
Vuelve Ezequiel, que le embarga,
Y al fin la severa vista
En redor inquieto vaga,
¡Oh! cuán bello cuadro hiere
La última lumbre de nácar
De esa luna que semeja
Que en el desierto rodara!

haciendo la descripción de la pampa en versos que son una verdadera filigrama, nos dice el poeta, que Ezequiel se dirigió hacia un rancho, que alcanzó á ver en el corazón de un bosque:

Entra, mas nadie responde
A su voz; de nuevo llama,
Y el eco solo repite
La nota de su palabra.
Y él, sin temor ni recelo,
Sobre aquel lecho descansa,
Esperando el rumbo fijo
Que el destino le guardaba.

Se entra también con esto, al canto II, y como en algo había de ocuparse Ezequiel, (y todavía el arado no roturaba tierras tan lejanas), decidido á hospedarse allí como en su casa:

Y libre así del infernal hastío
Que su abatído corazón desgarra,
Pulsa una melancólica guitarra
Que sola allí desamparada halló!

El canto «A Lucía» que viene en seguida no resulta aparente para la situación de los personajes; y el abuso de consideraciones discursivas en que el poeta sacrifica su estro, quita á la composición su carácter amatorio, dándole más reflejo de raciocinio que de expresión de sentimientos.

Pasando del mundo de lo real al de lo maravilloso, se oye una voz que dirigiéndose á Ezequiel, le dice:

¿Quién eres tú, que con poder secreto
Encadenas á ti mi voluntad,
Oh, y á encontrarte en su delirio inquieto
Mi espíritu me arrastra á mi pesar?

Cualquiera se imagina el susto de Ezequiel viendo á una fantasma abrazada á sus rodillas:

Las fibras todas de Ezequiel temblaron,
La voz á su garganta se anudó,
Y en sus ojos, sus ojos se enclavaron
Con expresión de espanto y de dolor.

Cuando al lector empiezan á parársele los pelos de punta, se le mata la ilusión, diciéndole que la *aparecida* no era otra que la dueña del rancho, en carne y hueso, lo que hubiera sido muy natural; pero no bien repuesto de esta sorpresa, se le vuelve á dejar desconcertado, presentándole en ella, á la mismísima Lucía, que resulta así ganándole en diligencia, en actividad y en celo á su enamorado Ezequiel.

A esta altura del poema viene á saberse que no fué Ezequiel quien huyó de Lucía, sino Lucía quien huyó de casa de su esposo. Porque, según ella refiere, este buen señor:

Ya al juego todo su caudal perdido,
Abandonada al sueño me creía
Y á otro hombre, miserable, me vendía.

Antes que sufrir semejante infamia, la pobre mujer huye despavorida; hasta que, postrada por el cansancio, desfallece al borde de una laguna; de donde la recogió una buena paisana que tenía por allí su ranchito.

Dedúcese de todo esto: que la escena no es en la pampa, ni en el desierto, sino en región muy civilizada, de gentes muy caritativas y hospitalarias; y,

además, que Ezequiel no huyó del peligro, sino que corrió hacia él.

El poeta ha reunido así á sus héroes á costa de toda verosimilitud, pero no lo hace sino para darse el placer de volver á separarlos.

Ezequiel jura matar al esposo de Lucía, y la abandona, diciendo:

¡Déjame! ¡Ni una lágrima! es en vano.
¡Nada en el mundo á detenerme alcanza!
¡Oh, de aquel hombre la cobarde mano
Arrancó tu esperanza y mi esperanza!
¡Déjame! Con esfuerzo sobrehumano
El demonio feróz de la venganza
Me arrastra en fin, hasta fijar mi suerte
Y pongo á precio de tú amor su muerte!

La violencia de un sentimiento malsano apaga en Ezequiel todas las efervescencias del hermoso sentimiento de su amor (que hubieran podido inspirarle actitudes tan grandes como poéticas, morales y propias); y Lucía se queda sola (suponemos que pensando en la locura, de ir á comprar un amor que ya había ella confesado de balde).

Con todo, hasta se le olvida á uno lo horrible de este juramento, cuando al empezar el Canto III, titulado *La venganza*, se encuentra de manos á boca con algo peor que la fantasma que asustó á Ezequiel en el rancho, y es: con el mismo Ezequiel, vestido de fraile y en un convento.

El ánimo se prepara á batir palmas al triunfo de los buenos sentimientos, y el oido se deleita con aque-

llos versos tan fluídos y armoniosos en que se pinta á fray Ezequiel, con la capucha hasta los ojos, cejijunto, ensimismado y sombrío. Ansiamos llegar á la escena de su conversión; creemos que vamos á admirar el rayo de la divina gracia que hirió su corazón; á escuchar conmovidos el grito de arrepentimiento de su conciencia; y llegamos afanosos á su confesión:

Padre: sobre la tierra de los hombres
Mi vida es un naufraaio de desgracias.

Dos solos lazos en el mundo triste
Mi vida ataron á la vida humana:
El mas sublime amor del alma mía,
Y el odio más tremendo de mi alma.

Él ya no existe: por la tierra entera
Lo buscó en vano sin cesar mi planta,
Y solo á precio de su sangre infame
Juré comprar en ella mi esperanza.

Así, ya sin objeto sobre el mundo,
Vengo á entregar á Dios mi alma;
Y aqui una celda miserable pido
Para huir del infierno que me llama.

No, no quiero palabras de consuelo.
Todo es en vano cuanto digas; basta.
No hay más, que yo que sepa que mi angustia
No cabe ya sobre la vida humana.
. . . .

Nuestra desilusión no puede ser más completa. Ezequiel se hace fraile porque crée que ya no puede

cumplir su venganza, no porque haya desistido de su idea homicida.

Así, ya sin objeto sobre el mundo,
Vengo á entregar á Dios toda mi alma.

La libertad poética es muy amplia, y la imaginación del poeta salva constantemente los límites de la verdad, como ultrapasa los lindes de lo natural en sus creaciones.

Pero la libertad y la verdad poética tienen también sus barreras, en la moral y en lo absurdo; como las tiene lo maravilloso en lo imposible. Y entonces, por más romántico que se sea, no se puede fingir como real una situación, á costa de la lógica, de la moral y de las creencias religiosas en cuyo ambiente se pretende encontrar materiales para el poema.

Pero, más que convento de monjes, la casa aquella en que encontramos á fray Ezequiel parece casa de duendes; tal es la forma solapada, furtiva y misteriosa en que se presenta á todos sus personajes.

Apenas repuestos de la trasmutación de Ezequiel, y cuando empezamos á fijarnos en su catadura frailesca, se aparece otro fantasma, que asustándose del susto de Ezequiel, se arrodilla humildemente á sus pies, y le pide perdón, por haberlo molestado y por lo que vá á confesarle.

El penitente es Julio. ¡Qué casualidad!

Ya estamos con el reo frente á frente del juez, y nos preparamos para oir tronar á la justicia. Hubiera podido imaginarse que el seudo-monje se levantara

en esta ocasión por encima de las miserias de la tierra; que se exaltara su amor, su aspiración y su orgullo, y quisiera con la grandeza del ejemplo, hacer más vergonzosa que la muerte, la bajeza de su rival. Se hubiera podido pensar, que la vanidad brindaba á Ezequiel con la copa del desprecio, para que en ella hiciera beber á Julio todas las hieles de su aborresible conducta con su esposa. Pero todo esto, que hubiera estado muy de acuerdo con los programas de la escuela romántica, es ahora lo que no se hace; prefiriéndose rematar el cuento con una excena de bodegón, trenzando á los actores en descomunal pugilato, para darse el placer de presentar al fraile como homicida.

Después de todo esto: ¡viva la patria! y... ¡qué casualidad! *El amor de la patria* se titula el canto siguiente, que es el IV.

Otra vez á galope, en brioso corcel, con rumbo á la pampa..... El jinete es Ezequiel, de quien se dice que *rompió*. Y como sobre esto no se añade una palabra más, se queda el lector sin saber si rompió á llorar, á correr, ó si rompió alguna cosa. Pero nada de esto debe ser; porque el poeta nos pinta al héroe: mudo, inmóvil y frío.

Con tantos sentidos en suspenso, el pobre Ezequiel no ve al principio á toda una columna militar que andaba haciendo operaciones por esos parajes; hasta que, percibiéndola al fin, y envalentonado con su triunfo sobre Julio, se siente ahora arrastrado á la guerra, y les grita: «¿Dónde se muere por la patria?...

como suelen los *compadres* gritar: ¡qué salga el que quiera..... maula!

Un soldado (que debía ser algún veterano en las lides del porrón) al oir esta pregunta, le contesta con sorna:—¡Bajo la sombra!—como diciéndole: Vaya, amigo, á dormir la *tranca* á la sombra. Después de lo cual, el poeta nos lleva á un campo de batalla, para decirnos:

Una vez más los ojos
Te encuentran Ezequiel, pero caído
En sangrientos despojos.

Así termina este poema romántico, en cuyo desarrollo se encuentran muchos trozos de versificación muy buena, y de lenguaje muy hermoso, mezclados con otros muy malos, de pura retórica artificiosa y malísimo gusto.

El poema *Lázaro*, es mucho menos romántico, y quizás por esto, mucho mejor que *Fibra salvaje*. Su argumento es de ambiente nacional característico; los hechos son posibles dentro de lo natural y de la lógica de los sentimientos personalizados por sus héroes; las escenas se prestan á que la imaginación del lector establezca composiciones de lugar poéticas y apropiadas; y su recitado tiene hilación suficiente para que se salve el interés dramático del exceso de divagaciones del relato.

Su héroe principal es un gaucho de nuestras campañas, no del todo semejante al tipo legendario inmortalizado por la leyenda de Santos Vega, las trovas

de Aniceto el Gallo ó las crónicas teatrales de Anastasio el Pollo:

> « No es el gaucho insolente de la pampa
> Que de la noble sociedad se aleja. »

Pero este *paisano romántico* conserva siempre en el poema los rasgos psicológicos más característicos del verdadero gaucho: astucia, nobleza y valor; y si resulta deformado, ello se debe al afán por destacarlo, al extremado conceptualismo de sus ideas, y á la impecable cultura de su lenguaje.

Entre los fragmentos de versificación más hermosa, apropiada, fluída y armoniosa, podemos citar la trova que canta Lázaro, escrita en décimas que son de las mejores que se hayan compuesto en el país.

Ricardo Gutiérrez nació en Arrecifes, Provincia de Buenos Aires, en 1836; donde después de su muerte, acaecida en 1896, se le ha levantado un monumento y dado su nombre á una calle.

Cursó la carrera de Derecho hasta el 3er año, pasando después á estudiar medicina, para la que se sentía con verdadera vocación; y á medio camino, debió interrumpir nuevamente sus estudios para concurrir á las filas del ejército de Buenos Aires, que en Cepeda y Pavón dió el tributo de su sangre á nuestras contiendas preparatorias de la organización definitiva.

A esta interrupción sucedió otra mayor, debida á la declaración de guerra con la República del Paraguay. Allí ganó todas las condecoraciones que otorgó su patria á los héroes de aquellos cruentos combates, y las que otorgaron el Brasil y la república del Uruguay.

Poeta por temperamento, desde su tienda de campaña escribía versos que se publicaban en «La Nación Argentina» ó en «El Correo del Domingo» de Buenos Aires; y prestaba sus servicios profesionales con tan patriótica y humanitaria complacencia, que se cuenta que una vez, después de un combate, regresó al campamento picando una carreta cargada de heridos, desarropado y cubierto de piojos.

De regreso en Buenos Aires terminó su carrera; y habiendo obtenido una pensión del Gobierno de Buenos Aires, para estudiar dos años en Europa, se ausentó decidido á especializarse en lo que después fué su ramo predilecto y el pedestal de su fama: la clínica infantil.

Fué el fundador del Hospital de niños, y allí prestó gratuitamente sus servicios durante 25 años. ¡El célebre especialista solía romper las prescripciones más severas de sus propios tratamientos, llevando almendras y bollitos de Tarragona, á los cuales él mismo les quitaba los granos de anís, para que no les hicieran daño á los enfermitos!

Otro rasgo que sirve para apreciar la bondad de su carácter es el siguiente:

Cuando la gran epidemia de cólera del año 1867, el

Dr. Gutiérrez tuvo á su cargo la región del Tigre; y de allí regresó una vez, en mangas de camisa, hasta San Fernando. Había dado en el Tigre, su dinero y su ropa.

Siempre fué poco afecto á presentar reunidas sus poesías. En 1860 publicó su primer poema «Fibra salvaje», y en 1901, es decir varios años después de su muerte, recién se publicó un volúmen de 302 págs. en 8.° titulado: *Poesias escogidas*, que contiene la mayor parte de su producción.

ANTOLOGÍA

(TOMO VII)

VENTURA DE LA VEGA

EL LIBRO PRIMERO DE LA ENEIDA *

Las armas canto y el varón que á Italia
Y á las lavinas costas el primero,
Prófugo á impulso de los hados, vino.
De las playas de Troya. Largos años
Acosole por tierras y por mares
El poder de los númenes, movidos
Por el rencor de la implacable Juno,
En sus odios tenaz. También en guerras
Padeció mucho, hasta llegar el día
Que fundó la *Ciudad,* y que sus dioses
En el Lacio asentó.—De aquí el latino
Linaje viene, los Albanos padres,
Y las murallas de la excelsa Roma.
Dime, oh musa, las causas. ¿ Por qué agravio
A su deidad; por cuál ofensa airada,
La reina de los dioses, en tan duros
Trances lanzó, y en infortunios tales,
A este varón, por su piedad insigne ?—
¡ Tanto rencor en celestiales pechos !—

Fué una antigua ciudad, colonia tiria:
Cartago era su nombre. Frente á Italia
Y á las bocas del Tiber tuvo asiento,
Opulenta en riquezas, y en las lides

---

* Esta traducción, cuya elegancia está demás recomendar, puede considerarse como inédita, puesto que no se halla en la colección de las obras del autor, publicada en París en el año 1866. (Nota del libro). Rev. del Río de la Plata, Tom. 7, pág. 562.

Guerreadora terrible. En ella Juno,
Con preferencia á las del mundo todo,
Hizo su habitación, por tal estremo,
Que aun á la misma Samos la antepuso.
Allí sus armas tuvo, allí su carro;
Y ya la Diosa maquinaba entonces,
Si en hecho tal los hados consintieran,
Del Orbe hacerla universal señora.

Mas entendido había que un linaje
De la troyana sangre descendiente,
Llamado estaba á derrocar un día
Los alcázares tirios, engendrando
Una nueva nación, reina del mundo,
Y soberbia en la guerra, que la Libia
Lograse exterminar: que así las Parcas
Hilado lo tenían.—Temerosa,
De caso tal la hija de Saturno,
No se olvidaba de la antigua guerra
Que movió á Troya por sus caros griegos,
Ni de su pecho se apartaba un punto,
Viva siempre la causa de sus iras
Y su amargo dolor, que en lo más hondo
De su mente grabados conservaba
La sentencia de Paris, el agravio
De su belleza despreciada, el odio
A la troyana gente, y los honores
Que recibió el robado Ganimedes.

Con tales pensamientos encendida,
Del Lacio á los troyanos alejaba,
Errantes por el mar, restos salvados
Del furor griego y del tremendo Aquiles;
Y ellos, cediendo al hado, un año y otro
Así de mar en mar vagando andaban.
¡Tan laborioso afán costar debía
La fundación de la romana gente!

Apenas de la costa Siciliana
Se hicieron á alta mar, con férrea prora
Cortando alegres la salobre espuma,
Cuando Juno, que eterna la honda herida
En su pecho guardaba, entre sí dijo:
«Que al fin vencida el comenzado intento
Habré de abandonar, sin que consiga,
De la Italia alejar al rey troyano.
¡Los hados estorbármelo!—¿Pues Palas
No incendió á su placer la armada griega
Y hundió en el mar; á los aquivos: todo
Por culpa de uno, por la furia loca
De Ayax, hijo de Oiléo?—Palas misma,
Desde las nubes fulminando, armada
Con los rayos de Júpiter, las naves
Dispersó por el mar; turbó las olas
Con los vientos; en raudo torbellino
Arrebató al mancebo echando llamas
Del traspasado pecho, y en la punta
De agudo escollo lo dejó estrellado.
¡Y yo, que de los Dioses me apellido
Reina, yo, hermana y cónyuge de Jove,
Con esa gente sola en larga lucha
Tantos años estoy?—¿Quién ya de Juno
Honrará la deidad, y suplicante
Irá en sus aras á imponer ofrendas?

Esto la Diosa en su inflamado pecho
Revolviendo consigo, parte á Eolia,
Patria de las borrascas, negro albergue
De los furiosos austros. Allí Eolo,
Rey del antro espacioso, comprimidos
Bajo su imperio tiene á los rebeldes
Vientos y mugidoras tempestades,
Y con grillos y cárcel los enfrena.
Ellos con gran rumor en torno al muro
De la montaña braman indignados;
Y sentado en su alcázar eminente,

Eolo empuña el cetro, y su brioso
Ímpetu amansa y sus furores templa.
Que si no hiciese tal, por los espacios
Con rapidez arrebataran ellos
La tierra, el mar, el firmamento mismo.
Mas precaviendo este peligro el padre
Omnipotente, en negras espeluncas
Encarcelarlos quiso, echando encima
Moles inmensas de elevados montes;
Y rey les dió que, con prudente imperio
Y según la ocasión, ya refrenarlos,
Ó ya las riendas aflojar supiese.
A éste, pues, Juno, en suplicanes voces,
Así le dijo:—«Eolo: á tí que el padre
De los Dioses y Rey de los humanos
Te dió aplacar ó embravecer las olas
A poder de los vientos, á tí acudo.
Gente enemiga mía ora navega
Por el Tirreno mar, y á Italia quieres
Llevar su Ilión y sus vencidos Diose.
Empuja allá con ímpetu los vientos,
Hunde sus naves, ó dispersas sean,
Y siembra de cadáveres el ponto.

Catorce ninfas de gallardo talle
A mi servicio están, y entre ellas una
A maravilla hermosa, Deyopéa,
Que en firme lazo juntaré contigo
Y tu esposa será; y en justo premio
De tal favor, á tí por siempre unida,
Padre te hará de descendencia hermosa.»—
Eolo contestó:—«Tu oficio, ¡oh Reina!
Es indicar lo que te place; el mío,
Obedecer humilde tus mandatos.
A tí este Reino, tal cual es, y el cetro
Que empuño debo, y el favor de Jove:
Por tí á la mesa de los Dioses sacros
Asiento digno tengo, y rey potente
Soy de las tempestades y borrascas».

Dijo, y volviendo el cetro, con la punta
Impele el monte cóncavo; y los vientos
Cuál cerrado escuadrón, por donde espacio
Abierto se les dá, rompen con furia,
Y en revuelto huracán barren la tierra.
Échanse al mar, y desde su hondo asiento
Euro y Noto revuélvenlo á porfía,
Y Abrego proceloso, y á la playa
Cual montes vuelcan las hinchadas olas.

Síguese el vocerío de la gente
Y el crugir de las jarcias: luz y cielo
Roban las nubes súbito á la vista
De los troyanos, y la negra noche
Se tiende sobre el mar. Truenan los polos:
Arde el aire en relámpagos contínuos:
Toda la imagen de la muerte ofrece.

Siente Enéas al punto un mortal hielo
Por sus miembros correr; gime y entrambas
Manos al cielo alzando:—«¡Oh una y mil veces
Felices, clama, aquellos que alcanzaron
Morir por dicha á vista de sus padres,
Lidiando al pie de los troyanos muros!
¡Oh tú, varón fortísimo entre toda
La griega gente! ¡Oh hijo de Tideo
Qué en los iliacos campos no lograra
Yo tambien sucumbir, allí exhalando
Mi espíritu á los golpes de tu diestra!
¡Allí donde Héctor, el terrible, yace
Por la lanza de Aquiles traspasado;
Dó cayó el giganteo Sarpedonte;
Donde el Simois revuelve entre sus ondas
Arrebatados multitud de escudos,
Cascos y cuerpos de varones fuertes!»—

Mientras así clamaba, embravecido
El rugiente Aquilón hiere y desgarra

La vela con fragor, y á las estrellas
Alza las olas; trónchanse los remos;
Sin gobierno el bajel tuerce la proa,
Y el costado presenta al oleaje.

Una montaña de agua salta encima
Y la cubierta barre: vense al punto
Unos allá colgando en la eminencia
De la empinada ola; otros divisan,
Abierto el mar hasta el abismo, el fondo,
Y en bullente furor hervir la arena.
Tres naves arrebata el Noto airado
Y á sus peñascos latentes las arroja.—
(A estos peñascos, que en el mar se esconden,
Aras llaman los Italos: escollos
Tremendos á flor de agua). Embiste el Euro
Con otras tres, y (¡oh vista dolorosa!)
A las desnudas sirtes las empuja
Desde alta mar, las embarranca y ciñe
Con muralla de arena.—Una gigante
Ola rugiendo avanza, y á los ojos
Del propio Enéas, contra la alta popa
Rebienta del bajel que conducía
Al fiel Oronte y á los Licios: salta
Sacudido el piloto, y volteando
Cae de cabeza al mar: torna allí mismo
Contra el bajel la ola; le hace en torno
Por tres veces girar, y de repente
Lo sorbe el mar en raudo remolino.

Salen aquí y allí nadando algunos
En aquel vasto abismo: á par flotando
Se ven armas, tablones y tesoros
De Troya, por las ondas esparcidos.
La poderosa nave de Ilionéo
Y la del fuerte Acates, la que á Abante
Lleva, la que el anciano Aletes rige,
Ceden á la borrasca: todas ellas,

De sus costados rota y desclavada
La tablazón, reciben en su seno
Por grietas mil las enemigas ondas.

Neptuno en tanto el gran murmullo siente
Del ponto, y el rugir de la borrasca,
Y su líquido imperio conmovido
Desde el profundo asiento. Con sorpresa,
Por contemplar el mar, sobre las altas
Olas asoma la apasible frente;
Y la armada de Enéas vé dispersa
Por el piélago inmenso, y acosados
A los troyanos por la mar y el cielo.
Cuando esto mira, de su hermana Juno
No se le ocultan el rencor y el dolo.
Al Céfiro y al Euro ante su vista
Llama, y así les dice:—«¿Tal soberbia
Vuestro linaje os dá, que, tierra y cielo,
Sin mi licencia soberana, osásteis,
Oh vientos, remover, y esa terrible
Borrasca alzar? Yo os juro...—Mas primero
Urge aplacar las alteradas ondas;
Que esta insolencia pagareisme en breve
Con sin igual castigo. Presto, osados,
Marchad lejos de aquí, y en nombre mío
A vuestro rey decid que no el imperio
Del mar y el gran tridente fué por suerte
A él concedido, si no á mí. Domine
Allá en buenhora, en el peñasco rudo
Que es, Euro, tu mansión: gócese Eolo
En tal palacio, y á su antojo reine
En la cerrada cárcel de los vientos».
Dijo, y apenas acabó, en serena
Calma tendiose el mar: las apiñadas
Nubes ahuyenta, y restablece el día.
Cimoteo y Tritón, contra el escollo
Estribando á la par, de allí las naves
Desencallan por fin. Neptuno mismo,

Con el tridente ayuda; por en medio,
Les abre paso de las vastas sirtes;
Aplaca el mar, y en sus veloces ruedas,
Sobre las altas ondas se desliza.

Tal cuando á veces se levanta un pueblo
En furioso motín, y el freno rompe
Embravecida la grosera plebe,
Y por el aire vuelan arrojadas
Piedras enormes é incendiarias teas,
Y armas le dá el furor, si á dicha entonces
Aparece un varón de alto respeto,
Por su virtud y méritos, al punto
Callan todos y dóciles le escuchan,
Y él con su voz las voluntades rige
Y los pechos amansa; tal en calma
Quedó el fragor del piélago, con solo
Una mirada de su rey, que suelta
La rienda á sus caballos, bajo un cielo
Despejado y sereno, por las ondas
Tendidas vuela en su brillante carro.

Cansados los de Enéas, la cercana
Tierra ganar procuran, y de Libia
A la costa se tornan.—Hay en ella
Cierta bahía oculta y espaciosa.
Con sus opuestos bordes una isla
Forma el puerto; quebranta allí su furia
El impetuoso mar, rómpese, y corre
Por entrambos canales dividido.
Doquier rocas altísimas: dos de ellas
Hasta el cielo se elevan, y á su sombra
Tiéndese el mar, sereno y silencioso,
A largo trecho. Cubre las alturas
Campo selvoso de verdor brillante,
Do con sombría magestad un bosque
Tenebroso descuella. Hay á su frente,
De encorvados peñascos guarnecida,

Vasta caverna, y un remanso dentro
De dulces aguas, y de viva piedra,
Asientos por doquiera. De las ninfas
Aquella es la mansión. Allí ni amarras
Han menester las trabajadas naves,
Ni aferrarse del ancla al corvo diente.

Con siete solas, única reliquia
De cuantas trajo de su patria, Enéas
Allí arribó. De hollar la tierra anciosos,
Saltan al punto á la anhelada costa
Los troyanos, y tiéndense en la playa,
Sus cuerpos á orear, del mar bañados.
Hiriendo luego el pedernal Acates,
Brota ligera chispa; cunde el fuego
En secas hojas, y aplicado en torno
Alimento mayor, prende la llama.

Sacan con gran fatiga á tierra el grano
Averiado del agua, y los preciosos
Instrumentos de Ceres, y en el fuego
A tostarlos se aprestan, y en la piedra
A molerlos después.—Sube entretanto
A una alta roca Eneas, y por todo
Aquel extenso mar la vista tiende,
Por si tal vez, juguete de los vientos,
Divisa á Anteo, ó los bajeles Frigios,
O á Capis, ó en las popas arbolada
La enseña de Caico.—En vano todo.
Nave ninguna ve.—Solo tres ciervos
Errando por la orilla, y á su espalda,
Una manada entera que, formando
Escuadrón dilatado, por el valle
Paciendo andaba.—Párase, y al punto
El arco toma y las veloces flechas
Que el fiel Acates le llevaba.—Postra
Prímero á los tres guías que ostentaban
Arbóreas astas en la erguida frente;

Dispara luego á la cuadrilla, y toda
Por el fragoso bosque se desbanda.
Síguela, y no desiste hasta que en tierra
Derriba siete corpulentas reses,
Número tal, que iguale al de sus naves.

Vuelve al puerto: la presa entre los suyos
Distribuye, y el vino con que Acestes,
Héroe famoso, en la trinacria playa
Sus toneles llenó por despedida;
Y hablando así, sus pechos contristados
Procura consolar:—«¡Oh compañeros!
(Que ya antes de hoy en padecer lo somos)
A mayores trabajos avezados
Sin duda estais: también á los presentes
Pondrá término un Dios.—¿No sois vosotros
Los que el furor de la rabiosa Scila
Y el tronante bramar de sus peñascos
Supisteis arrostrar? ¿los que de cerca
El antro de los cíclopes mirasteis?
Animo, pues, y el miedo se deseche.
Acaso llegue un día en que con gozo
Estos trabajos recordeis. Por medio
De tan varios sucesos y de tanta
Multitud de reveses, el camino
Ganando vamos hacía Italia, en donde
Tranquilo asiento nos depara el hado;
Que allí concede á nuestro afán el reino
De Troya renovar.—Vivid, amigos:
Guardaos para gozar tiempos felices»—

Dijo; y de angustia poseido, el rostro
Esperanza aparenta, y en el alma
Comprime hondo dolor.—Ellos en tanto
Ponen mano á la presa, disponiendo
El futuro festín. Desuellan y abren
Las reses, unos pártenlas en cuartos
Que palpitando en asadores clavan;

Otros calderas en la playa ponen
Y las aplican fuego.—Al fin las fuerzas
Les vuelve el alimento, y por la verde
Yerba tendidos, hártanse á porfía
De añejo vino y suculenta caza.
Libres del hambre, alzadas ya las mesas,
Larga plática entablan, recordando
Sus perdidos amigos, y fluctúan
Entre el temor y la esperanza: vivos
Éste los juzga, aquel los llora muertos,
Y ya no aguarda que á su voz respondan.
Sobre todos Enéas, ya del bravo
Orontes, ya de Amico la desgracia
Gime, y de Lico la funesta suerte,
Y á Gias y á Cloanto valerosos.

Y ya espiraba el día, cuando Jove
Desde la etérea altura contemplando
El mar de naves lleno, y las extensas
Tierras, las playas y remotos pueblos;
En medio al cielo se detiene, y fija
En los Líbicos reinos su mirada.

Absorto el Dios en pensamientos tales,
Venus con faz tristísima le mira,
Y arrasados en lágrimas sus ojos,
Así les dice:—«¡Oh tú, que los destinos
De hombres y Dioses con eterno imperio
Riges, y el mundo con el rayo aterras!
¿Cuál culpa, dime, contra tí ha podido
Mi Enéas cometer? ¿cuál los Troyanos,
Para que el orbe entero se les cierre,
Por cerrarles la Italia?—Prometido
Me tienes tú que, á renacer tornando
El linaje de Teucro, engendraría,
Andando el tiempo, esa romana estirpe;
Esos grandes caudillos que á sus plantas
Verán la tierra, el mar, el mundo todo.

¿Qué causa, oh padre, tu formal promesa
Te obliga á retirar?—¡Ay! ella sola
Me consolaba en la fatal ruïna
De la incendiada Troya, acá en mi mente,
Oponiendo á un desastre una esperanza!

Mas viendo estoy que la desgracia misma
Los persigue doquier.—¿Cuándo resuelves
Poner fin, oh gran rey, á sus trabajos?

Pudo Antenór, de entre la armada griega
Escapando veloz, cruzar seguro
El mar de Iliria y el Liburnio reino;
Y superar la fuente del Timavo,
Que con alto rumor por nueve bocas
Del monte al mar se lanza, y cual sonante
Piélago sobre el campo se derrama;
Y la ciudad de Padua para asiento
De los Teucros fundar, su nombre darles,
El Troyano blason plantando en ella;
Y hoy en tranquila paz allí reposa.
¡Y nosotros, Señor, progenie tuya,
Nosotros que, del cielo en el alcázar,
Por tí esperamos soberano asiento,
Nuestras naves perdemos (¡oh desdicha!)
Y por agenas iras se nos veda
Llegar á Italia, y lejos de sus playas
Se nos arroja!—¿El galardón á este
Debido á la piedad?—¿Así el imperio
Ofrecido por tí nos restituyes?—

Dulce sonríe el padre de los Dioses,
Y con aquel semblante que serena
Tempestades y cielo, á la hija amada
Cariñosa besó, y así le dijo:—
«No temas, Citeréa: es inmutable
De los tuyos el hado.—De Lavinio
Tú verás la ciudad, tú las murallas

Prometidas verás, y en las estrellas
Colocarás del soberano cielo
Al magnánimo Enéas.—No se rompe
Mi palabra jamás.—Y pues te apura
Ese cuidado tanto, oye, que quiero
Hasta edades remotas descubrirte
Del hado los recónditos arcanos.
El en Italia una tremenda guerra
Sostendrá; domará pueblos feroces;
Ciudades fundará, y usos y leyes
Dará á sus hijos; y en el Lacio al cabo
Tres estíos veranle y tres inviernos
Reinar sobre los Rútulos vencidos.
Sucederale el niño Ascanio, que hora
Iulo añade á su nombre; (*Ilo* llamado
Cuando existió Ilion.) Verá en el trono
Treinta giros del Sol en torno al orbe;
Y trasladando de Lavinio el reino,
Asentaralo en Alba: Alba-la-longa,
Por él de inmensa fuerza coronada.
Ya de año en año allí los hijos de Hector
Trescientos reinarán, hasta que *Ilia*,
Reina y sacerdotisa, en solo un parto,
Dos gemelos dé á luz, prole de Marte.
Será uno dé ellos Rómulo, que alegre,
Sobre sus hombros por blason llevando
La roja piel de su nodriza loba,
Juntará un pueblo, la ciudad de Marte
Fundará, y á sus nuevos moradores,
Romanos llamará del nombre suyo.
A estos *Romanos* ni barrera pongo,
Ni término señalo: les he dado
Un imperio sin fin.—Y hasta la misma
Juno, esa áspera Juno, que hoy medrosa
Fatiga el mar, la tierra y el Olimpo,
A consejo mejor tornará un día,
Y á par conmigo exaltará al Romano
Togado pueblo, rey del universo.—
Tal es mi voluntad.—Las venideras

Edades, en humilde servidumbre
De la casa de Asáraco á las plantas
Verán á Phtia y á la gran Micenas,
Y subyugada y sierva á Grecia toda.
De esta troyana esclarecida sangre
Nacerá César, que heredando el nombre
De *Julo* el grande, llamarase *Julio.*
Límite de su imperio será solo
El oceano, y de su fama el cielo.
Cargado con despojos del oriente
Recibirasle en el Olimpo un día,
Y aras y culto le dará la tierra.
Entonces ya, las lides apagadas,
El aspereza de los siglos rudos
Suavizándose irá, y el universo
Por la cándida fe será regido,
Y por la pura Vesta y los hermanos
Quirino y Remo. Las funestas puertas
Del templo de la guerra, con cerrojos
Fuertes serán cerradas: ni el más leve
Resquicio quedará. Dentro el impío
Furor sentado sobre horrendas armas,
Y con cien férreos nudos, ambos brazos
A la espalda amarrados, roncos gritos
Exhalará de la sangrienta boca.»—

Esto dijo: y bajar del alto cielo
Mandó al hijo de Maya, y en las tierras,
Y de Cartago en los recientes muros,
Hacer que hallasen acogida franca
Y hospitalario albergue los troyanos;
No aconteciese que ignorando Dido
Los decretos del hado, de su reino
Los quisiera arrojar.—Las alas bate
El mensajero, y por los aires vuela,
Y á las Líbicas playas raudo baja,
Y su mandato cumple.—Ya deponen
La natural ferocidad los Penos,

Por voluntad del Dios; y más que todos,
La reina Dido penetrar se siente
De espíritu apacible y de benigna
Inclinación en pro de los Troyanos.

En tanto el pío Eneas, que en la noche
Mil varios pensamientos revolvía,
Al primer rayo de la blanca aurora,
Salió á explorar los ignorados sitios.
Saber quería, y á los suyos luego
Con certeza contar, á que regiones
Los arrojara el viento, y si habitadas
Eran de hombres ó fieras, tan incultas
Se mostraban doquier.—En medio á un bosque,
Bajo cavada roca guarecidas,
Con árboles en torno y densas sombras,
Sus naves ocultó, y acompañado
De solo Acates, el camino emprende,
Y dos venablos en la diestra empuña
De ancha punta acerada.—De la selva
Iba por la mitad, cuando á su encuentro
Sale su madre, en traje, rostro y armas,
A doncella Espartana semejante,
O á la Amazona Harpálice, que aguija
Sus caballos, y vence en la carrera
Del Hebro la corriente arrebatada.
Tal iba, á fuer de cazadora, el arco
Ligero de los hombros suspendido,
La cabellera desparcida al viento,
Desnuda la rodilla, y con un lazo
Por encima la túnica prendida.
Ella primero adelantose á hablarles
De esta manera:—¡Eh! jovenes, decidme
Si á una de mis hermanas por acaso
Visteis en estos sitios, con aljaba,
Y con pellico de manchado lince;
O si su voz oísteis acosando
En la carrera al jabalí espumoso.»

Así Venus habló, y así su hijo
Le responde:—No he visto yo á ninguna
De tus hermanas, ni su voz tampoco
Ha llegado hasta mí.—Mas dime, ¡oh virgen,
¿Por quién debo tomarte?: tu semblante
No es de mortal, ni humano es el sonido
De tu voz. Ciertamente tú eres Diosa,
De Febo hermana, ó de las Ninfas una.
Vive feliz, y dale algún alivio
A nuestro afán, diciéndonos qué cielo
Es este que nos cubre, en qué regiones
Nos hallamos por fin. Peregrinando,
Sin conocer ni sitios ni habitantes,
Andamos por aquí, donde los vientos
Nos arrojaron y las ondas bravas.
Habla, y de muchas víctimas, ¡oh Diosa!
Cubrirán nuestras manos tus altares.»—
Venus le respondió:—«No soy, por cierto,
Digna de tal honor. Llevar aljaba,
Uso es común en las doncellas Tirias,
Y en purpúreo coturno el pié calzado.—
Viendo aquí estás las Púnicas comarcas,
La ciudad de Agenor, el tirio pueblo.
De la Libia son estos los confines,
Gente en la lid feroz.—La tiria Dido,
Huyendo de su hermano, aquí los muros
Alza de una ciudad, y en ella impera.
Largo el relato de su ofensa, largos,
Sus pormenores son. Narrarte solo
Lo culminante de la historia quiero.
Su esposo era Siquéo. No le había
En Fenicia más rico, ni que fuera
De su mísera esposa más amado.
Entregósela el padre tierna virgen,
Con felices presagios.—Mas en Tiro,
Su hermano Pigmalión reinaba entonces,
El malvado mayor de los malvados.—
Pronto el furor á dividirlos vino.—
Ciego este impío del amor del oro,

Dió al incauto Siquéo, ante las aras,
Secreta muerte á hierro, sin cuidarse
Del amor de su hermana.—Largo tiempo
Fingió el perverso, y el suceso oculto
Supo tener, con vanas esperanzas
Entreteniendo á la apenada amante.
Mas ya en sueños, por fin, la imagen misma
Le apareció del insepulto esposo,
Pálido el rostro y con terrible aspecto;
Mostró el desnudo pecho, traspasado
Por el hierro ante el ara, y el delito,
En la casa ignorado, hizo patente.
Acelerar su fuga le aconseja
Y abandonar la patria; y porque sirvan
A su marcha de auxilio, le descubre
Escondidos tesoros, suma inmensa
De plata y oro, en tierra sepultada.
Conmovida á tal nueva, apresta Dido
Con los suyos la fuga. Al propio trance
Se aperciben también los que al tirano
Tienen odio mortal, ó inmenso miedo.
Echan mano á las naves, que por suerte
Aparejadas hallan; su oro en ellas
Cargan, y las riquezas del avaro
Pigmalión por el mar desaparecen.
¡Fué una mujer quien dirigió la empresa!
Llegaron á estos sitios, donde ahora
Las ingentes murallas y el alcázar
De la nueva Cartago alzarse miras,
Y del suelo compraron, que por eso
Lleva el nombre de *Birsa,* cuanto espacio
La piel de un toro circundar pudiera.
Mas ¿vosotros quién sois? ó ¿de qué playas
Venís? ó ¿donde vais?—«El, con suspiros
Y voz que arranca del profundo pecho:
«¡Oh Diosa!, le responde, si intentara
Desde su origen referir la historia
De los trabajos nuestros, y en tí hubiera
Vagar para escucharla, antes que diese

A mi relato fin, ya muerto el día,
Negra tiniebla encapotara el cielo.
Desde la antigua Troya (si es que acaso
Llegó el nombre de Troya á vuestro oído)
Llevados fuimos por diversos mares,
Hasta que recia tempestad ahora
Nos arrojó á las líbicas riberas.
Yo soy el pío Enéas, cuya fama
Sobre los cielos vuela. Mis Penates
Logré arrancar de la enemiga hueste,
Y conmigo los llevo. Voy buscando
Mi patria Italia. Del supremo Jove
Mi linage desciende. Veinte naves
Saqué del Frígio mar, y el derrotero
Que la Diosa, mi madre, me mostraba,
Seguí, cumpliendo con la ley del hado.
Siete apenas me quedan, de las olas
Maltratadas y el viento. Y yo aquí solo,
Sin auxilio, ignorado, piso errante
Los desiertos de Libia, repelido
De la Europa y del Asia.»—Ya sus quejas
Sufrir no pudo enternecida Venus,
Y su dolor interrumpiendo, dijo:
«Seas quien fueres, de los Dioses, creo,
No es odiada tu vida; marcha ahora
Y á la Tiria Ciudad lleva tus pasos,
Y á los umbrales de la Reina llega.
Porque te anuncio que á tu lado en breve
Verás á tus amigos, y tu armada
En segura mansión, trocado el viento:
Si no en vano mis padres me enseñaron
La ciencia del agüero.—¿Doce cisnes
Allí no miras, en bandada alegre,
Ha poco en el espacio amedrentados
Por el ave de Jove que sobre ellos
Se deslizó de la región etérea?

Ya en prolongada hilera tierra toman,
O á tomarla se aprestan... ¿Ves cual baten

Las resonantes alas, y rodean
En corro el cielo, desatando el canto?
No de otra suerte los bajeles tuyos
Y tus gentes, ó entraron ya en el puerto,
O van á entrar con desplegadas velas.
Parte sin detención; y por la vía
Que te conduce allá, dirige el paso.»
Dijo, y marchando, su cerviz de rosa
Resplandeció de luz; olor divino
De celeste ambrosía sus cabellos
Esparcieron en torno; flotó en tierra
Hasta los pies la veste, y en su marcha
Se descubrió la verdadera Diosa.
Conoce Enéas á su madre, y esto,
Siguiéndola en su fuga, le decía:
—«¿Y tú también, cruel, al hijo tuyo
De nuevo engañas con mentida forma?
¿Por qué le niegas que á tu diestra pueda
Juntar su diestra, y departir contigo
En coloquio veráz?»—Así la causa,
Y hácia los muros encamina el paso.
Venus al punto á entrambos caminantes,
Cerca de oscuro ambiente, y con un velo
De niebla densa los envuelve en torno;
Porque ni vistos ni ofendidos sean,
Ni los detenga nadie, ni les pida
De su viaje razón.—Ella su vuelo
Dirige á Pafos, y su caro albergue
Torna gozosa á ver. Allí erigido
Un templo tiene, donde en cien altares
Arde el Sabeo incienso, y frescas flores
Al aire exhalan regalado aroma.
Tomaron ellos el camino en tanto
Por do la senda los guiaba: suben
A un collado que altísimo se encumbra,
La ciudad dominando, y de su cima
La muralla y alcázares descubren.
Maravíllase Enéas contemplando
Aquella inmensa mole, allí do fueron

Otro tiempo cabañas de pastores.
Admíranle las puertas, y el bullicio,
Y el pavimento de las anchas calles.
Allí los Tirios con ardor se afanan:
Unos se ocupan en alzar los muros,
En trazar el alcázar, y las piedras
Acarrean á brazo; otros eligen
Solar para su casa, y con un surco
En derredor lo acotan: templos, curias,
Y la sacra mansión para el Senado.
Aquí cavan el puerto: hondos cimientos
Echan allí para un teatro, y labran
De roca inmensa altísimas columnas,
Noble ornamento á la futura escena.

Tal las abejas su labor emprenden
Por los floridos campos, cuando brilla
El sol primaveral; y ya conducen
Los adultos enjambres, ya las mieles
Líquidas cuajan, y su dulce néctar
Por las celdillas del panal derraman,
O á las que llegan de la carga alivian,
O en cerrado escuadrón, de la colmena
Los inútiles zánganos arrojan.
Hierve el trabajo, y á tomillo esparcen
Olor en torno las fragantes mieles.
«¡Oh, dichosos aquellos, dice Enéas,
Que ya sus muros elevarse miran!»
Y contempla los altos edificios.
Penetra en medio de la gente, siempre
Cercado de la niebla, ¡oh, maravilla!
Mézclase entre ellos, y de nadie es visto.
Un bosque había de apacible sombra
En medio á la Ciudad, donde los Penos,
Que allí un día arrojaron las borrascas,
En la tierra cavando, un signo hallaron
Deparado por Juno: la cabeza
De un valiente caballo, testimonio
De que en los siglos fama ganarían

De gente sóbria, y en la guerra insigne.
Allí un gran templo la Sidonia Dido
A Juno edificaba, ricos dones
Ostentando, y la imagen de la Diosa.
De bronce eran las gradas que ascendían
Hasta el umbral del pórtico, de bronce
Las columnas: los quicios rechinaban
Con el girar de las ferradas puertas.
Allí por vez primera un nuevo objeto
Contempla Enéas, que el temor le calma,
Y osa esperar salud por vez primera,
Y hallar alivio á su aflicción confía:
Que mientras de la Reina la llegada
Aguardando recorre el vasto templo,
Y lo examina todo y la opulencia
De la nueva ciudad entre sí admira,
Y la rica labor de obras preciosas
De ingeniosos artífices, de pronto,
Ven sus ojos, por orden, los combates
De la troyana guerra, cuya fama
Vuela ya por los ámbitos del Orbe.
Ve á Agamenón y á Priamo, y á Aquiles,
Implacable con ambos.—Se detiene,
Y con lágrimas dice: «¿Dónde, Acates,
Hay ya sitio ó región en la ancha tierra
Que no llene la voz de nuestras cuitas?
¿A Priamo no miras?—Justo premio
Aquí también á la virtud se otorga:
También aquí se llora el ¡infortunio
Conmueve aquí las almas!—Deja el miedo,
Y de esta fama la salud espera.»
Esto dice, y recrea sus miradas
En la inerte pintura; le contrista
De casos varios el recuerdo aciago,
Y largo llanto sus mejillas baña.
Los combates contempla que vió un día
En derredor de Pérgamo; los griegos
Huyendo aquí de la troyana hueste.
Allí los Frigios, que en su carro acosa

El penachudo Aquiles. No distante,
Reconoce con lágrimas, de Reso
Las blancas tiendas por traición vendidas
Al hijo de Trideo, que en las horas
Del primer sueño, penetrando en ellas,
Las devastó con hórrida matanza;
Y del vencido los corceles bravos
A su campo llevó, sin que gustasen
De Troya el pasto, ni de Janto el agua.
En otra parte, á Troilo fugitivo,
Al mancebo infeliz, que con Aquiles
Osó medirse en desigual combate,
Sus caballos arrastran; de sus armas
Desnudo va, sobre su propio carro
Derribado de espaldas, y aun las riendas
En la mano empuñando. En tierra tocan
Su cabeza y cabello desgreñado,
Que el suelo barre, y con la lanza vuelta,
Abriendo va en el polvo un largo surco.
En tanto, al templo de la adversa Palas,
Las doncellas de Ilión, suelto el cabello,
Suplicantes, llorosas, con las manos
Golpeando su pecho, un péplo llevan
Por ofrenda á la Diosa, que los ojos
De ellas aparta y en la tierra fija.
Tres veces arrastrado en torno al muro
De Troya el cuerpo de Héctor, á su padre
Allí Aquiles lo vende á peso de oro.
De su profundo pecho lanzó Enéas
Un gran gemido, los despojos viendo,
Y el carro, y el cadáver de su amigo,
Y á Priamo tender la mano inerme.
A sí propio también viose mezclado
En recia lid con los caudillos griegos,
Y descubrió las orientales huestes,
Y del negro Memón también las armas.
Guiando su falange de Amazonas,
De lunados broqueles, al combate
Se arroja con furor Pentesiléa,

Que por debajo del cortado pecho
Atado lleva el ceñidor dorado,
Y virgen es, y con varones lucha.

Mientras suspenden al dardánio Enéas
Tan altas maravillas, y los ojos
En cada objeto embebecido fija,
He aquí que al templo se adelanta Dido,
La hermosísima reina acompañada
De numerosa juventud en torno.
Cual Diana en la margen del Eurotas
O en las cumbres de Cinto, el coro guía,
Y acuden mil Oréadas formando
Apiñado cortejo en torno suyo:
Ella, la aljaba al hombro suspendida,
Entre las diosas marcha, y sobre todas
Descuella en magestad; y henchido el pecho
Siente Latona de secreto gozo.
Tal Dido apareció: tal iba ufana
Entre todos marchando, y á las obras
Impulso daba y al futuro reino.
Entra en el templo, y sobre excelso trono
Debajo de la cúpula erigido,
Cercada de guerreros toma asiento,
Y mientras leyes y sentencias dicta,
Y las diversas obras entre todos
Con equidad reparte, ó dá por suerte,
Vé de improviso Enéas acercarse
En gran tropel á Antéo y á Sergesto,
Y al valiente Cloanto, y varios otros
De los troyanos que la negra furia,
De la tormenta dispersó, y llevados
A otras orillas por las ondas fueron.
Pásmase Enéas, y á la par Acates
Y entre gozo y temor, ambos ardían
En vivas ansias de estrechar sus manos;
Mas del suceso la ignorada causa
Sus ímpetus embarga: disimulan,
Y en la cóncava nube guarecidos,

Averiguar esperan cúal la suerte
De aquellos hombres es, en qué riberas
Han dejado sus naves, con qué objeto
Se dirigen allí. De los bajeles
Los jefes eran, que favor pedían,
Y con clamor al templo se acercaban.
Entran, y obtienen para hablar permiso;
Y el principal de todos, Ilionéo,
Con plácida expresión así comienza:
¡Oh reina! tú á quien Júpiter concede
Nueva ciudad fundar, y en justo imperio
Fieras gentes regir, á tí acudimos
Estos troyanos míseros, llevados
De mar en mar por fieros huracanes.
¡Oh! no permitas que inhumano fuego
Incendie nuestras naves: gracia otorga
A este pío linaje, y nuestra suerte
Benigna mira con propicios ojos.

No con el hierro á derribar venimos
Los Líbicos Penates, ni á llevarnos
El robado botín á los bajeles:
No hay para tanto en nuestras almas fuerza,
Ni tal soberbia en los vencidos cabe.
Hay una antigua tierra, que los griegos
Hesperia llaman, belicosa y fértil.
Los Enotrios varones la habitaron,
Y segun fama, Italia la apellidan
Sus hijos hoy, del nombre de su jefe.
Nuestro rumbo era allí. Mas de improviso.
Alzase el Orion tempestuoso,
Y agita el mar, y á los latentes vados
Nos arrojan los austros bramadores,
Y á la borrasca vence, y por las ondas
Entre fieros peñascos nos arrastra.
Por fin á vuestras costas arribamos
Los pocos que aquí ves.—Mas ¿qué linaje
De gentes hay aquí? ¿Qué pueblo es este,
De costumbres tan bárbaras, que niega

Hospedaje en su playa y nos acosa,
Hasta impedirnos asentar la planta
En la primera tierra que tocamos?
Si con desprecio tal á los mortales
Y su fuerza mirais, temed al menos;
A los Dioses temed, que nunca dejan
Sin premio al bueno, sin castigo al malo.
Nuestro rey era Enéas; más piadoso
Varón, más justo, ni menos guerrero
No hubo jamás. Si nos lo guarda el hado,
Si aura vital respira, si aun no habita
El pavoroso reino de las sombras,
Nada nos acobarda; y de haber sido
Tú la primera que nos des amparo,
No te arrepentirás. Ciudades y armas
En Sicilia tenemos, donde el noble
Acestes reina, de troyana sangre.
Licencia danos de sacar á tierra
Nuestras naves del viento maltratadas,
Y madera cortar en estos bosques,
Y de remos armarlas. Si de nuevo
A nuestro rey y amigos recobramos,
Y nos es dado navegar á Italia,
Con gozo á Italia, al Lácio partiremos.
Si huye toda salud; si en sus abismos,
¡Oh, de los Teucros amoroso padre!
Te esconde el mar de Libia; si una pérdida
Vemos de Yulo la esperanza, al menos
Por el mar Siciliano hagamos rumbo
A la región de donde aquí vinimos,
Y donde amigo asiento nos aguarda,
Y allá volvamos junto al rey Acestes».
Así dijo Ilionéo; y un murmullo
De aprobación entre los Teucros suena.
Dido entonces, los ojos inclinando,
Esto en breves palabras le responde:
«Troyanos, desterrad de vuestras almas
Todo temor, y respirad tranquilos.
Grave ocasión, y mi naciente reino,

Tal me aconsejan, y á distancia larga
Fuerzas tener que mis fronteras guarden.
¿Quién hay que á los de Enéas desconozca,
Y á Troya, y sus hazañas, y sus héroes,
Y los horrores de tan cruda guerra?
No somos, no, de condición tan ruda
Los Penos, en verdad; ni sus caballos
Tan lejos unce el Sol del Tirio pueblo.
Ora á la grande Esperia y de Saturno
A los campos marcheis, ora á la falda
Del Erix os volvais al rey Acestes,
Con segura custodia y con socorros
De mi reino saldreis. Si aquí conmigo
Quedaros preferís, contad por vuestra
Esta ciudad que fundo, los bajeles
Sacad á tierra: tirios y troyanos
Formarán para mí tan solo un pueblo.
¡Y ojalá el mismo viento á estas regiones
Lanzado hubiera á vuestro rey Enéas!
Mas yo las costas y la Libia toda
Registrar mandaré, por si perdido
Vaga errante por selvas ó ciudades».
Al oir tal discurso, el padre Enéas
Y el esforzado Acates, ya alentados,
En ansia ardían de romper la nube.
Y Acates el primero así le instaba:
«Hijo de Venus, ¿qué te dicta ahora
El corazón? Asegurada miras
Nuestra suerte: las naves, los amigos
Acogidos están: solo uno falta,
Uno que entre las ondas sumergirse
Con nuestros ojos vimos: lo restante
Responde de tu madre á las palabras».
Al decir esto, rásgase de pronto
La nube que los cerca, y se evapora
Desvanecida en el etéreo espacio.
Enéas aparece: le ilumina
La clara luz, y en rostro y continente
Aseméjase á un Dios; su misma madre

Hermoseó su cabellera, y dióle
Purpurea luz de juventud lozana,
Y dulce magestad puso en sus ojos.
Tal, ingenioso artífice decora
El marfil, y la plata ó marmol Pário
Con baño de oro refulgente cubre.
Así á la reina entonces, así á todos
El de improviso apareciendo dice:
«Ved aquí el que buscabais: yo el Teucro Enéas
Soy, de las ondas Líbicas salvado.
¡Oh, reina! Tú, la sola que de Troya
Mueven á compasión los grandes males,
Tú que á nosotros, restos escapados
Del Aquivo furor, y en cuanto ofrecen
Tierras y mares de accidentes duros,
Agotado el sufrir, faltos de todo,
En tu ciudad, en tu palacio acoges,
A darte digna recompensa, ¡oh Dido!
No alcanzamos nosotros, ni alcanzaran
Cuantos hoy viven del Dardanio pueblo
Del orbe por el ámbito esparcidos.
Los Dioses, si hay en el Olimpo algunos
Que galardonen la piedad, si aun queda
Un resto de justicia, á tí los Dioses,
Y la conciencia de tu acción, el premio
Merecido te otorguen. ¡Oh, dichoso
Siglo que te dió el ser! ¡dichosos padres,
Que dignos fueron de engendrar tal hija!
¡En tanto que á la mar corran los ríos;
En tanto que la sombra gire en torno
De la montaña; en tanto que los cielos
Se tachonen de estrellas; donde quiera
Que yo habitare, vivirá conmigo
Tu honor, tu nombre, tu alabanza siempre!»
Esto dijo, y tendió la diestra mano
A su amigo Ilionéo, y la siniestra
A Seresto, y después á los restantes,
Y á los valientes Gías y Cloanto.

Pasmó primero á la Sidonia Dido
El aspecto de Enéas, y su historia
Peregrina después, y así le dice:
«¿Qué destino fatal, hijo de Vénus,
A tantos riesgos te arrastró? ¿Qué mano
A estas riberas bárbaras te arroja?
¿Con que eres tú en verdad, aquel Enéas
Que del Dardanio Anquíses la alma Venus
Dió á luz á orillas del troyano Símois?
Bien recuerdo que, echado de su patria,
Llegó Teucro á Sidon, y nuevo Estado
Quiso fundar con el favor de Belo.
Belo, mi padre, en la opulenta Chipre
Lidiaba á la sazón, y victorioso
A su imperio sujeta la tenía.
Ya entonces yo de la ciudad Troyana
Noticias tuve, y de su triste historia,
Y de tu nombre, y de los Reyes Griegos.
Que él mismo de los Teucros enemigos
Grande alabanza hacía blasonando
De descender de aquella antigua raza.

Así, pues, sin temor venid, mancebos,
Y con nosotros habitad.—Por trances
Iguales á los vuestros la fortuna
Me arrastró á mi también, hasta que al cabo
Fijar mi asiento en esta tierra quiso.
Mísera fuí; del mísero me duelo»
Estos recuerdos hace, y luego á Enéas
A su palacio lleva, y á los Dioses
Manda hacer en los templos sacrificios.
También dispone que á la playa lleven
A la gente de Enéas veinte toros,
Cien recios lomos de gigantes cerdos,
Cien cebados corderos con sus madres,
Y el dulce néctar del alegre Baco.
Con regia pompa lo interior adornan
Del gran palacio, preparando en medio
La sala del festín: cuelgan tapices

Bordados con primor de rica grana.
Las mesas cubre inmensa argentería,
Donde en oro esculpidos aparecen
Los hechos de sus ínclitos mayores,
Série inmensa de hazañas, que ilustraron
A tantos héroes, y que allí figuran
Desde el origen de su antigua raza.
En tanto Enéas, cuya mente agita
El paternal amor, ordena á Acates
Pronto á las naves ir, y que esto cuente
A Ascanio, y á palacio lo conduzca.
¡Solo en su caro Ascanio el padre piensa!
Ordénale además ricos presentes
Traer, salvados del troyano incendio:
Un manto que recaman signos de oro,
Y un velo, cuyos bordes festonea
Franja de rubio acanto: adornos ambos
Que sacó de Micenas cuando huyendo
A celebrar á Pérgamo partía
La Argiva Elena sus infandas bodas:
Dones preciosos de su madre Leda.
También el cetro que en Ilion un día
La hija mayor de Príamo llevaba,
Y una sarta de perlas para el cuello,
Y una corona de preciosas piedras
Engastadas en oro.—Presuroso,
Por todo Acates á las naves corre.

Mas Vénus en su mente nueva astucia,
Nuevo proyecto forja: hacer intenta
Que tomando Cupido el rostro y talle
Del tierno Ascanio, junto á Dido llegue,
Y con los dones en la reina encienda
Furioso amor, y abrase sus entrañas,
Porque aquel hospedaje mal seguro,
Y de los Tirios la doblez, le asusta.
Juno atroz la atormenta, y con la noche
Sus sobresaltos crecen, de tal suerte,
Que á su ligero Amor esto le dice:

«Hijo, en quien miro mi poder, mi fuerza;
Tú el único, hijo mío, que no temes
El sumo dardo que rindió á Tiféo:
A tí me acojo, y suplicante pido
Favor á tu deidad.—Tu hermano Enéas,
Errante por el mar, de playa en playa
Se vé, por ódios de la inícua Juno.
Tú bien lo sabes; tu dolor mil veces
Respondió á mi dolor, La Tiria Dido
Ora le hospeda, y con palabras blandas
Le guarda junto á sí.—Mas yo recelo
De un hospedaje que consiente Juno:
Que ella no cesa en sus intentos nunca.
Así á la Reina con mi industria pienso
Antes ganar, y en llamas abrasarla,
No la cambie otro Dios, y hacer que á Eneas
Ame con tanto amor como yo misma.
Esto has de hacer, y escucha de qué modo:
El régio infante, en quien me miro ahora,
Al llamamiento de su caro padre,
A la Tiria ciudad marchará en breve,
Llevando los presentes rescatados
De la borrasca y del Troyano incendio.
Yo, en profundo letargo adormecido,
En las sacras mansiones de Citera
Le esconderé, ó en el Idálio bosque;
No al saber el engaño, se presente.
Tú, por sola una noche, su semblante
Toma; y pues eres niño, de otro niño
Sabrás fingir el conocido aspecto.
Y cuando Dido, de alborozo llena,
Te acoja en su regazo, entre la bulla
Del festín régio, y al calor del vino,
Y te abrace, y te imprima dulces besos,
Introduce en su pecho el fuego oculto,
Y el veneno de amor vierte en su alma...»
Obedeciendo de su cara madre
Los mandatos, Cupido, se despoja
De sus alas al punto, y parte alegre,

Igual en rostro y continente á Yulo.
Vénus entonces en Ascanio infunde
Un plácido sopor, y en su regazo
Abrigado lo lleva á los repuestos
Bosques de Idalia, do con blandas flores
El oloroso almoradúx le cubre
Y le rodea de apacible sombra.—
Obediente á su madre iba Cupido
Llevando alegre los presentes regios
A los tirios, guiado por Acates.
Llega, cuando la Reina en medio ocupa
Su aureo lecho de espléndidos tapices;
Llega Enéas también y sus Troyanos,
Y en purpúreos estrados se recuestan.
Agua para las manos dan los pages;
De las cestas el pan sacan, y cubren
Las mesas con finísimos manteles.
Cincuenta mozas dentro, en larga fila,
Preparan las viandas, y alimentan
La llama á los Penates. Otras ciento,
Y cien mancebos á la par, iguales
Con ellas en edad, las mesas cargan
Con los manjares, y las copas sirven.
Y muchos Tirios á la alegre fiesta
También acuden, á quien Dido manda
Recostarse en los lechos de colores.
Todos el don magnífico de Enéas
Admiran, y de Yulo la hermosura,
La faz resplandeciente, y las palabras
Simuladas del Dios; el manto admiran,
Y el velo con festón de rubio acanto.
Más sobre todos la infelice Dido,
Ya sentenciada á próximo desastre,
No se sácia mirando, y más se abrasa
Cuanto lo mira más, y á par las joyas,
Y el niño hermoso el alma le conmueven.
Él, cuanto á Enéas abrazó, y colgado
A su cuello, colmó al supuesto padre
De inmenso amor, dirígese á la Reina.

Ella con ojos y con alma toda
Se fija en él, y siéntalo en su falda,
Y lo acaricia: la infeliz no sabe
Cuál es el Dios que estrecha entre sus brazos
El los mandatos de su madre Venus
Recuerda entonces. y á borrar comienza
Del corazón de Dido, poco á poco,
La imagen de Siquéo, y con activo
Amor intenta trastornar de nuevo
Aquel pecho que vive ha tiempo ocioso,
Y aquel alma de amores olvidada.
Da fin la cena; se alzan los manteles,
Y en las mesas colocan grandes copas,
Y de vino las llenan. A su vista
Rompe inmenso clamor. El vocerío
Del palacio en los ámbitos retumba.
Cuelgan de los dorados artesones
Mil encendidas lámparas, que ahuyentan
Con viva llama las nocturnas sombras:
La Reina entonces que le traigan pide
La copa de oro y de preciosas piedras
De gran peso y valor, que desde Belo
Siempre usaban sus régios descendientes.
Guardan silencio todos; y ella dice:
- «Júpiter, pues por tí la ley se acata
De la hospitalidad, haz que este día
Feliz á Tirios y á Troyanos sea,
Y viva eternamente en la memoria
De nuestros hijos. Que descienda Baco,
Numen de la alegría, y la benigna
Juno con él.—¡Oh Tirios! y vosotros,
La unión presentes celebrad propicios».—
Dijo, y libó en la mesa el dulce néctar,
Y el borde de la copa con los lábios
Tocando apenas, se la entrega á Bicias,
Y le incita á beber. El, sin demora,
El licor espumante ansioso apura
De la aurea taza, y se salpica todo.
Siguen su ejemplo los demás señores.—

Pulsa el crinado Yopas la dorada
Cítara en que aprendió del grande Atlante:
Canta el curso del sol, la errante luna,
Donde el origen de animales y hombres
Está, y el de la lluvia y el del rayo:
Canta á Arturo, las Hiadas pluviosas,
Los gemelos Triones; por qué causa
Corren los soles invernales tanto
A hundirse en el Océano, y las noches
El paso acortan tardo y perezoso.—
Rompen luego los Tirios á porfía
En grande aplauso, y siguen los Troyanos.—
La noche entanto en pláticas diversas
Entretenía la infelice Dido,
Bebiendo largo amor. Mucho pregunta,
Ora acerca de Priamo, ora de Héctor;
Ya en las fuerzas con que á Troya vino
El hijo de la Aurora; ya del lance
De los caballos de Diomedes; ora
Noticias sobre Aquiles.—Y al fin dijo:
«Ea, mejor será que nos relates,
Huésped, desde su origen las astucias
De los Griegos, la historia de los tuyos,
Y de su vida errante, pues ya has visto
Siete giros del sol, vagando siempre
Por tantos mares y por tierras tantas.

Á DON ALBERTO LISTA

EN SUS DIAS

ODA

Del blando lecho de *Titón* hermoso
La sonrosada aurora
Gallarda se lanzó: rauda traspasa,
Precursora del astro refulgente,
Los piélagos de Tetis,
Y á los campos llegó que riega el Bétis.
Oye la lira y el cantar sonoro
Del inmortal *Fileno*, (1)
Que la *inocencia* lamentó *perdida;*
El vuelo enfrena, y al felice vate,
Que admiración inspira,
«¿Qué cantas, dice, en la templada lira?»

«¿Segunda vez, acaso la inocencia,
De la tierra alejada
Lamentas, ó de nuevo el fiero trono
Que la superstición erige altiva,
Y el negro fanatismo,
Lanzas, á la mansión del hondo abismo?» —

---

(1) *Reinoso*, autor del poema *La Inocencia perdida;* compañero y amigo de Lista.

«No, le responde el vate, interrumpiendo
Su dulcísimo canto:
El fiero monstruo que mi voz hundiera,
Para siempre le hundió: la virtud pura
A la tierra tornada,
Tiene en ella por fin digna morada».

«Que Anfriso nace; y la virtud sublime,
La cándida inocencia,
Fugitivas doquier, buscando errantes
Asilo do morar, vieron su pecho,
Y en su pecho anidaron,
Y virtud é inocencia le inspiraron».

«Este día feliz, cuyos albores,
Bella aurora, derramas,
Le vió nacer: el caudaloso Betis,
Torciendo ufano su corriente pura,
Besar la cuna quiso
Do reposaba el envidiado Anfriso».

«Y la orgullosa frente levantando,
De laurel coronada,
Al sacro *Tajo*, al rápido *Garona*,
Y al *Ródano* y al *Pó* y al *Manzanares*,
La vista audaz tendía,
Clamando ufano: «¡la victoria es mía!»

«En su cándida mente el mismo Apolo
La ternura derrama
De Anacréon, y del sublime Horacio

La poderosa enérgica armonía;
Baja del Pindo y llega,
Y su templada cítara le entrega».

«Anfriso canta; y Píndaro y Horacio,
Y cien vates y ciento,
Cantan, y ceden al cantor del Betis,
Y la vencida cítara deponen;
Y el coro de Helicona
Su docta frente de laurel corona».

«Ya las cuerdas hiriendo dulcemente,
Las blandas guerras canta
De la madre de Amor; ya más robusta
La voz engrandeciendo, tu salida,
Del día precursora,
Mensajera del sol, celeste aurora».

«Canta *la tolerancia* (1) y á sus ecos
La espelunca horrorosa
Crujiendo se desploma, y sus ruïnas
Y sus ministros bárbaros consume
La hoguera aborrecida,
En su seno por siglos encendida».

«Pregunta al justo, quién el dulce encanto
De la virtud divina
En su pecho inspiró; pregunta al malo
Quién su maldad impávido combate;

(1) Alude á la oda de *Lista* que lleva ese título.

Pregunta á los pastores,
Si amores sienten cuando canta amores».

«A mi pecho pregunta do se anida
Inextinguible fuego
De sagrada amistad. Sí, caro *Anfriso,*
Tuya es mi voz, mi dulce risa tuya,
Tuyo mi triste llanto,
Mi voz, remedo informe de tu canto».

Dijo *Fileno;* y con el plectro de oro
Hirió la acorde lira;
Y en los senos del Betis cristalino
El canto resonó. La frente alzando,
El Dios lo escucha; atento,
Callan las aves, enmudece el viento.

1825.

IMITACION DE LOS SALMOS

¡Ay! no vuelvas, Señor, tu rostro airado
A un pecador contrito!
Ya abandoné, de lágrimas bañado,
La celda del delito.

Y en tí humilde, ¡oh mi Dios! la vista clavo,
Y me aterra tu ceño;
Como fija sus ojos el esclavo
En la diestra del dueño.

Que en dudas engolfado, hasta tu esfera
Se alzó mi orgullo ciego,
Y cayó aniquilado cual la cera
Junto al ardiente fuego.

Si en profano laúd lanzó mi boca
Torpes himnos al viento,
Yo estrellaré, Señor, contra una roca
El impuro instrumento.

¡Levántate del polvo, arpa sagrada
Henchida de armonía!
Y tú, por el perdón purificada,
¡Levántate alma mía!

Y yo también al despuntar la aurora,
Y por el ancho mundo
Cantemos de la diestra vengadora
El poder sin segundo.

Te cantaré, ¡oh mi Dios! cuando te plugo
Bajo tu amparo y guía
A Israel acoger, que bajo el yugo
De Faraón gemía.

Del tirano en el pecho diamantino
Pusiste fiero espanto.
Tembló: tu brazo conoció divino;
Soltó tu pueblo santo.

El mar lo vió y huyó: de enjuta arena
Ancha senda le ofrece.

Síguelo Faraón... La mar serena
Lo traga y desparece.

Violo el Jordan, y huyó. Monte y collado,
Cual tierno corderillo,
Saltaron de placer, el risco alzado
Cual suelto cabritillo.

¡Oh mar! ¿porqué tus aguas dividiste,
Y á Faraón tragaste?
¿Porqué, humilde Jordán, retrocediste?
Monte ¿porqué saltaste?

Ante el Dios de Jacob tembló la tierra.
Las trompetas sonaron;
¡Parose el sol, y *Gabaon* se aterra;
Y los tuyos triunfaron!

Y brotaste, señor, de piedra dura,
Agua en mansa corriente,
Y aplacó de tu pueblo su dulzura
Allí la sed ardiente.

« Canta, Israel, al justo, al fuerte, al santo,
« Al que enjugó tu lloro;
« Acompañe la cítara tu canto,
« Y el tímpano sonoro. »

Lánzase al hondo mar, con mente ciega,
Osado el marinero,
Y pide al polo el que la mar le niega
Ya borrado sendero.

Huye á tu voz el céfiro suave,
    Y el hondo mar turbando,
Cruzan los vientos, y la triste nave
    Combaten rebramando.

Ya sube al firmamento, ya desciende
    Al abismo horroroso;
Ruge el trueno: veloz el aire hiende
    Tu rayo fragoroso.

Gime el nauta y te implora; y aplacado,
    Lo miras con ternura.—
¡El vendabal es céfiro; el hinchado
    Mar, tranquila llanura!

    « Canta, Israel, etc. »

Los tiranos del mundo en liga impía
    Para el mal se adunaron,
Y á la incauta Israél «¡Dios nos envía!»
    Desde el solio gritaron.

Y entre sí concertados: «Fiera lucha
    «Al justo renovemos:
«Blasfememos, que Dios no nos escucha:
    «Dios no vé: degollemos.»

Dijeron, y no son.—Su raza impía,
    Cual humo se deshizo.—
¿No oirá quien dió el oído? ¿no vería
    El que los ojos hizo?

«Canta; Israél, etc.»

Los ímpios que tus casas allanaron
De uno al otro horizonte,
Y con hachas sus puertas destrozaron,
Como leña del monte;

Los fuertes que se alzaban, cual montañas
Que á las nubes se eleva,
Desparecieron como débil caña
Que el huracán se lleva.

Los robustos de *Edón*, y los tiranos
De *Moáb*, ¿qué se hicieron?
El Señor los miró, y abrió sus manos,
Y al abismo se hundieron!

«Canta, Israél, al justo, al fuerte, al santo,
«Al que enjugó tu lloro;
«Acompañe la cítara tu canto,
«Y el tímpano sonoro.»

1826.

EL CANTO DE LA ESPOSA

(IMITACIÓN DEL CANTAR DE LOS CANTARES)

Ven á tu huerto, Amado;
Que el árbol con su fruto te convida,
Y el céfiro callado
Espera tu venida:
Tú al céfiro y al huerto das la vida.

La aurora nacarada
Desdeña esquiva la purpúrea rosa,
A la tierra inclinada;
La abeja silenciosa,
Ni en torno gira, ni en la flor se posa.

Ni á su consorte halaga
El ruiseñor, sin tí, cantando amores;
Ni mariposa vaga
Entre las gayas flores,
Desplegando sus alas de colores.

Ven á tu huerto, Esposo;
Ven á gustar las sazonadas pomas,
En mi seno amoroso;
Ven, que si tú no asomas,
Sin tí mi seno es huerto sin aromas.

Ven, que por ese prado
El sol ardiente tus mejillas tuesta;
Aquí el roble copado
Blanda sombra nos presta,
Y en mi regazo pasaras la siesta.

Yo duermo en mi morada;
Mas del esposo, el corazón velando,
Espera la llegada.
Ya oí su acento blando;
El Esposo á mi puerta está llamando.

EL ESPOSO

Abre, Esposa querida;
No te detengas, no, consuelo mío;
Abreme por tu vida,
Que yerto estoy de frío,
Mis cabellos cubiertos de rocío.

LA ESPOSA

¡Ay! que el desnudo pecho
Temo al aire sacar, Esposo amado,
De mi caliente lecho!:
¡Ay! que el pie delicado
Temo llegar al pavimento helado!

Sus dedos el Esposo
Entró por los resquicios de la puerta;
A su tacto amoroso
Mi corazón despierta,
Y toda tiemblo avergonzada, incierta.

Alceme presurosa
Para abrir al Esposo que esperaba,
Y mirra muy preciosa
Mi mano destilaba,
Que corrió por los gonces de la aldaba.

¡Mas el Esposo amado
No me esperaba, ¡ay triste!, y era ido
Celoso y despechado!

Mi acento dolorido
Llámalo, y no responde á mi gemido!

Los guardas me encontraron
Que la ciudad custodian, y me hirieron,
Y el manto me quitaron;
Como sola me vieron,
Y ramerilla pobre me creyeron.

Doncellas de Judea,
Si por dicha encontrais un fugitivo,
Decidle que no sea
Con su adorada esquivo,
Que ya morada y lecho le apercibo.

¿Conoceis por ventura,
Castas doncellas, á mi Esposo ausente?
Gallarda es su figura,
Como el cedro eminente,
Y bruñido marfil su tersa frente.

Conocereis quién sea,
Si al verle os encendeis en fuego vivo.
Doncellas de Judea,
Traedme al fugitivo,
Que amor y Esposa y lecho le apercibo.

1825.

AL EXMO. SEÑOR DUQUE DE FRIAS

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

ELEGIA

¿Quién á mi frente ciñe
El funeral ciprés? La destemplada
Lira de Young entre mis manos yertas
¿Quién viene á colocar? ¿Quién á mi pecho
Pide lúgubre canto?
¿Quién agolpa á mis párpados el llanto?

Santa amistad, perdona
Si alguna vez á tu celeste influjo
Pude el canto ensayar, destellos eran
Del juvenil ardor: nunca del genio
La antorcha refulgente
Con su lumbre inmortal ardió en mi mente.

A tu demanda en vano
Llamó la inspiración: lágrimas solo,
Lágrimas te daré. Si el llanto es digno
Tributo á la beldad que hundió en la tumba
La parca devorante,
¡Ay! yo la lloraré! ¡que otro la cante!

A la hermosura, al alto
Ejemplo la virtud, dotes que unidas
Ve el mundo rara vez, ¿qué humano pecho
Niega su admiración? Hijos de Iberia,
Que el sacro Pindo inspira,
¡*Piedad* enmudeció!: pulsad la lira.

Sonó el himno: *Barcino,*
Madrid y el *Sena* y el *Adur* lo oyeron.
En el inerte mármol, en el mudo
Lienzo, al olvido de la tumba arranca
Su forma peregrina,
Su celeste beldad, arte divina.

¿Cuál es tu triunfo, oh! muerte?
De tu falsa victoria ¿cuál trofeo
Es el que arrastras al sepulcro? En vano
Allí tu triste víctima sepultas:
De tu cetro profundo
Rayo consolador refleja al mundo.

Así después que cruza
Por el tendido cielo el sol radiante,
Y en los abismos de la mar se esconde,
Melancólica, blanda, halagadora
Luz á la tierra envía,
Dulce recuerdo del ardiente día.

¡Lloras, mi dulce amigo!
Llanto y no más á su memoria, estéril
Holocausto será. Más alta ofrenda

Pide á tu amor: quien el consuelo hermoso
De la virtud ignore,
A su muerta beldad eterno llore.

No tú, que de los cielos
El númen recibiste que tu nombre
Hará inmortal, y lauros militares
Que tu diestra ganó, y en bien del pobre,
Dones de la fortuna,
Y heredado blasón de ilustre cuna.

¿De labios más queridos
Oirlo quieres? Ven: allí se eleva
El gótico recinto: allí dirije
Tu planta: llega: sobre el fuerte quicio
Las cinceladas puertas
Por invisible impulso mira abiertas.

Traspasa los umbrales.
Lámpara funeral su tembloroso
Rayo refleja en el bruñido mármol
De ostentosos sepulcros: en su centro
Los restos venerables
Yacen de los antiguos Condestables.

¡Mas tus inquietos ojos
Buscan la tumba de tu amor!—Escucha:
¡Sordo ruïdo en su profundo seno
Se deja percibir!... Alzase en ella,
Sobre la abierta losa,
Una matrona. Mírala: es tu esposa.

De sus hombros desciende
Cándido lino hasta la planta. El negro
Cabello ondea en su marmórea espalda.
Pálida majestad su noble frente
Y sus mejillas tiñe:
La corona ducal sus sienes ciñe.

Y con solemne acento
Así te dice:—«Treguas, caro esposo,
Treguas á la aflicción; harto bañaste
De amargo llanto el solitario lecho:
Tú que lloras mi suerte,
¡Si el triunfo vieras que nos da la muerte!

Aquí no turba el alma
El tronante cañón, la asoladora
Lanza que salpicó de humana sangre
Los pacíficos campos donde alzamos,
Bajo el pajizo techo
De nuestro mutuo amor, el primer lecho.

La envidia ponzoñosa,
La calumnia procaz, la tiranía,
La bajeza servil, del mundo, solo
Del mundo son: la adulación traidora,
Que honor mentido ofrece,
En la losa del túmulo enmudece.

Mas no con llanto estéril:
Con la virtud conquistarás, esposo,
Este ignorado mundo de delicias.

¡Virtud costosa, sí!; que esta diadema,
Tanto del hombre ansiada,
Al bajar á la tumba, ¡cuán pesada!

¡No el velo misterioso
Me es dado alzar!—A Dios!—conmigo un día
En lazo eterno!... «Enmudeció la sombra
Y hundióse en el sepulcro; y aun su acento
«¡Virtud!, ¡virtud!» clamaba:
«¡Virtud!, ¡virtud!»—el templo resonaba.

Julio de 1830.

A LA REINA GOBERNADORA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN

VISITANDO EL LICEO ARTISTICO Y LITERARIO DE MADRID

Cuando la griega juventud volaba
Al campo de la gloria,
Y al macedón guerrero arrebataba
El sangriento laurel de la victoria,
¿Quién á blandir la fulminante lanza
Robusteció su brazo?
En el estrago de feroz matanza;
¿Quién su pecho alentó? ¿quién, sino el fuego

Del entusiasmo ardiente,
Que corrió en viva llama por sus venas,
Cuando escuchó elocuente
Tronar la voz del orador de Atenas?

Tú fuiste, ¡oh santo fuego!
Tú quien el duro mármol animaba
Bajo el cincel del inspirado griego;
Tú quien la trompa de Marón sonaba.
En cuanto el mundo á la memoria ofrece
De eterno, de elevado,
Tu creador espíritu aparece.
Tú, ante el funesto vaso envenenado,
En el alma de *Sócrates* brillabas;
Tú la mano de *Apéles* dirigías,
En la lira de *Píndaro* sonabas,
Y la lanza de *Arístides* blandías.

Mas, ¡oh! ¿por qué ofuscada
A tan remota edad vuela mi mente?
La centella sagrada,
De la aureola de Dios destello ardiente,
Que de la antigua Grecia derruída
El canto melodioso
Eternizó, y el brazo belicoso,
¿Yace entre tus escombros extinguida?

No. Como chispa eléctrica impaciente,
Que presa en frío pedestal, no pudo
Brillar, hasta que siente
De acerado eslabón el golpe rudo,

Así en medroso pasmo
En tu pecho dormía,
Juventud española, el entusiasmo.
Mas cuando el regio acento generoso
Retumbó por los ámbitos de España,
De el Pirene riscoso
Al confín andaluz que Atlante baña,
Estalla al fin la mágica centella
Las almas conmoviendo,
Y el abatido pueblo se levanta,
Y en sed de gloria ardiendo,
Lidia el guerrero y el poëta canta.

¡Todo ya es entusiasmo, todo es vida!
Navarra muestra su campaña en sangre
De rebeldes teñida;
Allí guerrera juventud, clamando
Cristina, libertad, en ronco acento,
La espada desnudando,
La vaina arroja al viento,
Y al son del himno nacional, se lanza
Con noble bizarría
Sobre la hueste audaz que el polvo muerde
En *Luchana, Arlaban, Mendigorría.*

Aquí los que sintieron
Su pecho palpitar, en mudo asombro
De rodillas cayeron
Ante la virgen pura,
Cuyo rostro de cándida hermosura

Y maternal desvelo
Reveló al gran *Murillo* el mismo cielo.

Los que el sagrado canto
Que entonaba León en arpa de oro
Oyen con tierno llanto,
Y al Dios del alma coro
Alzan también el cántico sonoro,

Ó al robusto sonido
De la trompa de *Herrera,* ante sus ojos,
Ven cargadas de bárbaros despojos,
A las veleras naves españolas
Victoriosas bogar, cuando *Lepanto*
Con turca sangre enrojeció sus olas.
Todos en lazo fraternal unidos,
Digno templo á las artes elevando
Preparan ya los himnos merecidos,
Y aprestan los pinceles,
Con que en la edad futura eterna sea
La fama de esa hueste generosa,
Que por su Reina hermosa
Y por la santa libertad pelea.

Mas ¡oh! ¿qué nuevo rayo
De luz las liras y los lienzos dora,
Como á los campos del florido Mayo
El resplandor de la rosada aurora?
¿Me engaña mi deseo?
¡Vedla!... ¡es ella!... ¡es *Cristina!*

Su presencia divina
Baña de lumbre el español *Liceo.*

Busca en tu dulce lira
Cómo pintar su célica hermosura,
Que amor y gloria inspira,
Si al humano poder por dicha excedes,
Inspirado poeta.
Búscalo tú, pintor, si hallarlo puedes
En el vario color de tu paleta.
Pintadla augusta, hermosa,
Sobre el excelso trono castellano,
La frente hollando del rebelde fiero,
Y con risa bondosa,
Ciñendo de laureles con su mano
Al pintor, al poeta y al guerrero.

1838.

LA AGITACIÓN

¡Imposible arrancar del alma mía
Sino acentos de amor!... ¡Caber no puede,
Donde impera tu imagen adorada,
Sino amor, solo amor!... ¡cuanto solía
Mi pecho conmover!... ¡ya todo cede
A la ardiente mirada
De tus luceros bellos!

Mal mi grado á sus mágicos destellos
Mi turbulenta vida está sujeta.
Como al influjo de fatal cometa
Cede el bajel al ímpetu rugiente
Del huracan sañudo,
Y al puerto amigo arrebatarse siente,
Ó vá á estrellarse en el peñasco rudo,
Así en la fiebre do anhelando gira
Este alma delirante,
Tus ojos son, Amira,
Los que entre el puerto y el peñasco errante,
Sin elección, perdido el albedrío,
La oscilación del huracán le imprimen,
Y en ciego desvarío,
Lánzase á la virtvd, lánzase al crimen.
¡Y este vaivén contínuo, esta perpetua
Conmoción, es la vida!—¡Cuántas horas,
Mudo, yerto, insensible,
Como la piedra en que sentado estaba,
En seguir las sonoras
Ondas de la corriente que pasaba
Inerte consumía!
¡Cuántas, la vista atenta
Iba siguiendo estúpida la lenta
Sombra que en derredor del tronco huía!
Campo de soledad, yo te buscaba
Porque el mundo decía
Que la felicidad en tí habitaba,
Y en aquel corazón que la invocaba
Su misterioso bálsamo vertía.

Mi corazón de fuego
En tí no la encontró. Floresta umbría,
Silenciosa montaña, campo triste,
Yo la paz de la vida te pedía,
Tú la paz de la tumba me ofreciste.
Felicidad ¿dó estás?—Este vacío,
Que al dilatarse el corazón no llena,
Ven, ocúpalo tú.—Si ronco suena
El guerrero clarín, y á la matanza
El hombre vuela contra el hombre, dime,
¿Bastaráme empuñar la férrea lanza
Y á la pugna volar? Cuando mi diestra,
Al son triunfal de los preñados bronces,
En sangre bañe la mortal palestra,
Misteriosa deidad ¿te hallaré entónces?—
En el tropel del mundo,
Yo también te busqué. Torvo guerrero,
Sobre carro veloz, de lauro ornado,
Agitando el acero,
En lágrimas y sangre salpicado,
Raudo al cruzar la turba peregrina,
«Felicidad, felicidad» clamaba;
Y en tanto, «aquí domina»
Otro desdén la tumba me gritaba.
¿En la vida? ¿en la muerte?
¿Dónde estás para mí?—¡Silencio mudo!
¡Y las horas corrían!...
¡Y los años volaban!...
Las hojas de los árboles caían...
Las hojas de los árboles brotaban.

¡Una mujer! con su flamante velo
Tocó al pasar mi frente:
Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
Mis entrañas temblaron de repente;
Los brazos tiendo á la fantasma bella,
Mas al asirla, alzada
Ví un ara ante mis pies, y detrás de ella,
Mi visión adorada,
Y un misterioso acento que decía:
«¡Profanación! . . . ¡delirio!»
Y en su abatida frente se leía
Un juramento escrito.
Mi planta no, mas de mi pecho ciego
Llegó un lamento á penetrar su oído,
¡Y en sus trémulos labios tocó el fuego
De mi ardiente gemido!
Abrió sus ojos por la vez primera,
Dejándome con sola una mirada
En devorante hoguera
Toda el alma abrasada.
¡Ah! ¿qué me importa? Agitación sublime
¡Yo te adoro! ¡Tú eres
Alma de mi existencia!—¡Oprime, oprime
Un corazón á quien la calma espanta;
Inunda, inunda mi mejilla en lloro;
Clamar me oirás entre congoja tanta;
Agitación sublime, ¡yo te adoro!

1832.

AL EXMO SEÑOR CONDE DE SAN LUIS

POR LA CREACIÓN DEL TEATRO ESPAÑOL

¿Donde la gloria vive del que un día,
En Accio vencedor, desde las cumbres
Del enriscado Cáucaso á las playas
Del mar de Luso dilató su imperio?
¿Dónde?—Ese imperio destrozó en un punto
Bárbara hueste que lanzó cual raudo
Torrente el Septentrión: circos y templos,
Termas, palacios, todo, el habla misma
Despareció; mas al común estrago,
Sobre siglos sin fin los inmortales
Cantos de *Horacio* y de *Maron* divinos,
Sobreviviendo van, y allí la gloria
Del protector de las Romanas letras.
¿Qué es del trono fortísimo que en sangre
De torbulentos próceres la dura
Mano afirmó, cabe el medroso Sena,
Del purpurado Richelieu? Juguete
Del viento popular, voló en pedazos.
Mas contra el murmurar de la indignada
Posteridad, el opresor valido
Salva su gloria en la que alzó, y aun vive
Con renombre inmortal, docta *Academia*.
Tú, más que á los históricos ejemplos

Y ardiente sed de fama, á los impulsos
Del corazón magnánimo que abrigas,
Obedeciendo fiel, en tus floridos
Años, asunto con tus hechos prestas,
¡Oh noble Conde! á la española Musa.
Ella, en tanto que al pie del soberano
Solio te vió, dispensador de honores,
Mezclar su voz no quiso á la que alzaba
El lisonjero, que al poder presente
Cerca y ensalza, gárrulo cortejo.
Mas á la puerta del modesto albergue
Que hoy tornas á habitar, rico de gloria,
Te esperó silenciosa, el plecto de oro
Presto, y la voz y la sonante lira.
Oye cual vibra en tu loor, y el estro
De cien vates inflama que, á porfía,
«Eterno, cantan, vivirá tu nombre,
Protector de saber.»—¡oh noble, oh digno
Premio que tanto mereciste, y gozas!
Gózalo en paz, y el que ásperos desdenes
Halla no más, y hondo silencio, cuando
De la áurea silla del poder la instable
Deidad le precipita, á sí se culpe.
No riqueza y dominio á la existencia
Bastan de un pueblo. Si las sabias leyes,
La abundancia, la paz, su cuerpo nutren,
Alma tiene también, y el alma vive
De esa gloria purísima, que el vulgo
De los graves políticos desdeña,
Y humo vano apellida.—Tú, arrostrando

Tal vez su risa imbécil, decoroso
Templo alzaste á *Talía.*—Allí de *Lope,*
De *Calderón,* de *Rojas* y de *Inarco,*
De *Moreto* y de *Tirso,* numeroso
Pueblo torna á admirar, ora discreta
Y en artificio rica, ora terrible,
Ora humilde y moral, la siempre nueva
Dramática ficción.—Los que al reflejo
De aquellos faros luminosos, siguen
La árdua senda con gloria, que á la cumbre
Del sacro Pindo guía, de las rosas
Que en sus pensiles de eternal verdura,
Al amoroso riego de Hipocrene
Dulce fragancia esparcen, ya preparan
A tus sienes espléndida corona.
Yo, á quien no es dado la sublime altura
Del Helicon pisar, una sencilla
Flor de su falda corto; ofrenda humilde
Que agradecido te presento en estos
Desaliñados números, que acaso
No morirán, porque tu nombre llevan.

1851.

DESPEDIDA A UN AMIGO

Con bien te lleven, mi querido amigo,
Propicio el viento, bonancible el mar.
¡Oh! si pudiera saludar contigo,
Tras tanta ausencia, mi paterno hogar!

¡Oh! cuánto fuera mi consuelo, cuánto
Si en esa nave huyéramos los dos!
¡Oh! si á este suelo, donde sufro tanto,
Pudiera darle mi postrer adios!

Tranquilo viera, y con serena calma,
Desatarse bramando el aquilón:
¡Junto á la horrible tempestad del alma
Las tempestades de la mar, qué son!

Mas ya quiere mi fatal estrella
Con duros lazos sujetarme aquí;
Por mí te postra, y con tus labios sella
La tierra amada en que feliz nací.

Llévame tú los ecos de mi lira,
Que ya desde hoy resonará en su honor;
¡Dile que es ella el numen que me inspira,
Y el solo objeto de mi ardiente amor!

1856.

LA CITA

Nunca mas bello color
Dió al horizonte tu llama,
Astro de eterno fulgor,
Al esconder tu esplendor
La cumbre de Guadarrama.

Nunca tu aroma sentí
Más delicioso que ahora,
Linda rosa carmesí;
Nunca más bella te ví
Con las perlas de la aurora.
Arroyo que, turbio y feo,
Ayer te ví deslizar;
¿Cómo tan limpio te veo,
Que ya de tu fondo creo
Las arenillas contar?
Galanos campos que haceis
De toda esta pompa alarde,
¿A quién celebrar quereis?...
¿Ó es por dicha que sabeis
Que viene Laura esta tarde?

1830.

VERSOS RECITADOS EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE

EN UNA FUNCIÓN DE ANIVERSARIO DE CERVANTES

Si de norte á mediodía,
En uno y otro hemisferio,
No abarca ya nuestro imperio
Los pueblos que abarcó un día,
Por un nombre todavía

Somos los que fuimos antes,
Pues los que más arrogantes
Las glorias de España ultrajan,
Callan y la frente bajan
Cuando decimos: **Cervantes**!

Roma y Grecia, que al acero
Del bárbaro el cuello dan,
Hoy viven y vivirán
En *Virgilio* y en *Homero.*
Contra el destino severo,
Que así en los pueblos se ensaña,
Un libro nos acompaña
Al eterno porvenir.
¿Puede el *Quijote* morir?—
Pues morir no puede España.

Vosotros, que al grito santo
Respondeis de patria y gloria,
Venid, honrad la memoria
Del *Soldado de Lepanto.*
¡Gloria al que es del orbe encanto!
¡Gloria al ingenio fecundo,
Festivo á un tiempo y profundo!
¡Gloria al *Cautivo de Argel!*—
¡Aun nos llamamos por el
La primer nación del mundo!

Abril de 1862.

EN EL ALBUM DE MATILDE LAMARCA

¡Matilde! ¿quien no diría
Que para quedar vengada
De la conquista pasada
La América aquí te envía?
Pague España su osadía
Y sus marciales arrojos,
Pues nunca tantos despojos
Vieron Pizarro y Cortés,
Como aquí rendidos ves
A los rayos de tus ojos.

Yo que en su luz soberana
El sol de mi patria ví,
Orgulloso me sentí
De mi sangre americana.—
Toda cempetencia es vana:
No os pongais en su camino,
Flores, que el pincel divino
Que os matizó de colores,
Pintó más bellas las flores
Que brota el suelo Argentino.

Madrid, 1860.

GABRIEL REAL DE AZUA

INTRODUCCION

Los espantosos ecos
De destructoras guerras
Por donde quiera se alzan
Y á mis oídos llegan.
¿Quién como yo podría,
Con elevada endecha,
Cantar su crudo estrago
Si al rededor me suena?
Pero mi musa calla,
Que compasiva y tierna,
No puede hablar de lides,
De muertes, ni violencias
No es para mí este asunto;
Otro pulse por ellas
De su dorada lira
Las sonorosas cuerdas.
Diga con plectro grave,
Cuál se estremece y tiembla
Al estallar el bronce
La infortunada tierra;
Cante el prolijo llanto
De la consorte bella,
Al ver partir su esposo
Entre las huestes fieras;

También, como los surcos
Que abrió la amiga reja,
Con sangre (derramada
Por ambición) se llenan.
Yo amores solo canto,
Las gracias y lindeza
De una beldad esquiva,
No más mi lira suena;
Y la importuna instancia
Que un fino amante emplea,
Y el rendimiento altivo
De quien causó sus penas.
Ni es para más mi musa,
Que compasiva y tierna
No puede hablar de lides,
De muertes, ni violencias.

Era yo niño tierno
Que apenas conocía
Lo que son complacencias,
Amores y caricias,
Y ya como por juego,
A una donosa niña
Mis tímidas miradas
Y versos dirigía.
Quise en vano enmendarme;
Ellas tras ella se iban,
Y estos, como con burla,
Osados las seguían.
Pasé después cual todos

De inocencia á malicia,
Y fué entonces muy serio
Lo que antes niñería;
  Pues vino á ser por ella
Mi afecto, pasión viva;
Y para bien cantarla,
Le consagré mi lira.
  Y me quedé por siempre
Sin hacer otra vida
Que amarla y escribirle
Canciones y coplillas.

  Yo no conozco á Vénus
Y menos á su hijo,
Tan solo en las pinturas
Y versos les he visto.
  Dicen que ella es divina,
Que toda es un hechizo,
Que las Gracias la adornan
De miles de atractivos;
  Que él es un niño ciego,
Travieso y fementido,
Que engaña y aprisiona,
Que hiere y da el alivio.
  Aunque no les conozco,
Por las señas concibo
Que mi Celia es la misma
Que Vénus y Cupido.
  ¿No es linda? ¿no es graciosa?
¿No tiene mil hechizos?

¿No engaña? ¿no seduce?
¿No es todo mi cariño?
  Por ella yo me formo
La idea que han querido
Darme de la Ciprina
Y del Amor festivo.
  Por ella solamente;
Y todo lo colijo
También como si viera
Al prototipo mismo.
  Que no puede ser Vénus
Más bella, ni su niño
Más tierno y amoroso
Que lo es el dueño mío.

DE LO QUE SOY CAPAZ

  Son célebres los unos
Por cultivar las ciencias,
Aquellos por las armas,
Estos por las riquezas.
  Quien hay que de la industria
Los arcanos revela,
Y el detestable lujo
Con su invención aumenta.
  Mas yo, que á nada de esto
Soy por naturaleza

Inclinado, les noto
Sin que á envidia me muevan.
Todos en sus destinos
Fama inmortal adquieran,
Arrebátense el lauro
Por el que tanto anhelan;
Que yo estaré contento
Con adorar á Celia;
Con disfrutar su hechizo,
Y con morir por ella.

A ROSA

QUE ME PEDÍA QUE ADOPTASE EN MIS COMPOSICIONES EL ESTILO GRAVE Y ELEVADO DE LOS POETAS CÉLEBRES

Chantons le vin et la beauté:
Tout le reste est folie.

Béranger.

En hora buena Homero
Cante al fogoso Aquiles,
Y su alto tono esfuerce
Narrando crudas lides.
Bien que el Mantuano á Dido
Desesperada pinte,
Y conmovido á Enéas
Al ver su pena horrible.

Que Juvenal y Horacio
Violentos satiricen,
El uno con más saña,
El otro con más chiste.
Sea que diga Ovidio
Con sus lamentos tristes
Que recuerdos y ausencia
Le fueron insufribles.
A mí no me estimula
Para que les imite
Cuanto ellos han cantado
Con acentos sublimes.
Tal don no les envidio,
Que á mi pecho sensible
Los fúnebres asuntos
Abaten y comprimen.
Yo cual alondra tierno,
Cual tórtola apacible,
A mencionar desastres
¿Cómo podré avenirme?
Mas sí de Anacrëonte
Imito el plectro libre,
Con que cantó gozoso
Las danzas y festines.
Él con amor y vino
Risueño me repite:
Goza, que los placeres
Bien pronto han de huirte.
Tras de la infancia acude
La senectud flexible,

Llega después la Parca
Con su aspecto terrible;
  Nonada es esta vida,
¿Y qué habrás hecho, dime,
Si odias de Amor los gustos
Y de Baco los brindis?
  A él oigo solamente,
  Y si quieres seguirme,
  Rosa, desde hoy gocemos
  Como él años felices.

LA MAÑANA

Alza la aurora su virgínea frente
Bañando el cielo de encendida grana,
Y húmedas rosas despidiendo ufana
Al mostrarse gentil por el oriente.

Pero ántes el lucero refulgente,
Heraldo y precursor de la mañana,
Subió anunciando que la luz cercana
Es muy más que su luz resplandeciente.

Vuelve á la vida el mundo; á sus amores
Tornan las aves con festivo canto,
Y á su rústico afán los labradores.

Y los que beben de la noche el llanto,
Cálices puros de gayadas flores,
Brindan perfume, suavidad y encanto.

DULZURA DEL PETRARCA

A la ciencia del foro tan confusa
Renuncia pronto el vate, á quien el cielo
La lira concedió del dios de Delo,
Y los acentos de amorosa musa.

Canta á Laura en la selva de Valclusa,
Y Amor corona su sensible anhelo;
De su dama le premia el fiel desvelo,
Que escuchar sus gemidos no rehusa.

Venus, Gracias y Amor con dulce encanto
A cual más engalanan su poesía;
Al leerla el pecho se enternece, y tanto,

Que llora de feliz melancolía;
Y goza y se enagena en cada canto,
En que advierte la gracia y melodía.

BUCÓLICA

¿Quién es, Alfrida, ese zagal donoso
Que pasa por tu puerta de mañana,
Y á quien sueles hablar por la ventana
Antes que apunte el día luminoso?

Saca su ganadillo al prado hojoso,
Pero apenas te ve, de mala gana
Atiende á los corderos, ni se afana
Porque muestre la senda el manso hermoso.

¿Es tu hermano? ¿Es tu deudo? Alfrida bella,
Dime quién es, pues de zagal ninguno
Me interesa cual de este la noticia.

No burles mi inquietud, que si con ella
Te ofendo á mi pesar por importuno,
Aun más puede ofenderte mi malicia.

DESCONFIANZA

No teme tanto el labrador pechero
Ver robada su mies por un extraño,
Ni los tristes efectos de un mal año
En que pierde su afán, lucro y esmero;

Ni tanto teme el pobre ganadero
Ver el lobo cebarse en el rebaño,
Y que le deje su furor extraño
Sin tener qué esperar, sin un cordero.

Como recelo yo, querida mía,
Mudanza en tu cariño, ó que en tibieza
Degenere tu amor en adelante.

Perdóname el agravio, que no fía
En juramento de eternal firmeza
El que es celoso cuanto fino amante.

MUERTE DE PLINIO EL NATURALISTA

Cual docto observador infatigable,
El denso velo descorrer procura
Que las causas esconde de natura,
Y la hace en sus arcanos insondable.

¿Mas qué se ha de ocultar á la admirable
Penetración de Plinio? Cosa oscura
No halla él; todo lo traza con pintura
Verdadera, sencilla, inimitable.

Pero ¡ay! que sin piedad naturaleza
Castiga de su intérprete la audacia,
Que descubre y revela su grandeza;

Pues cuando del incendio el sabio quiere
Observar el fenómeno, (¡oh desgracia!)
¡La llama le sofoca y Plinio muere!

CONSTANCIA DE EPITECTO

Nada importa que el mísero Epitecto,
Sometido á la dura servidumbre,
Sea tratado, por bárbara costumbre,
Como un esclavo sórdido y abyecto.

En su mezquina suerte circunspecto,
Estoico fiel, en vez de pesadumbre,
Heroica fortaleza y mansedumbre
Opone á tanto mal su juicio recto.

El cruel Epafrodita y Domiciano
Maltratan al filósofo virtuoso,
Pero el buen Marco Aurelio, el hombre humano,

Al fin le da su aprecio generoso;
Y con premiar al siervo, el soberano
De justo adquiere el título precioso.

BONDAD DE ANTONINO

No el esplendor del trono satisface
La ambición de Antonino; mas su historia
Conquistas no nos trae á la memoria,
De sangriento y horrible desenlace.

Con dulce humanidad él se complace
En alcanzar inmarcesible gloria,
Pues de su alma disputan la victoria
El mal que evita con el bien que hace.

Pacífico, sencillo, no ha pensado
Más que en ser la deidad consoladora
De los hombres, que sabio ha gobernado;

Y por esto le asigna, admiradora,
De padre de ellos el renombre amado,
La gratitud del mundo que le adora.

PROSPERIDAD DEL TICIANO Y DESDICHA DEL CORREGGIO

Como el grande Alejandro quiere, vano,
Que solo Apeles copie su figura,
Así otro grande emperador procura
Dar este honor al célebre Ticiano.

En recompensa liberal su mano
Honra, fama, opulencia le asegura,
Y el artista feliz en la dulzura
Del contento y la gloria vive ufano.

¡Pero no así el Correggio! Su talento
Nadie premia en su siglo, y ni aun se advierte,
Y él vive en escasez y abatimiento.

¡Raros caprichos de la humana suerte,
Que á los unos da bienes en aumento
Y á los otros persigue hasta la muerte!

LA PRIMAVERA

Amigos, del campo
Alegres gozemos,
Que ya el lindo Octubre
Se viste de nuevo:
Se viste de flores
Que agosta el invierno,
Cubriendo la tierra
De frígidos hielos.
Ya colores varios
En la selva veo,
Que de iris imitan
Los claros reflejos.
Hojosos tapices
De matiz diverso
Mil sitios ofrecen
En que reposemos.
Venid que Favonio
Recobra su imperio,
Y al crudo destierra
Maléfico cierzo.

Oídle cual sopla
Bullidor, travieso,
Y da á nuestros labios
Purísimo aliento.
Las flores le brindan
Sus cálices frescos,
Y la esquiva rosa
Lo admite en su seno.
Oídle en el bosque
Susurrar inquieto,
Mecerse en las ramas,
Bullir sin sociego,
Mientras que la aurora
Su puro destello
De aljófar derrama
Empapando el suelo;
Y despliega el manto
De púrpura hinchiendo
De luz y de vida
Todo el universo.
Oíd á las aves
Con qué dulce acento
Cantan la alborada
Saludando á Febo.
La alondra ¡cuán tierna
Eleva su eco!
¡Cuán plácido el mirlo,
Y dulce el jilguero!
Todas, todas huyen
Del mórbido lecho

Por hacer al día
Salvas y festejos.
Al lado el amante
De su caro dueño,
Modulan gozosos
Sus finos gorjeos.
En tanto los bueyes
Y lindos corderos
Los prados ocupan
Balando y paciendo,
Trisca allí la cabra,
Aquí ladra el perro,
Y miden los toros
Acullá sus cuernos.
¿Y qué si notamos
El modo sincero
Con que se saludan
Pastor y labriego?
Que viva el trabajo
Dicen; no es molesto
A quien lo distraiga
Cantando y bebiendo.
Ved los muchos corros
De danzas y juegos,
En que las zagalas
Muestran su despejo.
Cual mueve con arte
El flexible cuerpo
Y salta y da vueltas
Ágil como el viento;

Cuál otra fatiga
A su compañero,
Cediéndole todas
De la danza el premio,
Sin que se perciba
Forzado su aliento,
Ni faltar la gracia
A su talle esbelto.
Ved otras al frente
Guirnaldas tejiendo
De rosa, y jazmines.
De violas, y trébol,
Con las que festivas
Ornan sus cabellos,
Sirviendo el arroyo
De límpido espejo.
¡Oh! cuánta alegria!
¡Cuán fausto contento
Ríe en los semblantes
Y reina en los pechos,
Cuando la natura
Bella reviviendo
A todos convida
Con placeres nuevos,
A todos, amigos,
Y de ella gocemos
Mientras no la cubra
De luto el invierno.

SÚPLICA Y RESPETO

Vuelve, zagaleja,
Vuélvete hacia mí,
Porque sin tu vista
No puedo vivir.
  Son largas las horas,
Las noches sin fin,
En que me lamento
Ausente de tí.
  ¡Cuán recios suspiros
El pecho infeliz
Exhala, buscando
Que lo oigas gemir!
  Mas tú, desdeñosa,
Tú, cruda, de mil
Que tímido lanzo
Solo haces reir.
  ¿Te ofende, bien mío,
Oféndete, dí,
Que amándote tierno
Me querelle así?
  Permite piadosa
A mi frenesí
Que tenga consuelo
Siquiera en decir:
  Pues que me desoyes,
Zagala gentil,
Acabe la muerte
Con tanto sufrir.

LA TORTOLILLA

Por bosques y selvas
El eco latía,
Triste eco lanzado
Por la tortolilla.
¡Oh suerte inestable!
La pobre decia:
¡Ayer en placeres
Hoy en agonías!
¡Para una infelice
Que triste es la vida!

Poco hace que libre,
Risueña y festiva,
Con vuelo incesante
Las selvas corría.
Del pichón hermoso
Amada y seguida,
Del pichón que ha sido
Mi fiel compañía.
¡Para una infelice
Qué triste es la vida!

Amante el mas fino
¡Entonces vivías!
Entonces tu dueño

Nadaba en delicias;
  Pero hórrido el plomo
Cortó nuestras dichas;
Moriste, y viuda
Dejaste á tu amiga.
  ¡Para una infelice
Que triste es la vida!

  ¡Qué dulces arrullos!
¡Qué tiernas caricias
En el blando nido
Sensible me hacías!
  Cortando los aires
Seguí, siempre fina,
Tu suerte en un todo
Unida á la mía.
  ¡Para una infelice
Qué triste es la vida!

  Te busco, te llamo;
Tu sombra querida
Se graba con pena
En mi fantasía.
  Tú has muerto ¡y yo vivo!
¡Qué ingrata sería
Si no publicase
Mi acerba cuita!
  ¡Para una infelice
Qué triste es la vida!

Así entre las ramas
Los ayes se oían,
Que alzara con llanto
La fiel tortolilla,
Y el aire movido
De quejas tan finas,
Por bosques y selvas
Veloz repetía:
¡Para una infelice
Qué triste es la vida!

AL JAZMIN

Que nunca la hermosura
Más largo espacio que las flores dura.
Lope de Vega.

Flor delicada, cuyo albor imita
El alma pura y el candor de Celia,
Fresca y luciente cual su dulce labio,
Yo te saludo.

Imagen viva de la cruda nieve
Que hiela el pecho de la ingrata mía,
Eres como ella de hermosura frágil,
Cándido objeto.

Guarda en tu seno virginal pureza,
Mientras las auras de tu olor perfuman

Todo el ambiente, cuando el alba asoma
Fúlgida y bella.

A tí concurren ruiseñor canoro
Y la caterva de pintadas aves,
Y en contrapunto la naciente lumbre
Plácidas cantan.

Liba la abeja tu precioso jugo,
Y cambia el néctar, industriosa y hábil,
En miel hiblea, que en la dulce boca
Guarda mi dueño.

¡Cómo el amante desdeñado y triste
Fija sus ojos sobre tí y suspira!
¡Cómo contempla, y en tu seno puro
Vierte su llanto!

Allí, embebido, de tu aroma goza,
Y se consuela su sensible pecho;
Después te besa con deleite blando,
Y se despide.

Por si llegare su adorado dueño
A oler sencillo tu fragante cáliz,
Y que el contagio de su amor ardiente
Les comuniques.

A la manera te acaricia tierno
Que el cefirillo, que volando en torno
Te da mil besos, y tu vida extiende
Su hálito blando;

Tu vida extiende, si el período corto
Que vives deja percibir distancia:
Tu triste fin y tu nacer rïente
Tócanse en uno.

Así es de breve la beldad de Celia,
Y cuando cedes tus encantos, dura
Ella desoye la amorosa instancia
De quien la adora.

Dile, si el hado por mi bien te lleva
Hasta su esquiva delicada mano,
Que aunque es milagro de hermosura y gracias,
No pierda tiempo.

Pues todo tiene limitada vida,
Y solo quedan desengaños tristes
Cuando á la fresca juventud suceden
Frígidas canas.

A LA ESPERANZA

Dulce esperanza que futuros goces
Siempre prometes al amante triste,
¿Por qué no asiste tu ilusión á mi alma
Y la conforta?

Llámote amiga, mas cual hada leve,
Si quiero asirte, por burlar mi anhelo

Huyes, y en duelo sin piedad me dejas
Abandonado.

Tú calmas de otros los pesares duros:
Así el cautivo que corrió á tus brazos,
Aunque entre lazos, de ilusoria dicha
Llena su mente.

A los amantes que en terribles penas
Pasan las horas de un ingrato día,
La noche umbría les presenta en sueños
Finos amores.

Tal el ausente que deshecha en llanto
Dejó á su amada, resignado espera
Que el plazo muera de la ausencia dura,
Que los divide.

Solo á mí niegas el risueño halago
De un bien futuro, y á tenaces penas
¡Ay! me condenas, esperando eterno
Llanto y dolores.

Término tienen los ajenos males;
Imitan todos el volar pausado
Del tiempo alado, que aunque tarde pasa
Para el que pena.

Al fin conmuta su dolor en gozo,
Y tras un día de enemiga suerte,
Otro se advierte de ventura y dichas
Que lo subroga.

Yo no más sufro tu aversión constante;
Y ya que nunca te veré sensible
A mi terrible desventura, muero
Desesperado.

LAS QUEJAS DEL SOLDADO

Nos patriæ fines, et dulcia linquimus arva.
Virg.

¡Oh bellos campos!, ¡oh dichosa tierra,
De do tal vez por siempre me retiro!
Apenas ya tus arboledas miro,
Pero antes que me lleven á la guerra,
Recibe mi suspiro.

Aún no se oculta el árbol majestuoso
En que grabé de Fili el nombre amado;
El nos brindaba el fruto sazonado,
El fué testigo del amor dichoso
Que á su sombra he gozado.

Debajo de él pasaba el ganadillo
El abrasado sol del mediodía;
Y allí mi fiel zagala concurría,
De flores lleno el albo sombrerillo,
Que conmigo partía.

Ya se acabaron los alegres juegos;
Ya la inocente fraternal confianza;
Ni ya parece la ligera danza,
La que encendía los ardientes fuegos
De amor y de esperanza.

Céfiro con sus auras y las aves
Con su festivo melodioso canto,
Huyen, temiendo interrumpir mi llanto;
Y mis lamentos y suspiros graves
Solo al cielo levanto:

Al cielo, que se burla de mis quejas,
Que por un puesto de amargura lleno
Me hace dejar el bosque, el prado ameno,
Mi amor, mi bien, mi choza, mis ovejas,
En el dominio ajeno.

Adios, humilde plácida alquería,
Adios, valles, praderas y ganado,
Adios, de mi alma objeto idolatrado,
Que ya en espada de función impía
Trocaron mi cayado.

A UN POETA

QUE USABA DE PIROPOS Y DE FRASES EXÓTICAS

Mal discípulo de Apolo,
Que con atrevido vuelo
Elevas tu estilo al cielo,
Do te entronizas tú solo:
Si tu alto ingenio pretende
Dar á luz sus producciones,
Délas en esas regiones,
Que aquí nadie las entiende.

FÁBULAS

EL PINTOR Y EL AGRAVIADO

Hubo un pintor travieso y provechoso,
(Donde y quien fué decir es excusado)
Que los vicios de todos atacaba
Poniéndolos risibles en sus cuadros.
Con cabezas de brutos, peces y aves,
Pinta á los hombres en difraces varios,
Y escoge el animal que se asemeja

Al que ridiculiza en el retrato.
El avaro es un mono mal vestido,
Que abarca cuanto vé con piés y manos.
Copia á un Quijote, reñidor eterno,
Bajo la forma de un rapante gato.
A un presumido sin ningunas prendas
Con los colores de un ventoso pavo.
¿Pretende zaherir á un juez perverso?
Viste de toga al lobo entre el rebaño.
¿Quiere afear el rebaño? con garnacha
Pinta la zorra defendiendo al gallo.
Y porque pueden corregir sus burlas,
Pone á la vista los morales cuadros.
Todos van, á hacer mofa de sí mismos,
Del filósofo artista al grande patio,
Aplicando unos á otros con malicia
Lo que no advierten que les cae de plano.
Pero ételo á un vecino que se atufa,
Y descubre al pintor su injusto agravio
Diciendo: que un amigo le dió cuenta
Que él á guisa de mono le ha pintado,
Con semejanza tal que todo el pueblo
Le reconoce por el fiel retrato.
En mí no hay avaricia, continúa,
Son mis ahorros lo que cuento y guardo...
Aquí el artista le interrumpe: ¡nécio!
¿No ve que quien le ha dicho le ha zumbado?
¿A qué apropiarle? cuando á nadie nombro,
Ni usted es mono, ni á su juicio avaro.
Si algo hay de cierto que ofenderle pueda,

Culpe al amigo que le cree dechado;
Que yo ni pinto tal ó cual persona,
Ni escojo original, que en todos hallo.

EL ASNO

¡Ea! la suerte á visitarme vino
¡Que vivan el descanso y la cebada!
No es tan cruel ni triste mi destino,
    Pues no me falta nada.
Así discurre á solas un jumento
No más que por un coto ya segado
Que á pellizcar le dan, en un momento
    De la albarda aliviado.
Mas viene á poco un alazán robusto
Que libre pace por el prado ameno,
Tan harto y satisfecho que de gusto
    Retozaba en el heno.
Clama: ¡oh adversa para mi fortuna!
¿Qué valen mi descanso y mi comida
Si me comparo á este, que ninguna
    Pena siente en su vida?
¿Qué nos prueba el jumento? Que á la suerte
Se la ve respectiva; por muy buena
Sin serlo pasará, si no se advierte
    Otra mejor y ajena.

EL LEOPARDO, EL ELEFANTE Y OTROS ANIMALES

Reuniose en gran tertulia aquella gente
Que se da á respetar con garra y diente.
Tranquilos á su modo conversaban
Y sus heróicos hechos se contaban.
Cual refería un lance,
Este un asalto, aquel un fiero alcance
Que á un bruto que huía
Diera, y en que lució su valentía.
El Leopardo callaba, pero luego
Que se cansaron todos
De alabarse apurando varios modos,
El llamó la atención, y con sociego,
Para hacer más notables sus razones,
En esta prorrumpió, la más osada:
Yo el famoso Leopardo, descendiente
De aguerridos Leones,
De todos me reputo el más valiente.
No bien la andaluzada
El fanfarrón soltó, que á la pelea
Se dispone agraviada la asamblea.
Gruñe el Cerdo, aulla el Lobo, el León ruge,
Brama el Tigre feroz, el Toro muge:
Y hasta el Asno paciente,
Que de verse pospuesto se resiente,

Abre contra el audaz el largo hocico,
Clamando reciamente:
—Haz de pagarla como soy borrico.
Devorádole hubieran al instante
Si el cordato Elefante
No exclamara:—señores,
Dejémonos de ofensas y rencores,
¿A quien mató el Leopardo
Por creerse más fuerte y más gallardo?
Si es una extravagancia,
Despreciemos por necia la jactancia,
Que cada uno tenemos
Ridículos caprichos,
Y es justo que los de otros perdonemos
Cuando quedan en dichos
Que á ninguno maltratan,
Ni el verdadero mérito arrebatan.

EL CONEJO Y LA LIEBRE

Viendo la Liebre
Que entre unas cercas
Anda el Conejo
Buscando yerbas,
Necio, le dice,
Sal pronto fuera,
Antes que el hombre

Llegue y te vea.
Ya que hay más pastos,
¿No es imprudencia
Buscar la muerte
En casa ajena?
Mas el Conejo
Así contesta:
Tras este gusto
Venga quien venga,
Que mejor sabe
Cuanto más cuesta
Comer de aquello
Que se nos veda.
Lo ajeno es un estímulo maldito;
La privación aviva el apetito.

LOS RATONES Y EL GATO

Con gran sigilo y en la noche oscura,
Los golosos ratones maquinaban
Donde dar el asalto. El uno piensa
Que se debe primero
Atacar la cocina, que guardaban
Dos mastines de fuerte dentadura:
El otro es de opinión que á la despensa
Dirijan el ataque, y saco fiero
Ejecuten (entrando á viva brecha)

En el campo enemigo,
Hasta dejar el hambre satisfecha.
A este fin se proponen
Hacer, poniendo al cielo por testigo,
Una alianza ofensiva y defensiva
Contra toda gatesca comitiva,
Por si se les oponen
Los enemigos con mayor pujanza,
O por si una asechanza
Oculta les disponen
Contra el asalto que ellos premeditan.
Todos al jefe pronto se lo juran,
Y entusiasmados gritan:
Uñas á la obra. Del primer retrete
Son dueños, de la presa se aseguran;
Pero el que más avanza y más se mete,
En protestas fiado,
Es el jefe por todos aclamado.
Mas ¡ay! mientras el uno
Halla en un queso grato desayuno,
El otro en un mechado,
Y aquel en un mollete,
Ñaufúf, gato advertido,
Que estaba de antemano allí metido,
Al jefe de las ratas acomete
De saña y rapidez con tal exceso,
Que sin aliento, aquel, perdido el seso,
Grita: ¡favor! á mí, tropa guerrera,
Que en garras de Ñaufúf con mengua muero.
¿Que dijo?... Cual se encoje en la fiambrera,

Cuál se oculta detrás de unos cajones;
El otro mas ligero
Sale por donde entró perdiendo el rabo,
Y aquel tira á esconderse en los rincones,
Esperando el momento
En que pueda ponerse en salvamento.
Sin resistencia alguna lleva al cabo
Ñaufúf su cruda hazaña,
Y después que al ratón pela y araña,
La vida le quitó para escarmiento.
¿Y el hombre franco y animoso piensa
Que al cobarde, aunque jure,
La buena fe le dure.
Hasta exponer la vida en su defensa?

EL DROMEDARIO, EL AVESTRUZ Y EL ELEFANTE

Eres en gracia, lo diré, el primero,
Erguido que pareces hecho á plomo;
No hay quien pueda igualar, ni por asomo,
Tu airoso talle, tu lucido cuero.
Así habla el Avestruz, y al lisonjero
Contesta el Dromedario: pero ¿como?
¿Y mi corcova y albaradado lomo?—
Son tu mayor adorno, majadero.

Ya la burla halagüeña va tragando
Aquel, cuando le dice el Elefante:
¿No adviertes, necio, que te está adulando?—
Lo he advertido en el primer instante,
Pero yo no sé cómo este tunante
Ibame con dulzura alucinando.
¡Que incentivo tan blando
El de la adulación, que aun conocida
Por el cuerdo, también tiene cabida!

EL RATÓN

¿Quieren dejarme aquí? Si no estoy quieto,
Encerrado, contento y callandito,
Y si ven que las nueces no respeto
Que me frían permito;
Sobre que yo de poco necesito.
Así un ratón pedía
El *uti possidetis,* porque hacía
Su mansión ordinaria
Entre altos quesos y de forma varia,
Tan en ello y despacio
Como dispone un rey de su palacio.
¿Quien oyendo al gazmoño no diría
Que un ratón penitente allí vivía?
Hombre hay también que, de lo ageno usando,
Pasa vida dichosa y caponera,
Y dice al pobre, que lo ve, burlando:
Yo no aspiro, me basta esta friolera.

LA ALDEANA Y LA GALLINA

Cierta villana tenía
Una gallina excelente,
Porque diariamente un huevo ponía.
Como ganaba reía
Con esta, y su cacareo
Ni su desaseo jamás reprendía.
Mas la que en faldas vivía
No pone en lo sucesivo,
El frío excesivo postrádola había.
Entonces su ama la envía
Por bulliciosa de casa,
Y porque sin tasa el trigo comía.

Aquí al interés cubría
La estimación aparente.
¿Y no hace la gente lo mismo hoy en día?
Uno los brazos te entrega,
Te sufre, adula; y mañana,
Si en esto no gana, verás que te niega.

EL LOBO CONVERTIDO

Fué motivo de alboroto
Para fieras de montaña
Un lobo que dió en devoto,
¡Conversión sin duda extraña!
Y más cuando les expuso
En piadosas homilías
Que era gran crimen el uso
Del robo y carnicerías.
Pero tan altivo estaba
Con su abstinencia y reforma,
Que á los otros fastidiaba
En vez de servir de norma.
Una leve ajena falta
Llama escándalo, y se irrita,
Creyendo que así resalta
Su mérito, y se acredita.
Mas no, por atrabiliario
Perdió la opinión y todo
Lo que obtenido al contrario
Hubiera, es decir, con modo.
Que uno en virtudes convierta
Los vicios que tuvo, bueno;
Pero que los de otro advierta
Intolerante, condeno.

EL CAZADOR Y SUS PERROS

Á MI HERMANO DON EZEQUIEL MARÍA REAL DE AZUA

Un rico cazador con gran cuidado
Enseñó á varios Perros: del ganado
Unos quiere que salgan cuidadores,
Y á los otros destina á cazadores.
Bastante la enseñanza
Costóle de paciencia y de dinero,
Mas al fin con su esmero
Que sean eximios en el arte alcanza.
Leales, diligentes,
Y del amo á la voz siempre obedientes,
Su casa y su ganado defendían
Y además le traían
Las escogidas aves
Al paladar más gratas y suaves.
En tanto al cazador se le convierte
En adversa la suerte,
Y sigue su afición y grato empleo
Más por necesidad que por recreo.
Pero ¡quién se pensara
Que el amor de los perros aplacara
Su dolor y su enfado!
Y al ver que de los dientes
Soltaban complacientes
La presa que cada uno había tomado,

Por darla á su señor necesitado;
En su melancolía
Daba él gracias al cielo, y bendecía
El tiempo bien logrado
De haber aquellos Canes enseñado.

Educa así á tus hijos; saldrán fieles
Al modo de Podencos y Lebreles,
Como Galgos activos y agenciosos,
Cual Mastines honrados y celosos;
Y si en tu contra los volubles hados
Alguna vez tuvieres,
Ellos te pagarán con sus cuidados
La virtud y el saber que tu les dieres.

LOS GATOS EN SENADO

Con muchos aparatos
Se instituyó el Senado de los Gatos.
Era de ver el grave continente
De cada concurrente;
¡Qué ceremonias y fastuoso esmero!
Tenían escobas por excelsas mazas;
Por curules, partidas calabazas;
Y por togas, pellejos de carnero.
Pues señor, el decano con prudentes
Y enérgicas razones

Comenzó á amonestarles que observaran
El derecho de gentes;
Que entre ellos los Ratones
Seguridad individual hallaran,
Y cesasen inícuas concusiones.
Todos gritan: ¡muy bien! Pero entre tanto
Uñilarga despide una bolilla,
Y corriendo tras ella á maravilla,
En esto tiene su afición y encanto.
    Lameplatos botaba
Con la mano una borla que colgaba,
Y de alto á bajo estremecer la hacía.
    Maullo se mecía,
En un festón, á modo de maroma,
Que de un extremo al otro el circo toma;
Y Rasguño sus garfios afinaba
En un pardusco desenvuelto ovillo,
    Al cual él manejaba
Como si fuese un tierno Ratoncillo.
En fin, todos saltaban, se volvían,
Y ensayándose así se divertían.
    Viendo esto el Presidente,
    Ceñudo é impaciente
    Gritóles: ¿hasta cuando
Habreis de conservar el vicio infando
De asaltar, de esgrimar las uñas fieras,
Y hacer por juego lo que haríais de veras?
¡Oh descrédito! ¡Oh mengua! Y en vos eso,
Padres conscriptos, en mayor exceso..
    Tal paulina descarga,

Que se ofende Uñilarga,
Y le hace esta pregunta majadera:
¿Si pasara un Ratón usted qué hiciera?—
¿Contestó el Presidente?... Avergonzado
Sin decir chus ni mus se volvió á un lado.

Sí, bueno era Uñilarga para fiestas.
Y si yo de igual modo contestara
Las pláticas molestas
De gazmoños, que piden sea enmendado
Por consejos un vicio inveterado,
¿Cuántos tendrían que volver la cara?

LOS CONEJOS

A ver si es de tu agrado, lector mío,
Esta fábula: y va de historia ó cuento...
De historia debe ser, pues yo no miento.
Hubo un conejo que mostrando brío
Dijo á los otros: camaradas, basta
De huir con infamia; nuestra casta
Fué valerosa; desterrad el miedo,
Y sepa el perro vil que si es valiente,
Nosotros, no arredramos por su diente,
Vencemos ó morimos con denuedo.
Haya sí dirección, nos valga el arte
Para triunfar de tan tremendo Marte.

Dijo, sonó su voz por la comarca,
Y ante la armada tropa de conejos,
Sin esperar el voto de ninguno,
El por sí solo se eligió monarca.
Les hizo que acudiesen desde lejos
Con varas y terrones; de consumo
Formaron prontamente las trincheras,
Albarradas, cortinas y troneras,
Con tal arte, que aquello parecía
Que el célebre Vauban lo dirigía.
Y dispuestos así para la guerra,
Llegó un perro veloz, que á fuer de guapo,
Dando con el soberbio muro en tierra,
No dejó que escapase ni un gazapo.
Mató á todos, excepto al demagogo,
Que viendo fin tan malo en su proyecto,
Sintió una alteración de bajo efecto,
Cual si hubiese bebido quimagogo.
Mas ¿por qué no murió? porque el taimado
A prevención oculto ahondó un forado,
Donde escapar pudiera si perdiesen
Y en la refriega los demás muriesen,

Así hay muchos caudillos que concitan
Al pueblo necio con discursos vanos,
Y cuando escapan del peligro sanos
A los que entran con ellos precipitan.

LA MOSCA Y LA ARAÑA

Una Mosca volaba libremente,
Y observando á la araña que tejía
En un rincón las hebras de su tela,
Compañera, la dice: muy paciente
Es usted en estarse noche y día
    De insomne centinela
Cuidando su labor. Siga mi escuela,
Diviértase en andar y no se entregue
A un inútil trabajo, en que se expone
    A que un muchacho llegue,
Y hallándola enredada de las patas,
Por gusto de hacer daño no perdone
Ni á usted ni á su tejido. Yo á las natas,
A los dulces y hojaldres me encamino;
    Chupo un trago de vino;
Paso al hombre, le pico, y muy en vano
Procura darme caza con su mano.—
    Pues yo quisiera, hermana,
Ver como vuela usted que es tan liviana.
La Mosca al punto para darle envidia
    A revolar empieza
    Ostentando destreza,
Y va sin prevenir tan triste evento
A enredarse en la tela de la Araña.
Hace esfuerzo, aletea, en balde lidia;

Pide favor, lo pide con lamento,
Pero la otra con saña
Repone: ágil y libre compañera,
Dígame ¿usted no era
La que me daba vaya con su vuelo?
Pues tenga de morir el desconsuelo,
Que para eso he tendido
Esta red invisible en que ha caído.

No se engría jamás el inocente
Creyendo que el malvado es impotente;
Tema que cuando menos lo comprenda
Un insidioso lazo aquel le tiende.

EL MONO Y LOS DEMÁS ANIMALES

Hubo en Africa un Mono muy astuto,
Ambicioso y audaz; con tales prendas
Asió bien pronto del poder las riendas.
Una ocasión sus muchos cortesanos
Fueron al besamanos,
Es decir, á pagar bajo tributo
De adulación; y el Mono sonreía
A menudo, (es en él una manía)
Esto fué lo bastante
Para que cada bruto
Las mejillas frunciese,

Y la sonrisa general se hiciese.
El Monarca lo observa y dice: amigos,
Vosotros de mi risa sois testigos;
Más allá no procede de alegría,
Es una enfermedad; las dos quijadas
Tengo, sin saber como, dislocadas,
Y sin querer me río
Cuando llanto debiera ser el mío.
No bien lo dijo que el concurso todo
Pasó de gusto á pena, de tal modo,
Que muchos que el dolor aparentaban,
En lágrimas copiosas se anegaban,
El Mono muy deveras se reía
De ver tanta ficción é hipocrecía;
Y queriendo seguir taimadamente
La burla, dijo: mitigad, señores,
La pena, pues mi mal ya no es reciente,
Y el hábito suaviza los dolores.
Yo os agradezco el interés sincero
Que por mí demostrais, y como quiero
Que no os equivoqueis en adelante,
Seguid vuestro prurito dominante:
Si me viereis reir, mostraos con risa:
Y si llorar, verted el llanto á prisa,
Pues viviré contento de este modo
Sabiendo que yo el alma soy de todo.

No hay Monarca en el mudo que no vea
Lo que vió el Mono en Africa, y que sea
Tan presumido y necio

Que entre sí no condene á igual desprecio
La adulación; la anima ó la contiene
Según á sus designos le conviene

LOS TRES PERROS

Machucho, perro viejo,
Cargado de experiencia como de años
(La cual solo se adquiere
Comprándola con pérdidas y engaños),

Machucho, pues, encuentra
En medio de un camino á dos Sabuesos,
Dándose dentelladas,
Como si aquello fuera darse besos.

Parados en las piernas
Al modo de la gente los perrazos,
Para mejor asirse,
Se estrechaban uno á otro entre los brazos.

Y vibrando los dientes
Con sangriento furor, se combatían
De tal modo, que ambos
A morir decididos parecían.

Cuando Machucho, viendo
Tan fiera saña, les gritó: imprudentes,
¿Para hacer ese uso
Naturaleza os dió los recios dientes?

¿Contra vosotros mismos
Llevais las armas, que benigna os diera
Para defensa propia,
En caso que os ataque alguna fiera?

¿Que dejais para cuando
El Jabalí sañudo, el Lobo fuerte
Y el Toro corpulento
Procuren alevosos daros muerte?

Entonces uno solo
No podrá resistir; cuando si unidos
Os conservareis siempre,
Difícilmente quedariais vencidos.

Los fieros contendores
No escuchan la razón, siguen la guerra,
Hasta que el uno muerto
Por el otro, quedó tendido en tierra.

Entonces vino el Lobo,
Y encontrando al que aun vive sin aliento
Y de auxilio privado
Se fué sobre él y le mató al momento.

Pueblos, que en anarquía
Os destruis, continuad; vuestra impotencia
Bien pronto de un tirano
Provocará el poder y la insolencia.

UN PAVO Y EL GALLO

El Pavo con el Gallo disputaba,
Sosteniendo que más que la destreza
Les era útil la fuerza. Su adversario
    Muy cuerdo discurría:
Las dos son necesarias, mas si debo
Entre ambas escoger, yo no vacilo
En tomar la destreza. Eres un loco,
Le dijo el Pavo. Tú eres un pelele,
Respondió el otro. Tú de papanatas
Hablas, repuso aquel. ¡Qué disparate!
(Aquí como sucede las más veces,
El argumento vino á ser insultos)
Mas el Gallo cedió por el momento,
Y dijo: paz, caballeros; pero cuando
La paz vió el martagón restablecida,
    Dió á su rival repente
Un picotazo por el lado izquierdo,
Y saltando sobre él, con grande maña,
Le clavó el espolón por los ijares:
Era una exhalación, no se le vía
Saltar, volver, herir y defenderse.
    El Pavo, que se inflaba
Y daba en vago coz y picotazo,
A dos por tres se confesó rendido,
    Y al contendor triunfante
Le dió toda razón con grave tono,
Antes de verse en tal desaguisado,
Si no ciego, á lo menos entortado.

El valor y el esfuerzo
Pueden ayudar mucho en la pelea;
Mas sin táctica ni arte,
De nada sirve su pujanza á Marte.

LAS HORMIGAS Y EL GUSANO DE SEDA

Ufanas se mostraban las Hormigas
Con el contínuo afán y las fatigas
Que sufren para henchir de Enero á Enero
De ricas vituallas el granero.
Nosotros sin reposo trabajamos,
Clamaban, de lo cual nos alabamos.
Justa es, dijo el Gusano, esa alabanza,
Pues no os domina lo poltrona holganza;
Mas no la mereceis, á mi juicio,
Tanto como quien obra en beneficio
Público solamente, sin que espere
Más lucro que la gloria que se adquiere.
¿Y quién, dijo una Hormiga, en su provecho
No trabaja, y el bien que satisfecho
Puede él gozar para los otros deja?
Contestole el Gusano: yo y la Abeja.

El vulgo, amigo, en traficar se afana,
Lo hace por su interés, en esto gana.
Pero el sabio que solo se dedica
Al bien de los demás, y sacrifica
Caudal, salud, reposo, ¿no parece
Que más que todos galardón merece,

Y que lisonja no es, si se le alaba?
Pues bien, ya que el Gusano no adulaba,
Yo tampoco te adulo si te digo
Que la Abeja eres tú, mi caro amigo.

EL TERMÓMETRO Y EL HOMBRE

Como entrasen tertulios, más de ciento,
De un rico al aposento,
Donde encienden cigarros, chimenea,
Y cada vela que arde es una tea,
El termómetro allí, por consiguiente,
Subió mucho. Pues de esto un concurrente
Combustión en la atmósfera concluye
Que va á sobrevenir, se asusta y huye,
Sin pensar que tan súbita ocurrencia
De la misma reunión es consecuencia.

¿Por qué á causas sencillas y triviales
No atribuimos las cosas?
¿Para qué recurrir á portentosas
Y sobrenaturales?
Lo que es somero y llano en el abismo
Nos gusta contemplar, para que asombre.
¡Asi se forja un coco siempre el hombre!
¿Pero el coco quién es...? El hombre mismo.

BARTOLOMÉ MITRE

EL CORSARIO

(PROSPECTO DE UN PERIÓDICO POLÍTICO EN 1840)

Es mi barco mi tesoro
Es mi Dios la libertad.

Espronceda.

Es una linda goleta,
Ligera como la brisa,
Que en el Plata se desliza
Cual fantástica visión.
Ruge el viento enfurecido
En la blanquecina vela,
Mientras ligero revuela
Del corsario el pabellón.

Sentado un hombre en la popa,
El ancho río admirando,
Meditabundo, fumando,
Entre una nube se vé;
Es su frente ancha y altiva,
Es tostado su semblante,
Es su mirar penetrante
Y su brazo de temer.

Entre sus manos robustas
Una guitarra se mira,
Que blandamente suspira
Como querella de amor,
Y mientras ruge en los cables
El pampero embravecido,
De su guitarra al sonido
Entona aquesta canción.

CANCIÓN

« Es mi goleta el cisne de este río,
Que tiende el ala cuando brilla el sol;
Es en el puerto libre como el viento,
Y en alta mar tan libre como yo.
A mi querida la llaman
La goleta «Libertad»
Por que asila al hombre libre
Y hace fuego á la maldad.
Y de todo tirano los pendones
Se abaten al rugir de sus cañones.

Ha navegado hasta la vieja Europa
Enarbolando el argentino sol,
Y en su crucero, al pabellón de Iberia
Con sus rayos ardientes eclipsó;
Y al divisarse sus velas,

De Cádiz en la ciudad,
Decían los gaditanos:
«Ahí viene la «¡libertad!»
Y flotaba el pendón americano
Desafiando las balas del tirano.

Cubierto el puente de caliente sangre,
Izando al tope flámula de honor,
Ha visto la bandera de un Imperio
Sepultarse entre el humo del cañón;
Y al pasar por su costado,
Brown, que el combate ordenaba,
Con su bocina de mando
A los bravos saludaba
En el Juncal, donde con pecho fuerte
Clamaban todos: «¡Libertad ó muerte!»

Ora corsario de los hombres libres
Se ve mi enseña por do quier flotar,
Y el marinero en medio de la noche
Suele decir: «¡Ahí va la «Libertad»!
Soy el amigo del pueblo,
Ante nadie me arrodillo,
Ni á los esclavos halago,
Ni á los déspotas me humillo.
Vivo en la mar, desprecio los tiranos,
Nunca con ellos enlacé mis manos.

Cuando cruzando el Río de la Plata
Veo flamear de Rosas el color,

De alerta el grito doy á mis marinos,
Empuñando la barra del timón.
        Y cuando al frente aparecen,
        Grito á mis valientes: ¡fuego!
        Por no tomar esas presas
        A las llamas las entrego.
Que allí mi Libertad tan solo impera.
Bajo sus fuegos rinden sus banderas.

Mi divisa es:—«Valor é Independencia.»
Mi ley:—«Aborrecer al opresor.»
Mi religión:—«La libertad del mundo.»
Mi patria:—«El continente de Colón.»
        Y sin tener más tesoro
        Que mi barco y mi puñal,
        Primero daré la vida
        Que rendir la libertad.
Que ese pendón que brilla con la luna
Jamás se abate ante bandera alguna.»

El marinero que en la cofa estaba
Gritó al corsario que también velaba,
        « Un barco viene. »
Y se levanta majestuoso y mudo,
Y de los vientos al silbido rudo
        Todo previene.

Era francés el buque que venía,
Y allá en su mástil ondear se vía
        De Julio el pabellón.

¡Viva la Francia! gritan muchas veces
¡Vivan los libres! gritan los franceses
De noble corazón.

Sigue el buque francés su derrotero
Impelido del soplo del pampero
Por el piélago azul.
En tanto que el corsario navegaba
Y al divisar sus velas esclamaba:
«A los libres, salud.»

Un negro bergantín pasó á lo lejos,
Y de la mustia luna á los reflejos,
Dijo, al ver su pendón:
Mirad, se llama de la mar señora,
Esa bandera que enlutada llora
En el templo de Dios.

Hoy de la Francia muéstrase celosa
Porque cree que fuerte y poderosa
Nos podrá sojuzgar.
¿Islas quiere la Francia? Ya el britano
Ha robado en el mundo americano
Malvinas y Roatán.

¿Quiere nuestras ciudades? los pedazos
De la bandera inglesa, que á balazos
Supimos conquistar
Y son de gloria nuestra herencia rica,
Levantados en lo alto de una pica,
A la Europa dirán:

Que en todo el continente americano,
Ni el francés, ni el inglés, ni el castellano,
Su mano asentará.
¡A ver! que alguno la conquista intente,
Y de todo un ejército insolente
Los cráneos mostrará.

Dijo el corsario, y en su altiva frente
Relámpago de luz cruzó luciente
Como una exhalación.
Volvió á la popa, y se acostó en su asiento,
Y en medio de la música del viento
Tranquilo se durmió.

—

La aurora aparece con dulce sonrisa
Y llena de aromas la atmósfera está.
Hermosa goleta que impele la brisa
Surcando va el agua del gran Paraná.

En tanto el corsario la costa admirando
Saluda aquel río de gracia inmortal,
Y en alto levanta, su sien desnudando,
Tres fajas de blanco y azul celestial.

Y dice, las islas y el bosque mirando:
Lavalle y sus bravos aquí me hallarán,
Y el río en mi barco, veloces pasando,
¡Mi vida y mi barco por suyo tendrán!

De pronto en el llano se ven mil guerreros,
Bandera argentina se mira lucir,

Y al pié resplandecen los fuertes aceros
Que van sus valientes con gloria á esgrimir.

Salud, hombres libres, la patria os espera,
Guerreros antiguos y nuevos, salud.
Gritoles, y todos al ver su bandera
Bajaron sus lanzas diciendo: «salud».

AL 25 DE MAYO *

¡Cascadas de Niagara y Tequendama, (1)
Donde el agua del mundo se derrama
Para apagar de América la sed!
¡Amazonas, Misoury, bello Plata,
Donde la virgen pura se retrata
En tu margen bañándose los pies!
Pampas inmensas, selvas olorosas,
Del Andes cordilleras orgullosas
Que corona la ardiente cruz del Sud:
Perfumaos como nube de incensario,
Harmonizaos cual himno del santuario,
Para decir de mayo al sol; ¡Salud!
Salud página inmensa de la historia,

---

* *Cantos á Mayo*, 1844, pág. 105.

(1) Cascadas del Niágara y Tequendama

Considerando la revolución Americana, como una cadena sucesiva de revoluciones, que deben confundirse en un centro común—el de la libertad—he creído deber vincular en este canto el presente y el porvenir de los dos grandes continentes, cuyas cataratas evoco. Su posición geográfica parece estar indicando en el Istmo de Panamá el lazo estremo que los debe ligar.

Divino resplandor de la memoria,
Fuente de perennal inspiración;
En tus alas de fuego me sublimas,
Y el entusiasmo sacro en que me animas
Calienta mi cabeza y corazón.
Irrefragable manantial de vida
Que enriquece la savia bendecida
Del árbol de la hermosa libertad,
Donde crecen las flores inmortales
Teñidas de colores celestiales
Con que perfuma Dios la humanidad.
Inextinguible cifra que concreta
Las utópias doradas del poeta,
Y la idea de genio pensador,
Como de mil cabezas agitadas
Uniforma las creencias encontradas,
El madero del sacro Redentor.
Del gran día celeste monumento,
Donde arde su divino pensamiento
Como el fuego sagrado en el altar,
Que bañará del mundo las edades,
En medio de las densas tempestades,
Para impedir al hombre naufragar.
Hoguera abrasadora del gran Mayo
Do se encendió terrible como el rayo
El fuego de un pensar generador,
Que el corazón templó cual hierro fuerte,
Y dió existencia á la materia inerte
Como al soplo divino del Creador.
Al vivífico rayo de tu lumbre,

Se extremeció la inmensa muchedumbre
Y el polvo del esclavo sacudió.
Allí surgió la dignidad humana,
Y una nación potente y soberana
Que el soplo democrático animó.
   Allí génios pujantes inspirados,
Formularon derechos pisoteados,
En solo una palabra: libertad,
Y ella virtió con generosa mano
Perfumes sobre el mundo americano,
Y en ideas de gloria lo embriagó.
   La inspiración de la alta inteligencia,
El calor de la intrépida elocuencia,
En el astro de Mayo concentró;
Y del ardiente labio de Moreno
Se desprendió de su palabra el trueno,
Y el programa de Mayo formuló:
   «Derribemos su trono al despotismo; (1)

(1) «Derribemos su trono al despotismo
Abramos ancha vía al patriotismo,
Alcemos los fanales de la ley,
Rompamos su barrera á la ignorancia.
Alumbremos la mente á la infancia
Y ennoblezcamos el humano ser.»

Moreno fué en efecto el Miguel Angel político de la revolución de Mayo y estas palabras que ponemos en su boca no son una suposición gratuita, sinó literalmente las que pronunció en la mañana del mismo dia 25, al saber que había sido nombrado secretario de la junta: »La variación presente no debe limitarse á suplantar á los funcionarios públicos é imitar su corrupción é indolencia. Es necesario destruir los abusos de la administración, desplegar una actividad que hasta ahora no se ha conocido, promover el remedio de los males que afligen al Estado, excitar y dirigir al espíritu público, educar al pueblo, destruir los enemigos y dar nueva vida á las provincias. Es preciso emprender un nuevo camino, en que lejos de hallarse alguna senda sea necesario practicarla por todos los obstáculos que el despotismo, la venalidad y las preocupaciones han amontonado después de siglos ante la felicidad de este continente.» (Vida y memorias del doctor Moreno). Sin embargo Rosas y sus infames lacayos que anhelan por oscurecer las glorias nacionales en las que ninguna parte han tenido, niegan im-

« Abramos ancha vía al patriotismo;
« Alcemos los fanales de la ley;
« Rompamos su barrera á la ignorancia;
« Alumbremos la mente de la infancia,
« Y ennoblezcamos al humano ser ».
Al ver tan magnífico programa,
Prendió en los corazones noble llama,
Que como chispa eléctrica cundió:
Como hierve entre escollos la marea,
Hirvió entre las cabezas una idea
Que dió vida á la gran revolución.
Revolución sin lanzas ni fusiles,
Un alto pensamiento fué su Aquiles
Y la razón su escudo tutelar;
Revolución nacida de las cosas
Que rugiendo como olas tempestuosas
Derribaron la estátua personal.
Revolución con cauda de cometa,
Que atravesó los aires cual saeta
Despedida del arco del Señor.
Parto de mil ideas generosas (1)

---

pudicamente la existencia del grande pensamiento que presidió á la revolución de Mayo.

No es extraño; hay dementes que niegan la existencia del sol, pero los hombres de libertad y todo el que no es esclavo de Rosas, mirarán siempre en las palabras de Moreno el verdadero y único programa del 25 de Mayo de 1810.

(1) Parto de mil ideas generosas
Que volaron en chispas luminosas
Por todo el continente de Colón.

La revolución de 25 de Mayo de 1810 en Buenos Aires no fué la primera de América, como algunos lo creen. Antes de ella: el 9 de Agosto de 1808 México dió el primer grito de alarma, formando una junta conservadora, bajo los auspicios del mismo virrey; pero fué disuelta á los treinta y siete días. La Paz imitó su ejemplo en 15 de Junio de 1809, y sus autores perecieron en un cadalso. Caracas instaló su junta en 19 de Abril de 1810, y fué la primera sección americana que se declaró independiente y se constituyó

Que volaron en chispas luminosas
Por todo el continente de Colón.
  Solo una vez brillaron sus espadas
Para romper cadenas execradas
Y sostener las tablas de la ley;
Para postrar esclavos y tiranos,
Para afirmar los vínculos de hermanos
Y atarlos con coronas de laurel.
  Tuvo ejércitos grandes, generales
Que pasearon gloriosos y triunfales
Las banderas del pueblo paladión,
Y de los Andes en la blanca cima,
En Chile hermoso y opulenta Lima,
Postraron al ibérico león.
  Legisladores de alta inteligencia
Que encendieron la luz de la experiencia
Para alumbrar su vía al porvenir,
En Tucumán el acta formularon,
Y libre é independiente declararon
Al pueblo que rompió su yugo vil.
  Sol de Mayo, que entonces refulgente,
Suspendido por Dios en el oriente

en República. Santa Fe de Bogotá lo hizo en 25 de Mayo de 1810; Quito en 10 de Agosto de 1810, y Chile en 11 de Setiembre del mismo año. A la revolución de Mayo ejecutada sin bayonetas ni violencias, presidió una solidez de ideas que prestándole vigor desde sus primeros pasos, le dieron lugar á establecer un inmenso sistema de propaganda, que antes de seis meses, por los esfuerzos directos de sus agentes y de sus armas, se extendió á Chile y el Perú. La revolución de Mayo nunca fué ahogada: todas las demás lo fueron, y en medio de los mayores contrastes de la guerra de la Independencia, no hubo una sola República que no respirase libre de congoja al mirar de pie á las Provincias Unidas del Río de la Plata. La revolución de Mayo no es, pues, la primera por su orden cronológico, sino por su objeto, por su poder, por sus resultados, y su influencia en los destinos de la América toda, en cuya balanza puso su inteligencia, su oro, su sangre, y su espada.

Alumbraste la gran revolución,
Al fecundar de Mayo la semilla,
Hoy te doblan humildes la rodilla,
Los nietos de esa audaz generación.
  Mira el árbol sembrado por sus manos
Que enarbola sus gajos soberanos
Sombreando al Sud, al Norte y Ecuador;
A cuyo pie la libertad divina,
Vagando por el mundo peregrina,
La tienda americana levantó.
  En vano las segures cortadoras
En su tronco se hundieron destructoras
Sin conseguir sus ramas marchitar;
Y aunque hollado por hondas cicatrices,
Extiende poderosas sus raíces,
La América abarcando cual Titán.
  Contempla al Norte en trece fajas bellas, (1)
Cómo flamea el pabellón de estrellas,
Símbolo de la gloria de la Unión,
Y en la torre de su alto Capitolio,
La Democracia encima del gran solio
Que elevó la Justicia y la Razón.
  De allí voló de Mayo la simiente;
De allí de libertad el soplo ardiente
Que la mente del pueblo calentó,

---

(1) Contempla al norte en trece fajas bellas
Como flamea el pabellón de estrellas
Símbolo de las glorias de la Unión.

Debemos este tributo á la República Norte Americana que fué el heraldo de la de Sud América, y el primer pueblo del mundo que reconoció nuestra independencia. Así contestamos también á los groseros insultos, que algunos hijos de la Patria de Washington suelen prodigar á los pueblos Sud Americanos, sin tomarse el trabajo de estudiarlos.

Como se prestan jugos y colores (1)
En el polen fecundo de las flores
Que la brisa en sus alas derramó.
  Contempla al pueblo libre que en el Istmo
Se labró con intrépido heroísmo
El acta de su gloria y libertad:
Al formarlo parece que Dios quiso
Dar á su americano paraíso
Vínculo de eternal fraternidad.
  Al Sud siete repúblicas hermanas
Enarbolan banderas soberanas
En vez del rojo trapo colonial;
Y al soplo tempestuoso de la guerra,
Fortifican sus astas en la tierra,
Cual árbol que sacude el vendaval.
  Las repúblicas hijas de Bolívar
Beben gotas de mieles y de acibar,
Caminando á un hermoso porvenir;
Y Chile, cual fanal del marinero,
Va mostrando el seguro derrotero
Porque debe la América seguir.
  ¿Y que es de la república que un día
Hizo surgir de entre la noche fría
De esclavitud, un mundo colosal?
¿La que dando patrióticas lecciones

(1) Como se prestan jugos y colores
En el polen fecundo de las flores.

Aunque el fenómeno de la fecundación de las flores ha sido siempre un objeto común de comparaciones poéticas, debo en conciencia hacer memoria de la de M. Delavigne en sus «Trois jours de Cristophe Colomb» por referirse igualmente á la revolución Norte-Americana.
Tell un jeune palmier pur feconder ces soeurs.
Fleurit et livre aux vents ces parfumes voyageurs.

Fundó en el continente tres naciones,
Sobre el polvo del trono colonial?
¿De aquella que con brazos vigorosos,
Derribó los guerreros orgullosos
Del Brasil, de la España y de Albión?
¿La que abatió la cima de los Andes,
Y dió á la historia de los hechos grandes
Páginas de belleza y esplendor?
¿La que envuelta en el manto de la gloria
Sobre el carro triunfal de la victoria
Se coronó la frente de laurel,
Y en vez del negro trono de los reyes
Hizo elevar el ara de las leyes,
Y derramó sobre ella mirra y miel?
¿La que libre, feliz y soberana
Bebía la virtud republicana
En el soplo del férvido huracán?
¿La que en alas del rápido pampero,
Parecía decir al mundo entero;
«A donde va mi viento, el brazo va?»
¿La que, Atenas del mundo americano, (1)
Distribuyó con generosa mano
De ilustración y de verdad el pan,
Y en la mente sin luz de la criatura
Encerraba la ardiente levadura
Que con la edad debía fermentar?

---

(1) La que Atenas del mundo americano

Antes que yo la ha llamado así, un escritor célebre por su amor á la libertad y ardientes simpatías por las Repúblicas de Sud América, el Abate Deprad.

Ahí la teneis encima de un calvario,
Envuelta por el fúnebre sudario
Que le arrojó la torpe esclavitud:
Reina con el cabello pisoteado,
Laurel á quien la lluvia no ha regado
Y se marchita en flor de juventud.
La sociedad sin leyes, desquiciada,
Y bajo férrea mano nivelada,
Armada del cuchillo del terror;
Los nombres de patriotas eminentes,
No grabados en bronces relucientes,
Sino en tablas de horrible proscripción.
Los principios de Mayo conculcados;
Los derechos del hombre pisoteados,
Sin que pueda decir: «yo tengo pan.»
Un pueblo destinado al sacrifio
Sobre el horrendo tajo del suplicio,
Que sangre pura destilando está.
Al deshonor sus hijas entregadas,
Las madres en los templos azotadas,
Coronadas del moño de irrisión,
Arrastrando, cual mulas, sucio carro,
Donde llevan un ídolo de barro
Que colocan al lado del Señor.
La tribuna de Agüero y de Dorrego, (1)

---

(1) La tribuna de Agüero y de Dorrego

Al nombrar dos célebres oradores argentinos, no he querido en ningún modo, establecer la supremacia suya sobre los demás. He tenido en vista al elegirlos el tomar el nombre del orador más popular que ha tenido cada uno de los dos partidos que han desgarrado el seno de nuestra patria, manifestando en esta amalgama que la herencia que nosotros hemos recogido es la de la patria, y no la de los partidos.

Cuya palabra descendió cual riego
En medio de la barra popular,
Hoy la ocupan estúpidos sectarios, (1)
Donde leen un papel sin comentarios,
En defensa del crimen y maldad.
La bandera que guiaba al combatiente
Despojada del sol resplandeciente,
Y ennegrecido su divino azul;
Desterrado el valor de su milicia;
Derrumbado el altar de la justicia;
Los poetas sin patria y sin laud.
En todo impreso del demonio el sello,
El robo y el incesto y el degüello
Sancionados por ley y religión;
Coágulo de los vicios más inmundos
Que emponzañara el aire de mil mundos
Si no se contuviese su explosión.
El genio que preside esta anarquía
Entre el vapor espeso de la orgía
Desparrama en su aliento corrupción:
Aborto abominable del infierno,
O maldición tremenda del Eterno, (2)

---

(1) Hoy la ocupan estúpidos sectarios
Donde leen un papel sin comentarios
En defensa del crimen y maldad.

Después de escrito estos versos he hallado las siguientes palabras.en la historia de Napoleón por Norvins «la tiranía es un libro sin comentarios, que tiene sus fanáticos» y aun cuando algunos crean que los he tenido presentes antes de escribir los versos, será siempre necesario convenir que el plagio estaría de parte de los seides de Rosas y que pintando el estado de mi patria, bajo su brutal poder he venido á ser indirectamente el plagiario de Norvins.

(2) Oh maldición terrible del eterno
Porque el lazo rompimos de la uuión.

No hay uno de los jóvenes poetas que hoy escriben que no hayan bebido

Porque el lazo rompimos de la unión.
Salvaje, que en sus raptos de demencia
Volcó la hermosa antorcha de la ciencia
Para encender con ella su fogón.
Allí quemó del pueblo los derechos,
El bello libro de los grandes hechos...
Pero su cifra está en el corazón.
Entonces á demanda tuya ¡oh Mayo!
Armamos nuestra diestra con tu rayo
Para acorrer la patria en su orfandad,
Dando al viento de nuevo los colores
Que engalanó en tus nítidos albores
De nuestra patria el sol de libertad.
Pero la diestra que mi patria azota
La revolcó en el campo de la rota,
Y vió abatido su inmortal pendón.
Los buenos argentinos sucumbieron,
Y en el seno de oriente se acogieron,
Cual la paloma que huye del balcón.
Hijo del pabellón del argentino,
Su bandera dió sombra al peregrino,
Como el palmero al pobre viajador;
Pero el feroz tirano en torvo ceño,

---

alguna inspiración en el último himno que don Juan C. Varela dedicara á Mayo, poco antes de morir. Por mi parte confieso que siempre considero al tirano de mi patria como un castigo de nuestra desunión, se presentan expontáneamente á mi memoria aquellos versos del gran poeta de la revolución.

¡Oh Dios, no supimos vivir como hermanos!
De la cara patria, nuestras mismas manos
Osaron el pecho sagrado romper,
Y por castigarnos, al cielo le plugo
Hacer que marchemos uncidos al yugo
Que obscuro tirano nos quiso imponer

Los despertó de su agitado sueño
En la tierra de lenta proscripción.
Al mirar levantarse agigantado
Un pueblo por las leyes gobernado,
Vió su trono sangriento bambolear.
Ante la ley retrocedió el salvaje,
Y sus hordas hambrientas de pillaje
Bajo rojo pendón hizo juntar.
Y dijo: « Al otro lado de ese río,
Se levanta con fuerte poderío
El odiado pendón de libertad;
Corred allí, mis bravos federales,
Y quemad esos libros infernales
En que se habla de patria y de igualdad.
¡A la carga! ¡á deguello! mis sicarios;
Que mueran los salvajes unitarios
Por mi mashorca á filo de puñal:
Despedazad sus cráneos con la bola,
Y arrastrad de los potros á la cola
Sus cabezas en medio de un cardal.
Que vista en pocos días triste luto,
Y que me pague en llanto su tributo
La que llaman República Oriental.
Atádmela á la cincha con un lazo,
Que dando espuela y rienda á mi picazo,
La vereis por las pampas arrastrar.
Predicad que á los pies de mi caballo
He borrado los códigos que en Mayo
Una turba de locos escribió,
Y he formado en la palma de mi mano

Un famoso *Sistema Americano*
Para reinar sobre las leyes yo».
  La mesnada de torpes asesinos
Que deshonran el nombre de argentinos
Volaron cual hambriento gavilán;
Y al barbárico son de un clamoréo,
Llegan ante la gran Montevideo
Donde los libres en su puesto están.
  Llegan y se detienen asombrados
Antes los fuertes muros levantados
Del pueblo por la mano colosal;
Y en el Cerrito de inmortal memoria, (1)
Donde Rondeau se coronó de gloria,
El miserable esclavo alzó su real.
  No ya, cual otro tiempo; en las almenas
Van á trozar las bárbaras cadenas
De tres siglos de oprobio y opresión;
Renegando la gloria de esos días,
Vienen á traer satánicas orgías,
El degüello y la cruel confiscación.
  Por las orillas fértiles del Plata

---

(1) Y en el Cerrito de eternal memoria
Donde Rondó se coronó la gloria.

Entre las glorias actuales de la ciudad de Montevideo no es la menor la que le cabe en tener en el recinto de sus muros el vencedor del Cerrito, al General D. José Rondeau, al que en ese mismo lugar donde hoy se levantan las tiendas de los degolladores de Rosas penetró la arrogancia del poder colonial y conquistó las llaves de Montevideo, para que abriendo otros sus cerradas puertas hicieran entrar las huestes triunfantes de la patria y con ellas el aliento democrático que hoy opone á la tiranía de Rosas un obstáculo incontrastable.

El General Rondeau á los setenta y cinco años de su edad conserva aun una admirable energía y hace votos ardientes á la providencia por el triunfo de los principios de Mayo que como el mismo dice en sus memorias, que se ha ocupado á escribir en su retiro, «han sido siempre mi ídolo.

La gavilla de Rosas se dilata,
Amenazando hundir la libertad.
Montevideo grande, fiel, sublime,
Bajo el enorme peso que la oprime,
Alza sobre sus hombros la igualdad.
Oponiendo la espada á la venganza,
Guarda el arca de la última esperanza
En el recinto de la gran ciudad;
En ella cual depósito sagrado,
Se encierra el porvenir ilimitado
Que asombrados los hombres dejará;
En ella de estos países venturosos
Fructifican los gérmenes hermosos
De libertad y civilización,
Y día y noche la ciudad invicta,
Guardando con amor su arca bendita,
Vela al pié del sagrado pabellón.
Funde cañones, arma ciudadanos,
Y al niño, á la mujer y á los ancianos,
Les infunde el aliento varonil.
Amasa con su sangre sus murallas
Bajo el fuego de la hórrida metralla
Y el mortífero plomo del fusil.
La pólvora y la sangre siempre humean,
El cañón y la lanza centellean,
Y uno á uno sus hijos ve caer;
Pero ella más heroica y más constante,
Los envuelve en su manto rutilante,
Y les ciñe coronas de laurel.

En vano viejos pueblos enervados (1)
Escriben en sus libros despreciados:
« El oro, el oro es de la tierra Dios».
Que ella dice, con hechos elocuentes:
«En los pueblos viriles y valientes
El Dios es de la patria el santo amor».
Al que infame, cobarde y miserable
Deserta su defensa inimitable,
Le estampa el sello ardiente del traidor,
Y teje siempreviva y mustio lirio
Para ceñir corona de martirio
Al que le de su vida en oblación.
Y sus hijas también, con patriotismo,
Vendan al que cayó con heroismo
Peleando por su hogar y castidad,
Y comprendiendo su misión inmensa,
Se entregan de la patria á la defensa
Ofreciendo sus hijos en su altar.
¡Oh! la misión de la mujer es santa:
Ella la flor de las virtudes planta

---

(1) En vano viejos pueblos enervados
Escriben en sus libros despreciados:
«El oro! el oro! es de la tierra Dios;
Que ella dice con hechos elocuentes:
«En los pueblos viriles y valientes
«El Dios es de la Patria el santo amor.

Estos son los últimos versos que he añadido á mi composición, después de la lectura pública que de ella se hizo en la noche del 25 de Mayo: la idea me ha sido sugerida por un valiente apóstrofe de la composición del Sr. D. Luis Domínguez, que fué coronado de aplausos; y he añadido esta estrofa porque no debe pasarse en silencio la inmensa gloria que cabe al Pueblo Oriental, de haber sostenido una guerra sin dinero. El Conde Darú dice en su historia de Venecia: «La máxima que el dinero es el nervio de la guerra, verdadera bajo algunos conceptos en administración, no ha podido acreditarse sino en los pueblos incapaces de esfuerzos generosos: cuando se aspira á la independencia, á la gloria y al poder, es necesario saberlo conquistar por sí mismo.»

Del niño en el fecundo corazón,
Y cuando ve la patria que agoniza,
Desprende de su seno á el ancha liza,
De patriotas, audaz generación.
  De los niños confiados á sus manos,
Salen fuertes y buenos ciudadanos,
Formados en el halda maternal,
Do aprendieron á odiar la tiranía
Y á combatir con ínclita porfía
Por los santos principios de igualdad.
  Así en Mayo nacieron los campeones
Que rompieron los duros eslabones
Que nos forjó la torpe iniquidad,
Y con la leche encima de los labios,
Fuertes guerreros, gobernantes sabios,
Contempló con asombro aquella edad.
  Y hoy, en la lucha santa que emprendimos,
Niños sobre la arena descendimos
Para arrimar el hombro al patrio altar,
Y al darnos nuestra madre abrazo estrecho,
Nos pone sollozando sobre el pecho
Los colores de Salta y Tucumán.
  ¡Oh! mil veces, mil veces venturosa
La juventud que en causa tan hermosa
Puede toda su sangre derramar;
La que serena ante el combate rudo
De tiranía, cae en el escudo
Del mártir de una causa universal.
  Esos tus hijos son: los que á tus dogmas
Les tributan sus cánticos y aromas,

Su brazo y su poder intelectual:
Que acaudillan de Mayo aquellos hombres
Cuyos gloriosos é inmortales nombres
Son nuestro patrimonio nacional.
Cada viejo de Mayo es flor divina
De la corona cívica argentina,
Y la corona cívica oriental;
Y si el viento le arranca alguna hoja,
Tu luz seca las gotas de congoja
De nuestras patrias en la bella faz. (1)
Detente ¡oh Sol! y mira á ese caído,
Porque ese era un guerrero esclarecido
Que en holocausto tuyo se ofreció,
Y hasta lanzar su postrimer aliento,
A tí te dedicó su pensamiento,
Y al ver tu faz contento pereció.
Grande entre los gigantes de aquel Mayo
Que robaron á Dios su ardiente rayo
Para decir al pueblo: «fiat lux»
Hoy miró su postrer aniversario
Sirviéndole de espléndido sudario
De la ciudad el estandarte azul.
Tuvo seis hijos, del amor el fruto,
Que presentó á la patria por tributo

---

(1) De nuestras Patrias es la bella faz

Ningun verso más lleno de verdad que este. Argentinos y Orientales podemos decir, cuando hablamos de estos países, nuestras patrias, y nada será más bien dicho. La solemnidad literaria 25 de Mayo, ha expresado más claramente que nada, el espíritu fraternal de los dos pueblos.

La composición del distinguido poeta oriental D. Francisco Acuña de Figueroa, respira el más puro argentinismo, al paso que la de los poetas argentinos respiraban el más acendrado amor por la Patria Oriental.

Cuando miró su estatua bambolear;
Y á la cabeza de su prole hermosa,
Desembainó su espada victoriosa
Para poner á raya la maldad
  Y en cien combates de eternal memoria,
Do la ciudad se coronó de gloria,
Relampagueó su acero vencedor,
Y el entusiasmo puro en que él ardía
A sus valientes hijos lo infundía
Entre el silvo del plomo matador.
  Hermosa cual su vida fué su muerte.
Con el aliento varonil del fuerte,
Peleando por su patria sucumbió
En hombros de sus hijos esforzados;
De balazos el pecho acribillado,
El campo de batalla abandonó;
  Y tendido en el lecho de agonía,
Reconcentró de su alma la energía
Para poderte contemplar ¡oh Sol!
Y á veces repetía el fuerte anciano:
«Pueda mirar el astro soberano
Que el día de la América alumbró!»
  El cielo oyó su ruego: esta mañana (1)
Cuando tocaba á vuelo la campana

(1) Esta mañana
Cuando tocaba á vuelo la campana.

La idea de saludar los grandes días de la patria con un repique general de campanas, pertenece al Jefe Político de Montevideo D. Andrés Lamas.

No podemos recordar su nombre sin felicitarle por sus laudables esfuerzos para dar á las festividades nacionales un fin de mejora y de ilustración. La creación del Instituto Histórico Geográfico Nacional y los cantos consagrados al 25 de Mayo de 1844 para destinar el producto de su impresión á beneficio de los invalidos del asedio, son ciertamente los títulos envidiables al reconocimiento público.

Y tronaba la salva del cañón,
Sintió fuego patriótico en el alma,
Y cual hojas al tronco de la palma,
Su valerosa prole le rodeó.
  Sobre su calva é inspirada frente
Relucía la chispa refulgente
Que fijó con su dedo el Hacedor.
Abrió sus ojos á la luz suave,
Y arrojó una mirada dulce y grave
A sus retoños que en amor regó.
  Los estrechó con paternal terneza;
Y elevando exaltada su cabeza,
En las nubes de oriente se fijó.
Cayeron de rodillas ante el lecho,
El corazón en lágrimas deshecho,
Y él asi les echó su bendición:
  « Benditos seais para salvar la patria
Y fecundar de Mayo la simiente:
Para adornar con palma refulgente,
De nuestra patria el pabellón triunfal.
Benditos seais para morir por ella
Entre el ardor de la feral batalla;
Para oponer incontrastable valla
En la tribuna al despotismo audaz.
  Benditos seais para rasgar el pecho
Del torpe Rosas con robusta mano,
Y dar al pueblo en que nació Belgrano
De libertad y gloria la señal.
El mundo entero aplaudirá ese golpe, (1)

---

(1) El mundo entero aplaudirá ese golpe

No necesito confesar que he tenido muy presente la bellísima imprecación del Sr. D. José Rivera Indarte, en su elocuente y erudito discurso.—«Es acción santa matar á Rosas.»

La humanidad os colmará de loores
Y el cincel de los grandes escultores
Os armará del salvador puñal.
Himnos sin cuento os rendirán los vates,
Párvulos tiernos santas bendiciones,
Casta doncella puras emociones,
Y admiración la noble ancianidad.
El pueblo grato os ceñirá de lauros;
Enjugareis de una nación el lloro;
Que vuestro nombre escribirá con oro
En las fajas del lábaro triunfal.
Grandes sereis por mil generaciones
Y vuestra gloria inundará este suelo,
Y vuestro padre desde el alto cielo
Os enviará su bendición de paz.
Benditos seais para salvar la patria
Y dar al mundo ese inmortal ejemplo,
Volar de gloria al sacrosanto templo
Y de Mayo las aras levantar»...
Dijo el anciano, y el gran sol de Mayo
Vertió sobre su frente un puro rayo
Que en misteriosa aureola lo ciñó.
Lo contempló con ojo entusiasmado
Diciendo «patria mía»...y apagado
Quedó su inteligente resplandor.
Así de libertad sucumbe el hijo,
Sobre la patria el pensamiento fijo,
Abrazando las gradas de su altar;
Como Castelli, y cual Berón de Astrada,
Como Lavalle de alma no domada,

Muere para vivir vida inmortal.
  Con mártires de grandes corazones,
Se alzan y regeneran las naciones,
Y su sangre es la ofrenda que le dan;
Mártir fué el Redentor, y de un madero
Do lo enclavó el impío, al mundo entero
Regeneró con su misión de paz.
Bebiendo el entusiasmo de sus hechos,
Buscaremos del hombre los derechos
A la radiante luz de la verdad.
El templo del gran Mayo concluiremos
Con la caliente sangre que le demos
Peleando por su dogma celestial.
Profética la mente ve otros días
En que se oirán sublimes armonías
Bajo el domo que habremos de elevar;
No habrá tiranos ni sangrienta guerra:
Tierra de promisión será esta tierra,
Norma de la afligida humanidad. (1)

---

(1) Norma de la afligida humanidad

¿Quién podría decir que ésta sea una hipérbole atrevida? Acaso todos los pueblos del mundo á su vez no han empuñado el cetro del poder, de la sabiduría, del comercio, de la política? y por qué la América, que por sí sola reune más elementos de libertad, de prosperidad, de engrandecimiento que todas esas naciones juntas, por que no ha de dominar á su vez? Dominará sí, pero su dominación no será egoista, como lo fué la de Roma en la antigüedad, como la de muchas naciones en la edad media, y como la Inglaterra en nuestros días.

«¡Qué perspectiva risueña, dice el Atlas de Lesage, descubre en cualquier sentido que la examine la imparcial filosofía! ¡Qué campo tan vasto de meditación y de esperanzas para el destino de los hombres!» Sus territorios, sus ríos, sus vegetales y montañas, todo en ella es gigantesco y nuevo, sus habitantes, sus costumbres, sus formas de gobierno, sus mismas convulsiones, y hasta el idioma inglés y español, herencia de la Europa, todo lleva impreso el sello de la originalidad americana. Nuevo mundo como lo llamó Colón, considerándolo bajo su aspecto físico está destinado por la providencia para dar existencia á un nuevo mundo moral. La sociedad del viejo continente está carcomida y necesita regenerarse en un pueblo joven como el nuestro y el sistema democrático que lo anima, le ha de regenerar algún día y entonces reinarán los principios de Mayo, que no son sino los

¡Oh Mayo! de tu espíritu invisible
Penetrarás un mundo indivisible
Como el aire, de Dios la inmensidad,
Y al esplender tu sol del alto cielo,
Se elevará sublime desde el suelo
Un coro de alabanza universal:
«¡Gran lámpara del templo soberano!
¡Vasta concretación del ser humano!
¡Monumento grandioso de igualdad,
Cuya piedra fué puesta por gigantes
Dejándonos sus hijos que pujantes,
Alzaran su cimborio colosal!!
Tú guardas de los hombres el tesoro,
Y en los altares de tus urnas de oro
Derramas democrático raudal,
Con que bañas del mundo las naciones
Que entrelazan sus ínclitos pendones
Para beber tu universal maná.
Bajo la inmensa cruz del cristianismo
Que domina tu domo, el despotismo
Yace herido del rayo popular,
Y la divina imagen que soñaron
Los hombres que tu base levantaron
Le oprime con su planta de Titán.

Isla de la Libertad, Mayo de 1844.

---

principios del género humano. Tal ha sido mi idea en ese verso, pero ya que le he hablado del viejo y nuevo mundo, permítaseme decir algo más sin pasar del linde de los días presentes—¿Puede negarse que la América puede vivir sin la Europa y la Europa sin la América nó? El Paraguay que aunque uno de los dos países más favorecidos de la naturaleza, no es ciertamente el más industrioso; no nos ha hecho palpable esta verdad en más de 30 años de aislamiento? Hacen ya muchos años que Deprad dijo, y ¡ojalá no nos hubieramos olvidado jamás de estas palabras: «La América puede cerrar sus puertas á la Europa, segura de que al otro día, ella vendrá á golpearlas para que le abran.»

LA ORACION DE SETIEMBRE

Doblemos la rodilla: ya luce en el oriente
El sol, que en otros días, con brillo refulgente,
Inauguró del pueblo la estatua colosal.
Miradle en este templo que alzó la providencia:
Sobre el altar se eleva, fijando la creencia
Que llena nuestras almas de espíritu inmortal.

Chile es el templo inmenso: los Andes sus altares
Sus flores el incienso, sus cedros los pilares,
Sus aves la armonía, su cielo el pabellón
Valparaíso el pórtico que sobre el mar se inclina,
Y el sol que nos alumbra, la lámpara divina.
Do arde sagrado fuego de eterna religión.

Mirad cual lo saludan del muro los cañones,
Cual alzan los guerreros sus ínclitos pendones
En que la estrella luce cual signo de hermandad.
Mirad como se riza del mar la blanca espuma,
Cual se disipa en torno la misteriosa bruma,
Y cual se tiñen de oro los Andes; ¡contemplad!

Oíd como resuenan los ¡vivas! nacionales,
Cual desde el alta torre sus glorias inmortales
Publica la campana con lenguas de metal;
Oíd como retumban los bélicos tambores,
Los cantos de la infancia, del pueblo los clamores
Que llenan todo el templo cual coro universal.

Doblemos la rodilla, y en nuestros labios vibre
Una oración solemne digna de un pueblo libre,
Que en alas de los ángeles remonte hasta el Señor;
Doblemos la rodilla, y alzando el pensamiento,
En un amor unidos y un mismo sentimiento,
Roguemos al abrigo de un manto protector.

Roguemos por la suerte del mundo americano,
Porque sus nobles hijos con palmas en la mano,
En nombre de un principio se abracen con amor;
Roguemos porque caigan los réprobos caudillos,
Que en el altar sagrado dan filo á los cuchillos,
Para apagar, matando, de libres el clamor.

Roguemos porque nunca naufrague la creencia,
Para que tenga un culto la excelsa inteligencia
Que dice á la barbarie:—« ¡De aquí no pasarás! »
Roguemos porque todos escriban en sus pechos
Con sangre de sus venas, sus leyes y derechos,
¡Que nunca borrar pueda la tiranía audaz!

Pidamos para el campo las mieses abundosas,
El pan para los pobres, virtud á las hermosas,
Y para el pueblo todo, la luz de la razón.
Y ante la tumba fría do yacen nuestros padres,
Que de laurel eterno cubrieron nuestras madres,
¡Pidamos para todos de paz la bendición!

Este es el ruego digno de un pueblo generoso,
El único que al solio del Todo-Poderoso
En alas de los ángeles la brisa llevará;

Roguemos, que templados por el sublime ruego,
El alma encandecida del entusiasmo al fuego
A otras generaciones su ardor transmitirán.

Doblemos la rodilla: ya luce en el Oriente
El sol que á nuestros padres encandeció la mente,
Para vaciar en ella de Chile la nación;
¡Silencio! en nuestros labios como en el arpa vibre
Que pida para todos amor y redención.

A LA AMÉRICA

Por las fieras hambrientas perseguido
Cruza indómito potro las llanuras,
Y amarrado con fuertes ligaduras
En sus hombros Mazzepa va tendido.

Por la carrera al fin desfallecido
El bruto cae sobre las breñas duras,
Y libre de sus recias ataduras,
Mazzepa se levanta rey ungido.

Así América gime entre cordeles
Al rudo potro colonial atada,
Seguida por la jauria de lebreles,
Y exámine, y sangrienta y lacerada
Corre, cae, se levanta, y de laureles
Resplandece su frente coronada.

A LOS MÁRTIRES DE LA INDEPENDENCIA

Herido por un dardo en la pelea
Epaminondas cae sobre su escudo,
Abierto el pecho por el dardo agudo
Que mata el cuerpo, pero no la idea.

Y al ver triunfal que su pendón flamea,
Afloja de la muerte el fiero nudo,
Y dice á Tebas: «¡Madre, te saludo!
«Quedan mis hijas, Leuctra y Mantinea!»

También dos hijas bellas nos dejaron
Los que el libre pendón dieron al viento
Y á su sombra su espíritu entregaron;

Hijas son de su esfuerzo y su ardimiento:
La Independencia que ellos proclamaron;
La Libertad que dió su pensamiento.

EL INVÁLIDO

No mirais aquel mendigo
De aquella iglesia á la puerta,
Cuya miseria despierta
Simpática compasión,
Y que á todos los que pasan,
Tendiendo mano transida,
Pide con voz dolorida
Una limosna por Dios!

Es un mártir de la patria,
Un soldado valeroso
Del estandarte glorioso
Que el hemisferio cruzó;
Soldado que en otro tiempo
Hizo temblar al guerrero,
Y que hoy pide al pasajero:
¡Una limosna por Dios!

Ved: en su manga derecha
Se perciben dos galones,
Y de Maipo los cordones
Que la patria le donó;
Cabo invalido, sin brazo,
Solo le resta en la tierra
Pedir después de la guerra
¡Una limosna por Dios!

A la puerta de la iglesia
Rememora sus hazañas,
Y las gloriosas campañas
Que en otros días siguió;
Y mostrando con orgullo
De su frente una ancha herida,
Pide con voz dolorida
¡Una limosna por Dios!

« Fuí soldado de los Andes,
« En Maypo, Cabo me hicieron
« Y las balas deshicieron
« Mi brazo en Ituzaingó;
« Entonces mi voz se oía
« En medio del fuego recio,
« Y hoy me arrojan con desprecio
« ¡Una limosna por Dios!

« ¡De frente! ¡A la bayoneta!
« El coronel nos gritaba,
« Y sin miedo nos llevaba
« A la boca del cañón.
« Al brazo el arma llevaba,
« Metralla y bala llovía,
« Y entonces yo no pedía
« ¡Una limosna por Dios!

« Cuantas veces en los Andes,
« Al venir la madrugada,
« En medio de una nevada,
« Mi bigote emblanqueció.

« Hoy la nieve de los años
« Mi cabello ha encanecido,
« Y estiendo la mano y pido
« ¡Una limosna por Dios!

« ¿Donde están mis camaradas
« Del Cerrito y Ayacucho,
« Que mordían el cartucho
« Con indomable valor?
« Donde están? tal vez ahora
« Duermen en la tumba helada,
« O piden con voz quebrada
« ¡Una limosna por Dios!

« Como ellos yo moriré;
« Y en la tierra de mi fosa
« ¿Qué alma verterá piadosa
« Una gota de dolor?
« Y cuando en algún camino
« Bajo los años sucumba,
« ¡Quién dará para mi tumba
« Una limosna por Dios! »

« Cesa, cesa en tus lamentos,
« Cabo lleno de laureles,
« Que hay olvidos más crueles
« Que los que llora tu voz:
« La República Argentina
« Bajo el yugo de un tirano
« Pide al mundo americano
« ¡Una limosna por Dios!

LA REVOLUCIÓN DEL SUD

Á BUENOS AIRES

«El cuello atado á la servil cadena,
«Del tirano postrándose á los pies
«Buenos Aires esclava y miserable
«Ya no es el pueblo de ochocientos diez».

¡Oh patria! así decían, y entre tanto,
Tú oías esas voces con desdén,
Esperando mostrar con grandes hechos
Que eras el pueblo de ochocientos diez.

La vista al suelo con dolor bajabas,
Pero en tu corazón había fe,
Y ardiente por tus venas aun corría
La sangre pura de ochocientos diez.

Y derepente, cual gigante inmenso,
A quien dormido ataran al cordel,
Despertaste rompiendo tus cadenas
Como en el día de ochocientos diez.

¿Quién alza el grito? preguntó el tirano.
El trueno sordo retumbó á sus pies,
Y la corneta contestó en la Pampa:
«¡Yo soy el pueblo de ochocientos diez!»

Fuiste vencida, cara patria mía,
Tus legiones sufrieron un revés,
Pero nadie dirá que no caiste
Como los héroes de ochocientos diez.

No lo dirán... ¡cobardes!... las espaldas
Muestre lanceadas argentino infiel;
Nobles heridas muestren en el pecho
Los descendientes de ochocientos diez.

En sus lanzas filosas levantaron
Los sicarios del dèspota cruel
Del inmortal Castelli la cabeza,
Del hijo noble de ochocientos diez.

De la sangre del mártir de la patria
De cada gota un héroe ha de nacer,
Sangre fecunda, como fué fecunda
La de los muertos de ochocientos diez.

Tus nobles hijos al mirar su busto
Del polvo alzaron la humillada sien,
Y levantaron con robustos hombros
El ara santa de ochocientos diez.

«¡Venganza al pueblo!» prorrumpieron todos,
«¡Palmas al mártir que murió con fé!
«¡Gloria al que caíga en medio del combate!
«¡Gloria á los hijos de ochocientos diez!»

Se vió agitar del mártir la cabeza,
Y su ojo frío se volvió á encender,
Y desatado el labio á la palabra,
Clamó: «¡Sois hijos de ochocientos diez!»

EL VELO

La mies se corona de espigas doradas,
Y el cielo se esmalta con nubes de azul,
Las flores se envuelven con hojas variadas,
Y en gajos flexibles el verde abedul.

Se ciñe el guerrero con palma triunfante,
El rey con diadema circunda la sien,
La falsa coqueta prefiere un diamante,
Que á par de ella muchas prefieren también.

Se ciñen los montes coronas de hielo,
De blancas espumas las olas del mar,
De fresco rocío las plantas del suelo,
De llamas rojizas la esfera solar.

Mas hay una bella que dulce y modesta
Ni flores, ni nubes, ni llamas buscó,
Y en vez de la joya que adorno le presta,
Con diáfano velo su frente ciñó.

Si fuese al combate, colgára en mi lanza
Con lauros de triunfo su leve crespón;
Y altivo, animado de doble esperanza,
Sería de guerra mi sacro pendón.

Si fuese marino, colgara ese velo
Por vela á mi buque, por toldo á su imán,
Y en calma mirando los astros del cielo,
Las iras burlára del negro huracán.

Si fuese poeta, mi armónica lira
Pondría al amparo del ténue cendal,
Y al son de la brisa que mansa suspira,
Le diera inspirado su acorde final.

Si fuese viajero, deseara una palma
Que sombra tranquila me diese á su pie,
Como esa que el velo con plácida calma,
Derrama en la frente que el ojo entrevé.

Feliz el que pueda del cándido velo
Alzar el estremo que cubre la sien,
Porque ese, olvidando las penas del suelo,
La luz habrá visto del mágico Edén.

Feliz el que pueda con él envolverse
Y dar estasiado su espíritu á Dios,
Y ver á la tierra de vista perderse,
Cual ave que asciende con ala veloz.

Feliz el que pueda colgar á su estremo
La excelsa corona de rosa y laurel,
Cual símbolo hermoso del genio supremo
Que indique á la reina de todo el verjel.

Feliz el que pueda mezclar sus despojos
Al polvo impalpable que el viento alzará,

Cuando esa belleza con llanto en los ojos
Desgarre ese velo que sombra le dá.

Mas esto es muy triste; tal vez distraído
Su frente he podido de nieblas cubrir,
Y al velo que lleva solo es permitido
Con nubes ligeras su frente circuir.

El es como nube que cruza su frente,
Cual cruza los cielos la bruma fugaz,
Realzando en el fondo su rostro esplendente
Que adornan matices del iris de paz.

Yo soy como un ciego que canta á la puerta,
Deseando al que me oye placeres y amor;
Deseando que nunca se mire cubierta
La gaza, con perlas que dorde el dolor.

¡Mas no soy tan ciego! pues miro en el cielo
Brillar las estrellas con tibio fulgor,
Y luego eclipsarse si entreabre su velo
Mostrando los ojos que irradian amor.

Á UN AMIGO DE 24 HORAS

En los ardientes climas tropicales,
Con el rocío de una sola noche,
La perfumada flor abre su broche,
Y al sol y al aire entrega su beldad,

Así en mi corazón, de amor fecundo
Ha brotado en un día una flor pura,
Y esa flor de rarísima hermosura
Es por tí mi simpática amistad.

EL APÓSTOL DE BERANGER

DEDICADO Á LAMENNAIS

¿Adónde vas?—Voy á salvar al mundo
Propagando de Dios la ley de amor.
—Apóstol, tu labor será infecundo,
Ven al festín, y enjuga tu sudor.
—No, no: yo voy á emancipar el mundo
De Dios siguiendo santa ley de amor.

¿A dónde vas?—¡A predicar al hombre
La justicia, la paz, la caridad!
—No corras ¡ay! en pos de un vano nombre
Que jamás se convierte en realidad.
—No, no: ¡yo voy á predicar al hombre
La justicia, la paz, la caridad!

¿Adónde vas?—A las humanas almas
Voy á enseñar la senda de los cielos.
—Busca otro triunfo entre gloriosas palmas
Consagrando á la musa tus desvelos.
—No, no: yo voy á las humanas almas
A enseñar el camino de los cielos.

¿A donde vas?—A alzar en las campañas
Templos al Dios que cría la gramilla.
—Huye del precipicio en las montañas,
Teme de bandoleros la gavilla.
—No, no: yo voy alzar en las campañas
Templos al que bendice la gramilla.

¿A dónde vas?—En medio á las ciudades
Voy á purificar los corazones.
—Detén, que si al impío no persuades,
La rabia exaltarás de las pasiones.
—No, no: yo voy en medio á las ciudades
Á curar los viciados corazones.

¿A dónde vas?—Buscando al afligido
Para decirle: ¡Solo Dios es fuerte!
—¡Ah! teme al poderoso envanecido,
Y que el esclavo contra tí despierte!
—No, no: yo voy buscando al afligido
Para decirle: ¡Solo Dios es fuerte!

¿A donde vas?—A recorrer la tierra
Confortando creyentes que flaquean,
—¡Qué! ¿la edad, las fatigas y la guerra
No han donado tus sienes que blanquean?
—No, no: yo voy á recorrer la tierra,
Y á confortar creyentes que flaquean.

¿A dónde vas?—A quebrantar los yugos
Con que oprimen al pueblo los tiranos.
—¡Tiembla! te entregarán á los verdugos,

Y el pueblo inerme batirá las manos.
—No, no: yo voy á quebrantar los yugos
Con que oprimen al pueblo los tiranos.

¿A dónde vas?—A confesar mi culto,
En presencia del Juez y sus lectores.
—Se perderá tu voz en el tumulto
Que alzarán los serviles oradores.
—No, no: yo voy á predicar mi culto,
En presencia del Juez y sus lectores,

¿A dónde vas?—Voy á entregar mi cuello
Sobre el cadalso donde Dios me aguarda.
—Dí una palabra y de tu gracia el sello
Pondrá la mano que las leyes guarda.
—No, no: yo voy á doblegar mi cuello
Sobre el cadalso donde Dios me aguarda.

¿A donde vas?—Entre ángeles divinos
A descansar en brazos de mi Dios.
—Tú nos conviertes; sigue tu destino¡
En tu sepulcro llorarán! ¡Adios!
—Sí, sí: yo voy entre ángeles divinos
A descansar en brazos de mi Dios.

A MI AMIGO JUAN MARIA GUTIERREZ

Los pobres ecos que á mi humilde lira
En otro día arrancó el dolor
Hoy los destroza con su bella mano
El ángel bello que posee mi amor.

Así el guardian que sobre el hombre vela
Si ve en su frente el polvo sombrear,
Tendiendo el ala blanda cual la seda
Quiere la mancha de su sien borrar.

Aquellos ecos fueron un pecado
Que en mis primeros años cometí
Mas hoy por la bondad de una belleza
Santa misericordia conseguí;

Como en un tiempo al pie de los altares
Magdalena las piedras anegó
Y en el puesto del hombre arrepentido
El perdón de sus culpas alcanzó.

Pero qué importa que mis pobres versos
En este libro vuestro ya no estén
Si mil estrellas de esplendor divino
Entre sus hojas relucir se ven.

Como del cielo el estrellado manto
Si tenue nube empaña su color
La faz hermosa del Señor reluce
Si el viento suave limpia ese vapor.

Pero diréisme que un lunar es bello
Como en el seno fúnebre crespón,
Como el cabello sobre el albo rostro,
Que en su contraste forma la ilusión.

Mas no es hermoso fango que salpica,
Ni negra sangre bella sombra hacer
En la pisada de la sucia bota
Sobre vestido níveo de mujer.

Al reemplazar *mis ecos* con *mis ecos*
Pienso que los dedico á la amistad,
Y si en el cambio poco se adelanta
En algo apreciareis la voluntad.

Sones despedazados de mi lira
Que en horas congojadas exhalé
Como el cristiano al pie de los altares
Mi corazón en ellos derramé.

No los perfumes hallareis en ellos
Del balsámico aliento del amor,
Ni del poeta las ligeras sombras
Ni el férreo trazo de pensar creador.

Si no el aliento de las flores secas
Y exhalaciones del dolor tenaz

Y más que todo las amargas gotas
Con que el destino humedeció mi faz.

Y si buscais recuerdos del amigo,
Tal vez los hallareis con atención,
Como se encuentra entre árboles marchitos
La sombra colosal de Napoleón.

No me pidais las hojas arrancadas
Que arrebató en su espalda el huracán,
Y que amarillas cual la flor de otoño
Mustias y secas por el suelo van.

Ya no se pueden recoger del suelo,
Pues apretados por polvo veloz
Que irá volando por el aire vago
A contemplar la inmensidad de Dios.

Así se pasan los floridos días
Y uno por uno míranse caer,
Y al levantarlos de la tierra fría
Inerte polvo son ellos también.

Montevideo, 6 de Diciembre de 1842.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ

A MAYO *

Triunfos y glorias en la lira mía
Deben hoy resonar. Cese el gemido
Que en torno al polvo del campeón caído
Lanzara el alma en pavoroso día.

Vengan hoy á mi sien palmas verdosas,
Porque el mústio crespón que anuncia el llanto
Nubla la mente que levanta el canto
Al nivel de victorias portentosas.

¡Palma á mi sien! mas palma entrelazada
Con albas cintas en azul teñidas,
Colores que á la vez son bien queridas
Del cielo hermoso y de la patria amada.

¡Palma á mi sien, recogimiento á mi alma,
Sublime majestad á la voz mía,
Dad, Oh mi Dios, dispensador del día,
Como dais tempestades y dais calma!

---

* Esta composición fué escrita para concurrir á un certamen abierto por las autoridades de Montevideo en el aniversario de Mayo de 1841. Entre las diez composiciones presentadas, esta mereció el premio principal, que consistía en una medalla de oro con algunas inscripciones y emblemas alegóricos á su destino. Fueron jueces de este certamen los señores D. Florencio Varela, D. Manuel Herrera, D. Cándido Juanico, D. Juan Andrés Gelly y D. Francisco Araucho. Por la imprenta de P. P. Olave se publicaron ocho de las diez composiciones presentadas, en un volumen de 80 páginas con un prólogo crítico de D. Juan Bautista Alberdi, y el informe de la «Comisión clasificadora» firmado por los cinco señores ya nombrados. (Nota del mismo autor).

Todo es tuyo, Señor, en mi creencia:
Prodigios de los hombres y conquistas;
Creaciones de vates y de artistas,
Son obra tuya, no de humana ciencia.

Jamás alcé mi pensamiento al cielo
A contemplar las luces de tu gloria,
Sin tenerte, Señor, en la memoria
Y sin mirar compadecido al suelo.

Y cuando pude comprender un día
Lo que hicieron los próceres de Mayo,
Ya comprendí también que ardiente rayo
De tu luz divinal los dirigía.

Por eso al destello
De rayo tan bello
Marcharon seguros
A quebrar los muros
Que al genio y riqueza,
Con torpe vileza,
La mano ponía
De la tiranía.

Alzaron potentes
La voz, y las gentes
Las voces oyeron.
Son ellos, dijeron,
Que traen en la frente
La lumbre esplendente
De la libertad.
¡Marchemos! ¡Marchad!

Los tiernos infantes
Que en llanto, anhelantes,
Las madres dejaban,
Donceles que amaban
A ángeles del cielo,
No á seres del suelo,
Deleites huían,
Gozosos venían.

Y en vano, la mano
Del tiempo, al anciano
Las sienes le hiela;
En vano, que vuela
Llevando en los ojos
Venganza y enojos;
Pues siente con pena
Que arrastra cadena.

Tal cual oprime en círculos instables
El ancho Paraná sus frescas islas
En belleza y verdor inimitables,
Y en voluptuoso abrazo
Parece que les presta su regazo,
Así la muchedumbre
Cerca á los hombres que inspirados vienen
Del alto pensamiento
De alzar el monumento
De libertad que meditado tienen.
Pasmada mira y silenciosa escucha,
Como que espera ver brotar la lumbre

En medio á las tinieblas con que lucha.
« No más de hoy tiranía;
No más vasallos ni pendones régios
Crucen las calles de la patria mía
Con servil y demente regocijo».
Así una voz profética les dijo,
Y el pueblo con silencio la escuchaba,
Y á proseguir, atento, la alentaba.
Y la voz prosiguió: «Sois escogidos
Para llevar un mundo en las espaldas
Y derramarlo en las plateadas faldas
Que dilatan los Andes engreídos,
Y en los desiertos de la inmensa Pampa,
Y en los pasmosos ríos do la estampa
Del rostro del Señor se ve riendo,
Y de ese mundo cual de fértil grano
Que bajo el surco el labrador encierra,
Irán otros naciendo,
Cada uno libre, ilustre y soberano,
Bendecidos del cielo y de la tierra.
Grande es vuestra misión. No os amedrente
El altivo poder de las Españas,
Ni el ódio de esos ricos infanzones,
Que llevan corazón en las entrañas
Duro como el metal de sus blasones.
Soplareis en la frente
Del Rey sobervio que temblando vimos,
Y ese coloso del poder humano,
Ese dueño mentido de la vida,
Burla provocará con su caída:

Y al que cual sierva grey obedecimos,
Pigmeo mediremos con la mano.
Los pueblos crecen como el hombre crece,
Y en la vida de un pueblo son los siglos
Lo que en el hombre el círculo de un día.
Para ellos la razón tarde amanece
Tras larga noche de tiniebla fría,
En que creen en mentiras y vestiglos.
    Así nuestros pasados
Vivieron ante el trono arrodillados,
Creyendo ilusos que de Dios venía
Esa vara de hierro con que hería
Un hombre ungido en la apocada frente.
    Mas hoy omnipotente
Se alza la majestad de un pueblo entero:
El vestirá las armas del guerrero;
Y á la luz de la gloria caminando,
Y la luz de la gloria reflejando,
Ofuscará los falsos resplandores
    De la real diadema.
Hombres libres tendrá por servidores,
Y el astro de los Incas por emblema.
—Así una voz profética les dijo
Y el pueblo silencioso la escuchaba,
Y á proseguir, atento, la alentaba;
Y la voz prosiguió:—Llevemos fijo
Dentro del alma un santo pensamiento;
Un magnánimo intento:
Somos desde hoy pontífices y reyes.
    El foro que pisamos

Y que al nombrar la historia
Le dará el apellido de Victoria,
Es en este momento la aleatoria
Urna que encierra los benditos nombres
De los que han de dar leyes
A los presentes y futuros hombres.
Bajad la vista y contemplad la infancia
Que alegra al suelo como flor caída
Del árbol de esperanzas y de vida;
Miradla, y recordad nuestra ignorancia.
Disipemos la noche de su alma
Ilustrando su mente
Y dándole á beber en la ancha fuente
Que fecundiza del saber la palma.
Infundid en su seno
Santo amor de virtud y de justicia,
Y ódio implacable á la infernal malicia.
Corroedor veneno
Es el saber sin la virtud. El vicio
Suele el incienso mundanal prospicio
Encontrar bajo techos altaneros,
Como bajo el azahar de naranjeros
En lecho de sahumados vejetales
Descansan espantosos animales
En los bosques de América la bella;
Mas la virtud hermosa,
En medio de la tierra tenebrosa
Brilla, como en los cielos una estrella.
—Así una voz profética les dijo,
Y el pueblo con silencio la escuchaba,

Y á proseguir, atento, la alentaba;
Y la voz prosiguió:—Largo y prolijo
Fué el largo dominar del despotismo:
    Código de egoismo
Con ultrajantes leyes nos regía,
    Y en menos nos tenía
Que á bestia dócil la altanera España.
Mas no á venganza ni ardorosa saña
Os aliente mi voz: es del cobarde
Teñir en sangre la coyunda rota,
Hacer que el fuego del furor en que arde
Cubra el campo iufeliz de la derrota,
    Y aguzar en los grillos
El filo vengador de los cuchillos.
¡Piedad y compasión para el vencido!
    Generosos y humanos
Respetemos el llanto del caído,
Y á los hombres miremos como hermanos.
Así cuando la enseña despleguemos
Y al aire puro sus colores demos,
    Los pueblos más lejanos,
De amar riendo y de placer henchidos,
Hélos ahí, nos dirán, los escojidos:
Y vendrán á nosotros atraídos
Por esa luz que la virtud derrama,
Inflamando los pechos con su llama.
Vendrá del polo el hombre endurecido
Y el rudo habitador de las montañas;
    Y el invierno aterido
Que les heló la sangre en las entrañas,

Verán trocado en dulce primavera
Bajo este cielo que el Señor nos diera.
¿Y créis que él hiciera
Ríos cual mares y mineros de oro,
Y llanos de verdura deliciosa,
Y las fragantes brisas del decierto,
Y ese risueño azul de nuestro día,
Y esas mujeres del amor tesoro,
Para solo saciar la codiciosa
Sed de un imperio, á las virtudes muerto,
Pero vivo al placer y altanería?
No, que cuando la mano
Se abrió de Dios bondoso y soberano,
Y puso entre las nubes de occidente
A su América virgen é inocente,
Dijo: Bendito suelo,
Tú del mundo caduco y enviciado
Serás la primavera y el consuelo,
Como hijo de ese padre ya cansado.

Cesó el discurso del varón prudente...
Contempló con amor la muchedumbre,
Y de sus ojos y apacible frente
Brotaron rayos de divina lumbre.

Y luego absorto, en actitud sublime,
Dió rienda al pensamiento soberano;
Vió en lo futuro el pueblo que redime,
Y complacióse en la obra de su mano.

Sin duda entonce, en su potente seno
Ondas de gozo férvidas bullían,
Plácidas cual la risa de Dios bueno
Cuando los mundos y la luz nacían.

Pero, tal vez, como celaje espeso
Que cruza el cielo y entristece el día,
La duda vino á descargar su peso,
Y el placer de aquella alma turbaría.

Que siempre sigue al alto pensamiento
Religioso pavor de incertidumbre,
Y el corazón que abriga un grande invento
Trepida cual de un astro la vislumbre.

Mas no desmayo en su mirar mostrara,
Que era tan fuerte como su obra el justo,
Y el varón no temiera ni temblara
Llevando el pecho amurallado al susto.

Así Colón un día
Tuvo la inspiración de un pensamiento,
Y con esa constancia y ardimiento
Que da al pecho la fe de quien confía,
A los ignotos mares dió la prora;
Volvió la espalda al trono de la aurora;
Y su altanera frente
La fijó en los misterios de occidente.
La envejecida tradición le muestra
En los pilares de Hércules escrita,
Cifra fatal que la ambición limita

Y cierra allí los lindes de la tierra.
        Le muestra, pero en vano,
Que él alza ya su prepotente mano
Y más pujante que el mentido Alcides
        Se prepara á las lides
Que va á ofrecerle el irritado oceano...
        Falta la estrella al polo,
Y la barra imantada, misteriosa,
Cual de pavor turbada y temblorosa,
Abre torcida y estraviada vía.
        Ya los cansados linos
Silban, y crujen los nadantes pinos;
Y la onda hinchada pavorosa truena,
Y la algazara del motín resuena,
Y todo es confusión... Pero una frente
Se levanta radiosa é inspirada,
Y de calma y de fe toda bañada,
Descuella en medio á la alterada gente,
Y les vuelve la paz mostrando un mundo.

No en vano entre dos fajas de victoria
Colocaron al Sol nuestros mayores,
Y miraron el rostro de la gloria
A la luz de sus fúlgidos clarores.

No en vano espiaban su primer destello
Para encender el bronce de la almena,
Para humildosos inclinarle el cuello
Libre ya del pesar de la cadena.

Porque es astro de vida y de esperanza,
Y esperanzas y vida infundió Mayo:
Si las luces del Sol dan la bonanza,
La libertad alienta con su rayo.

El pensamiento de Mayo
Fué una sublime esperanza
De dicha que no se alcanza
Sino en el volcar del tiempo:
Porque las obras humanas
Crecen entre las espinas
O truécanse luego en ruïnas
Que desbaratan los vientos.

¡Maldito! maldito el hombre
Que al oir bramar la tormenta
Que las pasiones fomenta
Con soplos enardecidos,
Cruza las manos al pecho
Desmayando en la esperanza
De ver lucir la bonanza
Y el porvenir prometido.

¿Qué son en la eterna vida
De pueblos que ayer nacieron,
Los instantes que perdieron
Por extraviados caminos?
¿Qué son las gotas de sangre
Que salpicaron el suelo?
¿Qué son el llanto y el duelo
Que alguna vez padecimos?

¿Qué son? sino un pobre grano
De la ancha playa de un río,
Breve gota de rocío
Que se mezcló con los mares?
¿Qué son, sino leves nubes
Desatadas por el viento,
Acrecentando un momento
La sombra en las tempestades?

¡Bendito, bendito el hombre
Que espera y marcha brioso
Por un sendero espinoso
Confiado en el porvenir;
Y fuerte de fe y constancia
Ni se queja ni maldice
Al oir voz que le dice:
Adelante, proseguid!

¿Y habrá quien reniegue del gran pensamiento
Sublime, esplendente, como el firmamento,
Que Dios sonriendo gozoso formó?
¿Habrá quien mezquino, la mente apocada
No enalce á la altura que está reservada
Al pueblo que en Mayo—¡«soy libre»!—clamó?

¿No ve en lo futuro cruzar por los mares
Azules pendones llevando á millares
Los ópimos frutos de un mundo feliz?
¿No mira naciones hasta hoy altaneras
Rendir debeladas sus régias banderas
Y al hijo del Inca doblar la cerviz?

¿No mira en palacios y en pobre cabaña,
No mira en los llanos y en la alta montaña,
Cual linfa tranquila la vida correr?
¿No escucha los himnos que suben al cielo
Cantados por libres que cuajan el suelo,
Así que la aurora comienza á nacer?

¿No mira ondulante la inmensa llanura
Con mieses doradas, con rica verdura,
Que en dulces afanes la frente regó?
¿No advierte ya mudos los ecos de guerra,
Y en vez de cañones rodar por la tierra
Pacífico invento que el arte formó?

¿No mira la prole robusta y hermosa,
Cual frutos benditos en torno á la esposa
En ciencia y virtudes y en años crecer;
Y al padre que toma gozoso en el brazo
Su hijuelo postrero, que abriga el regazo,
No ve cual le baña de amor el placer?

Revuelve en su mente la historia pasada
Con sangre en el bronce por siempre grabada
Pensando en los padres de entonces y en él;
Y suelta en suspiros la dicha del seno
Diciendo: yo gozo de día sereno
Porque otros bebieron el cáliz de hiel.

En pecho preclaro y en mente lucida,
La fe resplandece con llama encendida
Mostrando los tiempos que están por venir;

Infunde calores fecundos al suelo
Y pintan su lampo la curva del cielo
Con íris variados de bello lucir.

Nada faltó á tu gloria ¡patria mía!
Cuando armada en guerrero te mirabas
Y la azulada enseña encaminabas
Donde más resplandece el rey del día.

Entonces por diadema de tu frente
Llevabas mil pendones empolvados,
Y bélicos trofeos conquistados
Al extranjero audaz en lucha ardiente.

Aclamábante entonces, poderosa,
Las salvas del cañón en las almenas,
Los himnos de tus hijos sin cadenas,
Y la voz de tus vates armoniosa.

Voz de tus vates queridos
Que cuerdas de oro pulsaron,
Y á las gentes te mostraron
Velada de resplandor:
Que con las chispas del genio
En la memoria del hombre
Dejaron tu santo nombre
Escrito como el de Dios.

Sí; fué la voz de tus vates
Para anunciar tu grandeza,
Para anunciar tu belleza,

Para anunciar tu esplendor,
Como es el eco del trueno,
Como es del mar el bramido,
Para anunciar el temido
Enojo del Hacedor.

¡Oh! sí; la voz de tus vates
Fué un torrente de armonía
Que solo por tí corría
Solo tus plantas besó;
Y su linfa cristalina
Que nada humano tocaba,
Solo á tí te reflejaba
Con entusiasmo y amor.

Allí te miraste ¡oh madre!
Cual madre alguna se viera,
Levantada hasta la esfera
Donde brilla eterno el sol.
Era tu gala la gloria,
Y nubes te coronaban
Del incienso que quemaban
Hombres libres en tu honor.

¡Ay! esos vates queridos
Que tanto lustre te dieron
Todos, todos perecieron
Sin renegar su misión.
Unos cayeron envueltos
En el polvo del combate,

Otros al terrible embate
Del infortunio y dolor.

Murieron; pero dejaron
La fama que no perece,
Como esa luz que anochece
Vuelve con más esplendor.
Su muerte fué cual la nube
Que ofusca un momento al día,
Y redobla su alegría
Cuando se disipa al sol.

Descansen en el seno omnipotente.....
Ya nuevos bardos alzan su cantar,
Perfumando de aromas el ambiente,
Puras como la mirra del altar.

Suenan hoy en las liras, inspirados
Himnos al mes de gloria y libertad,
Que escuchan los mortales admirados
Pendientes de su gracia y magestad.

Y yo también, sobre la sien de Mayo
Quise una flor humilde deponer:
La mano del dolor la arrancó al tallo;
¡Qué otra ofrenda el proscrito ha de ofrecer!

Montevideo 1841.

LA BANDERA ARGENTINA

EN MAYO

Llevó gloriosa guerra
Desde el río Plateado
Al suelo por los Andes dominado.

Florencio Varela.

¡Salud estrella de la gloria! hermana
Hízote el pueblo al redimir su suelo,
Del azul de las aguas y del cielo
Y del cándido albor de la mañana.
Puso en tu centro, de la luz al padre;
Al sol, dios de los Incas, raudal vivo
Que en los hombres de América derrama
Del ingenio la llama,
De virtudes y amor el incentivo,
Y la sed insaciable de ser libres.
¡Cuántas veces, tal vez, cruzando al pecho
Sus brazos un guerrero,
Ya en la cumbre del Andes altanero
O en las llanuras del ameno Chile,
No clavó en tí, trofeo de la gloria,
Su vista y su memoria!

En tu presencia se agitó su seno;
Llanto de amor humedeció sus ojos,

Y de tiempos pasados los despojos
Cual si fantasmas fueran, le asaltaron.
Vió en su delirio las plateadas aguas
Moverse del gran río, y la corriente
Llevar á la otra playa del oriente
        Libertadoras naves,
Guerreros argentinos que las llaves
De muro incontrastable conquistaron.

En su delirio oyó poblarse el viento
Del cántico inmortal que dice al mundo:
        «Con respecto profundo
«¡Mirad cual se alza un pueblo venturoso!
        «¡Miradle victorioso!
«¡Miradle á par de las naciones libres!»
Recordó en su delirio el templo santo
        Rebosando en gentío,
De flores lleno el pavimento frío
Y de rotos pendones la techumbre.
La roja cruz británica, los leones,
Almenas castellanas, mil blasones
        De tronos seculares,
Miró el guerrero en su entusiasmo, envueltos
En el humo que mandan los altares
A par de la oración al Dios del libre.

Vió en su entusiasmo varonil matrona
Que de mirto y laurel una corona
Entre esperanza y susto entretejía;
        Fijó con más porfía
        Su atención el guerrero,

Y vió á la esposa que ciñó su acero
Cuando de combatir luciera el día.

Tal vez entonces suspiró, diciendo,
Con lamentable voz: «¡Patria querida!
Amor, tiernos halagos, sangre y vida,
A tu honor y tu gloria posponiendo,
La enseña sigo que á triunfar me guía.
Mas ¡ay! la sangre que en el campo vierta
Prenda de dicha y de hermandad te sea:
¡Que la discordia fea
Mire mi sangre y se sepulte yerta.»

Sonaron los atambores
Y se recobró el guerrero:
Llevó la mano al acero
Y en ágil potro montó.
Sacó del seno una imagen
Y la contempló amoroso:
En ademán religioso
Los ojos al cielo alzó!

En tanto erguidos pendones
En la llanura asomaban,
Unos, dos leones llevaban;
Los otros, un puro sol:
Y en la remota montaña
Que la alarma repetía,
Ya la clara luz lucía
Del alba que amaneció.

Brillan espadas y lanzas,
Truena el cañón homicida,
La muerte busca á la vida,
Y el bravo su galardón.
Palpitan miembros trozados,
Se tiñe de rojo el suelo,
Y en el tranquilo arroyuelo
La sangre al agua se unió.

Clamor de triunfo se escucha:
¡Viva la patria! ¡Victoria!
Ya se cubrieron de gloria
Los héroes que el Plata dió.....
Y en el remoto confín
De la llanura estendida,
Va huyendo despavorida
La turba que un rey mandó.....

Mas ¡ay!, cuatro granaderos
En lecho de armas formado
Llevan un jefe esforzado
Que bala enemiga hirió;
Y en su pálido semblante
Signos se ven misteriosos,
Como rastros deliciosos
De una pasada visión.

¡Sangre del héroe que regó los llanos
Y las altivas cumbres abundante,
Cual corriente ondeante

Lavaste los insultos castellanos!.....
Hora en los pechos de la nueva prole
Del venturoso Mayo,
Revives ¡sangre! despertando el rayo
Que en polvo vuela la gigante mole
Del despotismo audaz de otros tiranos.

1838.

LA BANDERA DE MAYO

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
El blanco y el celeste de nuestro pabellón,
Por eso en las regiones de la victoria ondea
Ese hijo de los cielos que no dejeneró.

Cual águila en acecho se alzabá sobre el mundo
Para saber que pueblos necesitaban de él;
Y llanos y montañas atravesando y ríos,
La libertad clavaba donde clavaba el pié

Del cóndor de los Andes las alas no pudieron
Seguir en sus victorias al pabellón azul:
Ni la pupila impávida del ágila, un momento,
Pudo mirar de frente su inextinguible luz.

Alcemos sus colores con vanidad, hermanos!
De nuestra gran familia el apellido es él;
Dos bandos fratricidas le llevan en sus lanzas,
Mañana en torno suyo se abrazarán también.

Valparaiso, Mayo 25 de 1846.

AL AUTOR DEL PEREGRINO

¡Vuelva á mí la esperanza!
Aun brilla airosa la incansable lanza,
Y aun suena el casco del bribón bravío
Sobre las toscas del remoto río:
Y lanzas y bridones
Caminan al fulgor que en los pendones
Difunde el sol de Mayo,
Luminar sin ocaso ni desmayo.

¡Vuelva á mí la esperanza!
Que no solo en los campos de matanza,
Sino también en la invisible esfera
Donde la mente impera,
Hay combate y labor. ¡Bello destino,
Es el tuyo, inmortal pueblo Argentino!
Al redoblar del atambor avanzas,
Al estampido del cañón sonries,
Y en tus victorias el laurel que alcanzas
Sin que del fiel de la equidad desvíes
Engalanas al vate y al guerrero.
Jamás colgaras el feliz acero
Al muro de tus santas catedrales,
Sin que sonara al pié de sus umbrales
Una lira inspirada.
Hermandad de la Lira y la victoria,

Abrazo de la gloria con la gloria,
Osculo que se dan las dos hermanas,
A par que las más grandes, las más vanas.

¿Será el rugido de tus ondas bravas
Con que el cimiento de mi patria lavas,
Río sublime como el mar, ó acaso
Los llanos que se estienden á tu ocaso,
Quienes el rico don de la armonía
Dispensan generosos?—Desde el día
En que entre risas de la aurora vieron
Nacer la libertad nuestros mayores,
En fuego santo inspirador ardieron,
Y bañada una frente en sus clamores,
Alzóse audaz á la inmortal lumbrera
Diciendo al mundo: ¡oid! ¡Jamás bandera,
Ni trompa, ni clarín, puso en las venas
Tanto valor para quebrar cadenas
Como de López la canción; sublime
Como la mar cuando se esplaya y gime,
Como el amor, como la luz fecunda.

¡Y hubo de gloria un siglo en pocos años!
Transformados en hombres los rebaños
Con el poder del huracán cundieron,
Y al sol ardiente ecuatorial pidieron,
Una luz digna de quebrar su rayo
Sobre el acero del fusil de Mayo.

¡Envidia tengo al que viera entonces!
Al que escuchara retumbar el bronce

Arrastrado por potros de mis llanos;
Envidia tengo á quien alzó las manos
Al cielo, agradecido,
Y de pólvora el lábio ennegrecido
Abrió á la estrofa que en sagrado verso
Manda antes perecer, que ante el perverso
El cuello doblegar.

¿Por qué pasaron,
Por qué solo recuerdos nos dejaron,
(Recuerdos punzadores) esos días?
Del arpa son las tristes melodías
Que hora escucho sonar; solo quejidos
En extrangeros pueblos difundidos
Arroja el pecho del patricio vate,
Cuyo robusto corazón no late
Al bullicio marcial de la victoria.
¿Y, como no llorar cuando la historia
Es tan triste del tiempo en que vivimos?

Joven poeta, ven; mano de amigo
Pongo sobre tu sien: te absuelvo, llora.
¿Cómo no ha de llorar quien va mendigo
De Patria y Libertad, y en cada hora
Escucha, en el martillo que la suena,
Caer una gota al cáliz de su pena?
Llora, pero con lágrima sublime,
Como el órgano santo cuando jime
A par del salmo; como llora el día
Dentro la tumba de la noche fría.

Cuál tu sabes llorar; cuál Carlos llora,
Harold, tu Peregrino:
Es tesoro divino
Una líquida perla, si colora
Su superficie en el rosado viso
Que Dios poner en las mejillas quiso
De virgen pudorosa;
Es cosa santa, irresistible, hermosa;
Vence á las fieras; enloquese al hombre;...
Lágrima de mujer no tiene nombre!

Y el llanto del Poeta,
¿Quién sabrá lo que es?... En la paleta
Que el iris pone en medio del espacio,
En la luz del diamante y del topacio,
En los cambiantes de la luz que espira,
Dentro la mar donde la luz se mira...
No hay colores capaces de pintarlo,
Ni palabra, ni voz para expresarlo
En cuantos ecos la Natura tiene.
Nunca á los ojos por consuelo viene;
Y en gotas de metal enardecido
Cae sobre el corazón... llanto sublime,
Que al pecho del mortal desfallecido,
Del desaliento y del dolor redime.

Río Janeiro, Enero 14 de 1845.

À PLÁCIDO *

«De cobre es tu color, mas tu alma es de oro»
Acuña de Figueroa.

¡Peregrino infeliz! alma probada
En el crisol del sufrimiento! El mundo
Si no maldice á tu asesino y llora,
Yo le daré mi maldición; y el llanto,
Única perla que la tumba pide,
Colocaré en la tuya. Yo he nacido
Bajo el cielo de América, y hermano
Te reconozco envanecido. El Plata
No columpia en sus brisas los palmeros
Que toldaron tu cuna; pero en ellas
Se bebe al par del nectar de las madres,
Fiereza y libertad: ¡yo soy tu hermano!...
Pongo las palmas en tu yerta frente,
Y mis manos de libre y de poeta
Te lavan del delito. ¿Cual fué el tuyo?...
Llevar la sangre de español mezclada
Al fervoroso humor del africano,
Y en las sienes la llama del ingenio?
¿Tener el cuello á la cadena uncido
Como el bruto al arado, é independiente
El alma, como el condor que sublima

* Apareció en el «Mercurio» de Valparaiso el 12 de Junio de 1845.

Su vuelo en espirales hasta el cielo?
Si ese tu crimen fué, yo te perdono!
Te absuelve el Dios que te abrigó en su seno,
Y se alzan en la tumba á perdonarte,
Los mejicanos Cesares, los Incas,
Las esposas del sol... y los volcanes
De los Andes eternos, rebramando
De cólera en tu muerte, sulfurosas
Y amarillentas teas te levantan.
¡Descansa en paz! no faltará á tu tumba,
Huérfana de una cruz, ni el agua santa,
Ni el funeral incienso... que las Musas
Te llevarán en las sonantes alas
La purísima linfa del torrente,
Y los vientos del trópico su aroma.
¡Sublime criminal! ¡Cuanto te envidio
La gloria que te espera! Ya te siento,
Bajo el rastrero césped que te cubre,
Saltar de gozo al escuchar las liras
De los vates de América. Ninguno
Avaro fué de su tribuno en flores,
Ni al genio perseguido ni á los héroes.
Heredia huyó su esclavizada Cuba;
Olmedo puso la mejor diadema
En las sienes del grande de Colombia,
Y espirando, Varela, á su tirano
Con punzadores versos le hirió el alma.
Te cantarán, te cantarán, ¡ho cisne
Del mejicano mar! Dirán al mundo
Que la cuchilla de Pizarro existe

Con su rabiosa sed de sangre criolla;
Que es delito tener tostado el rostro
Con el fuego del sol, y que el tributo
Del amargo sudor de sus esclavos
Pide aun Fernando en boca de su hija.

Á LA INDEPENDENCIA DE CHILE

Aquí la libertad buscó un asilo,
Amable peregrina,
Y ya lo encuentra plácido y tranquilo.

J. J. Olmedo.

Del Atacama ardiente,
Al Cabo en que se estrecha el iracundo
Mar que con su corriente
Rompe los hielos que amontona el polo,
Del aurífero monte
Hasta la playa en donde el alga verde
Se mece al robozar de las mareas,
De uno al otro horizonte,
Seca el pueblo el sudor de sus tareas
Y al natalicio de la Patria acude.
Envanecida frente

Pasea bajo el toldo de pendones,
En que brilla una estrella refulgente
Y el Cóndor vencedor de los Leones.
Ábrese el pecho al júbilo. Las almas
Libres hoy como el ave del desierto
Donde destilan miel airosas palmas,
Solo respiran gloria. Los altares
Mandan á Dios reconocido incienso;
Y el leño audaz que se lanzó á los mares,
Despide del cañón el estampido,
A la par del baluarte no vencido
Y de los cantos del concurso inmenso.
¡Pueblo, daos al placer! Harto en el llanto
De vuestros padres se empapó la tierra;
Harto arrastraron de viudez el manto
De otras generaciones las esposas!
¡Para ellos las espinas!... ¡Ay! se encierra
Una lágrima amarga en esas rosas
Que os perfuman, oh vírgenes, el seno;
Y el cáliz del placer que hoy hierve henchido,
Colmado de veneno
Por vuestros viejos padres fué bebido.
¡Martirio y gloria y gratitud á ellos!...
¿Cuál fuera vuestra suerte,
Si del astro del Inca á los destellos,
Arrostrando la muerte,
No mostraran el pecho? ¿Si la enseña
De santa rebelión no enarbolaran?
¿Si al peso de mortífera cureña
La braveza del potro no domaran?

Del páramo silbaron
Helados vientos en sus nobles frentes,
Y de los arenales inclementes
El cansancio y la sed les aquejaron.
Aún fuera estrecha á su ardoroso empeño
La estensa base en que se empina el Andes:
Uno tras otro leño
Abatió el hacha en la araucana selva,
Y al Norte dando impávidos la proa,
Miróles espantada
La quieta mar que saludó Balboa.
Nacida de la nada,
Como labor de un Dios, doquier tendiera
Sus albos linos la inesperta armada,
Doquier al viento sus banderas diera,
Arreaban sus leones
Y almenados castillos
Las poderosas naves,
Como á la vista del audace cóndor
Pliegan sus alas de temor las aves...
No es tan fecunda el agua del torrente
Que serpeando va al mar, y la sequía
Aplaca al suelo por el sol quemado,
Como fué del valiente
La sangre derramada en su agonía
Por libertar al pueblo esclavizado.
Humor de generosos corazones
La simiente del bien regó en la patria:
Por que á veces el cielo
No concede sus dones

Al paciente desvelo,
Sino á la voz audaz de los cañones.
 Apenas del postrero
Combate la humareda se deshizo,
É inoficioso descansó el acero,
Cuando mostró la Libertad risueña
Su semblante de amor. Naturaleza
No tiene en sus colores,
Ni la palabra humana en su nobleza,
Con que pintarte ¡oh madre! De Dios mismo
Eres porción. Para calmar dolores
Te manda al mundo envuelta entre destellos
De su divina luz, y rodeada
Del Arte, de la Ciencia y la Riqueza...
 ¿Qué es el hombre sin tí? De qué le vale
Saber que bulle en él el pensamiento,
Si hundido en la vergüenza,
De su labio no sale
Si no la voz sumisa al mandamiento?
Ciego, sin tí, camina
El hombre ¡oh Libertad! por entre sombras
De pánicos pavores,
Y vaga y desatina
En la noche fatal de los errores.
Mal comprende á su Dios: del harmonioso
Concierto en que los orbes van rodando
En torno al luminoso
Foco del sol, la avasallada mente
Aleja, y delincuente
Apellida y osado,

Al varon inspirado
Que con mirar profundo
Leyó en los juicios del creador del mundo...
¡Bendición de los cielos,
Don del Omnipotente, os saludamos,
Fecunda Libertad! Por tí los vuelos
Del pensamiento altivo levantamos:
Por tí reina la paz: por tí la estrella
Del pabellón chileno,
Acatada descuella
Del mar del sur sobre el hirviente seno.
Por tí del Rhin, del Támesis y el Sena
En hospitales puertos,
Sobre linfa serena,
Los fatigados linos
Pliéganse con placer... En los desiertos
Del Magallan, por tí, cunden las leyes:
Sus ignoradas selvas,
Abrigo solo á bárbaros un día,
Ceden hoy el espacio á los hogares
Colmados de alegría
Del colono feliz, y á sus altares.
¡Jamás ¡oh Libertad! en el hermoso
Cielo de Chile, en el nublado escondan
Tu frente el Despotismo ó la Anarquía!
¡Jamás el venturoso
Mes de Setiembre entre sus flores vea
La maleza del mal cegar la vía
Del constante progreso!...
Que más el llano de Maypú no sea

Campo de sangre, ni á su mies dorada
Abatan otros filos,
Que los fecundos de la hoz callada.

Valparaiso 1845.

OGAÑO ET ANTAÑO

Los tiranos puñan que los de su señorío sean siempre nescios et medrosos, que hayan desamor entre sí... et sobre todo siempre puñaron los tiranos de matar á los sabidores y de vedar ayuntamientos de los homes.

D. Alfonso—2a Partida.

Las cosas de ogaño me causan grand pena,
Por ende en la fabla y en trova de Mena
Mi pennola quiere sus cuitas decir.

Vocablo vetusto, guisado, sabrido,
Con nuestras usanzas es bien avenido
Ansi que tres-picos con luengo espadín.

Garridos et apuestos coidanse donzeles
De agora, gayados de mil oropeles
De bajo quilate, menguado valer.

Et solo en las farsas de Carnestolendas,
Las nuestras casacas asaz reverendas,
Gregüezco et coleta se suelen meter.

El seso fuscado les ha las novelas
Que allegan de estrangis esas caravelas
Que otrosí la villa truecan en Babel.

Germano apellidan á todo extrangero,
Nin paran las mientes si es noble ó pechero,
Que en siendo de allende se pagan deel.

Ansi de las Galias et de Ingalaterra
Los fijos osados nos facen la guerra,
Non ya con mosquetes, con arma peor.

En libros polidos de gaya semblanza,
Con frasis polida que cualquier alcanza,
Sus artes asconden con grande primor.

Enantes folgaban garzones crecidos
Volando cometas, et ogaño engreidos
Cobdician ser sabios como homes de pró:

Enantes oraban la su letanía
Et non se curaban de filosofía,
Ca non eso atañe que al preste de Dios.

Por ende en usanzas ¡qué grand trocamiento!
¡El mundo avecina de su finamiento!
La villa semeja mansion de Luzbel.

Si en las sus fachadas se paran las mientes,
Guarnidas veranse de enseñas pendientes
Con luengo letrero labrado á pincel.

Los sastres de Francia et las confituras
Atristan et apenan las gentes maduras,
Que los sus doblones saben recatar.

Sorber chocolate se tiene á grand mengua,
Aplacen las viandas que escuecen la lengua:
¡Malditos brebages que son rejalgar!

El muro almenado é regios torreones,
Derrumban sin tino et enalzan pendones
De azur et de blanco do meten al sol.

Muy grand malquerencia tienen á los Reyes;
Sabidos se tienen en facer las leyes;
¡Grand desapostura et grand sinrazon!

Con fuertes galeras et peon et caballo,
Al Cid de grand cuenta entienden domallo,
Que judga en la villa de allende la mar.

Que diz que es torcido el su mandamiento,
Que á los sus vasallos lleva á perdimiento,
Por ende le quieren ferir et matar.

Et non es ansina, que á tal rico-home,
Juntar el ditado de bueno á su nome,
Por las sus pramáticas merece endemás.

A todo el que fabla le mete en picota,
Et pone mordaza, et empotra, et azota,
Ansí que facian los reyes atrás:

El torna en usanza las cosas pasadas,
Con los sus bufones discurre á vegadas,
Et tiene á manera de una Inquisición:

Et tiene alguaciles que llama mashorca,
Temidos del vulgo mui más que la forca,
Et más acatados que noble infansón.

Don Cristo le meta por buen derecero
Et ponga en sus mientes acuerdo certero,
Et allegue su armada á nos redimir.

Placiente al miralla serános su enseña,
Ca entonce la vida será falagüeña,
Et el siglo de antaño tornará á lucir.

Montevideo, 1841.

DOS JINETES

Veloces van por la grama,
Lanzando espumas y llama,
Dos corceles,
Y en vez de polvo, levantan
Esencias puras que encantan,
De claveles.

Veloces pisan la grama
Del arroyo que se llama

Curupá,
Cuya corriente serena
Llevan entre sauces y arena
Sus zarzas al Paraná.

Alazán es el uno
Y el otro moro;
Cada una de las crines
Vale un tesoro:

Vuelan como las aves
Libres del cielo;
Apenas si la alfombra
Tocan del suelo.

Relinchan sacudiendo
Leves melenas,
Y fogosos dilatan
Sus anchas venas.

A veces acercando
Cuellos y frentes,
Parece que se dieran
Besos ardientes;
O que indiscretos,
De sus dueños dijeran
Dulces secretos.

El alazán en sus espaldas lleva
Una moza del pago,
Gallarda á toda prueba,

Pero rebelde al amoroso halago.
Las galas del domingo
Ostenta en el collar de la garganta,
Y cuelga al flanco de su airoso pingo
Una vistosa manta.
Descuida en la carrera
La renegrida y lisa cabellera;
Y llevando una mano
Al lino leve que la cubre el seno,
Al ver su empeño vano
Esconde el rostro de sonrisa lleno.
Tan solo permanece
En su frente tostada,
Una diamela que su tallo mece
En sus esencias mismas embriagada.

Quiebra los bríos del ardiente moro
Un mocetón á cuyo labio asoma,
Como flor del aroma,
Vello sutil de la color del oro;
Y no menos dorado
Que el pelo de la barba, su cabello
Le azota ensortijado
El ancha espalda y el nervudo cuello.
De un leve poncho las rojizas rayas
Bájanle en rededor á confundirse
Con el fleco y las mallas
Del ancho calzoncillo;
Y la estrella de acero
De su bruñida espuela,

Hace sonar lijero
En la carona de bordada suela.
Impaciente de amor, á su caballo
Ha soltado la brida,
Y á par de él, como rayo,
Galopa el alazán de su querida.

Clava en ella una mirada
Que parece acompañada
Con sangre del corazón,
Y con la voz conmovida,
Con la mejilla encendida,
La pide la blanca flor:

La dice: ¿acaso más bello
Parecerá tu cabello
Porque esa flor esté en él?
A la amorosa paloma
Que tiene nido en la loma
La basta su candidez.

¿Por deshojarla en el viento,
Por quemarla con mi aliento,
Qué exiges, bella, de mí?
¡Lo atestiguo con los cielos!
Esa flor me causa celos
Y quisiera ver su fin.

Silencio guarda la moza,
Y en actitud cavilosa
Acaricia su alazán:

Mas, la diamela arrancando,
La contempla suspirando
Y con lágrimas la dá.

Pasa la flor á la mano
Del que pretende tirano
Privarla de su esplendor...
Pero no le da la muerte,
Que, dichoso con su suerte,
La lleva hácia el corazón.

Y mostrando á su querida
Con la mano de la brida
La espesura de un ombú:
Allí, la dice, hay un lago,
Que nos brinda con halago
Los misterios de su azul:

Coronado del cabello,
Como el de un cisne, tu cuello
En el agua jugará;
Y mi mano afortunada
En el lago, deshojada,
Esta flor arrojará.

Diciembre de 1843—en el mar.

LA FLOR DEL AIRE

¡Oh bella flor, oh bella flor del aire!
¡Quién eres dime, quién te dió tu ser?
Es imposible que entre tí no aliente
El tierno corazón de una mujer.

Dímelo á mí, que soy discreto y te amo,
El eco tuyo nadie escuchará:
Duermen aún las aves en el nido
Y las olas también del Paraná.

Así una vez interrogué curioso,
A ese ente puro, blanco, celestial,
Que más que flor la lágrima parece
Que arranca al alma el amoroso mal.

A ese ente puro que cual perla brilla
Sobre las ramas ricas en verdor;
Huye la tierra y solo pide al cielo
Húmedas brisas, luces y calor.

Un colibrí moviendo las alitas,
Rubí, topacios y oro derramó,
Y fué amoroso revolando inquieto
Y dentro el caliz de la flor bebió.

Entonces ví, cual llanto doloroso,
Líquidas perlas de la flor brotar,

La pérdida llorando del almíbar
Que el colibrí se deleitó en libar.

Cerró las hojas, pálidas, marchitas,
El albo seno púdica veló,
Como la virgen que al salir del baño
Huellas humanas en la arena vió.

Corrió ante mí sus velos el misterio,
Supe el emblema de la airada flor:
Ella es la esencia del candor del alma
Que se disipa al beso del amor.

1843

RECUERDO

Del huracán las alas tenebrosas
Sobre el abismo enfurecidas van,
Cual fúnebres coronas deponiendo
Blancas espumas sobre el negro mar.

Vienen en tanto á la memoria mía
Las frescas horas de mi quieta edad,
Con la inquietud presente se confunden,
Como la espuma y el horror del mar.

¡Visión de luz! amor primero y puro,
¡Cáliz de almíbar que arrojé desleal!
En esta noche que entristece á mi alma,
Eres la espuma que ilumina al mar.

Perfumes llegan de mi patrio suelo
De trébol, rosas, violas, azahar.
Y de esa flor del aire misteriosa
Que es como espuma blanca de la mar.

Siento en la playa del inmenso río,
Correr veloz el férvido alazán,
Bañado el pecho en argentada espuma,
Como la espuma que levanta el mar.

Madre y hermanas que llorais mi ausencia,
Yo pisaré vuestro desierto umbral:
Es el tirano odioso de mi patria
Espuma leve que se traga el mar.

Golfo de Gascuña, Noviembre 1843.

VENTURA DE LA VEGA

VERSOS RECITADOS DELANTE DE SU RETRATO EN EL TEATRO DE LA VICTORIA EN LA NOCHE DEL JUEVES 25 DE ENERO DE 1866

Saludémosle; es él: el inspirado,
Que cual las cuerdas de su lira, supo
Estremecer del corazón las fibras,
Hundirle en el dolor, bañarle en gozo,
Y dominar las almas. Esa lumbre
Que brota de sus ojos renegridos,
Viene del fuego de su mente, en donde
Vicios, carácter y pasión y afectos,
Del hombre en sociedad, claros bullian,
En el molde del arte se animaban,
Y hechos carne y verdad aparecían,
Del májico á la voz. ¡Ficción divina,
Segunda creación, fuerza del genio,
A tí la admiración! A tí, que sabes
Convertir sombra en luz, mentir dolores,
Atizar los volcanes en el pecho,
Hacer amar ó aborrecer: con sueños,
Con visiones, no más. ¡Tal te fué dado,
Cisne del Plata en lago extraño creado,
Pues también en tu frente
Puso el cielo la llama

Que al través de la noche de los siglos,
Mostrada por la fama,
Brilla aún en Calderón y alumbra en Lope.
Reinar en los espíritus; silencio
Y atención imponer; con cetro de oro
Despotizar el auditorio inmenso;
Y ora risas ó llantos arrancarle
Segun tu voluntad; ese el destino
Fué de tu vida. ¡Cuánto,
No has debido gozar, rey de la escena,
Al ver que á par del armonioso verso
Que el númen te dictaba, acongojado
El seno se movía
De mil mujeres bellas,
Cual la onda azul de tu nativo río;
Y cuánto al contemplar, que la mejilla
Surcada por honrosas cicatrices
Enjugaba el soldado, conmovido,
Y te aclamaba vencedor!.... Mas, ¿cómo
No vencer si en tu boca
Puso jazmin la aurora, miel la abeja,
La pampa su perfume, y su susurro
Misterioso la linfa de los ríos
Que inmensos, raudos, en el Plata se hunden?
La lengua de León, de Herrera y Rioja,
Hija del Lácio, y del Oriente hermana,
Al tocar en tu labio remedaba
Rumores de las harpas suspendidas
En las alas del céfiro; y atónita,
Al escuchar la nueva melodía,

Al mundo, España, preguntó: ¿de dónde
Viene esta voz? El ave que la forma,
En que bosque nació? Qué aura impregnada
De ritmo y armonía
Ha aspirado al nacer? ¡Pregunta vana!
Ese del Pindo cóndor altanero,
Su pecho en el ambiente de los llanos
Abrió por vez primera, y en aurea cítara
Su pecho se trocó: que el nuevo mundo
Tiene angélicos coros en el éter
Y aliento de sirenas en sus auras.
Sí; sublime al cenit se encumbra el cóndor,
Y de César la túnica sangrienta
Lleva en la garra, á guisa de bandera
Que pregona la gloria del poeta.
¿A dónde ufano se encamina? Acaso
Va á medir con las alas el Océano,
Cambiar de mundo, y descender al Plata
A engalanar sus ondas con los mirtos
Y rosas y laureles cosechados
En las sagradas selvas de las Musas?....
¡Ah, infortunado! ¡cuando al sol tocaba
Y entre aureolas de luz resplandecía,
Nubes de luto y muerte le rodean,
Y repliega las alas, y desciende
Yerto, helado, sin vida, al nido eterno
Mudo guardián de sus postreros trinos.
¡Cuál, con los vendabales reluchaba
Ansioso por llegar! ¡Cuál dilataba
Sus vivaces pupilas sobre el vasto

Campo verdoso de la mar, buscando
El árbol de su infancia, y la sonora
Linfa que de su cuna el pie mojaba,
Y él en sueños de amor rememoraba!
Muda la voz, pero elocuente el alma
En el trance fatal; ¡quién nos dijera
El himno que cantó de despedida
A la mundana gloria, al don del verso,
Al amor de sus hijos! ¡Quién, dichoso,
Pudiera dar al pensamiento forma
Del genio que se extingue en playa extraña,
Y ve los brazos de la madre abiertos,
Siente el aire nativo, escucha voces,
Lejanas sí, pero amorosas todas,
Que le hablan de sus tiempos de inocencia,
Del juvenil amor! ¡Morir entonces
Es mil veces morir! El césped patrio
Es blando al postrer sueño; duro y frío
El que nos brindan extranjeras playas.
Tanta gloria y dolor ungen del vate
Los mortales despojos, y aromados
Dentro la urna de sándalo que labra
La fama al génio, en átomos brillantes
Eternamente irradian en la frente
De la patria feliz que le dió aliento.
Tú la fuiste de Vega, Buenos Aires,
Madre fecunda de hijos generosos,
Que ora la lanza, ora la lira mueven
Y en el escudo victoriosa te alzan.
Abre el panteón de amor al nuevo héroe.

Mira cual presurosas
Las sombras bajan y en silencio vienen
De López, Luca, Lafinur, Varela,
Y abrazan al hermano, y le coronan
Con siemprevivas y verdosas palmas,
Y remontan con él á las regiones
Desde donde bendicen á la patria,
Con liras de oro, sus virtuosas almas.

ARMONIAS DE LA TARDE

I

Vagan mis blandos versos desmayados,
Por la molicie de tu voz dictados,
¡Hora de melodía!
Duermen las aguas entre muzgo y flores,
Y perezoso se reclina el día
Sobre leves vapores.
Acacias, sauces, ceibos y palmeras
Sueltan ébrios de amor las cabelleras,
Y al seno de las rosas
Se asilan las fugaces mariposas.
De las sienes las trenzas renegridas
Desciñen las beldades presumidas,
Bajo los cisnes se desliza el lago,
Y á paso lento se retira al pago

El gaucho fatigado del rodeo.
Barre su potro con la crin la grama,
Y en prolongado relinchar reclama
        La próxima tropilla;
Lleva el gaucho doblada la rodilla,
        Y pensando en su amada,
Mira al cigarro que se vuelve nada.

II

Yo te adoro, vida mía,
Yo te adoro, al caer el día
        Vacilante,
Porque entonces no importuna
Claro sol ni tibia luna
        Tu semblante.

Yo te adoro, vida mía,
Yo te adoro, al caer el día
        Tras el llano,
Porque solo ese momento
Me embalsama con tu aliento
        Soberano.

Yo te adoro, vida mía,
Yo te adoro, al caer el día
        Entre nubes,
Porque á esa hora yo te veo,
Y al balcón de tu recreo
        Tú me subes.

Yo te adoro, vida mía,
Yo te adoro, al caer el día
Entre sombras,
Porque entonce á mis pisadas
Son discretas y calladas
Tus alfombras.

Yo te adoro, vida mía,
Yo te adoro, al caer el día
Tras el río,
Porque á esa hora, en dulces lazos,
Se aprisiona entre mis brazos
Tu albedrío.

Te adoraba vida mía,
Cuando caer la luz del día
Ví en el mar,
Por que escrito está en el cielo
Que no hay vida ni consuelo
Sin amar.

Yo te adoro, vida mía,
Al nacer la luz del día
Y al morir;
En mis dichas y en mis penas,
Mientras dure de mis venas
El latir.

III

Sombra de mi día,
Nube de mi sol:

Era una esperanza,
Corrí de ella en pos,
Y al ir á gozarla,
Humo se volvió,
Cual sombra en el día,
Cual nube en el sol.

Sombra de mi vida,
Nube de mi sol;
Figura velada
De triste crespón;
Malhechora maga,
¿Por qué oscureció
Tu sombra mi día,
Tu nube mi sol?

Sombra de mi día,
Nube de mi sol;
Imagen que pasas
Diciéndome adios;
¿Por qué despiadada
Tu aliento sembró
De sombras mi día,
De nubes mi sol?

Sombra de mi vida,
Nube de mi sol;
Tormento de un alma
Nacida al dolor,
Eres mi esperanza
Que se deshojó;

La sombra en mi día,
La nube en mi sol.

Sombra de mi vida,
Nube de mi sol;
Funesta te agrandas
A esta hora en que Dios
Envuelve en la nada
La luz que pasó,
En sombras el día
Y en nubes el sol.

IV

Algo de nuestro ser se lleva el día
Al sepultarse en la región umbría
De occidente;
Los ojos melancólicos bajamos,
Y visiones dulcísimas creamos
En la mente.

Flores hay vergonzosas en la tierra
Cuyo cáliz al alba ya se cierra;
Mas, ansiosas,
En el misterio de la noche beben
Gotas de amor que de las sombras llueven
Voluptuosas.

Así también en su pudor nuestra alma,
El loco vuelo de sus sueños calma
Con el día,

Y á divagar de nuevo se abandona
Cuando al mundo enlutado no corona
La alegría.

Mística entonces se levanta en ella,
Como el trémulo rayo de una estrella
En el cielo,
Una imagen querida, no olvidada,
Que entre sombras de amor vive guardada
Por consuelo.

1844.

A UNA PLAYA HOSPITALARIA

Oigo del mar la voz tempestuosa,
Y el corazón me late con dolor:
No es miedo vil lo que me aflije el pecho,
Sino un fatal y doloroso «adios».

Adios te doy, suelo extranjero, en donde
Puse distraído, indiferente, el pie;
Donde ora dejo la mitad del alma,
Y en donde amé por la postrera vez.

Pongo mi labio en tu arenal ardiente,
Suelo, te abrazo y lloro sobre tí,
Porque las huellas de su planta leve
Ella estampó para mi gloria aquí.

Decirte adios, es apartarme de ella,
De ella la luz, la vida de mi ser,
La armonía más íntima de mi alma,
La ilusión más dorada que formé.

Guardamela; sobre sus bellos ojos
Jamás un grano de tu arena dé,
Ni el abrasado sol de tus veranos
Altere su hechicera palidez.

Mándala, sí, tus auras perfumadas
Con purísima esencia de azahar,
Y en la graciosa taza de sus labios
Depon la almíbar que tus bosques dan.

Brille tu cielo despejado ante ella,
Y entre celajes de oro aduerme al sol,
Para que viva en paz todos los días,
Y el rayo no la asuste el corazón.

Yo te lo pido, ablándete mi llanto.
¡Ah! si insensible me dijeras, no!
Levantando los ojos á otro mundo
Lo que te pido á tí pidiera á Dios.

Él la conoce, es su mejor hechura;
Quiso con ella su poder mostrar:
Y la hizo á semejanza de los seres
Que entre las nubes de su gloria están.

¡Ah! porque era perfecta no fué mía!
¡La conocí para decirla adios!
Para amarla en secreto eternamente,
Y enlutar para siempre el corazón.

RICARDO GUTIÉRREZ

EL HIJO DEL SOL *

(IMITACIÓN DEL ESTILO DE OSSIAN)

AL SEÑOR DON LUIS L. DOMINGUEZ, EN MUESTRA
DE RESPETO Y GRATITUD

I

¡Grandes son las hazañas
Del altivo guerrero
De la pasada edad! ¡Cual las montañas
Que al cielo alzan la frente encanecida
En el desierto campo en que altanero
Cayó el héroe sin vida,
Como en la niebla el sol, su eterna fama
El torbellino vence de los siglos!
Su nombre esclarecido,
Como el astro inmortal recorre el mundo
En los cantos del bardo:
Con respeto profundo

* «El Orden», Noviembre 30 de 1856.

Le escucha el joven, y en su pecho siente
De valor y esperanza estremecido
El corazón ardiente,
¡Porque el eco lejano
Finje con él de su futura gloria;
Y al recordar del héroe la memoria,
Una lágrima suelta
De sus enjutos ojos el anciano!...
La raza de tus hijos
Ya no existe ¡oh Capac! El tiempo alado,
Una edad y otra edad llevó en su vuelo,
Y enmudecido el suelo,
El golpe de su planta espera en vano!
Lánguida brisa errante
Las llanuras de Cuzco,
De Ambato y Tambo y de Puná corriendo,
Ya no lleva en sus alas sollozante,
Como en días de lágrimas ó gloria,
El prolongado estruendo
Del aureo escudo herido,
Ni el guerrero alarido,
Ni el canto abrasador de la victoria.
El padre Sol, la enrojecida frente
Mil de veces hundió tras de la cima
Del monte Chimborazo;
Mil de veces después; ¡silencio mudo!
Corrió el tiempo inclemente;
¡Ya no vió levantarse un solo día
La lanza reluciente
Que de su hijo en el robusto brazo

Su eterno rayo engendrador partía!...
Grandes son las hazañas
Del valiente guerrero,
Rayo de las edades que pasaron;
Los siglos que vinieron
El rumor de sus nombres escucharon;
¡Solo el rumor! los hijos de la guerra
Duermen en las entrañas de la tierra.

II

¿Por qué la sombra del dolor anubla
Del poderoso la soberbia frente?
¿Por qué sus ojos enrojece el llanto?
¡Oh! ¿gastará el valiente
La fuerza de su brazo
Con la lágrima vil del inocente
Que llora de la madre en el regazo?
Miró á su pie tendida
La lanza que empuñaron sus mayores,
Como soberbio pino corpulento
Que abatió en sus furores
De las montañas el nocturno viento
Al verde musgo inclina
La orgullosa cabeza
Que plateó la nieve de los años
Sin helar el valor y la altiveza
Que entre su seno ahogaron
La tromba del dolor y la tristeza.
Muchos son los guerreros

Que en la falda del monte
Se alzan á su alredor, fuerte en su brazo,
Formidable en su porte;
Pero todos enclavan
Los inmóviles ojos en sus ojos.
Reina el silencio frío:
¡Oid! del arpa en tanto
Gime la voz; sombrío
Alza el bardo su canto.
Su eco melancólico y tremendo,
El ronco son figura
Del torrente sonoro,
Cuando ya el ala de la noche oscura,
La cima de los Andes envolviendo,
Se cierne en la llanura
Inmensa de Atacama,
Y el pavoroso estruendo
Como un mar por los aires se derrama,
¡Oid! este es su canto.
El rayo de la muerte
Arde, como el volcán de sus montañas,
En la torba mirada del guerrero;
Pero su brazo fuerte
Que grabó en mil escudos sus hazañas,
Con rudo golpe fiero,
Débil hoy como el junco de los mares,
Puede en su palma sostener apenas
La frente que agobiaron los pesares.
Plácele el dolorido
Viento suave que en redor suspira,

Triste como su alma;
El salvaje alarido
Y el confuso rumor de la batalla
Ya no halagan su seno
Que alza el suspiro de su angustia lleno.
¿La noche tenebrosa
Ha cubierto del sol los resplandores?
¡Capac! ¡ahoga el valiente,
La voz de sus dolores,
De la enemiga sangre en el torrente!
¡Capac, hijo del sol! ruja tu acento
Como una tempestad, álzate, ¡oh inca!
Fuerte como el sombrío Chimborazo:
El cóndor altanero
No es más veloz que tú, pero tu brazo,
Que grabó en mil escudos tus hazañas
Con rudo golpe fiero,
Débil hoy como el junco de los mares
Puede con su palma sostener apenas
La frente que agobiaron los pesares.
Dijo; á su voz se estremeció el anciano,
Y con todo el furor de la venganza,
En la trémula mano
Se alzó vibrando la irritada lanza.
Como el rayo del cielo
Su mirada brilló; bajo su planta
Tembló agitado el suelo.
¿Gozas ¡ay! en herir mi alma triste,
Oh rey del suave canto?
Caer de mis ojos viste

Una gota de llanto;
Pero la ronca tempestad que brama
Y el monte y valle atruena,
Lágrimas de furor también derrama.
Oye ¡oh bardo! mi pena.
¡Estranjero en la tierra de sus padres
Es ya el hijo del sol! El musgo crece,
Como en roca desierta,
En el palacio de su Dios, sombrío;
Sobre el cielo se mece
La muerte macilenta;
Y cual la nieve del invierno frío,
Los restos insepultos del peruano
Platean monte y llano.
¿Porqué la virgen de elevado seno,
De los hijos del mar cautiva llora?
¿No ves? El extrangero
En nuestra tierra mísera ha caído
Cual torrente de lava abrasadora;
El sol ha abandonado
A su pueblo escogido,
Y su raza maldita,
Huyendo como el llama de los montes
Va de su hogar proscrita!...
¿Donde estás ¡oh Sahira!
Como rayo nocturno
Es de tu voz suäve la dulzura;
Son dos astros del cielo
Tus ojos tristes, y tu alma pura
Como la luz del sol; pero tu acento,

¡Oh lejana cautiva!
Ya no puede calmar la ruda pena
De tu padre abatido.
El alma tengo de tu imagen, llena,
¿No volaré hasta tí?...¡Oh bardo! siento
El furor renacer de la venganza;
Mi poderosa lanza
Que siembra en los combates negra muerte,
Jamás tembló; y el arco
En vuestro brazo fuerte
Es, ¡oh héroes! un rayo de la nube.
¿Cual de vosotros seguirá mi planta?
Todos están á su alredor. El inca
Rápido y magestuoso se adelanta,
Como la inmensa tromba que antecede
A la ruda tormenta;
Su pisada en el hórrido silencio
De los campos resuena:
Sigue el rey de los montes
Semejante...¡oh Capac! ¿á qué tu orgullo,
Tu valor y arrogancia
Podría comparar? ¡ah! ¿por ventura
¡Oh hijo de la guerra!
Tienes acaso igual sobre la tierra?

III

La roja luz del día
Llega con la pisada del guerrero
A la llanura del Yncay; en torno

Calla el silencio de la noche umbría,
¿Duerme acaso en el musgo el extranjero?
Como un bosque sin fin se alza doquiera,
Desde la fuente al pie, siniestro brillo
Su bruñida armadura reverbera:
El soberbio caudillo
De en medio de sus héroes se levanta,
Como el pilar del Cuzco,
Cuando sobre él con toda
La fuerza de su rayo el sol descansa.
Capac le vé, sus ojos
Con dos centellas de furor brillaron;
Tembló en su diestra la flexible lanza,
Y su tostada frente los enojos
Con ruda tempestad encapotaron.
—¿Me arrojaré, se dijo,
A detener en su veloz carrera
Al torrente sonoro?
Sí; sea para el hijo
De la nave extranjera,
La tierra en que buscaba su tesoro
Tumba de su altivez; te sigue el fuerte,
¡Oh rayo de la muerte!...
Pero por tí, en el seno
Me tiembla el corazón dulce Sahira,
¿Vives aún, luciente astro sereno
En la noche de calma;
O del palacio de tu padre entorno
Triste como él suspira
Vagorosa tu alma?

¿Vive el recuerdo acaso en tu memoria
De tu padre proscrito?
En sus días de gloria
Regalaba á mi oído, placentera;
Mil de veces tu voz, palabras dulces
Como el rayo furtivo
Del joven de la rubia cabellera. (1)
¿Podré llevar sobre mi aguda lanza
Al enemigo suelo
Toda la destrucción de la venganza,
Cuando moras en él luz de consuelo?
No, porque el bardo de la edad futura
Dirá: manchó el valiente
De su arma el brillo,
Con la sangre inocente
De la triste hermosura.
Levanta ¡oh Nubo! de la paz el canto;
Acércate al caudillo;
Si desoye la voz de mi ternura,
Caeré sobre él con todos mis guerreros,
Como la tempestad de noche oscura.
Nubo llegó, y el arco
Arrojando á su planta,
Alzó el himno de paz. Rey de las olas,
¿Ves la nube sombría
Que mancha el sol al suspirar el día?
Así la sombra triste
De la callada soledad, la frente

* Daban este nombre los peruanos al planeta Venus.

Del poderoso viste.
Su estrella de consuelo
Te baña con su luz. Rey de los mares,
Vuelve á Sahira á su perdido cielo:
¡Ah! de su padre anciano
¡Cuantos son los pesares!...
¿Sonará el himno de la paz en vano?
El oro en nuestras grutas resplandece
Como el rayo de noche tenebrosa.
Mucho es el oro que Capac te ofrece:
¿Quieres volver al triste su alegría?
¿No ves la opaca nube borrascosa
Que oculta el sol al suspirar el día?
—Llega y escucha, respondió el guerrero,
Con la voz de su orgullo:
Gime aún en mi alma el lastimero
Suspiro del valiente
Que á los golpes cayó de vuestra lanza,
Cuando con fé inocente
La palabra de paz llevó al caudillo
Y su crueldad en él hartó el peruano.
Mas no me agita de tu oro el brillo,
Ni me mueve la voz de la venganza:
Toma, lleva la hija al padre anciano.
Dijo asi el extranjero,
Y alzando el brazo fuerte
Le hundió en el pecho el formidable acero.
Como el llama salvaje
Que de la frente al pié del pardo monte
El flamígero rayo precipita,
Nubo murió y cayó; pero su muerte
Fué el pavoroso grito de la guerra.
El escudo sonante

Batió Capac; sus héroes se arrojaron
Rápidos como el cóndor de los Andes;
Alzose el hijo de lejana tierra:
Las huestes se inclinaron,
Y como dos opuestos torbellinos,
Con espantoso empuje se chocaron.
Crujió la herida malla,
Silvó la alada flecha,
Y el confuso rumor de la batalla
Tronó en el llano y ocupó la esfera.
Mil soldados cayeron
Como niebla en el mar; cedió el caudillo;
Los golpes de Capac prevalecieron:
Mas ¿qué triste gemido
Penetrando el horror lánguido suena
Y oprime el pecho que de angustia llena?
Al rudo tronco asidas
Las manos temblorosas,
Bello en la muerte el pálido semblante,
Desnudo y palpitante
El seno que rompieron las heridas
De la extranjera flecha que colgaba,
Y en sus ojos dos lágrimas hermosas,
Triste como el silencio de la noche,
Al espirar Sahira
Honda queja lanzaba,
Cuando Capac el grito de victoria
Con el escudo de su padre alzaba.
Oyó, miró y cayó. Cayó el anciano
con el dolor inmenso,
Cual rota nube; el extranjero insano
Le rodeó; mil espadas
Rompieron ¡ay! su encanecida frente;

Enrojeció su sangre el verde suelo:
¡Cayó, cayó el valiente
Como en la tempestad el sol del cielo!
Vino la noche y ocultó la huida
Del herido peruano;
Reinó el silencio; solo
En el distante albergue de la roca,
Con lúgubre y oscura melodía,
Turbando la quietud y calma inerte,
Sonó el himno de muerte.
La noche tenebrosa
Ha cubierto del sol los resplandores.
¿Donde ¡oh Capac! tu sombra silenciosa
Aplaca tus furores?
Tu diestra poderosa
Sembró con golpe fuerte
En las batallas el estrago y muerte,
Pero también caiste
Sobre el campo sangriento,
Como un astro sin luz, pálido y triste.
¡Hijo del sol, tu fama
Es sempiterna ya! Si en los palacios (1)
De tu padre redoblas su alegría,
¿Llegará acaso el día
Que golpees con planta vigorosa
La tierra que pisaron tus mayores?...
¡La noche tenebrosa
Ha cubierto del sol los resplandores!

(1) Creían los peruanos, que cuando algún inca se moría era por que el sol le llamaba á regocijarse en su esfera, para volver después de un tiempo indeterminado con más esplendor á la tierra de sus padres.

LÁZARO

DEDICATORIA

Cuando en la noche de sombría calma
Me despierta el sollozo en mi quebranto,
Mi arpa pulso, y á su acorde canto
Para engañar la soledad del alma.

Temo que en mi vigilia hasta la aurora
Me arrastre la aflixión á la locura,
Si hundido en el recuerdo y la amargura
Me abandono al pesar que me devora.

Así fué que arrullando mi memoria
Con la voz de mis cantos fugitivos,
Llené para tus ojos pensativos
Las páginas sombrías de esta historia.

¡Oh! para tí, no más! Por eso en ella
El pesar de mi alma se ha volcado.
La desesperación que la ha cruzado
Con tan rasgada y dolorosa huella,

Aquel profundo hastío de la vida
Que todo el cielo á oscurecer alcanza,
Cuando por fin la última esperanza
Se desprende del alma estremecida,

Aquel inconmovible abatimiento
Que pesa sobre el alma como un mundo,
Aquel salvaje vértigo profundo
Que envuelve la razón y el sentimiento:

¡Oh! la desgracia de la vida entera
Que cruza el corazón como una espada;
El corazón misántropo, que nada
Busca en el mundo ni del mundo espera:

¡Nada! vuelve tus ojos á las huellas
Que parten á la gloria y la fortuna,
Y no hallarás perdida entre ninguna
La estampa de mis pies cruzando en ellas

¡Nada!—que yo no encuentro sensaciones
Donde los otros en su afán se agitan,
Donde las fuerzas de su alma exitan
Buscando desengaños ó ilusiones.

Yo no parto su gloria, su riqueza,
Su dicha, sus pesares, ni su hastío,
A cambio solamente de que el mío
No vengan á turbar con su franqueza.

Nunca habrás visto blanquear mi frente
Cuando tus ojos con afán vagaron,
Y de estremo en estremo la buscaron
Entre las oleadas de la gente.

Yo vivo en el hogar de mi destierro,
Sin misión sobre el mundo en mi caída;
Solo, con la desgracia de la vida,
Entre mi propio corazón me encierro,

Ya ves entonces que el afán de gloria
No ha llenado mi libro con mi canto,

Que es ya en el mundo, para mí, su encanto—,
Como un girón de miserable escoria.

Canto, porque en mis noches de desvelo
Se engañan mi recuerdo y mi amargura;
Para robar mi alma á la locura
Que se agita en el fondo de mi duelo.

Canto, para que sepas que en mi frente
No se rebulle el alma de un idiota,
Aunque vencida y agoviada y rota
Se abisma en su ansiedad tan hondamente.

Canto, para enseñarte que en la tierra
Crecen dolores que el amor no calma,
Por más que en ese amor que arrulla el alma
Su única ambición el alma encierra.

¿Y no penetras la mortal congoja
Que tu recuerdo mismo me envenena,
Y vertiendo el horror de que está llena
Verso por verso vá y hoja por hoja?

¡El peso de un fatal remordimiento!
—Esta espantosa llaga de la vida
Que en lo más hondo de mi ser caída,
Hace de mi conciencia su alimento—

Nada ya de mi espíritu agitado
Disipará esta sombra de la muerte:
¡El golpe irremediable de la suerte,
Que me apartó por siempre de tu lado!

Deja entonces que huya de mi mismo,
Para arrancarme del pesar eterno:
El más cruel demonio del infierno
Vive de mi memoria en el abismo.

¡Deja que cante! Si nací poeta,
Arrullaré tu sueño desolado;
Guarda esas tristes flores que he arrancado
Del roto corazón, grieta por grieta.

Y vale más que en mi dolor profundo
Pueda mecer mi pena el canto mío,
¡Ah! que sino, para engañar mi hastío,
¡Qué me dá ya sin tu recuerdo el mundo!

CANTO PRIMERO

I

Del noble Roca en la morada suena
El magnífico estruendo del festín;
La noche de su júbilo es serena
Con la diáfana luna en el cenit.

Música alegre de incesante danza
Del castillo en redor el aire hiende,
Sobre el campo sin término se lanza
Y en vibradoras ráfagas se estiende.

Despierta entre las selvas sorprendido
El éco de la virgen soledad,
Y el fragor del insólito estallido
De bosque en bosque remedando va.

El ave que arrullaba adormecida
Del viento entre los árboles la queja,
Se atropella en las ramas aturdida
Y el grato abrigo de las hojas deja.

Ladra el mastín errante en la espesura,
Y espantados los potros de tropel
Huyen estremeciendo la llanura
Bajo el sonoro golpe de su pie.

Y en la estancia feliz del poderoso
Todo á la vida despertar se siente,
Sin que del alba el resplandor dudoso
Colore aún la franja del oriente.

Plácele la quietud de la campaña,
Y habita la suntuosa propiedad
Sobre los campos vírgenes que baña
El riego del salvaje Paraná.

Mas hoy las glorias de su rey adula,
Rey que pisa en dos mundos soberano,
Porque el lábaro audáz de España ondula
Bajo el hermoso cielo americano.

Por eso el ruido del festín aplaza
La severa quietud de su mansión,
Que con toda la pompa de su raza
Á los señores del hogar abrió.

II

Se alza el castillo de soberbia cumbre,
En medio de la espléndida cuchilla,
Y colgado de antorchas, á su lumbre
Como un palacio de luceros brilla.

La prez de la hermosura y la nobleza
Baila y se agita en las crugientes salas,
Que el impávido orgullo y la riqueza
Visten allí con asombrosas galas.

Mujeres de fantástica hermosura,
Como la mariposa reluciendo,
En torno giran de la lumbre pura,
El suelo apenas con la planta hiriendo.

Hombres de aristocrático linaje,
Girasoles idólatras de ellas,
Engalanados con vistoso traje,
Siguen el laberinto de sus huellas.

Cruzan en encontrado remolino
Pages en lo interior, y servidores,
Y de pié y deslumbrado el campesino
Se agrupa en los inmensos corredores.

Luces, colores, brillos y reflejos,
Roce de voluptuosa sedería,
Tapices de oro y tul, muros de espejos,
Aromas de suavísima ambrosía;

El éco de la risa y el murmullo
Del habla, de la música el estruendo,
Del aire hendido el tembloroso arrullo,
El vaivén de las ropas sacudiendo;

El prolongado son y el incesante
Choque de la gentil cristalería;
Del repentino brindis la ondulante
Ráfaga de frenética alegría:

Todo en extraña confusión asombra
Saltando á los sentidos de repente,
Como de un sueño mágico la sombra
Que vé en conjunto al despertar la mente;

Todo en febril animación se mira,
Cuadro que nunca á compendiar se alcanza,

Y que en redor como encantado gira
En el vértigo insomne de la danza.

Del noble Roca en la morada suena
El mágico estrüendo del festín;
La noche de su júbilo es serena
Con la diáfana luna en el cenit.

III

¿Quién es el que impasible y recostado
Contra el pilar del ángulo sombrío,
No toma parte en el festín brindado,
Ni se mezcla á la turba del gentío?
Solo y distante, mudo y concentrado,
De allí contempla, impenetrable y frío,
El voluptuoso círculo de vida
Que en placer rueda y al placer convida.

Es arrogante y varonil su traza
En la movilidad de su apostura;
La raza de los nobles no es su raza,
Pero es noble y gallarda su figura;
Porte, que no envilece ni disfraza
La rara y desenvuelta vestidura
Que lleva con descuido soberano
El intrépido gaucho americano.

Bajo el sombrero que inclinó á la frente
Nublando de las luces el destello,
Y en redor de la barba que naciente
Sombrea apenas el altivo cuello,
Reposa sobre el hombro negligente
En separados rizos su cabello
Que encierra en blondo círculo ondeante
El óvalo gentil de su semblante.

Ciñe con abandono y galanura
Los pliegues de su ancha camiseta,
El *tirador*, que envuelve la cintura,
Sobre cada puntada una peseta.
Y el puñal de luciente engastadura,
De la mano al alcance, atrás sujeta,
Que sobre el talle con desdén cruzado
Asoma de un costado á otro costado.

La manta de vicuña recojida
Bajo aquel aro de cambiante brillo,
Del chiripá en los pliegues compartida
Se envuelve en el cribado calzoncillo:
El poncho leve que arrolló y descuida
Cuelga en la empuñadura del cuchillo,
Y en los caireles de su fleco suena
La estrella de la hermosa *nazarena*.

No es el gaucho insolente de la pampa
Que de la noble sociedad se aleja,
Y donde el rastro de su potro estampa
Si no deja rencor desprecio deja;
No es el rudo, salvaje que se *empampa*
Ante las maravillas que refleja
De golpe el cuadro que asombró su mente,
Y esclava allí del esplendor la siente.

No; lleva él las prendas de aquel traje
Que destaca del muro sus colores,
Con toda la arrogancia del salvaje,
Y aquella majestad de los señores;
Y es único padrón de su linaje
El sello de los seres superiores,
Que en el primer relámpago adivina
El ojo observador que le examina.

De su mirada en el fulgor sombrío
Hay la intensa quietud de un pensamiento,

Hondo como el desmayo del hastío,
Fijo como fatal remordimiento:
Rastro indeleble del afán impío
O del triste y profundo sentimiento,
Que en mansa paz ó en tenebrosa calma
Habita lo más íntimo de su alma.

IV

El espíritu del hombre
Su tierra natal refleja;
Cada rasgo de su índole
Un perfil retrata de ella.
Bajo un cielo transparente
De suavísima belleza,
Donde la noche sublime
Tiende su manto de estrellas;
Sobre una planicie virgen,
Siempre verde, siempre inmensa,
Siempre inmóvil y desnuda,
Siempre callada y desierta;
Entre un aire que perfuma
La primitiva pureza,
Y templa el plácido rayo
De inmutable primavera;
Sin más Dios y sin más ley
Que su albedrío y su fuerza,
Sin más tesoro visible
Que su caballo y sus prendas:
Rey de todo lo creado
Sobre la llanura eterna,
Errante, solo y sombrío,
El gaucho su vida lleva.

Siempre el desierto á sus ojos
Su plan infinito muestra,
Donde el ombú solitario

Se empina de legua en legua;
Siempre aquel mismo horizonte
Donde el sol tan solo llega;
Siempre el mismo panorama
De adormecida belleza;
Siempre aquella inmensidad,
Cielo, cielo, tierra, tierra:
Inmensidad que dilata
El corazón que serena,
Y en cada respiro el aire
Le trasmite su grandeza.

Aquel es el primer cuadro
Que su espíritu refleja
Cuando con la luz del alba
Como el pájaro despierta,
Y al galope del caballo
Las llanuras atraviesa,
Al compás de las pisadas
Cantando amorosa décima.

Aquella es la impresión última
De la silenciosa vuelta,
Cuando el fúnebre crepúsculo
De la tarde le rodea,
Y ya cediendo al suave
Cansancio de su faena,
Y al desmayo misterioso
Que el sol al hundirse deja,
Torna callado y tranquilo,
Mas sensible el alma lleva,
Concentrada en el abismo
De su memoria secreta,
O el cuadro de la mañana
Mirando con gracia nueva
Cernido en la media lumbre
Del día y de las estrellas.

Así respira su alma
La misteriosa tristeza
Que está esparcida en el aire
Y está arraigada en la tierra;
La soledad y el silencio
De pensamiento la llenan,
Y concentrada en si misma
Su mundo incrusta y refleja.
Mundo de pasiones vírgenes,
Como la naturaleza,
Que en el corazón palpita
Bajo esa calma sin tregua;
Mundo de nobles instintos
Que el sentimiento gobierna,
Porque es sentimiento todo
Cuanto el corazón encierra;
Sentimiento que en lo íntimo
De la vida se aposenta,
Y que el pensamiento educa
Y agranda y ahonda en ella.
Por eso en sus horas tristes
Cada gaucho es un poeta,
Poeta que canta trovas
De misteriosa cadencia
En las que lleva una lágrima
Cada pie de cada décima,
Sin más arte que su alma
Que en la soledad le enseña
A sentir lo que retrate
Y á retratar lo que sienta;
Arte que escribió con llanto
Las trovas de Santos Vega.

Espíritu concentrado
De estraña naturaleza,
Con la malicia del mundo
En su salvaje inocencia,
Porque da la inspiración

La llave del alma ajena.
Espíritu que se basta
Fiado en su sola fuerza,
En el dolor y en la dicha,
En la calma y la tormenta.
Corazón valiente y noble,
Ni provoca ni tolera,
Que en sí á respetar aprende
El valor y la nobleza.
Impenetrable y callado,
Doquier estampa su huella,
Voluntad y sentimiento
Su extraño porte refleja,
Porque en la expresión sombría
De su semblante les lleva:
Rastro de un alma profunda
Que en la inmensidad alienta.

Su alma es alma de héroe
Lanzada en la noble senda,
Y en la pendiente del crimen
Sabe de hierro volverla,
Que la pasión que la absorbe
Se extiende y confunde en ella
Como en su pampa salvaje
La sombra de la tormenta.

Ese es el gaucho de raza
Que las soledades puebla,
Rey de todo lo creado
Sobre la llanura inmensa.
Ese es el ser misterioso
Que aislado y mudo contempla
En el palacio de Roca
La agitación de la fiesta.
El corazón de aquel hombre
Una tempestad encierra,
Pero ¿qué espíritu alcanza
Al fondo del alma agena?

Una misma es la sonrisa
Que imprimen todas las penas,
Y siempre á través del velo
De amargura que hay en ella,
El ojo audaz que á estudiarla
Adelanta más de cerca
Tan solo una maldición
A medio formarse encuentra.

V

El está allí contra el pilar desierto,
Aunque toca á su término la fiesta,
Que ya del alba el resplandor incierto
Colora de los álamos la cresta.

Y bajo aquella impenetrable calma;
Tras la muda expresión de aquel semblante,
Hunde á un infierno de ansiedad su alma,
La desesperación de cada instante.

Infierno que en el fondo de su vida
Como la lava del volcán se encierra,
Y solo su ceniza entibiecida
Lanza á la superficie de la tierra.

Rastro que apenas el dolor creciente
Deja en la palidez de la mejilla,
En el ceño convulso de la frente,
O en la luz muerta que en los ojos brilla.

Y ni un suspiro allí, ni un movimiento
Le arranca en su quietud meditadora
A ese cáncer del alma, el pensamiento,
Que cráneo seca y corazón devora.

Que aquella paz que en la ansiedad le alienta
Es el dominio de las almas grandes,
Que saben reposar en la tormenta
Como el altivo cóndor de los Andes.

Fuerza de voluntad que solamente
Doblega el alma á su poder rendida
¡Ay! cuando al fin el corazón ardiente
Se ha roto en los escollos de la vida.

Cuando reconcentrado en su ostracismo
Medita el mundo y su vileza alcanza,
Y esconde de los otros, en sí mismo,
Su desesperación ó su esperanza.

¡Ah! la incurable y dolorosa herida
Que han abierto los hombres en su seno,
Le enseñó en el desierto de su vida
A comprender el corazón ajeno.

Que ellos sobre su espíritu acinaron
La impiedad, el oprobio y el ultraje,
Y un ser nacido para el bien, trocaron
En un triste misántropo salvaje.

VI

Él, al nacer, del alma en lo profundo,
Trajo la inspiración de la pureza,
Sello que imprime el Hacedor del mundo
En toda creación de su grandeza.

Y al impulso frenético impelido
De la inexperta juventud ardiente,
De fe y nobleza el corazón henchido,
Tomó el mundo por suyo, el inocente.

Y un hombre halló en sí mismo, que los hombres
Como él á ellos respetar debían,
Y soñó que las glorias de los nombres
Por las prendas del alma se medían.

Y en cualquier circunstancia en que la suerte
Arrojó á su camino un ser humano,
Ni al débil oprimió, ni cedió al fuerte,
Que en todo semejante vió á un hermano.

¡Pero era ilusión! que todo era
De su infantil candor hermoso engaño,
Y cogió en paga de su acción primera
Premio de ingratitud y desengaño.

El no era igual; que la nobleza solo
No da valor al alma bajo el cielo;
Ni la rara virtud que la acrisola
Hace ley de igualdad aquí en el suelo.

No; sobre el mundo, el que robó más oro
Mejor escudo de nobleza alcanza;
Quien pone en la balanza su tesoro
Inclina de su lado la balanza.

Él sirvió al hombre, y cuando al hombre un día
Llegó como un igual, fué escarnecido
Por muro de insalvable altanería
Se halló entre los esclavos confundido;

El furor, la insolencia y la amenaza
En el ceño encontró de los señores:
Porque era un gaucho de salvaje raza,
Sin herencia de oro ni de honores.

Y él, que su noble espíritu sentía
Libre como los vientos del desierto,

Vió que hasta entonces el orgullo había
Con desprecio su afán forzado y muerto.

Su afán, que alzaba una sonrisa, y era
Del insolente orgullo la alabanza,
Era el ceño del amo, que se altera
Cuando homenaje de su siervo alcanza.

Entonces fué cuando absorbió su alma
Esa desolación de la tristeza,
Presagio mudo de abatida calma
Con que la ruda tempestad empieza.

Pálida y triste y árida y oscura,
La tierra halló que á los demás reía;
Él, la dicha del mundo y la hermosura
Al través de una lágrima veía.

Lágrima que en sus órbitas temblaba,
La luz del sol á su través nublado;
Tromba del corazón que se avanzaba,
El cielo de su vida sombreando.

Solo y callado entonces, y abatido,
Reconcentró en su angustia su existencia,
Que él se halló entre los hombres maldecido,
Y huyó la humillación de su insolencia.

En el desierto y soledad, sustento
Dió á aquellas horas de animada muerte,
Y en la cárcel del alma el sentimiento
Rompió con llanto que culpó á la suerte.

¿La suerte? no. Los que su alma hirieron,
Los que su corazón emponzoñaron,
Los que como á un reptil le escarnecieron,
Los que como á un leproso le arrojaron;

Eran hombres no más, seres mortales,
Que hallaba de su vida en el camino,
Déspotas sin piedad de sus iguales
Que se alzaban entre él y su destino.

Satélites de un rey aventurero
Que unció un mundo á su cetro con cadenas,
De un rey vampiro, avaro y extranjero
Que se hartó con la sangre de sus venas.

¡Extranjeros también, y dominaban,
Donde á él la luz le amaneció del día,
Y de su misma tierra le arrojaban,
Y proscrito en su tierra se veía!

¡Basta! que ahogó sus lágrimas de niño
Sonriendo el gaucho que nació salvaje;
Y la piedad que en él abrió el cariño
En odio inmenso convirtió el ultraje.

Odio que no se exhala en maldiciones
Ni en terribles miradas se divisa,
No da soberbio orgullo á las acciones
Ni en el sarcasmo va de una sonrisa.

Odio que llena el corazón demente
Y nunca en vano á traslucirse alcanza;
Que solo salta á ennegrecer la frente
En el día sin sol de la venganza.

Día que entre las brumas del futuro
Soñó surjir su espíritu sereno,
Y al alcanzar su luz durmió seguro
Y guardó su furor entre su seno.

¡Oh! y es aquella la funesta calma
Con que ha lanzado en el festín sus ojos,

Sin nada al parecer que allí en su alma
Alce la tempestad de sus enojos.

VII

Miraba sin cesar, pero caído
En la enagenación del pensamiento,
Como reconcentrado y absorbido
En fijo y doloroso sentimiento.

Vibración de su alma que no era
El sofocado encono de la envidia,
Ni el goce inquieto de intención rastrera
Que adelanta impaciente la perfidia.

Ni el desconsuelo del dolor presente
Que en la impotencia su desquite alcanza,
Y á tiro fijo de la mano siente
La codiciada presa de venganza.

No; ni al palacio fué de los señores
Aquella noche del festín buscando
Despertar en sus pechos sus rencores,
Que estaba entre ellos su dolor llorando.

No; la crueldad del corazón ajeno
Y el golpe de su propia desventura,
Dejaron sin romper entre su seno
Una fibra sensible á la ternura.

Fibra que el alma en la impiedad sofrena
Y con el mundo á reanudarla alcanza,
Mientras en el infierno de la pena
Vive aún sollozando la esperanza.

Fuerza que hasta el palacio aborrecido
Su pisada soberbia conducía,

Y presa allí de afán desconocido,
Toda el alma en sus ojos recogía.

Toda, para buscar con su mirada
El bien soñado de su mente loca,
La realidad de su ilusión dorada
Que halló en la hija del altivo Roca.

¡Oh! y al verla cruzar, se ha extremecido
Como un cristal al retumbar del trueno,
Y helado el corazón y suspendido
Siente desfallecer entre su seno.

Rápido y nebuloso torbellino
Como el embate de encontrados vientos
Con salvaje vigor y en remolino
Arranca de tropel sus sentimientos:

El concetrado amor que para ella
Creció en las horas de pesar, en calma,
Último resplandor con que su estrella
Mantenía un crepúsculo en su alma;

El odio mudo del furor oculto
Que la presencia redoblar hacía
De aquellos que al desprecio y al insulto
Encadenaron su existencia un día;

La fija y melancólica amargura
Del que vencido en el dolor se siente,
Y en toda su extensión su desventura
Ya en su conciencia sondeó la mente; —

La angustia, en fin, del que en su propio pecho,
Sobra de alma y corazón encierra,
Y siente su derecho, y su derecho
Desconocido ve sobre la tierra; —

Y aunque entre hombres como él se halla,
Se mira por los hombres arrojado,
Y á la maldita esfera del canalla
Por su orgullosa voluntad lanzado;—

Y él, que heredó en su pampa un mundo entero,
Se encuentra sobre el mundo sin guarida,
Que es en su misma patria un extranjero,
Y de extranjero rey sierva es su vida;

Y mira en los festines de un magnate,
Compartiendo su encanto y su ventura
¡Oh! también la mujer para quien late
Su corazón con íntima dulzura.

¡Ay! aquella mujer, en los rigores
Y en el destierro del dolor amada,
Y que lejos de él, á los señores
Dirije sonriendo su mirada;—

Que ella quizá también bajo aquel traje
Con que en un día le encontró á su paso,
En él tan solo sospechó un salvaje,
Si su mirada en él detuvo, acaso;

¡Y ve que aun cuando imaginó sufrido
Del último pesar el golpe recio,
Faltaba por sufrir, y ve caído
!Ay, el golpe también de su desprecio!

Así su alma entonces sacudía
El choque de encontrados sentimientos,
Y en espirales ráfagas sentía
Vagar sus agitados pensamientos.

¡Así de su ansiedad la fuerza ruda
De golpe al corazón y á un tiempo lanza,
El odio y el amor, la fe y la duda,
La desesperación y la esperanza!

VIII

Él á la sombra del pilar esquiva
La luz de los brillantes reverberos.
Del alba aún la claridad furtiva
No apaga el resplandor de los luceros.

¿Qué luz entonces al cruzar refleja
Tan honda palidez sobre su frente?
No es luz, que es sangre, que su rostro deja
Cayendo al corazón como un torrente.

Relámpago fatal del sentimiento
Con que rompe el furor dentro del alma,
Y alumbra como hoguera el pensamiento,
Así formado con salvaje calma:

—Los que se llaman reyes y señores
Mi raza condenaron al dolor,
Para pasto, al nacer, de sus furores
También caí sobre la tierra yo.

Como si un monstruo maldecido fuera
Me acosan y desprecian sin piedad,
No tengo más guarida que la fiera
Que perseguida por los perros va.

La última esperanza de mi vida
Estaba en el amor de una mujer,
¡Oh! pero en esta hora maldecida
Me la arrebatan sin piedad también.

Porque á mirar mi raza la enseñaron
Como un objeto pavoroso y vil,
Sus ojos al mirarme se apartaron,
Y desprecio también encontré allí.

¡Basta! si un Dios se esconde tras del cielo,
También desde el nacer me abandonó;
Si no hay más dios que el hombre, sobre el suelo,
Mi dios, yo mismo, y mi justicia soy.

Para sembrar la muerte y la venganza
En medio del estruendo del festín
¡Oh! si el puñal de Lázaro no alcanza,
De sobra á su alredor hará blandir.

Los que comparten mis amargas penas
Y sufren la vergüenza y el dolor,
¡Como trahilla de salvajes hienas
Caigan sobre el palacio del señor!—

Y él se destaca del pilar sombrío,
Como un fantasma de la noche, ausente,
Y con pasmosa agilidad y brío,
Salta sobre su potro febriciente.

Un instante, no más, y en el desierto
Como un meteoro romperá en su huída....
Pero un hombre hasta él con paso cierto
Avanza y toma á su corcel la brida.

¡Atrás, el insensato! mas ya siente
La punta del puñal en su garganta,
Y antes que el golpe amenazado asiente,
Su voz con una súplica adelanta:

—No hieras, Lázaro; para;
Que el tenerte no es agravio;
Las palabras de mi labio
Palabras amigas son:
Siervo soy del noble Roca,
¡Oh! no desprecies mi ruego,
Que aunque le invoco, no llego
En nombre de mi señor.

La súplica que me guía
Hasta cruzarme en tu senda,
No hay alma que no la atienda
Porque voz de un ángel es.
Cede, que no hay ser humano
Para quien su amor no sobre;
Para el rico, para el pobre,
Para el siervo y para el rey.

Para cumplir su deseo
No es mucho si á tí me avanzo,
Con él al infierno alcanzo
Sin fatiga ni temor;
Que aquel ángel bendecido
Que el labio sonriendo invoca,
Solo es, la hija de Roca,
El magnífico señor.

Plácela tu voz serena
Cuando en la noche de calma
Los pesares de tu alma
Con trovas llorando vas.
Al través de los señores
Sus tristes ojos te hallaron,
Y sus labios me mandaron
La súplica á tí llevar.

Antes que á la luz del día
Cese el festín del contento,
En él se escuche el acento
Del sombrío trovador:
Ven al palacio de Roca
Donde resuene tu canto,
Que ojos hay que amigo llanto
Derramen por tu dolor.—

IX

Lázaro oye esta voz; enmudecido
Abandona la brida del corcel,
Y en insondable reflexión caído
Del paje sigue el presuroso pie.

Como que le impulsara parecía
Fuerza de incontrastable voluntad,
Y el rastro como máquina seguía,
Tan olvidado de sí mismo ya.

Y va tras él, sin descubrir la frente,
Al centro del magnífco salón;
Preludia la guitarra tristemente,
Y al pecho arranca la inspirada voz:

TROVA

—El hondo pesar que siento
Y ya el alma me desgarra,
Solloza en esta guitarra,
Y está llorando en mi acento.
Como es mi propio tormento,
Fuente de mi inspiración,
Cada pie de la canción
Lleva del alma un pedazo,
Y en cada nota que enlazo
Se me arranca el corazón.

Te ví, y aunque no sentiste,
En mi soledad te amé

Con esa profunda fé
Que hay solo en una alma triste;
Tú en un palacio naciste,
Yo en un desierto nací,
Y aunque en el alma sentí
Fuerzas para alzarme al cielo,
El hombre cortó mi vuelo
Y hasta el infierno caí.

La estrella de mi destino
No importa, un rayo lanzaba
Que á disipar alcanzaba
Las brumas de mi camino.
Ya ese rayo mortecino
Para siempre se apagó,
Y solo á alumbrar sirvió
Esta eterna noche impía,
Cuando en tu alma, la mía
También el desprecio halló.

Como fiera perseguida
Piso una senda de abrojos,
Sin sueño para mis ojos
Ni venda para mi herida;
Sin descanso ni guarida,
Ni esperanza ni piedad;
Y en fúnebre soledad
A mi dolor amarrado,
Voy á la muerte arrastrado
Por mi propia tempestad.

El cielo me ha maldecido,
El mundo me ha despreciado,
¿Dónde, sin verme acosado
Sentaré el pie dolorido?
No hay recuerdo, no hay olvido
Para engañar mi aflicción,
Solo hay desesperación

Para mí en el mundo ajeno...
¡Yo mismo huyo, de horror lleno,
De mi propio corazón!—

X

Con un sollozo terminó su canto
Y soltó la guitarra estremecida,
Alzó la frente de pesar rendida,
Y el primer paso describió su pie.
¿Por qué al partir inmóvil se detiene?
Nadie opone á su marcha sus enojos,
Y aunque todos en él fijan los ojos,
Nadie su voz ha dirigido á él.

¿Nadie? Cual si la fuerza la atrajese,
De aquella honda y fúnebre mirada,
Una mujer con trémula pisada
Se dirije hasta allí, donde él está;
Lleva una flor que levantó del suelo
Oprimida en la mano temblorosa,
Y en el pecho de Lázaro la posa
Con sencilla y serena majestad.

Y ella, la hija del altivo Roca,
La inocente y angélica Dolores,
Se alza de entre la rueda de señores
Y habla así al misterioso payador:
—Toma; guarda esta flor que de mi seno
Cayó con una gota de mi llanto,
Cuando el sollozo en que espiró tu canto
Mi alma conmovida estremeció.—

Y él guardó aquella flor. Todos, sus labios
También entonces agitarse vieron,
Pero si con palabras se movieron,

Ella sola, no más, las pudo oir.
Honda, honda mirada en la mirada
Dejó caer de la mujer querida,
Y sin bajar la frente á su partida,
Como una sombra se perdió de allí.

XI

Y corta los inmensos corredores,
Sin mostrar cortesía ni cautela,
Que ni aún por respeto á los señores
Empina la rodaja de la espuela.

Nadie tampoco recordarle osa
Que pisa en el palacio de un señor;
Le abre calle la turba silenciosa,
Y murmura de él cuando pasó.

Villano y pusilánime murmullo
Que no alcanza valor hasta su oído,
Pero no es desprecio ni es orgullo
Lo que imprime á su marcha su descuido.

No, que aquel porte de sombría calma
Solo el olvido de los otros es;
Solo el recogimiento de su alma
Que arrastra como máquina su pie.

Y salta en el caballo inteligente
Que modera el afán de su partida,
Porque sus flancos oprimir no siente
Ni levantar la abandonada brida.

Así, como tocado de idiotismo,
Lázaro inmóvil sin guiarle va,
Y lanzado del alma en el abismo
Que pisa el mundo se olvidó quizás.

Y entre la opaca niebla que el incierto
Calor levanta del naciente día,
Se interna á la ventura en el desierto
Donde el capricho del corcel le guía.

XII

Los que jamás lloraron
Flores del corazón que se cayeron;
Los que no maldigeron
Que aunque sobre la tierra se encontraron
Con alma solo de reptil nacieron,
Al través de la yerta
Bruma que te rodea en el camino,
No seguirán tu rastro, peregrino
De la pampa desierta,
Su mirada no avanza
Al fondo de tu alma combatida,
Y al verla como pasto repartida
Entre el amor y el ódio,
La desesperación y la esperanza,
Fantasma de mi sueño te creyeron,
Mal trazada y desforme,
Y de mi sueño informe
Con sarcástica burla se rieron.
Ellos que solo tienen
La cavidad de un cántaro en el alma,
Ni más fuego contienen
Que el fuego que da un fósforo encendido;
Ellos que en paz y calma
Su dicha y su dolor tienen medido,
Y con prolijidad y simetría
Llorando ó sonriendo los embocan,
Como en nichos separan y colocan
Sus efectos de tienda ó mercería;
Ellos que solamente se conmueven
Por quiebras y asonadas,

Por los tiempos que secan ó que llueven,
O por modas salidas ó dejadas;
Ellos, jamás en fin del alma ajena
La tempestad mugiendo imaginaron,
Porque á su propio corazón le hallaron
Con válvula serena
En su más honda angustia que soñaron.
No puede junto concebir su mente
El cáos de encontradas sensaciones,
Ese sordo torrente
Que en confusión revienta
Con ola turbulenta
Que arrastra en su camino las pasiones;
No llega su mirada
Al abismo profundo
De tu alma educada
En esa reflexión de la amargura,
Cáncer que en ella el sentimiento apura
Y abre fondo en su seno para un mundo.

No alcanza á reflejar el sentimiento
Lo que á sentir no alcanza:
La vorágine loca
Que estrelló el corazón y el sentimiento
Cuando inmóvil y mudo,
Contra el pilar desnudo
Te amarró la ansiedad como á una roca,
Solo se ve sentida:
¡Ay! entonces se sabe
Que así como en el cielo
Rompen las tempestades de la vida,
Que el fúnebre rayo que las hiende
Todo á la vez y en confusión desciende,
Sombra y luz, fuego y hielo!
Sí también con ellas
Que descargan la nube de que nacen
En lluvias ó en centellas,
En lágrimas ó en sangre se deshacen.

Después, el alma se refugia al seno,
Rugiendo ó sollozando,
Como el último trueno
Que con sordo bramido
Se aleja estremecido
En majestuosa postración rodando:
Así también partiste
Del palacio brillante,
Y entre la bruma densa,
Tu sombra muda, pavorosa y triste,
Llevando sigues por la pampa inmensa.

Oh! ¿por qué aún sobre tu frente oscura
La desesperación medita en calma?
¿Por qué va en tu camino
Siempre aquel abandono del destino?
Por qué siempre el dolor dentro del alma?
Cuando, por fin, la suerte
La única ambición cumplir figura,
¿Con esa honda postración inerte
Responde el corazón á la ventura?

¿Qué hay entonce en tu seno
Que á penetrar la reflexión no alcanza?
¿Qué sonda de veneno
En tu maldito corazón se abisma,
Si la esperanza misma
Cuando ha tocado en él no es ya esperanza?

Feliz quien no se avanza
A ese infierno del alma que no ignoro.
Yo sé que puede compendiar la vida
Su único tesoro
En el amor de la mujer querida;
Sé que en sus ojos puede,
Como á la luz del sol brilla la estrella,
Derramarse el amor que al amor cede.

Sé que los labios de ella
Pueden llevar también hasta el oído,
Con su más dulce acento,
La palabra de amor correspondido,
Sin que el demonio cruel del sufrimiento
Beba en su voz la calma;
Sin que ese amor que la esperanza encierra
Del cielo y de la tierra,
Consuele el corazón y arrulle el alma.
¡El alma! el alma triste,
Que al tocar en la suya se desvía
Volviendo á su infernal misantropía,
Porque al tocarla alcanza
Que mientras más amor la acerca á ella,
¡Ay, más se hunde su apagada estrella
Y más se desvanece su esperanza!

En la vida y en la muerte,
Tu primer ambición, tu último anhelo,
Fué el bien que al fin te concedió la suerte,
Un pedazo de cielo.
Cielo que fueron sus celestes ojos,
Donde la luz del sol el alma era.
Por camino de abrojos
Su ambiente virgen á aspirar llegaste,
Y cuando hasta el ocaso del futuro
Has mirado en su esfera,
El punto más oscuro
De la vida y la muerte allí encontraste.
¿En sus ojos?— ¡mentira!
Esa noche sin fin que el alma encierra
Y á su sombra convierte,
Cuanto da resplandores
Está solo en los ojos del que mira.
¡Crecen sobre la tierra,
Sin remedio también como la muerte,
Pesares y dolores!

CANTO SEGUNDO

I

Es la mujer un querubín del cielo
En la aureola del amor caída,
Para abrir en el páramo del suelo
El gérmen misterioso de la vida.
Angel de caridad y de consuelo,
De abnegación sublime poseída,
Va junto al lecho del mortal velando,
La vida hasta la muerte acariciando.

¡Oh! ¿qué sensible y dolorosa herida
Curar no puede su piadosa mano?
¿Qué pena el alma llevará escondida
Que no consuele su fervor cristiano?
¿A qué ser, á qué idea engrandecida
No abre su noble corazón humano,
Ni que felicidad ó desventura
No halla una bendición en su alma pura?

¡Una mujer! tesoro inestimable
Que el mundo ingrato á valorar no alcanza;
Manantial de cariño inagotable,
De piedad, de nobleza y confianza.
Ella, sobre la tierra deleznable
Es misterioso faro de esperanza
Que con suave resplandor divino
De otro mundo mejor muestra el camino.

Ella no da en su espíritu guarida
A la sed de la gloria y la fortuna,

Esas dos solas rutas de la vida
Que no deja de hollar planta ninguna;
Ella, si una corona suspendida,
Soñó bajo los rayos de la luna
Y la alzó al despertar, fué solamente
Para adornar la sien de ajena frente.

Ella desvía la inocente planta
Del huracán frenético del mundo,
De donde al hombre mísero no espanta
De las pasiones el aspecto inmundo;
Donde puñal contra puñal levanta
El, y sobre el hermano moribundo
Alza entre sangre, lágrimas y escoria,
El sacrílego canto de victoria.

Ella desde los mágicos fulgores
Del alba del Eden, perdida y bella,
Del nacer al morir riega con flores
De la cansada humanidad la huella;
Y en cambio ¡ay! cadenas y dolores
El mundo nada más le guardó á ella,
Sin quebrantar su fé, su fé que gime
En silenciosa abnegación sublime.

Ella, corriendo el mundo zona á zona,
Eterno campo de batalla horrenda,
Al rastro de la muerte se abandona
Donde el rugido del dolor se extienda;
La alzada frente al vencedor corona;
La hundida frente del vencido venda;
Que se basta en su amor desconocido,
Angel del vencedor y del vencido.

Ella en el alma del poeta canta;
Del artista en el alma y del guerrero;
Y del sabio el espíritu levanta
Y el brazo del humilde jornalero;

Del niño el primer sol riendo encanta,
Y encanta del anciano el sol postrero,
Porque del cielo para amar caída
Es el ángel de guarda de la vida.

La pureza, la paz y el sentimiento,
Velan entre su alma candorosa,
Y allí del mundo el corrompido aliento
Desvanecen con ala presurosa.
Y ella en su manso, íntimo aislamiento,
Se expande en otra vida silenciosa,
Vida de amor eterno y bendecido
Que es un reflejo del Eden perdido.

¡Una mujer! ¡feliz el que en la vida
El alma de ella á comprender alcanza,
Y sabe abrir la senda florecida
Que al cielo extraño de su mundo avanza;
Cielo de beatitud desconocida,
Donde por fin reposa la esperanza,
Arrullada en la gloria del presente
Sin que otro cielo tramontar intente!

II

Ella, la melancólica Dolores,
Aunque hija también del castellano,
Miraba con pesar de los señores
La bárbara crueldad para el paisano.
Ella no compartía sus rencores,
Y llamaba al indígena su hermano;
Que era como su madre, ya perdida,
Bajo el cielo de América nacida.

En ellos, por el suyo, comprendía
Su inmenso corazón triste y callado,

Y en ellos, seres su piedad veía
Indignos de aquel yugo tan pesado.
Ni humillación ni honores exigía,
Y el cariño en su senda derramado
La dió por fruto donde fué su planta,
Nombre y veneración y amor de santa.

Ella, cuando en la tarde silenciosa
La tierra de sus flores refrescaba,
Y allí como indecisa mariposa
En medio de los árboles vagaba,
¡Ay! en aquella esfera misteriosa
Extraño afán indefinible hallaba,
Que á un tiempo mismo al corazón le era
Ráfaga dolorida y placentera.

Ella no era feliz, pero sentía
Una extraña orfandad dentro del alma;
Un punto solo allí donde no había
La dicha entrado á conmover la calma;
Ultima hoja desmaya y fría
De floreciente y olorosa palma,
Donde el rocío que la noche riega
Por entre el seno capilar no llega.

Cruzar veía por el aire en tanto
Sombras de fugitivos resplandores,
Que remedaban en secreto canto
Las palabras de amor de los señores;
Y allí en suave enternecido encanto,
Arrobando su espíritu, Dolores,
Dormía y sollozaba y despertaba;
Que árido aquel amor y frío hallaba.

Era el perfume del amor sereno
Con que en íntima calma placentera
Abre la flor que nace dentro el seno
Con la lozana juventud primera;

Intenso aroma de armonía lleno,
Que en torno al corazón forma su esfera,
Engendrando en su mundo enternecido
Inquieto afán de amor desconocido.

Inmenso amor cuyo ideal hermoso
A mostrar en sí misma no alcanzaba
La palabra de amor del poderoso,
Que en medio de las fiestas resonaba;
Su corazón altivo y vanidoso
Lleno tan solo de su orgullo hallaba;
Y volviendo á su seno entristecida
Soñaba el alma su ilusión perdida.

Así una vez cuando en la tarde bella
Vagaba triste en su jardín florido,
Sintió al extremo mismo de la huella
Como el rayar de un potro suspendido.
Volvió los ojos y en los ojos de ella,
Íntimo, concentrado y recogido,
Sintió cubriendo el tinte de sonrojos,
El rayo descansar de ajenos ojos.

¡Lázaro el payador! solo y callado,
Sin desmontarse del corcel ardiente,
Un momento fatal allí clavado,
La contemplaba así profundamente.
Luego, como rendido y desmayado,
Inclinó al pecho la pesada frente,
Con mustio brazo circuló la rienda
Y se perdió por fin entre la senda.

¡Lázaro el payador! nadie aquel nombre
Escuchó sin sorpresa en la campaña;
Nadie miró el aspecto de aquel hombre
Sin recogerse en impresión extraña.
Que aunque jamás dió vuelo á su renombre
La relación de ensangrentada hazaña,

Algo en él de terrible se escondía
Que el corazón estremecer hacía.

Y ella ni estremecida ni aterrada,
En calma allí permaneció serena;
Porque leyó en su fúnebre mirada
La historia solo de escondida pena.
Pena que hasta su alma inmaculada,
Y abierta siempre á la desdicha ajena,
Llegó, tocando de piedad la fibra,
Que al tono del dolor acorde vibra.

Y siguió con sus ojos impaciente
Al gaucho aquel que á contemplarla vino,
Deseando en su espíritu inocente
Que se doblase el tramo del camino.
Placíale el salvaje continente
Del fúnebre viajero vespertino,
Y al corazón por él brotar sentía
Intima y deliciosa simpatía.

Y tarde á tarde á su jardín bajaba,
Que tarde á tarde Lázaro caía;
Del fondo del desierto se avanzaba,
Y al fin de la arboleda se perdía.
¡Siempre tan hondamente la miraba;
Siempre ella con sus ojos le seguía;
Brindando en ellos su inocente anhelo,
O bálsamo de amor ó de consuelo!

Así nació en su espíritu inocente
Del alma juventud el amor puro;
Amor que hallaba de su afán la fuente
En misterioso vértigo inseguro;
Amor que, recogido en el presente,
No llora ni sonríe en el futuro,
Y en concéntrica ráfaga camina
Al resplandor de su ilusión divina.

Un día, en fin, que el castellano impío
Con ella en los jardines paseaba,
Y vió cruzar por entre el soto umbrío
Al gaucho payador que se alejaba,
Rugó la frente con desdén sombrío,
Y marcando la huella que llevaba,
Clamó, como estallando en sus furores,
Vuelto á los aterrados servidores:

—¡Oh! si el gaucho otra vez, si el insolente
Asoma del castillo al horizonte,
Sin que descubra como vil la frente,
Sin que como villano se desmonte,
Soltadle la trahilla más valiente,
Que devora las fieras en el monte,
O juro ¡vive Dios! que yo á vosotros
Mando que se os amarre en cuatro potros—.

Y ella se estremeció; que aquel acento,
Cayendo sobre el alma comprimida,
Trajo por vez primera al pensamiento
El espantoso cuadro de la vida;
Y aterrada en su propio sentimiento,
Siguió su vuelo y se encontró perdida
En el abismo lóbrego y profundo
Que entre Lázaro y ella cavó el mundo.

Y como entonces el dolor primero
Que arrancó la ilusión á la inocente,
Un rayo fué de luz, que en su reguero
Transparentó de Lázaro la frente:
¡Como al íntimo rastro pasajero
Leyó en aquel espíritu demente
El insondable infierno que el destino
Llevó en su maldición al peregrino!

¡Oh, tarde ya! la voz del castellano
Marchitar ha podido la esperanza,

Pero del melancólico paisano
El corazón á envilecer no avanza.
¡Tarde! que si el orgullo del tirano,
En él un gaucho, nada más, alcanza,
Los ojos del amor, los ojos de ella,
Alma le hallaron misteriosa y bella.

Y escondiendo en la suya estremecida
Aquel primer amor desventurado,
Intimo compañero de la vida
Que habita el corazón desesperado,
Levantó en la memoria enternecida
Ese mundo sin sol del desgraciado,
Donde si el alma en él ya nada espera
¡Ay al menos, por fin no desespera!

III

Ha destellado el sol su nuevo día
Tras de la noche de la fiesta loca,
Y el rayo de su luz más suave envía,
Porque su disco en el ocaso toca;
Cesó el vaiven de insólita alegría
En el palacio del soberbio Roca,
Y ya de la faena de costumbre
Descansa la rendida servidumbre.

El lastimero toque de oraciones
Ya cesa en la capilla tramontana,
Y del golpe postrer las vibraciones
Extiende lentamente la campana;
Todos alzan á Dios sus corazones
Rogando por el día de mañana,
Y su descanso cada cual y asilo
Busca en el seno del hogar tranquilo.

Tan solo una mujer paseando queda
El parque del castillo silencioso,
Cuando en el corazón de la arboleda
Ya el ave misma se buscó reposo.
Ella va descendiendo en la alameda
Con paso distraído y cadencioso;
Hasta un banco de céspedes camina,
Y en él como cansada se reclina.

Mujer de leve y mística belleza,
Extraña adoración secreta infunde,
Que un rayo de misterio y de tristeza
Como aureola á su alredor difunde.
Tipo de aérea y virginal pureza
Que entre el ángel y el niño se confunde,
Y de su suave atmósfera irradía
Aroma y resplandor y melodía.

En la luz de su límpida mirada
Se desborda su espíritu inocente,
Y el color del jazmín en la alborada
Difunde á la mejilla transparente;
Ondas la fresca boca ennacarada
Al respirar levanta sonriente,
Que en la blonda raíz de su cabello
Despejan, al morir, su rostro bello.

Tan pura, tan sencilla, tan ligera,
De su blanco ropage entre la nube,
Parece el rayo de la luz primera
Que por la franja de los cielos sube;
Paloma que se anida en la pradera,
Risueño y melancólico querube
Que busca con los ojos desde el suelo
Rumbo feliz para tender su vuelo.

La tímida y despierta mariposa
Que liba el cáliz de la flor más bella,

No se mueve del pétalo en que posa
Cuando á regar la flor se acerca ella;
Y el ave que en la selva silenciosa
Canta sobre la rama de la huella,
Tampoco calla el comenzado trino
Si es ella quien asoma en el camino.

¡Oh! que invisible talismán abriga
Que tan sincero amor tras si levanta!
No hay labio que su nombre no bendiga
De bien prendado y de belleza tanta;
Llámala el rico y el señor amiga,
Santa los pobres y los siervos santa,
Porque igual á su angélica hermosura
Es la piedad el alma y la ternura.

Huye la ostentación de los festines,
Que en medio del estruendo se atortola,
Y halla mejor que el mundo sus jardines
Cuando alza ó cae el sol tras su aureola:
Allí, de la alameda en los confines,
Vagando entonces pensativa y sola,
Como una flor también, entre las flores
Vive la melancólica Dolores.

Y cuando llega allí de la capilla
El toque triste de oración diaria,
También dobla en el musgo la rodilla
Y alza á su Dios su íntima plegaria;
Y antes que apague el sol su luz que brilla
Tras la vecina loma solitaria,
Deja el jardín y en el palacio hermoso
Vuelve á la sociedad del poderoso.

Hoy ya en la tarde refrescó sus flores,
Ya dijo su oración arrodillada,
Y aunque la sociedad de los señores
Espera en el vestíbulo su entrada,

Ella, la hermosa y cándida Dolores,
En su banco de cesped reclinada,
Del palacio y los huéspedes no cuida
En misteriosa reflexión caída.

Nunca aquella expresión de consuelo
Cual hoy á contraer mi frente vino,
Ni esa intuición de inevitable duelo
Ha alzado así su seno peregrino;
Nunca sus ojos con tan vivo anhelo
Fijó en el horizonte del camino,
Como el que ansía y teme cuando espera
Cumplir la realidad de su quimera.

¡Rara esperanza es! La senda aquella
Conduce solamente á campo abierto,
Y aunque á otra huella va, también la huella
Arranca desde el fondo del desierto.
Un solo sér no más cruza por ella
Cuando declina el sol su rayo incierto
Y el astro vespertino de topacio
Cuelga sobre las cruces del palacio.

Si *él* es el esperado, la esperanza
Cumpla el inquieto afán del desvarío,
Porque la vista á distinguirle alcanza
Que asoma lentamente en el vacío;
Es él, es él, que como siempre avanza
Callado, melancólico y sombrío,
La barba sobre el seno recogida
Y abandonada del corcel la brida.

El es, que de su lóbrega mirada
He visto el rayo que adelanta el trueno,
Alma terrible en el dolor probada
Y ungida en el bautismo del veneno.
El es — porque á su aspecto, impresionada

El alma se comprime dentro el seno,
Sintiendo á su pesar que él deja en ella
Rastros más indelebles que en su huella.

¡El es! — que solo él á hollar se atreve
Los campos del palacio á su albedrío,
Sin temer la amenaza de la plebe
Ni del amo el furor nunca tardío;
Y allí donde la brisa no se mueve
Sin voluntad del castellano impío,
El sin bajarse ni humillar la frente,
Pisa como en su hogar, tranquilamente.

¡Extraña realidad!; desde que asoma
No levantó la espuela ni la rienda,
Y ya que entienda misterioso idioma
O que infalibles prácticas entienda,
Y aunque dos calles hay, el potro toma
Del banco de los céspedes la senda,
Y relincha al llegar, como advertido
De un punto de reposo conocido.

Si, porque tarde á tarde en su camino
Se desmonta allí mismo el caballero,
Y sobre el tronco del ombú vecino
Correr deja el crepúsculo postrero;
Luego, cual descansado peregrino,
Torna á seguir en calma su sendero,
Y hasta llegar al punto más distante,
Volviendo muchas veces el semblante.

Hoy no hay reposo allí, que el potro siente
Que á animarle la espuela se prepara
Cuando allí como ayer pausadamente
Bajo la sombra del ombú se para;
Y, antes que toque de la espuela el diente,
Veloz en su abandono se repara,
Y dejando la yerba que mordía,
Busca de nuevo la tortuosa vía.

¿Y mira y pasa él? ¡Ah, no! que siente
Que en vano al corazón mandar intenta;
Le llama esa mirada que doliente
Al través de una lágrima revienta:
¡Atrás! él vuelve la sombría frente
Y el pie de golpe sobre el musgo asienta,
Que á desatar un lazo de esperanza
La desesperación tan solo alcanza.

Y arrancando del alma estremecida
La entrecortada voz del sentimiento,
Al alma en fin de la mujer querida
El abismo enseñó del pensamiento;
Cuadro desesperante de la vida
Que en el oído compendió su acento
Cual náufrago infeliz que llora y cuenta
La pasada ansiedad de la tormenta.

IV

—Juré, Dolores, callando
Morir solo con la pena
Que me va como gangrena
Toda el alma devorando;
Hoy llorando, sí, llorando,
Crucé á verte en la oración,
Para cumplir la intención
Más fija del pensamiento,
Pero al fin el sufrimiento
Estalla en el corazón.

Ya ves; me tengo en tu huella...
Toda el alma te debía;
Tómala, no es culpa mía
Si hay solo veneno en ella;
Tan oscura fué mi estrella,

Que para privar tu aprecio
Paga como el mundo, á precio
De lágrimas tu favor,
Pero no tengo valor
Para sufrir tu desprecio.

Sé que callando y muriendo
Pude aliviarte un pesar,
Que á veces suelen llevar
Las horas que van huyendo,
Y al menos, hoy que estoy viendo
Que ya todo lo he perdido,
Así no hubieras sufrido,
No hubieras llorado así,
¡Y quedaban para mí
El desprecio y el olvido!

Pero era entonces preciso
Que yo no te hubiese amado,
Ya que un ser tan desgraciado
El mundo volverme quiso;
La gloria del paraíso
Es infierno envilecida,
Y el amor que hace en la vida
De un hombre un ser sobrehumano,
No alcanza á hacerle un villano
Ante la mujer querida.

Esto está escrito en mi frente:
Mira, no sé quien lo ha escrito,
Pero aquí dice—maldito—
Aunque soy solo inocente.
Lo lee todo ser viviente
Y huye con horror de mí;
Yo también, y conocí
En mi refexión primera
Que fuí poco para fiera
O mucho para hombre fuí.

Mi corazón arrojado
De toda honorable senda,
A la orfandad más horrenda
Se encuentra al fin condenado:
Yo mismo me he despreciado,
Tan despreciado me hallé,
Y á mi corazón bajé
Con el ódio más impío,
Para llenar el vacío
Que en toda mi alma encontré.

En fin, hasta la esperanza
De salvación me quitaron,
Que el camino me cerraron
Del bien, que hasta el cielo avanza;
El alma á explicar no alcanza
Tan implacable crueldad,
Y solo la realidad
Del desprecio y los rencores
Me han enseñado, Dolores,
Que es una horrible verdad.

Tiene el hombre todo un mundo,
Tiene la fiera el desierto,
Tiene el ave el cielo abierto,
Tiene el pez el mar profundo;
Y Lázaro el vagamundo,
Como una fiera acosada,
No halla solo en su jornada
Un seno amigo, un hogar,
Donde poder reposar
La frente desesperada.

Gaucho, el mundo me ha nombrado,
Y me arranca de su seno
Como planta de veneno
Que mata al que la ha pisado;
Canalla, en fin, me ha llamado

Con toda su indignación;
Y en toda la creación,
Con mi angustia y con mi vida,
No tengo ya más cabida
Que mi propio corazón.

Solo de común me aferra,
Entre los seres humanos,
El hambre de los gusanos
Que han de comerme en la tierra;
Nada que encanta ó aterra
Penetra á la soledad
De la sombría orfandad,
Donde mi dolor profundo
Ha levantado su mundo
Fuera de la humanidad.

Con un grito de venganza
Mil gauchos levantaría,
Y al Señor hundir podría
Entre el fuego y la matanza;
Pero en mi labio se avanza
Y se cambia en maldición,
¡Que en la horrenda confusión
De oprimidos y opresores,
Veo hombres no más, Dolores,
Que me han roto el corazón!

¿Porqué tu alma se llegó á la mía
Si cuanto toco lo enveneno yo!
Nada más que tu amor me sonreía,
¡Ya todo lo he perdido con tu amor!

Sí, lo he perdido. Lázaro el salvaje
No puede amarte sin vergüenza tuya,
Y es mucha la barrera del linaje
Para que un pobre gaucho la destruya.

Y aunque tu amor tan valeroso fuera
Que te arrojaras á seguir mi pie,
¿Dónde ha de reposar que no siguiera
De los señores el furor tras él!

Guarda entonces tu alma de dolores,
Que llega acaso á comprender apenas;
Solo puede domar sus sinsabores
Quien como yo se arrastra entre cadenas.

Guarda ese amor que brinda tu mirada
A ocultas como goce de ladrón;
Para absorber mi alma concentrada
El amor de un esclavo es poco amor.

No; yo tengo en el fondo de mi alma
Un mundo de ventura recogido,
Mundo aparte del mundo, en honda calma,
Que es un compendio del Eden perdido.

Mundo de inmensa dicha que no cabe
En la tumba sin luz de una prisión,
Cielo cuyo camino solo sabe
Quien nace con un alma como yo.

Mundo que no es la esfera vagorosa
Donde se arroba el niño enamorado;
Es el último tramo en que reposa
El corazón de un hombre que ha llorado.

De un hombre maldecido que á la tierra
Ni un lazo tiene que le junte ya,
Y tierra y cielo sobre el mundo encierra
En las cuatro paredes del hogar.

¡Ay! pero aquel hogar caído en ruina
Encuentra hoy del hombre á la pisada,

Cuando á su puerta el infeliz camina
Guiando á la mujer idolatrada!

Era el último albergue de esperanza
Donde llevaba á descansar su pie,
Y allí también le sigue la venganza;
¡Dios lo ha querido así: cómo ha de ser!

No puede hacer mi dicha ni la ajena,
Tan implacable fué mi maldicion,
Y para último colmo de mi pena
Soy el demonio en fin de tu dolor.

¡Adios! pero perdona al gaucho rudo
Que no pudo á tus ojos ser un vil,
Y porque más que un hombre ser no pudo
Para romper su espíritu y morir.

¡Adios! Con la fortuna y los amores
Te sonríe en la tierra la esperanza;
Tú puedes ser feliz, tú sí, Dolores,
La maldición del mundo no te alcanza.

¡Adios! —yo sé la historia de la vida;
Yo sé medir la fuerza del pesar;
Para cerrar los labios de tu herida,
Bálsamo el tiempo y el olvido dan.

Solo yo seguiré, que sola puede
El alma con su inmensa pesadumbre;
Ni cede al llanto, ni á la furia cede;
El hombre hasta el dolor hace costumbre.

¡Todo es lo mismo!—siento que al perderte
Me ha vencido el dolor al idiotismo
Sí, la vida, Dolores, y la muerte,
La dicha y el pesar, ¡todo es lo mismo!

¡Basta! ya sabes lo que en mi alma había
Dolores, deja que te diga adios;
¿Porqué tu alma se llegó á la mía
Si cuanto toco lo enveneno yo!—

V

Ella escuchaba, la infeliz, llorando,
Escuchaba hasta el fin ¡pobre Dolores!
Y sufriendo y callando,
Iba al seno inclinando
La atormentada frente sin colores.

Cargada de pesar y estremecida
Con el sollozo que en su pecho ahogaba,
Al fondo de la vida
El alma recogida
En el dolor inmenso se abismaba.

No podía en su espíritu inocente
Con el ajeno y propio sufrimiento,
Y con la palma ardiente
Oprimía la frente
Como para tener el pensamiento.

En insensato vértigo, aturdido,
Giraba el corazón con tanta pena,
Y sentía al oído
El rasgado estallido
Con que la arteria reventada suena.

Y á él los ojos inmóviles alzaba,
Como ignorando allí que le veía;
Mirándole callaba,
Y lloraba, lloraba,
Caída en su fatal melancolía.

Solo cuando ya Lázaro rompiendo
Con el último adios pisó la huella,
De su dolor volviendo,
Tristemente siguiendo,
Hasta cruzar su marcha, se alzó ella.

Pero aquella ansiedad que en la partida
Trae la desolación del sufrimiento,
Ahogó la voz sentida,
Y en el alma afligida
Turbó la inspiración del pensamiento.

Y allí sin voz, sin fuerza, ni albedrío,
Con el renuevo del dolor postrada,
Tendió el brazo tardío,
Buscando en el vacío
Donde ayudar su trémula pisada.

Giró dos pasos, y en sus pies perdida
Se postró sobre el césped de su asiento;
Esa eterna partida,
Mirando así, caída
En el más espantoso abatimiento.

¡Y él ha dicho su adios, su adios postrero!
Y marcha abandonado á su destino:
¿Marcha? no, que al sendero
Salta el Roca altanero
Con su turba de esclavos al camino.

Y con la voz que entre los labios traba
El creciente furor que el alma llena,
Habló al gaucho que odiaba,
Al que allí le esperaba
Con planta firme y voluntad serena.

—¡Has dicho adios! tu corazón, villano,
Da al mundo en ese adios tu despedida;

Oh! no le has dicho en vano,
Ya estás bajo mi mano,
Y en el último instante de tu vida.

Era mi hija ¡miserable!, piensa
Cuánto debe mi alma aborrecerte.
¡Oh! mi cólera inmensa,
Tan vergonzosa ofensa
Puede lavar apenas con tu muerte!—

VI

Y Lázaro sonriendo
En su reposo salvaje,
Iba del audaz ultraje
En calma el furor siguiendo.

Y cuando el noble crüel
Cortó el insulto en el labio,
Hallando el último agravio
De mandar armas sobre él,

Lázaro en toda su alma
Su enojo estallar sintió,
Pero otra vez sonrió
Volviendo á su extraña calma.

Y en Roca fijos sus ojos
De tenebrosa pupila,
Respondió con voz tranquila,
Sin temor y sin enojos:

—¿Me ves?—tu ultraje no alcanza
A despertar mi furor;
Espero á un día mejor
Para cumplir mi venganza.

Que aunque solo es justa en mi
La razón de este odio impío,
No sé que fatal hastío
Siento hoy en matarte á tí.

Sí, más justa es en mi vida,
Tú alcanzas esa razón,
¡Y basta! que al corazón
No quiero tocar mi herida.

¡Mandas matarme! ¿por qué,
Sinó es por aborrecerte?
¿Por qué hizo en tu hija la suerte
La mujer á quien yo amé?

Roca, de Dios hasta tí
En mí solo hallé mi amo,
Y libre aborrezco y amo
Lo que amé ó aborrecí.

¡Esclavo yo! ¿de que grey?
Si alguien lo de esclavo toca
Es á tí mismo, á tí, Roca,
Que eres esclavo del Rey.

Yo soy solo un hombre, si,
Un hombre igual á cualquiera,
Pero á un hombre que no fuera,
Roca, semejante á tí.

Hombre como los que ignora
Tu raza de orgullo necio,
Porque ninguno hace aprecio
De joya que no atesora.

No me alcanza tu razón;
Soy el hombre americano

Sin más Dios ni soberano
Que su propio corazón.

Guarda entonces tus furores,
Que ya sabes lo que sé;
Amo á esa mujer que amé,
Aunque es tu hija Dolores.

Guarda, no turbes la huella
Que está abierta en mi camino;
Repara que es el destino
Quien me va guiando por ella;

Que aunque solo es justa en mi
La razón de este odio impío,
Y no sé que extraño hastío
Siento hoy en matarte á tí;

Y aunque hasta un día mejor
Te guarda su odio el salvaje,
Adormeciendo el ultraje
La fe de estrago mayor,

Soy un hombre á otro hombre igual,
Mi mano es pronta y segura,
¿No ves? y acá en la cintura
Vá colgado mi puñal.

VII

¡A él! gritó el Señor; ¡al bandolero!
Y atropellaron todos contra él;
Pero el primero que llegó, el primero
Fué que cayó de Lázaro á los pies.

Y rápido y sereno y atrevido,
Al medio mismo del tropel saltó,
Entre la mano su puñal asido
Y describiendo campo á su alredor.

Y el poncho vuelca sobre el brazo fuerte,
Y quita y vuelve y se revuelve y dá,
Y en cada golpe de puñal la muerte
Lleva del que ha todo su puñal.

Ya entre gritos y votos y gemidos
Cuatro se azotan contra el suelo allí,
Sin que los más serenos y atrevidos
Le logren nunca con su arrojo herir.

Y él con vista y manejo y avisado,
Aunque mueve entre un círculo sus pies,
Hace volcar el círculo de un lado
Como para saltar en su corcel.

Y cerca ya, con tan tremendo brío
Vuelve á esgrimir de nuevo en su furor,
Que el diámetro fatal del aro impío
Doble distancia de terreno abrió.

Pero el último golpe que triunfante
Descarga por la ansiada libertad,
Trae el conflicto del postrer instante
Que vuelve al enemigo más audaz.

Y en él todos á una comprendiendo
Que es muerte fija batallar así,
Ya de súbito el círculo oprimiendo
Juntos todos sobre él cargan por fin.

Y aunque en su propia sangre enrojecido
Otro entre los cadáveres cayó,
Él ya está sin puñal, débil y herido
Y amarrado á un cordel como un ladrón.

Roca le vió vencido y jadeando;
Y cuando inerte le miró caer,
A su postrada hija abandonando,
Atropelló hasta Lázaro también.

También; y ante él con su furor se encara,
¡Oh! y á aquel hombre que postrado está,
Le cruza con su látigo la cara
Que cubre honda palidez mortal.

VIII

¡Ah! ni el frenético acento
De marcada maldición
Que traiciona el sufrimiento
Cuando el último tormento
Ha caído al corazón;

Ni aquella seca mirada
Que salta de la pupila
Con el furor arrancada
Sobre el aro destacada
Del párpado color lila;

Ni aquel sudor de la frente,
Ni la palidez mortal
De ese rostro maldiciente
Que cruzó tan hondamente
Aquel látigo brutal;

Ni de aquel seno crispado
La trémula ondulación,
Que ahoga al desesperado
Porque helada se ha agolpado
La sangre en el corazón;

Ni el sombrío abatimiento
Con que cae el que es vencido
Con doble aborrecimiento,
Por ser al golpe violento
Del que vence aborrecido;

Nada en fin de cuanto puede
Mostrar que en el alma ajena
La vida á la muerte cede
Con un martirio que excede
La medida de la pena;

Nada á los ojos de Roca
Su odio á llenar bastó,
Que en cada angustia que toca
Su alma implacable invoca
La afrenta que recibió.

Nada, porque nada alcanza
Ninguno de ellos, que acierte
A rematar su venganza:
Los dos, solo en la esperanza
Viven de la ajena muerte.

IX

¡Al virrey, al virrey! tal fué el mandato
Con aterrante prontitud cumplido;
Y á la ribera Lázaro traído,
A bordo le arrojaron de un bajel.
Allí con otros viles y ladrones
Que el noble Roca á la justicia envía,
Mandó al gaucho infeliz, que aborrecía,
Pasto para la espada de la ley.

¡Al virrey, al virrey! Criollo y villano,
Crimen para morir de sobra era;
Por eso la justicia les espera
Con viles horcas levantadas ya.
Dos días más, su vida es su camino,
Que al tocar en la tierra conquistada,
Cuervos para sus ojos en bandada
Nublando el cielo de su patria están.

¡Al virrey, al virrey! que mientras tanto
Sobre las ondas el navío avanza,
Roca, seguro ya de su venganza,
Manda al olvido del pasado allí:
Manda, y el ángel inocente vuelve,
¡Ah! con sus besos de perdón la llena,
Y en el palacio renovar ordena
El magnífico estruendo del festín.

CANTO TERCERO

I

¡Cómo se aleja rápido
El español crucero
Que lleva hasta el patíbulo
Al gaucho prisionero!...
¡Avanza, avanza, avanza!
Sin rumbo de esperanza,
Sin puerto de piedad.

Con el sereno ímpetu
Llena la limpia vela,
Es semejante al pájaro

Que majestuoso vuela
Á flote de la espuma,
Donde la blanca pluma
Humedeciendo vá.

En él navega Lázaro
El Paraná salvaje,
Bajo la eterna bóveda
De fúnebre ramaje
Con que unen las riberas
Las mústias cabelleras
Del sauce secular.

¡Oh! quien cruzó esas márgenes
Sin lastre de cadena,
Perdonará esa lágrima
Que la pupila llena,
Allí donde murmura
La más tranquila y pura
Aura de libertad.

Allí donde su espíritu
Sintió elevarse al cielo
Trás de la mente espléndida
Que sobre el patrio suelo
Para mostrarse quiso
De nuevo el paraíso
De la creación alzar;

Y allí cayó esa lágrima,
Porque, al juntar las manos,
Las encontró entre cárceles
De hierros inhumanos,
Y se miró en la tierra
¡Que para él no encierra
Ni una esperanza ya!

Entonces en el vértigo
De su dolor profundo,
Bajó la frente lóbrega
Dando un adiós al mundo:
Adiós á su esperanza,
Adiós á su venganza,
Gimió su libertad.

Y trás la borda húmeda
Del español crucero,
Postró su cuerpo exámine
El gaucho prisionero,
¡Más que al de sus cadenas,
Al peso de sus penas
Vencida el alma ya!

II

El dormía. Soñaba
Que era una tarde bella,
Y los campos sin término corría
Sobre el potro frenético que amaba.
De súbito una huella
Que sin fin se tendía
Se abrió, cercada de árboles y flores,
Y era el mismo camino
Donde al bajar el astro vespertino
Hallaba tarde á tarde á su Dolores.
¡Ah! su potro demente,
La furia extraña á su pesar doblando,
Iba, como fantasma pavoroso,
Bajo sus pies la huella devorando.
El sentía en su frente
La ráfaga del viento proceloso
Dividirse, rugiendo,
Y allí donde en la senda

El banco de céspedes tocaba,
En su ansiedad sintiendo
Que su *bagual* la rapidez doblaba,
Bajó su mano á rescatar la rienda,
Y ¡oh! ¿qué poder sublime
Juntó á su corazón aquella prenda,
Esa prenda que adora
Si al corazón la oprime
Y la siente y la ve tan solo ahora!

¡Ella, Dolores; cielo!
Contra su propio seno se abrazaba,
Y él con salvaje anhelo
Oprimida en sus brazos la miraba:
—Sálvame vida mía,
Sálvame—le decía;
Y él lleno el corazón de afán profundo
—Sí, no llores, no llores,
¡Nadie de aquí, Dolores,
Alcanza á arrebatarte sobre el mundo!—
Y sin piedad entonces ni cautela,
Mientras más á su seno la apretaba,
Hundiendo en el hijar toda la espuela
Por la senda fantástica volaba!
. . . .
El soñaba y dormía,
Pero el dolor interrumpió su sueño
Al sentir que una mano con empeño
Sus pesadas cadenas removía;
Y con un rayo de furor mirando
Al que osaba colmar su desventura,
Echó la mano atrás, y á la cintura
Su daga ausente con afán buscando
Y al encontrarse inerte y prisionero,
Con salvaje y magnífica tristeza,
Alzó los ojos, contempló un lucero,
Y abatió sobre el pecho su cabeza,
Pero de pronto levantó la frente

Ya tranquila y serena,
Y habló así como un gaucho y un valiente
Al que vino á tocar á su cadena:

—Mire amigo, que el Señor
No está de valde en el cielo;
Voy á pedirle un consuelo
¡*Despéneme* por favor!—

—¡Cállese, por caridad!...
Respondió el otro enseguida:—
Vengo á ofrecerle la vida
Y á darle la libertad.

Somos diez de corazón
Que va cuarteando la muerte;
Morir por morir, la suerte
Se nos brinda en la ocasión.

Si usted es hombre de agalla,
Como su fama lo menta,
Pegue el grito, y á la cuenta
Nos vá á ver esta canalla.

No hay ni para comenzar
Con toda esta gallegada;
¡Como á tropa de carneada
Los vamos á acuchillar!

Después, á sitio certero
Llevaremos el navío;
Yo sé la vuelta del río
Por que soy del Baradero.

Allá no más llego á ver
Tras de aquel monte un islote,
Donde á son de camalote
Nos podemos guarecer.

Diga si es de corazón,
Para mandar esta buena;
Ya le alivié la cadena;
Tome, guarde ese facón.

. . . .

Lázaro alzó la mirada,
Y registró á aquel paisano
Hasta el más oculto arcano
De su conciencia velada,

Y viendo sobre su frente
Aquella serena calma
Que se refleja del alma
Cuando el corazón no miente:

El que quede ha de contar
(Dijo) si soy hombre, amigo;
Pero oiga lo que le digo:
Ni uno solo ha de escapar.

No se trata de esperanza,
De libertad, ni de vida:
No tengo en mi alma cabida
Sino para la venganza.

No la venganza vulgar
Que un resentimiento encierra:
¡La venganza de la tierra!
De la patria y del hogar!

Siento acá en mi corazón
Yo no sé qué rabia santa;
¡Creo que me lo levanta
Un grito de la Nación! . . .

III

Espectáculo horrible
Es siempre de un combate el cuadro impío,
¡Ah! pero es más sangriento y más terrible
Sobre las escotillas de un navío.
Allí es golpe de muerte
Todo golpe que postra ó embaraza,
Igual es el herido y el inerte,
Y al muerto y al herido
Los arrojan al mar para hacer plaza:
Allí no hay el refugio de la huída,
Ni sirven estrategias de combate;
Es cada cual el jefe, y el soldado
mata ó muere callado,
Y sabiendo se bate
Que alcanza la victoria el que más mate;
Allí se vé relampaguear el brillo
Del hacha y el cuchillo;
La mecha, nada más, arma es de fuego,
Y ¡ay! si su luz ardiente
En el último instante se difunde,
Porque es en vano del cobarde el ruego
Cuando en la Santa Bárbara la hunde
La desesperación de algún valiente,
¡Oh! y así batallaban
Esos que ayer ceñía una cadena,
Y hoy entre un mar de sangre la arrastraban,
Pero de sangre ajena.

Guardas y marineros
En círculo imprudente
A la ansiedad del naipe abandonados,
Solo vieron llegar los prisioneros
Cuando entraban allí, como un torrente,
Por el terrible Lázaro guiados.
La desesperación de la sorpresa

Comenzó la derrota,
Al verse todos de la muerte presa,
Y con golpe funesto,
Que la aterrada súplica no embota,
Hizo el puñal el resto.
Los demás que esparcidos
Acá y allá sobre cubierta estaban,
Y en reposo velaban,
Con sus armas se alzaron
Al fragor del combate sorprendidos;
Y aunque ya menos, si llamarse menos
Puede un número igual, de furia llenos,
Cual ola contra ola se estrellaron.
Y era tarde;—su gloria
Fué solo perecer, y en más impía
Y más horrenda lucha, al que vencía
Dilatar el laurel de la victoria.
Tarde;—los otros su puñal alzaban
Como incansables máquinas de muerte.
Vencer ó sucumbir igual les era,
Solo con tal que fuera
Después de ver inerte
Muerto caer al último que odiaban.
Era mucha su sed de sangre, mucha,
Y á matar por matar se atropellaban:
¡Oh! cuando así se lucha
No es el triunfo tardío;
En la mano reposa
Bien pronto el arma ociosa,
Dueño de la victoria el más impío!

IV

El combate concluyó
Con el último extranjero,
Y ni un solo marinero
A la matanza escapó.

Los cuerpos despedazados,
Rojos de sangre caliente,
Fueron entre la corriente
Por las aguas dispersados.

Entonces, Lázaro allí
Alzó su frente serena,
Y con voz de calma llena
Habló á sus hombres así:

—La estrella de nuestra suerte
No ha cambiado de rigor,
Por más que nuestro valor
Hoy nos salva de la muerte.

¿Adónde podremos ir
Bajo la luz de este sol,
Sin que el tirano español
No nos llegue á perseguir?

En este día maldito,
Su autoridad soberana
Nos priva de ley humana
Y nos consagra al delito.

Pues sigamos la partida
Donde su crueldad nos lanza,
Y hagamos por la venganza
Lo que hicimos por la vida.

La suerte está ya tirada;
¡Adelante, y hasta el fin!
Caigamos en el festín
Como tigres en majada.

Y como primer laurel
De este combate primero,

Les brindo el palacio entero
Con todo lo que hay en él.

Con todo; salvo el primor
Que es prenda de mi caudal:
Roca para mi puñal,
Dolores para mi amor.

¡Guerra á muerte y sin piedad!
En ella está nuestra suerte.
Solo buscando la muerte
Se encuentra la libertad!

V

Con un clamor impío
La venganza de Lázaro aplaudieron,
Dando rumbo al navío,
Y en la más honda reflexión cayeron.
¡Oh! cada cual entonces apartaba,
Allá en su fantasía,
La prenda más lujosa,
La mujer más hermosa,
Y en su insensato afán no se olvidaba
De aquel Señor que más aborrecía.

El hombre es una fiera,
Como el tigre salvaje;
Mata la vez primera
Por rechazar el golpe ó el ultraje;
¡Ah! pero al fin, después, cuando ha aspirado
El vapor de la sangre que le embriaga,
Es el tigre cebado,
Que mata por placer sin que al sangriento
Flojo labio sediento
El manantial más hondo satisfaga!

VI

Llena con el fragor de la alegría
Está de Roca la morada bella,
Porque el festín que ha renovado en ella
Acaba solo con la luz del día.

Pero ya en la ribera silenciosa
La ensangrentada nave se azotó,
Y Lázaro y su turba pavorosa
Corren como una plaga en derredor.

Eternamente como ayer mañana,
Al lado del placer y del contento
La desesperación y el sufrimiento:
Este es el cuadro de la vida humana.

Sí, que llenos de sangre y de venganza
Pisaban ellos sobre el suelo allí,
Donde el vaivén de la incesante danza
Redoblaba el estruendo del festín.

Donde la inquieta luz de la bujía
Y el pacífico rayo de la luna
No herían, al caer, frente ninguna
Que no resplandeciese de alegría.

¿Ninguna?; no, que la infeliz Dolores
Tenía desmayado el corazón,
Que al golpe de tan hondos sinsabores
Trastornarse su espíritu sintió.

Y huyendo al corredor más silencioso
Respiraba la atmósfera serena,
Sin que hasta el alma de martirios llena
Descendiese la noche su reposo.

Una fiebre mortal, devoradora,
La palpitaba en torno de la sien,
Fuego de intensa llama abrasadora
Que consumía el pensamiento en él.

Y así, ya casi la razón perdida,
Sobre un asiento se arrojó llorando,
Lágrimas de dolor que iban brotando
Por las puntadas ¡ay! de ajena herida.

Por él, que entonces cual rabiosa hiena
Derramando el espanto en el festín,
Lleno de propia sangre y sangre ajena
Atropellaba con su turba allí.

Ella, transida de terror y angustia,
Vió alzarse su puñal sobre el primero
Que más audaz llegando al bandolero
Rota dejó á sus pies la frente mustia.

¡Oh! y esa frente tan altiva y fiera,
Que ha partido de Lázaro el puñal,
La frente misma de su padre era,
¡Allí postrado para siempre yá!

Ella le vió caer; el sufrimiento
Llenó con este golpe la medida,
Y ella cayó también desvanecida,
Arrancando el más íntimo lamento.

Bastaba en fin; despertará mañana,
Lejos ya del alcance del dolor,
¡Ay! porque aquella angustia más que humana
La había confundido la razón!

Y él, que otra vez en su furor sangriento
Levantaba su brazo enfurecido,

Al horrible clamor de aquel lamento
Soltó el puñal, como del rayo herido.

Porque aquel eco de tan honda pena
Se enterró entre su alma al respirar,
Y con su inmenso amor el alma llena
Serenó la sombría tempestad.

Y al rumbo de la voz rompe su planta,
Como una exhalación en su caída,
Llega á aquella mujer desfallecida,
Y en sus robustos brazos la levanta.

Y allí solo con ella, y olvidando
Los que al saqueo y la matanza guió,
La senda de la playa va pisando
Del espantoso incendio al resplandor.

¡Oh! de esa hoguera que en volcán convierte
Aquel castillo que á las llamas dieron,
Cuando ya harta en su impiedad sintieron
La sed de la codicia y de la muerte.

VII

Y dan rumbo á la isla salvadora
Con el primer crepúsculo del día;
Pero en la nave ahora
No vá aquella quietud aterradora
Ni aquel silencio horrible que traía.

El cantar y el reír de los bandidos,
De las cautivas el doliente llanto,
A la vez confundidos,
Retumban en las playas repetidos
Como un coro infernal de inícuo canto.

Y el sombrío Lázaro, no siente
Lo que él tan solo á contener alcanza;
¡Oh! su alma hondamente
Gusta, reconcentrada en el presente,
El fruto del amor y la venganza.

Y allí sobre la popa reclinado,
Contra su corazón oprime y cierra
Aquel ser adorado,
En quien su alma lóbrega ha cifrado
La última esperanza de la tierra.

Sus ojos sobre el pálido semblante
Con intensa ansiedad la vida espían,
Y otra vez un instante
Contemplan el incendio devorante,
Y otra vez sobre el rostro se desvían.

¡Oh! para siempre; pero al fin vengado,
Se aleja, pero al fin correspondido,
De aquel suelo arrasado,
Donde con toda el alma había amado,
Con todo el corazón aborrecido!

CANTO CUARTO

Plácida y sin dolor corre la vida
En el hogar de la amistad pasada,
Aún para esa banda forajida
En su salvaje isla refugiada.

¡Plácida y sin dolor! El alma mora
Un mundo aparte de la tierra allí,

Y arrojando su máscara traidora
Se abre á la noble intimidad sin fin.

¡Oh! nunca en ella la mirada ajena
Toca que no derrame simpatía
En su sombrío crimen y en su pena,
O en su pura virtud y en su alegría.

Y aquellos hombres cuyo impío seno
No abriga compasión de los demás,
Le sienten para sí piadoso y lleno
Con la sincera fé de la amistad.

Ellos se aman—la igualdad de suerte,
De peligro y fortuna y esperanza,
Ató en su corazón lazo tan fuerte
Que su puñal á dividir no alcanza.

Se aman; y en la lucha se sonríen
Diciéndose palabras de valor,
En el reparto de las presas ríen,
Y amigos fieles en el ocio son.

Ellos se saben sin cuartel buscados,
Mas del aviso allí ninguno cuida,
Que aunque están todos á morir llamados,
Es pensar en morir, roer la vida.

Sorpréndales la muerte en el contento,
—Ellos apuran la alegría en él—
Y luego de morir vendrá el momento,
Que es el momento de matar también.

¡Oh! mas por eso en su prisión salvaje
El cobarde temor no les sujeta,
Y hacen la vida allí del vandalage,
Como las olas de la mar inquieta.

Que ora sobre la isla guarecidos,
Ora bogando al rumbo más feliz,
O reparten la presa los bandidos
O persiguen el rastro del botín.

Y así, partiendo entre el amor su vida,
La amistad y el peligro y el reposo,
Truecan aquella cárcel escondida
En su risueño paraíso hermoso.

Allí no dan asilo entre su mente
Al tiempo que vendrá ni al que pasó:
¡Lleno con la alegría del presente
Rebosa su aturdido corazón!

II

Hoy en la tarde serena
La turba impía descansa
Sobre el cesped florido
De la alfombra de esmeralda.

Ayer su frente encendía
El furor de la batalla,
Y hoy la brisa pasajera
Le lleva fresco en sus alas.

Ellos, en círculo todos
A la sombra de las ramas,
Con misterioso deleite
Tienen arrullada el alma.

Escuchando al payador
Que tristes décimas canta
Con melancólico acento
Y al compás de la guitarra.

Décimas que traen recuerdo
De aquella perdida pampa
Donde el frenético potro
También ellos gobernaban;

Porque es un cuento de amores,
En que un gaucho de su patria
Iba á las sierras huyendo
Con la mujer adorada.

¡Oh! muy triste es esa historia
Que así el corazón ablanda
De aquellos que hacen la vida
Del saqueo y la matanza.

¡Pero no hay alma insensible
Al recuerdo de la patria,
Cuando el pie tan solo cubre
El polvo de tierra estraña!

Y él, en fin, Lázaro, ¿dónde
De allí tan lejos se aparta
Que no llegan á su oído
Las voces de la guitarra?

¿La décima entristecida
Ya no deleita su alma,
Esta pasión en el gaucho
Más fuerte que la venganza?

¡No! su espíritu oscurece
La sombra de la desgracia,
De un pesar que sobre el mundo
Ya nada á engañar alcanza!

Y él no parte los placeres
En que se aturde su banda,
Y ellos que saben su pena
Ni le brindan ni le estrañan.

Solo divide con ellos
El día de la batalla,
Cuando es difícil la presa
Que la victoria retarda.

Vénle entonces complacidos
Que en raro encono se ensaña
Atropellar el primero
Sobre la nave que asaltan.

Y enfurecido cruzando
La carabina á la espalda
Alzar con gritos de muerte
Aquella terrible daga.

Aquél puñal que al vencido
Jamás un golpe descarga,
Pero que postra al más bravo
Con solo un golpe á sus plantas.

¿Porqué luego de la presa
Su mejor porción no aparta
Y el brindis de la victoria
Él no gusta que la alcanza?

¿Qué horrible furor le absorbe,
Que sin codicia en el alma
A lo más duro se arroja
De la implacable matanza?

¡Oh! de su pena terrible
A sus secuaces no habla;
Y ojalá que aquel infierno
Con silencio se ocultara.

Pero á los ojos de todos
Es patente la desgracia
Que entre el odio y el amor
Tiene partida su alma.

Siempre en el ocio se pierde
En la selva más poblada,
Cual hoy que sus compañeros
Con sus placeres se embriagan,

Y allí las horas, los días,
Que nadie á turbar se avanza,
Vive, hundido entre los bosques
Como una fiera acosada.

¡Allí esta! mudo y sombrío,
Sobre la raíz descansa
Del ombú que nubla el cielo
Bajo el manto de sus ramas.

Apoya en su carabina
La mano que hunde en las barbas,
Y oculta tiene en los rizos
La frente desesperada.

¡Oh! no duerme; de sus ojos
El rayo intenso descansa
Sobre otros ojos, que anublan
Los cristales de una lágriama!

III

¡Ella, como la sombra de su amante,
Vá siempre la infeliz trás su pisada,
Buscando eternamente su semblante
Con aquella fatídica mirada!

Mirada de recóndita amargura
Que alumbra una sonrisa de contento,
Como sarcasmo atroz de la locura
Que turbó en aquella alma el pensamiento.

¡Ay! ella ignora que de amor vencido
Sigue sin tregua á Lázaro su pie,
No sabe que es su Lázaro querido,
Y le pregunta sin cesar por él.

No conoce la voz que está escuchando,
Ni atina á las palabras de su amor,
Y pregunta otra vez, y huye llorando,
Porque le dice á él que él le mató.

Y otra vez vuelve, y á su pie se sienta
Con la sonrisa sobre el labio ahora,
La historia triste de.su amor le cuenta,
Soñando aún que en su palacio mora.

Y acaso á él como á su padre llama,
Y le aparta los rizos del sembante;
Y acaso le repite que le ama,
Por ser con su querido semejante.

Y de nuevo por Lázaro pregunta
Cayendo en la más íntima ansiedad,
Y alza los ojos y las manos junta,
Y rompe, de rodillas, á llorar.

O teniendo de súbito su llanto,
Corre y arranca la silvestre flor,
Y torna á él con infantil encanto
Y la anuda en los rizos que apartó.

Ella así, vagorosa y delirante,
Entre la espuma de su tul vestida,
Parece al caminar, estrella errante
Que no apagó su lumbre en su caída.

Eterno girasol de su mirada,
No se aparta de Lázaro un momento;
Siempre con él, siguiendo su pisada
Vá como su inmortal remordimiento.

¡Ah! todo así, pero aterrada cuida
Que ni á sus ropas él la toque allí,
Porque entonces se aleja estremecida
Sin quitarle sus ojos la infeliz.

Ojos que reflejaban hondamente
De su espíritu el pánico terror;
Pero él, solo una vez besó su frente,
Que aquel estrago de sus labios vió.

Más tarde entonces ¡ay! sus ojos bellos
Están con la vigilia empedernidos,
Porque no duermen ni se inquietan ellos
En las violadas órbitas hundidos.

Insomnio eterno que á postrar su vida
Ayuda con la fiebre á la locura,
Por la plaga de sobra consumida
De aquella irremediable desventura.

No duerme ya, pero las noches vela
Sentada de su Lázaro á los pies,
Cuando más fuerte en fin que su cautela
El sueño bienhechor le vence á él.

No se sonríe entonces y no llora
Ni le acaricia, ni habla de su amor;
Solo con la mirada le devora
De aquellos ojos que el pesar hundió.

Así, como la rosa del camino
Donde el fuego del sol mata sus flores,
El azote cruel de su destino
Vá marchitando la infeliz Dolores.

¡Ay! vanos son razones y consuelos
Cuando es vano el amor que al amor calma:
Nada puede arrancar los dos flagelos
Que comen de su cuerpo y de su alma.

Lázaro la contemplaba día á día;
¡Ay! para siempre ya morir la vé,
Disputando su fuerza la agonía
Que no puede arrancar sus ojos de él.

La vé morir, y desmayado él mismo
Con el último golpe del pesar
Siente que encaminada al idiotismo
Su alma á paso de gigante vá.

Ella no siente al fin vigor bastante
Para seguir de Lázaro la huella
¡Oh! pero sin cesar llama á su amante
Porque es ahora él la sombra de ella.

Y busca conmovido y diligente
La más lozana selva florecida,
Donde la brisa de mejor ambiente
Pueda alentar á la infeliz la vida.

Y todo en vano en fin; que bajo el cielo
Consuelo no hay que calme su pesar,
¡Ay! aunque ese tesoro de consuelo
Entre sus almas palpitando está.

Bajo la selva fiel que les abriga
Corre el tiempo mortal para los dos,
Carcomiendo sus almas que fatiga
La desesperación de igual dolor.

IV

Una tarde en fin, sentía
Que ya la muerte la ahogaba,
Cual la noche que apagaba
La luz última del día.

Él inmóvil y abismado
En su salvaje dolor
A aquel ángel de su amor
Velaba insomne á su lado.

Le vió ella, y sonriendo
Con tristísima dulzura,
A él, la mano insegura,
Tendió su mano pidiendo.

La llevó en su ardiente palma
Hasta el seno comprimida,
Y le habló con voz traída
De lo más hondo del alma:

—¡No sé que fuerza íntima
De incombatible empeño,
Viene á cerrar mis párpados
Con misterioso sueño;
Y el alma se me parte,
Que no podré mirarte
Cuando dormida esté!
Siento una flébil música
Que el corazón me encanta,
Como la voz de Lázaro
Cuando sus trovas canta:
En su onda estremecida
Mi alma suspendida
Quiere volar también!

¡Ay! si me tienes lástima
No duermas vida mía,
Porque este sueño insólito
No acabará en el día.
¡No sé qué voz me advierte
Que acaso no despierte
Por una eternidad!
¡No duermas! ¿quieres?—vélame
Sentado aquí, mi amigo,

Como en la noche lóbrega
Velaba yo contigo:
¿Me ves?—¡estoy llorando
En el horror pensando
De tanta soledad!

Enjúgame esta lágrima,
Porque mi vista ofusca;
No sé—su rayo trémulo
En vano ya te busca
Perdido entre la densa
Fúnebre sombra inmensa
Que cae á mi alredor!
¿No estás?...¡ah! ¡si!—buscábate
Y aquí tu mano estrecho!
¡Oprime!—que mi espíritu
Se arranca de mi pecho:
No siento en mi ya el alma:
¡Que oscuridad! ¡que calma!
¡Lázaro!...¡ay!...adios!!

Nada más!—estremecida,
La mano en el seno hundió
Y un suspiro la arrancó
Su último soplo de vida.

Aquel lamento profundo
Llevó su espíritu al cielo,
Alma que en tan hondo duelo
Había abismado el mundo!

El miraba allí; miraba
Aquel semblante ya inerte
Donde el dolor de la muerte
Tan honda ansiedad dejaba;

Miraba petrificado
En la pena que le embota,

Miraba como un idiota
Allí inmóvil á su lado,

Sin arrancar en su duelo
De aquella mano tan fría
La mano que le oprimía
Como un grillete de hielo.

¡Oh! ¿qué espera entónces ya
En esa mansión de muerte,
Si allí para siempre inerte
Su sola esperanza está?

¿Qué espera?—nada—¿y qué espera
Tampoco fuera de allí?
—¡Nada también!—¿porqué así
No ha de estar de esa manera?

Para él, ya iguales son
La muerte como la vida,
Después que la última herida
Le ha rasgado el corazón.

Cualquier pedazo de tierra
Le es igual á su pisada;
Si allí no hay nada—ya nada
Toda la restante encierra.

Y si no hay razón á fe
Que lo que ha sido deshaga,
Tampoco hay fuerza que haga
Arrancar de alli su pie.

Un sol y otro sol pasaron
Desde la noche fatal,
Y allí inmóvil, y allí igual
Siempre á Lázaro encontraron.

Pero al fin su banda fiel
Con la ausencia sorprendida,
Pisó la selva tupida
Resuelta á llegar á él.

¡Oh! ¡le amaban!—su pesar
Conmovió sus corazones,
Y con amigas razones
Le lograron apartar.

Y haciendo brazo piadoso
Del brazo que dá la muerte,
A aquel bello cuerpo inerte
Dieron en tierra reposo.

V

¡Ay! para siempre la infeliz Dolores
Duerme bajo la tierra funeraria:
Allí marca su tumba entre las flores
La cruz que se levanta solitaria.

Flores que nadie de la rama inerme
Corta jamás con mano inadvertida,
Porque los restos ¡ay! de la que duerme
Son los que alientan su inocente vida.

Y en bóvedas caídos, la ribera
Con su ramaje lánguido decoran
Sauces de destrenzada cabellera
Que en el sepulcro reclinados lloran.

¡Oh! muchas veces á la sombra de ellos
Lázaro se refugia tristemente,
Cuando con sus más débiles destellos
Vá declinando el sol al occidente.

Allí, sentado allí sin movimiento,
Fija sobre el sepulcro la mirada,
Como abismado al hondo pensamiento
De su lóbrega frente atormentada,

No habla, no se mueve, no se azora,
El mira, nada más; mira sombrío;
La salvaje ansiedad que le devora
Parece que anonada su albedrío.

Luego, cuando el crepúsculo ya espira,
Se aleja de la fúnebre espesura
Y por las huellas solitarias gira
Como un fantasma de la noche oscura.

¡Oh! siempre así, que en su dolor alienta
Y al fin si al menos su ansiedad no calma,
Su desesperación ya no se aumenta...
Porque no cabe más dentro del alma!

VI

En tanto allí la banda forajida
        Por mar y tierra asola
Con su terrible estrago la comarca;
        No hay una nave sola
Que no pague tributo á la partida;
El paso del canal es su guarida
Y desde el Plata al Paraguay abarca.

        Ellos viven dichosos
En su insensata libertad salvaje,
        Ricos y poderosos,
        Sin ley ni pesadumbre;
        La vida del saqueo
Pueden abandonar y el *bandalage*,

No es fuerza, no es deseo,
Pero roban y matan por costumbre.

¡Ah! pero la alegría ó la riqueza
Que compra el miserable
Con sangre ajena y con ajeno llanto,
Suele no ser durable,
Y antes á veces de gustar su encanto
En llanto y sangre á convertirse empieza:
Ellos gozan, y en tanto
Escatima el verdugo su cabeza.

El virrey orgulloso
Sabe de su guarida y sus horrores
Cuando sopla el espanto en sus oídos;
Ya los buques mejores
Y el jefe más famoso
Están á su palabra prevenidos;
La formidable flota
Desprende ya sus anclas de la arena,
Y en la noche serena
A la guarida en fin sus cascos bota.

El juró por Santiago
Volar aquel peñón de bandoleros,
Y á sus bravos guerreros
Habla de horrendo y de implacable estrago.
¡Nada quede con vida!
El mismo asi lo manda,
¡Oh! sobre todo, la primer herida
Al formidable jefe de la banda.

VII

¡Una vela! ¡otra más!...Los bandoleros
Las ven, y el grito de su alerta lanzan;
Ya desprenden los botes más remeros
Y en ellos juntos de tropel se avanzan.

Bogan sin reposar; ¡es presa, es presa!
Con agitada voz claman en coro;
¡Rumbo y al abordaje; á priesa, á priesa!
Son naves del Virrey cargadas de oro!

¡Y les ofusca tanto la codicia,
Que ni un presentimiento les advierte,
Pero carga de oro su avaricia
Las naves que el Virrey cargó de muerte!

Muy cerca están ¿qué súbita tormenta
Mancha con nubes el cristal sereno?
¿Es esa luz el rayo que revienta?
¿Ese fragor es el fragor del trueno?

¡Ah! son cañones del Virrey! bramando,
Fuego y metralla al abordar bomitan,
Y las audaces lanchas enfilando
Barren sin compasión y precipitan.

Una sola libró, la más pesada,
Que aunque velóz y poderosa era,
Para llevar los últimos dejada
Esperó mayor tiempo en la ribera.

¡Ah! cómo en toda su verdad pesaron
Aquél revés terrible de fortuna
y rotos y perdidos se encontraron
Sin esperanza de vencer, ninguna!

Y aunque allí cada uno era un valiente
Y de tentar morir hacía alarde,
Allí rumbo volvió, volvió la frente,
Como hace en las batallas el cobarde.

¡Volvieron ay!—pero al volver, jurando
Dar muralla de pecho á su guarida,
Y en los tupidos bosques batallando
Con estrago mayor vender la vida.

Y bajo el humo del cañón que impera,
Burlando la metralla de la flota,
Tocan por fin, saltando á su ribera
En esa confusión de la derrota.

VIII

¿Y Lázaro?—¡cosa estraña!
Solo en la isla quedando
No quiso tomar el mando
En aquella última hazaña.

Al marchar les habló así:
—Id, lo que es yo, yo me quedo!
Quien piense que abrigo miedo
Venga á decírmelo á mí.

Que si alguno á trance tal
Osa arrojar su demencia,
Le hará mudar de creencia
La punta de mi puñal.

Sobra con vuestro coraje
Para el triunfo.—Ved, que quiero
Que mande aquel que primero
Pise un puente al abordaje.

Si mala seña se advierte,
Que vuele un aviso aqui:
Muy cerca están, yo iré allí
Para hacer cambiar la suerte!—

Y queda en su desconsuelo
Como siempre, al caer el día,
Bajo la rama sombría
Del sauce que toca al suelo;

La barba en el arcabuz,
Sobre la mano apoyada,
Y aquella honda mirada
En la solitaria cruz.

Allí para él el mundo
Sintió del alma borrado,
En el dolor abismado
De su martirio profundo.

¡Ni el rugido del cañón
Llegó á despertar su oído,
Tan hondamente absorbido
Estaba su corazón!

¡Oh! ¡no piensa en ellos más.
Al que lanzado á un abismo
No le importa de sí mismo,
¿Que le importan los demás?

IX

¡Ay! como vivos despojos
Del estrago de la flota,
Los que huyeron en derrota
Miró de pronto á sus ojos.

El primero se avanzó
Con paso postrado y lento,
Y en su conmovido acento
Estas palabras habló:

—Lázaro, tú lo has mandado,
Traémos el parte, ya ves;
¡Ah! pero somos los tres
Los únicos que han salvado!

Que importa la descripción!
Los demás han perecido;
Lanchas y todo ha barrido
La metralla del cañón.

Las naves que tan apriesa
Entrar al canal miramos
Y que en mala hora soñamos
La más magnífica presa.

Son una flota atrevida
De invencible intrepidez
Que avanza en fin de esta vez
Á volar nuestra guarida.

Hemos huído al enemigo,
Porque luchando mejor
Y entre un estrago mayor
Queremos morir contigo.

Basta!—la tarde es oscura,
La lucha al valor da creces,
Y vale un hombre diez veces
Batallando en la espesura.—

Y en verdad tiempo ya era,
Que en torno á la isla salvaje
Las lanchas del abordaje
Tocaban á la ribera.

Tiempo ya, que reventaban
Algunos tiros certeros
Que al grupo de bandoleros
Por las voces asestaban.

Y una bala de arcabuz
Por medio de ellos silbando
Atravesó, derribando
Sobre el sepulcro la cruz.

X

Cuando el angustia que el alma llena
Ni alivio busca ni encuentra ya,
Sin que el exceso de tanta pena
Halle un imbécil al despertar,

¡Oh! cómo vuelve cansado y frío
Para su odio, para su amor,
La mano lánguida con que el hastío
Oprime entonces el corazón!

En desmayada quietud sombría
La carne postra y en languidez,
Y acaso el alma la fuerza ansía
Que en los instintos pese también.

Venga la vida, venga la muerte,
Que igual fortuna promete allí,
Con tal que aquella quietud inerte
Tras de su ráfaga no agite al fin.

Es que la tierra llama á la tierra,
Cuando este barro del corazón
Carcome el lazo con que la aferra
Fuera del centro su odio ó su amor.

Así ya Lázaro, que le aniquila,
Siente una extraña fuerza tenaz,
Y en esa inmóvil quietud tranquila
Tan fija muerte soñó esperar.

¡Oh! pero ¿y ellos? ¡jamás; no puede
Sino entre bravos morir también!
Y aunque á su peso su alma cede
Se alza y les guía con firme pie.

Mas no es ya entonces aquel salvaje
Lázaro, intrépido, vivo y feroz,
Que en los horrores del abordaje
Llevaba el triunfo donde pisó.

¡Es del hastío la sombra ahora;
Como una máquina siguiendo va,
Porque en la angustia que le devora
Le es á la vida la muerte igual!

XI

¡Ay! la lumbre del día
Antes sobre la isla tremolaba,
Su cielo embellecía
Y en ella despertaba
El inquieto rumor de la alegría.

Hoy, su horizonte dora
Con el primer color que el alba vierte,
¡Ah! pero solo ahora
La quietud de la muerte
Bajo los sauces agobiados mora.

La noche y la batalla
Disipa el sol, y en el mortal sosiego
No silba la metralla
Ni rompe el aire el fuego:
Cuando el soldado cae, el arma calla.

Y ellos, todos cayeron,
Vencidos por el número de esclavos
Que cual niebla crecieron;
Pero libres y bravos
Muertos y no rendidos sucumbieron.

Ruda fué la pelea;
La isla de cadáveres poblada
Con roja sangre humea,
Y á balazos rasgada
La costra de los árboles blanquea.

XII

Mas él, ¿donde ha caído
Que nadie en torno su cadáver halla?
¡Es extraño! no ha huído,
Pues su voz se ha sentido
Hasta el último instante en la batalla.

Pero ya cuando en ellà
Las armas con el triunfo enmudecían,
Del fondo de una huella
Tras de la selva aquella
Las balas más mortíferas partían.

Tal vez el bandolero
Era, que en retirada descargando
Disparo tan certero,
Por oculto sendero
Iba refugio ó salvación buscando.

De ribera á ribera
Rastrearon palmo á palmo la guarida.
¡Oh! todo inútil era,
Sin que Lázaro fuera
Presentado al virrey, muerto ó con vida

Y en vano su pisada
Escatimó á su rumbo el más ladino;
Ni en la yerba marcada,
Ni con sangre regada,
Pudo ser descubierta en el camino.

¿En vano?—no; de cierto,
No ignoran que buscarle inútil sea
Entre su hogar desierto:
No; ni herido ni muerto,
Lázaro no ha caído en la pelea.

Allá en lo más distante,
Donde se alza una cruz en la colina,
Como seña bastante,
Caliente y humeante,
Hallaron su terrible carabina.

Y esa cruz que arrancada
Fué por el plomo que silvó primero,
Allí de nuevo alzada,
Dejó en la tumba helada,
Como última caricia el bandolero.

Era él. Un soldado
De guarda en el más próximo navío
Vió un hombre que arrojado
Iba salvando á nado
Sobre las ondas el canal del río.

Al través del ramaje
Le vió saltar después en campo abierto
Con pasmoso coraje
Sobre un potro salvaje
Que se perdió, bramando, en el desierto.

XIII

Las espantosas plagas de la tierra
El hombre todas á burlar alcanza;
Un paso más sobre la tierra avanza
Y un paso lejos de la muerte va:

¡Ay! pero aquel pesar de los pesares
Que se esconde en el alma estremecida,
¿Quién puede sacudirle de la vida,
Si en cada soplo de la vida está?

Nadie logra arrancarse de su alma
Sino con el poder de la demencia,
La memoria, el sentido y la conciencia.
¡Lázaro, todo eso es tu dolor!
¿Dónde irás, infeliz, que no te siga
El salvaje pesar que te enloquece?
La sombra de los pies se desvanece
¡Ay! pero ella, la del alma, no!

LA FIBRA SALVAJE

AL EMINENTE LITERATO DON MIGUEL CANÉ

« Hay vidas que se parecen á la yerba solitaria que nace en medio de las arenas abrasadas por el sol ».

Cora, por Miguel Cané.

CANTO PRIMERO

EL ALMA ERRANTE

I

Es triste y suave tu fulgor, viajera
De la fúnebre noche solitaria!...
Intima es tu plegaria,
Oh brisa pasajera,

Que vas de rama en rama sollozando
El lastimero adios de tu partida!...
¡Remedo de la vida,
Que entre flores y espinas va cruzando,
Los recuerdos llorando
De la inocente juventud perdida!

Tú, dulce brisa, la invisible huella
Que hasta el confín de tu natal desierto
Guía tu rumbo incierto,
¿No vuelves á cruzar? ¿En él acaso
Mueres tal vez como la vida, y ella
Como tú, su camino
Sigue también que la marcó el destino?

¿Quien sabe al fin, oh brisa pasajera,
Quien sabe al fin si le cortó en el suelo,
Y tu vuelo y su vuelo
Son soplos de una ráfaga precaria?...

Es triste y suave tu fulgor, viajera
De la fúnebre noche solitaria......
¡Oh! cuántas veces, silencioso guía
Del peregrino errante,
En su breñosa vía
Las sombras disipó!... Sabe su pena,
Que en la noche de calma
Acaricia en sus ojos su desmayo:
El es su amigo rayo,
Si en el seno del alma
Que la conciencia de la angustia llena,
Aún afecto inspira
Lo que de el rencor muere ó respira!
....

Llevas la angustia en la abatida frente
Como una noche, errante peregrino:
El sol de tu destino
Se hundió ya en occidente
Para no alzarse más en tu camino!

II

Sobre la inmensa llanura,
Sobre la pampa desierta
En la noche solitaria
El casco de un potro suena.

¡Un jinete!—Campo abierto
Al rumbo de su carrera!
Los ojos que así relucen
La muerte en el alma llevan.

¡La muerte!—¡sola esperanza
Que á aquel corazón alienta,
Cruzando como un espectro
Sobre el polvo de la tierra!

III

El es! Tan honda amargura
Solo vierte su mirada,
Mirada inmóvil, que llora
Todas las penas del alma.

No es el rayo de la luna
Que en redor incierto vaga
La palidez que su rostro
Melancólico desmaya.

No son la herencia del tiempo,
No son del vicio la marca
Las hondas huellas que surcan
Su frente desesperada.

No es la aureola del martirio
Que ciñe la sien escuálida
Cuando el corazón rompieron
Las tempestades del alma:

Cuando el pesar incesante
Despliega en torno las alas
Y por siempre de los ojos
El amigo sueño aparta;

Cuando el porvenir sombrío
La mente desesperada
Ve, cual noche sempiterna
Sin un rayo de esperanza,

La maldición que se anida
En el fondo de aquella alma
Y que el mundo ante sus ojos
De sombra y de nieve baña,

No es el amor marchitado
Al soplo de la desgracia,
No es la ilusión de la vida,
Que el desencanto arrebata,

No es la ambición, no es el odio,
No es pasión del alma humana,
Lo que en aquel seno mudo
Tan horrendo abismo cava.

¡Ay! es la soledad, es el desierto
Que se extiende en el alma del suicida:
Esa completa ausencia de esperanza,
Ese invencible hastío de la vida,
Ese abandono yerto
En que el alma se entierra,
Y sin buscar donde su rumbo alcanza
Se arroja en el naufragio de la tierra:

¡Aquel hondo desdén donde se arrumba
El hombre sin destino
Que busca en cada palmo del camino
El miserable albergue de una tumba!

IV

Él amó á una mujer, porque en la vida,
Intima vida que contó á su oído
La voz de esa mujer enternecida,
Halló el ángel caído
Que á confundirse alcanza
Con ese ensueño de la edad primera;
Porque Lucía era
El tipo celestial de su esperanza;
Imagen de dulzura,
Visión de inmenso amor y de heroísmo,
De angélica piedad y de ternura,
El la soñó en el cielo,
El la buscó en el mundo
En el insomne afán del desconsuelo,
Y en el delirio del amor profundo.
Cuando la vida avanza
Y el fátuo sol de la ilusión se aleja,
Cuando el último rayo de esperanza
En el refugio del hogar nos deja,
El la buscó para la dicha sola
De un alma combatida;
El la soñó para el hogar sereno
Donde el ideal de la ilusión se anida;
Y la encontró, para su amor perdida,
En el sagrado del hogar ajeno.

Y así aquel sólo y último y primero
Lazo que ataba al mundo
Su corazón inerte,
Rompió también en su dolor profundo

Para no hundir la luz de aquel lucero
En la eterna tormenta de su suerte.
Y huyó con el recuerdo dolorido
Su tierno amor y su natal ribera,
Con la conciencia de imposible olvido
Y á morir lejos de su hogar siquiera.

Pero al partir, su alma lacerada
Estalló en el dolor que la roía;
Y como último adios, mandó á Lucía
Las frases de esta carta desolada.

LUCIA:

Oyeme por piedad. Deja que lleve
Sobre la onda de la brisa leve
    Que se estrella en tu oído,
El canto de este amor que mi alma bebe
    En la fuente del cielo;
    En ese insomne anhelo
De infinita ventura, que la mano
    De Dios omnipotente
    Encendió en nuestra frente
Como diadema del linaje humano.

Creí que la celeste simpatía,
    Que hasta tí me arrastraba,
Era inocente afán del alma mía,
Que el valor de tu alma comprendía
Y con sencillo afecto lo pagaba.
Creí después que tu inspirada frente,
Y la nobleza de tu rostro bello,
Y aquel divino escorzo de tu cuello,
    Y aquel fulgor ardiente
    De tus ojos sombríos,
Eran visiones de los ojos míos;
    Una ilusión ligera

De la amistad galana
Que perfuma y que viste
Al noble objeto de su fe primera
Con el misterio de la tarde triste
Y el purísimo albor de la mañana.

Y en aquel insensato desvarío
Donde el amor que empieza
Confunde la amistad y la ternura,
El poder seductor de la pureza,
Y el prestigio fatal de la hermosura,
Perdí mi corazón que te seguía,
Perdí mi corazón que te soñaba
Y en torno de tu atmósfera vivía,
Y con tu dulce aliento me embriagaba.

Y todo eso era amor. Mi alma entera
Se refugió á mi seno sollozando.......
¡Ah! todo, todo era
Extasis celestial del sentimiento,
Que en cada melodía de tu acento
Iba mi corazón avasallando!

¡Te amé! ¡Te amé en el alma! ¿Qué valdría
Sin esa luz tu espléndida hermosura?
Lo que valdría el mármol de Carrara
En la veta más pura
Antes que la creación de Miguel Angel
Con su cincel divino lo animara!

¡Tiempo de agitación! ¡Oh, cuántas veces
Se volcó en un suspiro
La palabra del amor sobre mi labio,
Y el temor del agravio
Dándole en mi sonrisa extraño giro,
La refugiaba al seno
Del miserable corazón amante
Que te halló como un astro radiante
En el sagrado del hogar ajeno!

¡Tiempo de agitación! La vida mía
Era como las olas del oceano
Que se destrozan sin cesar y envano
En la roca sombría.
El mundo todo, la creación entera,
Yo con tu imagen celestial llenaba,
Y mi existencia era
Como el reflejo de tu luz fulgente,
Que estrellado en mi frente
Bajo mi sueño mismo centellaba.

¡Pobre de mí! Bajo la luz incierta
Del rayo melancólico y postrero
De una tarde de Enero,
Te soñé adormecida.
Y si eres bella como un sol, despierta,
¡Oh, más hermosa te encontré dormida!

¡Ah, con qué inmensa y celestial ternura
Sonreía tu labio suavemente
Irradiando en tu frente
El puro albor de tu infantil dulzura!

Como una melodía era el murmullo
De tu leve respiro,
Y era como el arullo de un suspiro
De tu aliento purísimo el arrullo.

En majestuoso escorzo reclinado
Tu cuello de alabastro se doblaba;
Y el brazo torneado
Oculto en la hechicera
Cascada de tu blonda cabellera,
Tu frente pensativa rodeaba.

¡Pobre de mí! Tu palpitante seno
Como la espuma del mar en calma
Se agitaba sereno,

Y al dar cada latido
Tu corazón querido
Llenaba con su música mi alma!

Y yo tu aliento angelical bebía,
Y tu inspirada frente acariciaba,
Y en ver me embebecía
Que tu granado labio sonreía
Si mi nombre á tu oído murmuraba,

Sobre tu rostro bello
Vagaba como un soplo el alma mía,
Y en tu dormido párpado posaba.
En torno de tu cuello
Sus temblorosas alas oprimía,
Y en mecer me encantaba
Las ondas de tu espléndido cabello.

¡Y cuando el alma loca
Iba á posar su vuelo
En el risueño nido de tu boca,
Como extraviada tórtola que gime,
Se disipó mi cielo
Y desperté de mi ilusión sublime!

Y al despertar, creí que el pensamiento
Era esclavo del alma, y que podía
Dominar la razón al sentimiento:
Y aquel demente amor que me agitaba,
Sofocar en mi seno prometiendo,
A buscar tu palabra me lanzaba,
En tu hogar codiciado me absorbía,
¡E iba en aquella atmósfera bebiendo
El inmenso dolor que me embriagaba!

¡Te amé! ¡La lengua humana
A definir no acierta
Este vago deliquio de ternura,

Este secreto arullo
De insólito murmullo
Que con tu nombre al corazón despierta;
Este insondable afán que el alma loca
Me lleva sin reflejo de esperanza,
Donde la fibra de tu carne toca,
Donde tu luz de pensamiento alcanza!

¡Qué agitación! ¿No viste la doliente
Madre del moribundo,
Muda, pálida, inmóvil, azorada,
Enterrar la mirada
Sobre la mústia frente
Donde un soplo mortal la roba un mundo.......
Y mira al hijo y sin cesar le mira
Y no arranca un lamento
Ni llora ni suspira?...
¡Tiempo de horrendo afán! ¡Tiempo de calma
Que pesa sobre el alma
Con el dolor de la existencia entera!...
¡Por fin el huracán del sufrimiento
Saltando la barrera
Que soporta en el alma duelo tanto,
Con grito horrible se desborda en llanto!

Así el intenso amor, así el intenso
Profundo afán inmenso
Que rebosó en la valla
Del sufrimiento mío,
Rompe su dique de dolor, y estalla
En este pobre corazón sombrío,
Que le ocultaba en vano,
Olvidando que era
Un miserable corazón humano.

¡Así siento el amor!... Aunque mi alma
Muerta para las viles ambiciones

Y ardientes ilusiones
Que brinda la vorágine del mundo,
Parece emponzoñada y recogida
En el dolor profundo
Donde el frío misántropo se encierra
Para odiar en la vida
Cuanto á sus ojos engendró la tierra.....

¡Si mi pálida frente
No surge en la marea del gentío,
Es que no encuentro halago
Adonde brilla la mirada ardiente,
Donde suena el suspiro,
Donde se ostenta aliciente mago
De un mundo de bellezas
Que á los demás con su prestigio encantan,
Y que en mi alma, rota
A toda sensación que en tí no brota,
Ni asombro inspiran ni ilusión levantan!

Si la palabra mía
En el certamen popular no suena
Donde la luz que el pensamiento alumbra
El corazón deslumbra,
Y en fuego se convierte
Que ofusca y enagena,
Y arrebata á la gloria y á la muerte;
Si mi alma impasible
A todo afán del suelo
Jamás tendió tras la fortuna el ala,
Ni rastreó su vuelo
Por donde el cetro del poder se escala;
Si mi pie solitario
No pisó en el calvario
De aquellas tenebrosas ambiciones
Donde un mundo sin fin de sensaciones
Lanza al que no halla con tus ojos bellos
Y con tu vida de su amor esclava

Satisfecha la sed de su riqueza,
Es que el encanto de su mundo empieza
Donde el encanto de mi mundo acaba.

¿Qué guarda la fortuna,
Qué promete la gloria
Ni la vana ilusión del poderío?...
¿Un tesoro, un renombre, una corona?...
¡Oh! quede en paz el pensamiento mío,
Si con la gloria y la fortuna entera
Que sobre el mundo á recogerse alcanza
No me es dado siquiera
Levantar del abismo mi esperanza!

Si te perdí en el mundo,
¿Qué estrella de la suerte
Puede alzarme á los cielos la mirada
Desde esta urna de dolor profundo?...
Si probé en mi existencia desolada
La inmensa desventura de perderte!...

¡Tú no eres para mí!... y el alma loca
A tu alrededor enamorada gira,
Y mi mano te toca,
Y mi trémulo lábio febriciente
Se nutre en el ambiente
Donde tu aliento abrasador suspira!...

¡Tú no eres para mí!.. ¡y el mundo, el cielo,
Todo se me refleja en tu mirada,
Y con febril anhelo
Envidio el polvo del humilde suelo
Donde deja su rastro tu pisada!...

¡Tú no eres para mí!... y el pecho mío
Donde golpea en vano
Toda ambición del corazón humano,
Tiembla como una gota de rocío

Cuando en el aire leve
Como el rumor de lánguido follaje
Ondulante se mueve
El voluptuoso pliegue de tu traje!...

Me siento vacilar. Un alma sola
Con tan enorme tempestad no puede,
Y ya la mía cede
Al vaivén formidable de la ola......

Me siento vacilar. Escucho en calma
Los huracanes que mi pecho baten:
El ángel y el demonio que combaten
Por conquistar mi alma.......
Me siento vacilar. Mi mente avanza
Al imán seductor de tu belleza,
Y como un faro á iluminarme empieza
Un siniestro reflejo de esperanza.......

¡Ah, no, jamás! La seducción cobarde
No profana la senda del martirio
Donde reluce y arde
La religión divina de lo bello
Que ha orientado mi planta en tu camino
Al sublime fulgor de su destello........

¡Sálvate! Adios! La noche más oscura
Enlute mi esperanza y mi existencia,
Antes que la pasión en su demencia
Envenene la paz de tu alma pura.

Adios, mi planta de tu umbral se aleja,
Y como aquel que para siempre deja
Los templos de su tierra en lontananza,
Mi corazón partido
Deja á la puerta de tu hogar querido
El último fulgor de su esperanza.

« Mi corazón es fuerte
Porque su fibra se templó en el mundo
Bajo el tremendo golpe de la suerte.
Mi alma recogida
En su dolor profundo
Puede con el naufragio de mi vida.
¡Adios! Solo y errante
Cruzaré sobre el polvo de la tierra
Con máscara de dicha en el semblante,
Y sofocando un corazón maldito
Que como atroz delito
El más sublime amor del alma encierra.

V

Así escribió con mano estremecida
El doloroso afán de su destino,
Y lanzó su camino
Al azar miserable de la vida.

VI

El es, ¡Ezequiel! Su rostro
Un rayo de luna baña:
El es, que tanta amargura
Solo vierte su mirada.

Desierto sendero cruza
Sobre el caballo que marcha
Con la brida á la ventura
En el cuello abandonada.

Mudo, impasible, sombrío,
Jamás los ojos levanta:
Que negra tormenta abruma
La frente al pecho inclinada,

Acaso léjos su espíritu
A otros mundos arrebata,
Acaso le abisma solo
En la idea que le embarga:

Acaso, como las hojas
Que el viento lleva en sus alas,
Sigue el impulso de vida
Que sobre el mundo le arrastra.

Con la rienda á la ventura
¿Qué importa si al fin avanza
Á algún palmo de la tierra
Que no es tierra de su patria?

Y bosques, valles, colinas,
Y campos y campos salva,
Que bálsamo de su angustia
Creyó el tiempo y la distancia.

¡Oh! la quietud del retiro
Y la soledad callada
Son las únicas dos fieles
Amigas de la desgracia.

¡Que es dulce al insomne espíritu
Con una memoria grata
Llenar las horas del tiempo,
Del tiempo sin esperanza!

Allí la imagen confusa
Con nueva vida engalana,
Suave armonía la presta,
La luz que la iluminaba;

Y al pulsar las muertas fibras
Las sensaciones borradas,
Vivo suspira en la gloria
De su dicha envenenada.

Mas ¡ay! de aquel sin ventura
Que allá en su pasado guarda
Solo un recuerdo maldito
Que en vano en borrar batalla.

La soledad y el retiro
Que la fiebre intensa calman,
En la mente desarrollan
La honda idea que la embarga.

¡En vano entónces el que huye,
Huye el siniestro fantasma
Que al corazón va ligado
Como la sombra á la planta!

¡Pobre Ezequiel! Su martirio
Le sigue á tierras extrañas;
¡No está en su patria el recuerdo,
Que vá el recuerdo en su alma!

VII

De fatiga al fin rendido
Su noble caballo *pampa,*
En el declive de un valle
El casco sonoro para.

Tal vez el suelo que pisa,
O el aire que absorbe extraña;
Tal vez el instinto solo
Le ha detenido en su marcha:

Y abre la naríz fogosa
Y el cuello altivo levanta
Y en el campo que atrás deja
Los despiertos ojos clava.

Es el instinto salvaje
Que en secreta voz le llama
Al pisar la última legua
De su nativa comarca!

VIII

Paró. Del sombrío éxtasis
Vuelve Ezequiel que le embarga,
Y al fin la severa vista
En redor inquieto vaga.

¡Oh! cuán bello cuadro hiere
La última lumbre de nácar
De esa luna que semeja
Que en el desierto rodara!

Allí la inmensa llanura
Como una mar de esmeralda
En el confín del oriente
Sublime y desnuda acaba.

Aquí el bosque gigantesco
Borda la loma empinada
Como desigual cadena
De ennegrecidas montañas,

Y el hondo arroyo tranquilo
Que abre la tierra abrasada,
Como herida de su seno
Sin término se dilata.

Allá la huella tortuosa,
Que del quieto valle arranca,
Trepa la loma vecina
Como una sierpe de plata,

Y entre las yerbas ya oculta
Muere trémula y borrada
En el mirage del campo
Que finge arroyos de nácar.

Allá, trepado á la cima
De su salvaje montaña,
Como un genio del desierto
San Lorenzo se levanta.

¡Y todo, bajo aquel cielo;
Todo, en la armonía y calma;
Todo, en el suave desmayo
De la noche solitaria!

IX

El no goza en su belleza;
Y con decidida planta
Y el caballo por la brida,
El bosque costeando baja.

Ha visto lumbre en un rancho,
Y hasta su puerta se avanza
Tal vez á indagar el rumbo
Que ha descuidado en su marcha.

La humilde luz que ilumina
Aquella fúnebre estancia
En el corazón de un bosque
Sin sendero, abandonada,

Y el pobre lecho que apenas
Al débil fulgor se alcanza,
Un ser humano traicionan
Que habita aquella morada.

Entra, mas nadie responde
A su voz. De nuevo llama;
Y el eco solo repite
La nota de su palabra.

Y él, sin temor ni recelo,
Sobre aquel lecho descansa,
¡Esperando el rumbo fijo
Que el destino le guardaba!

Canto segundo

LA FUERZA DEL DESTINO

I

Íntimo y afanoso sentimiento
De extraña y melancólica ternura,
Ráfaga de suavísima frescura,
Armónico latir del corazón,
Risueña imagen de soñada vida,
Onda suave de insondable calma,
El seno misterioso de su alma
Con desmayado ímpetu agitó.

Vaga, voluptuosa y conmovida,
Leve y profunda languidez serena,
Deliquio incomprensible, vena á vena
Tembló en su sangre de la frente al pie.
Hondo suspiro levantó su pecho
Errando sobre el labio vacilante,
Y sintió por su pálido semblante
Dos abrasadas lágrimas correr.

El tenebroso vértigo inclemente
Que en su sombrío espíritu pesaba
Sintió que de su seno se arrancaba
En pos de aquella lágrima fugáz;
Y en plácida quietud la razón fria
Y el corazón que emponzoñó el veneno
A un tiempo alegre de ternura lleno
Sentía sollozando despertar.

Y era aquel gérmen de insondable encanto,
Como el secreto son de un eco amigo
Que en el fondo del alma humilde abrigo
Buscára á la promesa de su fé;
Como un recuerdo misterioso y puro;
Como infantil y dulce sentimiento
Nacido en algún otro pensamiento
Que respondiese al pensamiento de él.

Y libre así del infernal hastío
Que su abatido corazón desgarra,
Pulsa una meláncolica guitarra
Que sola allí desamparada halló:
Triste preludio, fúnebre preludio,
Arranca de la cuerda estremecida,
Y con voz sollozante y conmovida
Entona esta tristísima canción:

Á LUCIA

¡Dáme una lágrima, solo una lágrima!
¡Ah, no! no puedo darte un pesar! . . .
¡Dáme un instante de tiempo rápido,
Ya que te he dado mi eternidad!

¡Dáme un recuerdo! En él, cuán íntimo,
Íntimo, piensa que es mi dolor,
Cuando el futuro maldito y lóbrego
Ya espera inmóvil mi corazón.

¿Qué es el futuro? Es noche lúgubre,
Noche de nieblas, noche sin fin;
Perdido y solo mi errante espíritu
Se agita en ella sin porvenir.

¡Allá en su eterna quietud fatídica
Oh! nada al alma conmueve ya.
¡Solo un recuerdo, recuerdo fúnebre,
Como ella misma, siempre inmortal!

Y no maldice. Su gloria única,
—Tu dicha—compra con su dolor.
Tú te has salvado; errante y huérfana,
Busca ella el rumbo que se trazó.

« ¡Ay! donde lleve mi planta trémula,
Con mis pesares arrastraré
Tu sombra muda, que vá en mi ánima.
Tú, ¡ni un recuerdo de mi tal vez!

Dáme una lágrima, solo una lágrima!
¡Ah, no! no puedo darte un pesar,
¡Dáme un recuerdo del tiempo rápido,
Ya que te he dado mi eternidad!

II

Con tímida y rasgada melodía
Que suspende y oprime el corazón,
Retemblando en la atmósfera sombría
Triste sollozo de ansiedad rompió.

Un momento siguió de mudo espanto,
Cual si una vida en él llevado hubiera.
Profundo luego y comprimido llanto
Estalló en una queja lastimera.

Llanto de honda, emponzoñada fuente,
Que el pesar en secreto alimentó,
Que como un manantial de lava hirviente
Colmó de las entrañas el temblor.

Llanto de misterioso y escondido
Amor, que el alma adormecida ignora,
Y en apagado eco y abatido
Sus triunfos canta y sus caídas llora.

Llanto que con el vivo pensamiento
Rompe, que el alma atónita llenó,
Penetrando en el rayo de un momento
De un mundo suspirado al corazón.

Mundo que su vago y nebuloso ensueño
Miró y dejó el espíritu al pasar;
Y ora que en él por fin despierta dueño,
Sus dichas todas desparecen ya!

Llanto que el alma á enloquecer alcanza
Con el bárbaro grito del dolor:
Llanto de meláncolica esperanza,
Llanto de rota y última ilusión.

Y una voz dolorida y sollozante
Que el caudal de las lágrimas cortaba,
Así exclamó con eco penetrante
Que el espantado corazón helaba:

—¿Quién eres tú, que el alma estremecida
Se refugia, al oirte, en la memoria,
Buscando inquieta en la pasada vida
La misteriosa cifra de tu historia?

¿Por qué tu meláncolica mirada
Siento que me acaricia el corazón
Con la imagen confusa y agitada
De un sueño hermoso que en la noche huyó?

¿Quién eres tú, que con poder secreto
Encadenas á tí mi voluntad,
¡Oh! y á encontrarte, en su delirio inquieto,
Mi espíritu me arrastra á mi pesar!

¡Y del oscuro ángulo surgiendo
Velada en negra ropa una mujer,
A su invisible fuerza obedeciendo
Se abrazó á las rodillas de Ezequiel!

Las fibras todas de Ezequiel temblaron ....
La voz á su garganta se anudó.......
¡Y en sus ojos sus ojos se enclavaron
Con expresión de espanto y de dolor!

Miraba aquella aparición, miraba
Aquella imagen mústia del pesar,
Y nunca de mirarla se saciaba,
En su profundo vértigo y afán.

Porque algo en ella misterioso había
Que su alma y su memoria sondearon,
Y que un recuerdo íntimo traía
De las risueñas horas que pasaron.

Y era de meláncolica belleza
El rostro de la pálida mujer;
Y un vagoroso rayo de tristeza
Las dulces formas desmayaba en él.

Mústios los ojos del color del cielo
Preñados con sus lágrimas alzaba,
Y eternas noches de ansiedad y duelo
En su mirada inmóvil traicionaba.

La tez marchita de la frente bella,
Cual flor del aire que al caer se hirió,
Arida y sola y enterrada huella
Surcaba, contrayendo su dolor.

¡Oh, tanta pena y desventura tanta
Un alma sola fatigaba allí!.....
Al peso del dolor que la quebranta
Ya la suya Ezequiel siente morir.

Y habló por fin, que el hondo sentimiento
Más fugáz es cuanto más hondo es;
Que á no pasar, meteoros del momento,
¡Ay! matara el dolor como el placer!

—¿Quien eres tú? Mi alma es fría y triste,
Y en toda el área de la tierra oscura
Un ser tan solo que conmueva existe
El seco manantial de mi ternura.

Tu vos ha desmayado el alma mía,
Tu pena me ha partido el corazón.
Si eres Lucía, sombra de Lucía,
¿Quién á mi ingrata senda te arrastró?

¡Ay! ¿qué dolor inmenso tu hermosura
Marchitó con tu alegre juventud?
¿Quien en sombría noche de amargura
Hundió aquel astro de dorada luz?...

Dijo; y el bronce de su ceño eterno
Una helada sonrisa despejó
Pero era una sonrisa del infierno
Que formaba en sus lábios el temblor.

Sonrisa loca del feroz intento
Que cumplido, al pensar, ha visto el alma,
Y jura en la conciencia el pensamiento
Con invariable y espantosa calma.

El hastío á su alma dado había
Fuerza para diezmar la humanidad,
Y acaso en su desgracia combatía
La sorda voz que le llamaba al mal.

Pero ¡ay! ya del ser que ha profanado
Lo que él en su desgracia respetó;
Acaso el solo escudo levantado
En medio de su angustia y su furor!

No era ya el génio oculto del destino
Quién su rigor en su ansiedad cebaba;
Era un sér como él, que en su camino,
Provocando su cólera se alzaba:

Frenético y sombrío sentimiento
Que no ya sin temblar sondeó tal vez;
Implacable y helado pensamiento
Que un nuevo surco lapidó en su sien.

¡Ay! del que ya sin esperanza alguna
Va errante en el desierto de la vida!
Pero ¡ay! de la mano que importuna
Agitó la ponzoña de su herida.

Por eso una sonrisa el ceño eterno
De su pálida frente despejó,
Pero era una sonrisa del infierno
Que formaba en sus lábios el temblor.

III

Hondo, fúnebre lamento,
Queja del alma partida,
Negra imagen de la vida,
Breve historia del dolor,
¡Pobre mujer! con las sombras
De su pasado en su mente,
Así la angustia presente
De su seno la arrancó.

¿Ezequiel?... ¡Santo Dios! ¡ah! tu voz era,
Que viene á despertarme en mi agonía!...
¿Por qué en tí, vida mía,
La última, la sola, la primera
Ilusión hallo al fin, cuando el impío,
El horrible tormento,
Secó en mi corazón el sentimiento,
Fatigó mi hermosura
Y encadenó la suerte mi albedrío?...
Cuando desprecio ó lástima te inspira
La que finge esperanza en su quimera
Su triste desventura,
Y sola y verdadera
Ahora entre los dos alzarse mira
Insalvable barrera!

¿Me amabas? es verdad ¡Oh! la memoria
Llora en mi alma afligida
La dolorosa carta de tu historia
Que iluminó la noche de mi vida.
Tú en ella, un meteoro,
Un meteoro pasajero fuiste.
Intima era y ardiente
Tu palabra de amor, pero tu frente
No sé qué horror secreto desmayaba.

Y yo que te adoraba
Oí tu último adios! El inclemente
Tiempo corrió; corrieron
Largos años con él, y ya mis ojos
A hallarte sobre el mundo no volvieron!
Te alzaste y te perdiste
En la noche de paz meteoro triste!

....

¡Ah! ¿por qué entre los hombres confundidos
Séres arroja sobre el mundo Dios,
Que con humanas formas concebidos
Tienen todo de fiera el corazón?

Entes sin alma, formas con instintos,
Sarcasmos de la idea omnipotente
Y que no llevan, para ser distintos,
La eterna maldición sobre la frente!

Julio; ¿te acuerdas de él? ¿Por qué, Dios mío,
Le entregué como esposa el corazón,
Si el sacrílego mónstruo, si el impío
A un abismo de infamia me arrastró?

¡Ay! al correr de mi pesar la historia
Estalla el alma de dolor transida,
Porque se alzan con ella en mi memoria
Las horas más horribles de mi vida!

Escucha: la vergüenza y el despecho
Mi sangre encienden que el pesar heló.
Oye: que acaso en tu abatido pecho
Dé un latido por mí tu corazón.

—Era ya entrada una noche,
La más siniestra y oscura
Que sobre el campo desierto
Desplegó sus álas mústias,

Triste mi alma y despierta
Velaba con su amargura
En la soledad tranquila
De aquella estancia desnuda.

De inquietudes y tormentos,
De terrores y de angustias,
¡Ah! ya mil noches como ella
Pasé abandonada y muda.

Yo no lloraba su ausencia,
Que me era ya una fortuna
Desde aquel día funesto
Que unió mi vida á la suya,

Lloraba la crueldad solo
De mi ingrata estrella oscura
Que unió al suyo mi destino
Con tan pesada coyunda!

Hirió de pronto mi oído
Una algazara confusa
Donde escuchaba el acento
De su voz áspera y dura.

Trémula y de horror transida
Salté del lecho desnuda,
Y ensordeciendo la planta
Temerosa y mal segura,

Y ahogando, ahogando en el pecho
Los suspiros de mi angustia,
Escuché con toda el alma
Estremecida en mis dudas.

¡Qué horror! !aquellas palabras
No dejan mi oído nunca!
¿Por qué allí la muerte misma
No acabó mi desventura?

Julio, sí, era él; su mismo acento
Llegó trémulo y sordo hasta mi oído
Sellando con horrible juramento
El pacto infame que escuché cumplido!
¡Qué horror! Aquella noche de tormento,
Ya al juego todo su caudal perdido,
Abandonada al sueño me creía
Y á otro hombre, miserable, me vendía!

¡Ah! no soñé. Despierta en mi pavura
Sentí el siniestro recontar del oro,
Y en el misterio de la noche oscura
A aquel cobarde huir con su tesoro.

Bien pronto hirió la fúnebre llanura
Del caballo el estrépito sonoro,
Que al golpe de su casco me anunciaba
La infamia y el horror que me dejaba.

Pero hay un Dios en el cielo,
Que á los débiles ampara,
Porque en ese instante horrible
Dió fuerza y valor á mi alma.

Corrí, corrí por los campos,
Loca, trémula, espantada,
Al favor de las tinieblas
Que protegieron mi marcha.

Huí sin saber á donde
Ya mis plantas me llevaban,
Por los ásperos senderos
Que destrozaron mis plantas.

No sé más. Desfalleciente,
Con la primer luz del alba
Desperté, bajo el amparo
De esta choza hospitalaria.

A mi lado, compasiva
Hallé una noble paisana,
Que protegía mi sueño
Como el ángel de mi guarda.

Al borde de una laguna
Me encontró ya desmayada
Y entre sus brazos me trajo
A esta choza solitaria.......

Cuán eternas son las horas
Que corren en la desgracia,
Y en vano imágenes busca
Para pintarlas el alma.

La sombra de aquella noche
Me sigue como un fantasma,
Y no alejan sus terrores
Ni el tiempo ni la distancia.

¡Oh! déjame llorar, porque es mi suerte
Llorar desamparada y escondida;
Mi única esperanza está en la muerte,
Porque huyó la esperanza de mi vida.
Tal vez un rayo de su luz, al verte
Acarició mi alma estremecida,
—Ultimo resplandor de un astro amigo
Que al separarte seguirá contigo.—

Y aunque siento, Ezequiel, que el alma mía
Hoy que te pierde la infeliz, te adora,
No te pido el amor que sonreía
En tu mirada un tiempo abrasadora:
¡Ay! que aquella Lucía, la Lucía
No es que abatida y miserable ahora
Llora su angustia en el misterio impío
Que separó tu corazón del mío.

Y en un sollozo
La débil voz
Entrecortada
Desfalleció,
Sollozo íntimo
Del corazón.

IV

Y él habló con dulce acento
De suave y tranquila calma:
—¡Oh, qué hondo sentimiento
Vencía en aquel momento
La tempestad de su alma!

Hay un gérmen, Lucía, de ternura
En el seno del alma combatida,
Que eterno mana misteriosa y pura
Fragancia en ella de ilusión y vida.
Ráfaga virgen de inmortal frescura
Que en suave deliquio adormecida
Con un soplo de Dios despierta en calma
En la primera inspiración del alma.

Es el amor: como recuerdo vago
De única y pasada gloria incierta,
De amor ajeno al penetrante halago
Con su escondida eternidad despierta;
Misterio de dolor y encanto mago
Que loca el alma á definir no acierta,
Vagarosa, suspensa y recogida
En el secreto gérmen de otra vida.

Y así te amé, con la ilusión primera:
Y así te amé, con tan profundo anhelo,
Como si el alma recordado hubiera
Haberte amado ya bajo otro cielo;
Y que proscrita allí, de allí trajera
Con escondido afán entre su vuelo
La imagen ¡ay! que en su segunda vida
Halló á tu imagen celestial unida.

Y eras un ángel de inmortal belleza,
Y era loco el amor del alma mía:
Tu único tesoro la pureza,
Mi único porvenir noche sombría.
Noche, ¡ah! de fatídica tristeza,
En que, amándote, hundirte no podía;
Horrendo abismo de insondable angustia.
Que abrió una maldición en mi alma mústia.

Perderte ú olvidarte fué la suerte,
El solo porvenir que pude darte;

Y era inmenso mi amor para perderte,
Y era inmenso mi amor para olvidarte.
Y alejarme juré para no verte
Y en mi desierta soledad llorarte
Con la sola esperanza de la vida
Que en tí cifró mi alma combatida.

Partí partí, turbando la armonía
Que concierta las almas bajo el cielo;
Un solo sentimiento sonreía
En la horfandad de mi profundo duelo.
Él tan solo en mi alma sostenía
El valor y la fe del desconsuelo:
—Tú te salvabas,—y tu dicha sola
Era de mi martirio la aureola.

Te amé; ¡no llores ya. La noche triste
Con que veló mis glorias el destino,
¡Ah! no ya todo de tinieblas viste
Al corazón del pobre peregrino.
Un rayo melancólico aún existe
De aquel fuego inmortal, de aquel divino
Primer amor, que en la desgracia ruda
Más fuerte mi alma en tu alma anuda.

¡Pero es fuerza partir! oye; la suerte
Pide un momento más, alma querida!
¡Oh, sí, yo volveré! ya ni la muerte
Podrá entonces apartarnos en la vida!
¡Adios! basta ¡infeliz! El golpe fuerte
Que abrió en tu corazón tan honda herida,
También ha entrado de mi alma al seno
Volcando el manantial de su veneno!

¡Déjame! ¡ni una lágrima! ¡es en vano!
¡Nada en el mundo á detenerme alcanza!
¡Oh, de aquel hombre la cobarde mano
Arrancó tu esperanza y mi esperanza!

¡Déjame! Con esfuerzo sobrehumano
El demonio feróz de la venganza
Me arrastra al fin hasta fijar mi suerte,
Y pongo á precio de tu amor su muerte!

V

Y á otros lábios sus labios se apretaron,
La voz en ellos trémula rompiendo,
Lábios que sin buscarse se encontraron,
A un misterioso impulso obedeciendo.

¿Qué gloria, qué deleite, allá en el cielo
Guarda para las almas el Señor,
Que no desflore en el perdido suelo
El primer beso del primer amor?

Errante el alma sobre el lábio ardiente,
En otro lábio otra alma en su ansiedad
Recoge avara, y confundido siente
Su espíritu en su espíritu inmortal.

Y desmayada de placer, suspira
En esa queja que en los labios suena,
Y otra vez temblorosa se retira
Y al corazón desierto se encadena.

¡Con música secreta de ternura
¡Canta en el agitado corazón
La gloria de otro mundo y la ventura
El primer beso del primer amor!

VI

Pero al partir, fatal presentimiento
El alma hirió de la infeliz Lucía,

Que en su débil aliento, ya el aliento
De la cercana muerte conocía.
La ansiedad, la desgracia, el sentimiento
Avanzaron su muerte en su agonía,
Y al partir Ezequiel, con un gemido
Deslizó estas palabras en su oído:

—¡Ay! en memoria del amor primero
Que allá en la noble juventud me diste,
Guardaba como él, pálida y triste,
Esta marchita flor de resedá.
Aquel amor, del gérmen primitivo
Más íntimo ha brotado y más sereno:
Ella un gérmen también lleva en su seno,
Que puede en nuevas flores respirar.

Sea ella la imagen de mi vida.
¿Ves ese ombú de mi destierro amigo?
Allí, bajo su sombra y á su abrigo,
Al perderte á mis ojos la pondré!
¡Ay! cuando vuelvas, tumba solitaria
Será el hogar de la infeliz Lucía,
Si esa flor de su esperanza, un día,
Hallas marchita al avanzar tu pié!»

—¡Adios!—Aún otro
Ultimo adios,
Del viento en alas,
Cruzar se oyó.
Luego el confuso
Sordo rumor
Del potro rápido
Que se alejó;
Y al fin perdido
Como la sombra
Del incesante
Viajero errante,
En el incierto

Triste y desierto
Negro horizonte
Despareció.

Rota la nube
Que el furor
De los vientos
Dispersó:
Dolorida
Ilusión:
Promesa
Querida
De amor:
Ultimo
Rayo
De sol!
Y en la llanura
Como en el mundo
Del corazón,
Quedó tan solo
Silencio fúnebre
En derredor.

Brilló en el cielo
La luz de Dios;
Y halló Lucía
Como los rayos
De luna fría
Su resplandor.

¡Ay! de su alma
El bello sol
Ya en occidente
La hermosa frente
En sempiterna noche sepultó!

VII

Un ángel inocente de dulzura
Allá en la virgen juventud fué ella,

Como las brisas del desierto, pura,
Como los astros de la aurora, bella;
Pero era melancólica y oscura
De su destino la perdida estrella,
Y alumbró su existencia solitaria
Como pálida antorcha funeraria.

Como un preludio, el misterioso acento
De aquel que solo la adoró en la vida
Oyó, en las alas de apagado viento,
Brotar y huír en él la voz querida.
El que dejó, confuso sentimiento,
En su alma serena y adormida,
No tornó más á despertar amante
Aquel mágico ensueño de un instante.

Y corrió el tiempo, y la memoria luego
Con él, del hombre que soñó olvidado;
Y otro después con miserable ruego
Le mintió el paraíso suspirado:
Fuego no más, que chispeante fuego
Prendió en su corazón desamparado,
Forjando acaso la embriagada mente
Amor en él, de ráfaga inocente.

Ella, ¡infeliz! el incitante y grato
Vértigo, amor en su ilusión creía,
Ligada para siempre al insensato
Que el alma en su inocencia escarnecía.
Ella al fin despertó, cuando el ingrato
Sin comprender el alma que perdía,
Un porvenir de infamia y amargura
En pago daba de la fe más pura.

La malograda juventud serena
Corrió entonces, llorando, en la memoria,
Y era de encanto y de dulzura llena,
Y de esperanza y de ilusión y gloria;

Y allá, borrando su profunda pena,
En el recuerdo de escondida historia
El solo amor halló que en su desvelo
Guiaba el alma al suspirado cielo!

Amor que bajo el rayo de la vida
No alcanzó á recoger la dulce palma,
Porque en su primer ósculo prendida
Se arrancó, ¡ay! del corazón su alma,
Huyendo de la cárcel corrompida
Hasta un cielo de luz y eterna calma;
Que virgen era, y en su seno era
Virgen la fe de la ilusión primera.

CANTO TERCERO

LA VENGANZA

I

Monje de los altares,
Muy larga es tu oración. La noche avanza.
¿Velas en ella tú, cuando descansa
De recuerdos el alma y de pesares?...
¡Muy larga es tu oración! Pasó la hora
Del rezo y la plegaria;
La campana sonora
Apagó ya su lamentable acento,
Y en las tranquilas celdas del convento
Reina la triste noche solitaria.

Extraña es tu plegaria,
Y el claustro helado y lóbrego y desnudo

No es tampoco un altar: tú no te humillas,
    No ruegas de rodillas......
Estás de pié reconcentrado y mudo.

    Fúnebre capuchino,
Tú no invocas á Dios.... marchas, te agitas,
Te paras, vacilante en tu camino,
    Sonríes brutalmente,
    Te golpeas la frente
    Y meditas, meditas
Bajo la angustia que tu alma ahoga
Y tu soberbio corazón revienta:
¡Ah! te conozco, masa de tormenta,
Que sobre el mar de las pasiones voga!

II

El es fray Ezequiel. Su altiva talla
Sobre el pilar del claustro se dibuja,
Entre sus blancos hábitos envuelta
Como un fantasma de la noche oscura.

Sobre su pecho que el respiro agita,
Con salvaje ademán los brazos junta,
Y fijando en la tierra la mirada,
Como en la inmensidad sus ojos buscan.

Mirada de recóndito reflejo,
Con que el recuerdo al corazón alumbra;
Ojo de la conciencia que despierta
Y la batalla de la vida cruza.

Mirada como el brillo del acero,
Pálida y fría, penetrante y dura.
No mira con sus ojos, amenaza.
Su rayo es un puñal que se desnuda.

Rayo que empalidece cuanto mira,
Como el fulgor que la tormenta anuncia
Y en el primer relámpago que enciende
La formidable tempestad derrumba.

III

¡Él es! Sobre su frente tenebrosa,
Bajo el plegado capuchón, se alcanza
La arruga cruel que el pensamiento deja
Como una cicatriz de su batalla.

Siempre severo, pensativo y solo,
Entre los claustros del convento vaga,
O caminando en su desierta celda
Las mudas horas de la noche pasa.

Como un extraño entre los otros vive,
Y en su fría reserva se amuralla;
No sonríe jamás su labio inmóvil,
Y es breve y altanera su palabra.

Él consagra la misa sin reproche
Cuando el servicio del altar le llama,
Pero hay entonces en su aspecto rudo
Como una distracción tenaz y extraña.

Cuando las horas de oratorio suenan
No se escucha su voz en la plegaria,
Y en insondable reflexión perdido
Queda cuando los otros se levantan.

Solo el silencio le despierta entonces,
Y bajo un golpe de temblor se para
Como si acaso, de su cuerpo ausente,
Volviera á entrar á su conciencia el alma.

Inquietas son las horas de su sueño
Y le abandona al despuntar el alba
Que entra á su celda sorprendiendo á veces
La temblorosa luz de su velada.

No son el Evangelio, ni el salmista
Con los que el tiempo de su insomnio mata;
Son las mundanas hojas de la historia,
O el relato infernal de las batallas.

Allí su frente lóbrega se anima,
Rueda el ojo feroz brotando llama,
Y al agitar la juvenil cabeza
Derrumba el capuchón sobre la espalda.

Negro como sus ojos, su cabello
En negligentes ondas se derrama
Y las soberbias líneas del semblante
Con salvaje vigor bajo él destaca.

El propio brillo de su vista, alumbra
El tinte americano de su raza
Que sobre el rostro pálido se cierne
Para mostrar el temple de su alma.

A veces huye de su celda triste
Con el primer fulgor de la mañana,
Y á largo paso infatigable trepa
La cima colosal de las montañas.

Y el panorama de Mendoza mira
O el espantoso abismo de la falda,
O inmóvil como el genio de las rocas
Hunde en el infinito su mirada.

De allí retorna á su convento humilde,
Y en su más hosca agitación se entraña,
Como si en las grandezas de la cumbre
Algún soplo satánico aspirara.

El monje anciano con piedad le mira,
Y huye el novicio de él cual de un fantasma,
Cuando en la tarde del tranquilo huerto
Pasea en derredor su vista huraña.

¿Qué horrible pensamiento, qué desdicha,
Cruza aquel corazón como una espada?
¿Qué formidable golpe de tormenta
Su vida entera sin reposo asalta?

Nadie á afrontar su intimidad se atreve;
Su gesto es como el bote de una lanza,
Y hay algo en él que revelar parece
Que aquella tempestad le arrulla el alma.

IV

Su historia en el convento que le asila
Es breve y tenebrosa y desolada,
Dos años há que una sombría noche
Tocó Ezequiel á la pesada aldaba,

Llamó al padre prior, y en voz resuelta
Le habló tranquilamente estas palabras:
—Padre; sobre la tierra de los hombres
Mi vida es un naufragio de desgracias.

Dos solos lazos en el mundo triste
Mi vida ataron á la vida humana:
El más sublime amor del alma mía,
Y el odio más tremendo de mi alma.

El ya no existe: por la tierra entera
Lo buscó en vano sin cesar mi planta;
Y solo á precio de su sangre infame
Juré comprar en *Ella* mi esperanza.

Así, ya sin objeto sobre el mundo,
Vengo á entregar á Dios toda mi alma,
Y aquí una celda miserable pido
Para huir del infierno que me llama.

No, no quiero palabras de consuelo.
¡Todo es en vano cuanto diga; basta!
No hay más que yo que sepa que mi angustia
No cabe ya sobre la vida humana.—

Así Ezequiel encadenó su voto
En los altares de la ley sagrada,
Para huir del infierno de la vida
En la celeste paz de la plegaria.

Ató á su cuerpo el cíngulo funesto,
Como un grillete que á los piés se amarra;
Y al abatir su negra cabellera,
Su fuerza de Sansón cayó á sus plantas.

Y como el joven cóndor que aprisionan
Arrancado á su nido de montañas,
Con salvaje y magnífica tristeza
Miró á los cielos, y abatió las alas.

Así, como el galeote miserable
Que á la rejilla de su cárcel salta,
Y á través de sus lágrimas devora
El ave libre que en los cielos vaga,

Así, ya para siempre ante sus ojos
Vió volar el girón de su esperanza,
Como la nube que la tarde dora
Y el soplo de los vientos arrebata.

En ese mundo recogió el recuerdo
Y se hizo triste y tenebrosa el alma,
Vagando en los espacios infinitos
De su desierta soledad callada.

El tiempo al fin con su terrible ciencia
Le mostró allí su libertad esclava,
E iluminó el naufragio de su vida
Con el fulgor de la verdad amarga.

Entonces sobre el labio contraído
Expiró la oración y la plegaria,
Y el inmenso dolor del desconsuelo
Sobre su frente desplegó las alas.

El vigor de su espíritu soberbio
No exhaló con el llanto en queja vana,
Y la presión del claustro aborrecido
Como una fuerza concretó su savia.

Y creció poderoso en el abismo
Que el pensamiento solitario cava,
¡Ay! pero en vez de levantarse al cielo,
Rastreó en la tierra su raíz amarga.

Como el potente roble que aprisiona
La grieta colosal de la montaña,
Y sin perder su robustez soberbia
El tronco dobla y la cerviz levanta,

En el retiro de su celda triste
Refugió su conciencia desolada,
Estudió el mundo y arrastró á su juicio
La miserable sociedad humana.

Y solo vió oprimidos y opresores,
Y él se miró caído entre la garra
Bajo el azote de la ley maldita,
Que aprisionó sus carnes y su alma.

Entonces en su espíritu soberbio
Pasó el soplo infernal de la batalla
Y levantó su lábaro terrible
En el brillo feroz de su mirada.

No era el ceño del odio que sonríe
Al salto de la sangre y de la entraña,
Ni el rencor era que burlando aspira
El alarido atroz de la desgracia;

Ni la horrenda crueldad del alma fría
Que templa su furor como una espada
En los humores de su herida propia
Para roer y emponzoñar la extraña;

Ni el dolor ciego que el puñal desnuda,
Ni el deleite infernal de la venganza
Que saborea con paciencia horrible
El salvaje veneno que prepara.

Era el brillo acerado de la cota,
La muerta luz que en la tormenta avanza,
Y á cuyo lampo empalidece el mundo
Esperando el azote de sus alas;

Era el dolor que á combatir se arroja,
La desesperación blandiendo el hacha
Que hiere sin guardarse, invulnerable,
Porque no lleva carne de esperanza;

Era la conmoción del estallido
Que la potencia de opresión levanta;
Era el cartel del implacable duelo
A que aplazó en un día su venganza.

Midió el alcance del poder ajeno
Por la caída en que abismó su alma;
Y encontró, blasfemando, que la fuerza
Era la ley de la existencia humana.

Entonces, como el hierro estremecido
Bajo el imán que en la tormenta pasa,
Blandió en el aire su robusto brazo
Agitando la cruz como una espada.

V

De pronto un paso furtivo,
Cauteloso y fugitivo
Sonar en el claustro oyó,
Y vió el fantástico bulto
De un hombre, en su capa oculto,
Que á su celda se acercó.

Y era siniestra y oscura
La sombría catadura
Del que avanzaba hasta allí;
Y le vió con temblorosa
Mano agitada y dudosa,
La pesada puerta abrir.

Y abrió; pero al entrar sus ojos vieron
El formidable aspecto de Ezequiel,
Y con extraño ahinco lo midieron
Ávidos de la frente hasta los pies.

Pero en las ropas de Ezequiel hallando
Un pobre capuchino penitente,
Así le habló con eco reverente,
Y la rodilla en el umbral doblando:

—Padre; perdón si mi llanto
Turba la paz solitaria
De la devota plegaria
Que levantas al Señor;
Pero el crimen, el espanto
De mi alma pecadora,
Me arrastra á tus pies é implora
Tu consejo y tu perdón.

¡Ah! ¿por qué al son de ese acento
De súbito helada de la frente al pie
Sintió con golpe violento
Pararse en sus venas la sangre Ezequiel?...

¡Ay! cuando en las horas puras de la vida
La gloria que el alma única forjó
Muere marchitada por siempre y caída
Al injusto soplo de ajeno rencor,

Y ya el desencanto, huérfana del mundo
La esperanza roba que no torna más,
Y en una hora eterna de hastío profundo
Se recoge el alma sola en su pesar:

Cuando nada importa la ajena ventura
Ni el dolor ajeno, ni aún él mismo al fin,
Porque ni el presente la propia amargura
Llora, ni el pasado ya, ni el porvenir;

Y ya envejecido y agostado vive
Como en un sepulcro, roto el corazón,
Y solo desprecio por afán recibe
Cuanto de él las fibras á tocar llegó;

Entonces la herida de traidora mano
Que del infortunio la paz va á romper,
Con ímpetu horrible, con furor insano
Agita en el seno la dormida hiel.

¡Ay! triste el que entonces mira en su impotencia
Huir impugne y salvo al ser que le hirió
Sin dar al orgullo la amarga conciencia
De vengar siquiera su inmenso dolor.

Sus días son noches, ¡ay! de insomnio eterno,
Sus noches son siglos de eterna ansiedad,
Y es su vida toda tenebroso infierno
Donde expira el alma sin morir jamás!

¡Ah! ¿no fué una sombra de loca quimera
El hombre que hallaba junto á sí Ezequiel?...
¡Era Julio mismo!... ¡La misma voz era,
Que encerró en su oído su encono una vez!

El ser que en su seno ponzoñosa herida,
La última de su alma, la más honda abrió,
Y del astro único de su oscura vida
En noche de crimen empañó el fulgor,

Ser que de su alma el odio profundo
Despertaba en ella sin piedad ni ley,
Y en quien ella todos los golpes del mundo
Reunió que postraron su gloria y su fe.

Y anchos corredores que la noche viste
Con sus hondas nieblas, recorriendo van,
Reina allí el silencio, y en la inercia triste
Sus dos corazones se escuchan pulsar.

Súbita aunque débil, suave y temerosa,
Con incierto giro de extraño temblor,
De Ezequiel la mano crispada y dudosa
Las flotantes ropas de Julio buscó.

Como el que de un vago sueño poseído
Duda y se pregunta si sueña en verdad,
O bajo el influjo de él adormecido
Palpa los objetos que halló al despertar...

¡Al fin sobre el mundo se hallaban reunidos
Los que juntó el odio sobre él y alejó!
Los ojos en tierra de Julio vencidos
Ante aquellos ojos que los más perdidos
Misterios de su alma sondear sintió.

VI

—Padre! la fuerza invencible
De un hondo terror sin calma
Lleva mis ojos al suelo
Y me arrebata á tus pies,

En la noche más horrible,
La más negra de mi alma,
Como ha sido para el cielo
La más oscura también.

Ya el desmayo y la fatiga
De mi cuerpo dolorido,
Ya la inquietud de mi mente
El reposo dispersó.
¡Piedad! escucha y mitiga
El terror desconocido
Con que lucha tenazmente
En vano mi corazón!

Yo allá en mi patria habitaba
Una hermosa estancia mía
En la ingrata compañía
De una insensible mujer;
Aquel día en que mi mano
La dí por mi mala estrella,
No recibí con la de ella
Todo el caudal de su fe.

Su pecho mismo guardaba
Todo su amor para otro hombre;
Ezequiel, era su nombre,
Que en sueños la oí nombrar:
Mas él, olvidado, acaso,
O desesperado amante,
Huyó desde aquel instante
Del país por siempre ya.

Tú puedes aquella vida
Idear en tu pensamiento,
De fastidio y aislamiento,
De violencia y de rencor:
Y yo que el alma soberbia
Siempre eduqué en su albedrío,

La dejé sola á su brío
Que el yugo al fin sacudió.

Desde entonces entregado
Al estruendo de la orgía,
Tan solo la luz del día
Me hallaba en mi triste hogar:
Y el juego, el juego que era
Todo mi universo entero,
Noche á noche en mi dinero
Devoraba mi caudal.

Una noche, en fin, lanzado
En la ambición del desquite,
Al primer golpe de envite
Alzar mi suerte soñé;
Y á una carta tentadora,
Solo en una carta, en una,
El resto de mi fortuna
De un solo golpe jugué.

Y perdí!—Desesperado,
Y en secreta calma impía,
Volví al hogar que perdía,
Lleno de envidia y rencor:
En mi cerebro demente
Fúnebre plan concibiendo,
Que iba doblando y creciendo
La fiebre del corazón.

De pronto sonó á mi oído
Una palabra altanera
Que bien conocida era
Y terrible para mí;
Torné el rostro sorprendido,
Viendo acercarse á mi lado
Al tahur afortunado
Que me habló entonces así:

—¿Quieres tentar un albur
En una última jugada?...
Entre toros no hay cornada;
Si no te conviene, abur.

Pero no sé qué has de hacer
Rodando en noches tan largas
Con dos horrorosas cargas:—
La miseria y la mujer!...

Pues déjame el campo llano,
Y lleva esta bolsa de oro:
¡Lo que ha de comerse el moro,
Que se lo coma el cristiano!

No sé que mejor jugada
Caiga del cielo á un tahur;
Pero si eres tonto, abur.
¡Entre toros no hay cornada¡

Y haciendo sonar su mano
La bolsa repleta de oro,
Puso en la mía el tesoro
A cuyo tacto temblé:
Y al influjo de su brillo
En mi vértigo cediendo,
Con aquel tesoro huyendo...
¡Vendí mi propia mujer!...

¡Ah! no mates mi esperanza
Con esa mirada horrible,
Que bajo el ceño insensible
De tu frente se arrancó;
Porque su rayo que alcanza
Al fondo del alma mía,
Deja en su fuerza sombría
Todo el hielo del terror ......

No es este el crimen que agita
La conciencia de mi pecho
Y en el refugio del lecho
Viene mi sueño á turbar:
¡Ay! en mi labio inseguro
Y mi acento estremecido
Lucha errante y combatido
Por mi mengua y tu piedad!

¡Oh, monje! tú no comprendes
La tempestad que se agita
En esa pasión maldita
Que ha roto en mi el corazón;
Porque tu alma piadosa
Alza su vuelo del mundo
Y nunca al abismo inmundo
De las pasiones bajó.

Y la mía, desde aquella
Noche de miseria tanta,
Donde ha pisado mi planta
Se ha envilecido también;
Y según lució mi estrella,
Ya perdiendo, ya ganando,
Fué entre pecho doblando
Eternamente su sed.

Vencido al fin por la suerte,
Me arrancó un hombre la mía;
En esta noche sombría
Le ha acechado mi traición:...
Acabo de darle muerte
En el bosque de un camino...
¡Padre! soy un asesino
¡Que implora el perdón de Dios!...

VII

Sin una nube en la frente
Ni una chispa en la mirada,
Ni una sonrisa en el labio,
Ni en los miembros un temblor,
La voz de Ezequiel, doliente,
Y en suave acorde templada,
Sin furor y sin agravio
Estas palabras habló:

¡La sombra del pesar está en mi frente!
¿Por qué entonces tu alma envilecida
Crée que no alcanzó la pasión demente
Que agita aún las horas de tu vida?...
En los días profanos
De mis goces mundanos
También una pasión bramó en mi seno,
También el sueño me robó y la calma,
También su embate conmovió mi alma,
También virtió en mi vida su veneno!......

Donde no lleva tu ansiedad sombría,
Donde el amor impávido no alcanza
Ni el furor de los celos... allí guía
La frenética sed de la venganza!......
Al través de extranjeras
Cien lejanas riberas,
Todo en la mía con mi amor dejando,
Indiferente para mí ya el mundo,
Sin otra fe que mi rencor profundo,
Seis años fuí... su huella rastreando.

¡Piedad! ¿y piensas, infeliz, que ella
De Ezequiel cabe en el precito seno?
¡Seis años há que tu maldita huella
Sigue mi corazón, de tu odio lleno!

¡Hoy al fin, asesino,
Te encuentro en mi camino!...
Para vengar á la infeliz Lucía
Precisaba el rugido de tu muerte.
¡Alzate, miserable, porque al verte
Se arranca de furor el alma mía!...»

VIII

En el furor de la mortal contienda
Los dos contra la lumbre se estrellaron,
Y el cuadro así de la matanza horrenda
En medio de las sombras sepultaron.
Solo el rumor se escucha
De la enardecida lucha ......
Luego un instante de silencio inerte ...
Luego un hondo y frenético gemido ...
¡Luego el golpe de un cuerpo que ha caído,
Y solo al fin, la calma de la muerte! ......

Y de pronto una lumbre repentina
Hiere de aquella oscuridad el manto,
Y con un rayo trémulo ilumina
La escena del combate y del espanto.
Firme la mano alzada
Con la luz agitada
Y la feroz sonrisa en el semblante
Sigue Ezequiel en su ansiedad impía
Del moribundo Julio la agonía,
Inmóvil ya sobre la tierra humeante.

Miraba en él, miraba aquel sangriento
Trémulo labio de la inmensa herida,
Como esperando en su feroz contento
El paso de aquella alma aborrecida.

IX

Cuando la luz de la aurora
A la celda penetró;
Los monges horrorizados
Cayeron en oración.

En balde á Ezequiel buscaron;
Solo el eco de su voz
Con aquel nombre terrible
En los claustros resonó.

¡Pasó un día, pasó un año,
Y un año y otro año en pos,
Y jamás á su convento
El fraile Ezequiel volvió!

CANTO CUARTO

EL AMOR DE LA PATRIA

I

¿Una vez más la planta
Del fogoso corcel, con rumbo cierto
Guías sobre la arena del desierto?
Ni el polvo que levanta
Te es ya conocido:
¡Todo, todo lo muda
El tiempo asolador, viajero triste!
Y muchos son los años

Que en su vuelo han corrido
Desde la vez postrera
Que en la loma desnuda
En que hoy fijas tu pie, tu pie pusiste.
¡Todo, todo lo muda
El tiempo asolador, viajero triste!

Sí; y en tus mismos ojos
Aquel intenso resplandor sencillo
De tu pesar, es ora
Salvaje, inmóvil, nebuloso brillo,
Que suspende en la faz la aterradora
Calma feroz del alma
Que recuerdos no oprimen
Porque su solo goce está en su crimen!

En un tiempo que huyó, que huyó inclemente,
Se levantó un asilo misterioso
En ese valle lúgubre y sombrío:
El bramador torrente
Y el huracán bravío
Han cruzado en él ya; su ronco vuelo,
Su marcha destructora,
Del hogar de Lucía no dejaron
Un solo rastro en el breñoso suelo.
¿Qué busca entonces tu mirada ahora?...

El es, sí, ¡Ezequiel! Profeta el alma
Siente acaso y espera
Ya la herida postrera
Con que abatirla al fin debe el destino......
El ombú se levanta
Allá sobre el camino;
Pero inmóvil, la plata
Del sombrío Ezequiel, allí en el suelo
Han clavado la duda y el anhelo.

Rompió:—¡corta es la senda!...
Y así solo el instante de un gemido

Que separa la vida de la muerte,
¡Ay! en el corazón estremecido
Más amargura vierte
Que de la vida toda los pesares!
Rompió: sus patrios lares
Dejó una vez errante y peregrino;
Triste fué su camino;
Más, ¡ay! que en la postrera
Breve estensión al fin que recorría,
Más dolorosas rémoras había
Que en la distancia de su huella entera!

Rompió: ¿por qué se para?
Caer toda la sangre yerma siente
Al frío corazón, y á su despecho,
Firme en la tierra el pie: ruda tormenta
Abate, abate la oprimida frente:
Los brazos sobre el pecho
Con desmayada languidez asienta
Y cuál la imagen del dolor sombrío
Queda inmóvil allí, pálido y frío.

Fijos los ojos, su mirar de calma
Esa enclavada vaguedad tenía
Que en el último instante de agonía
Deja al partir de su prisión el alma.

II

Al pié de aquel ombú y en aro unidas,
Cuatro musgosas piedras se enterraban;
En el centro, del tronco se elevaban
Los brazos de un arbusto seco ya:
Algunas hojas pálidas, caídas
En los espacios de la piedra oscura,
Mostraban que la planta en su frescura,
Fué de Lucía el triste *resedá!*

III

¡Ah! ¿qué ofrece en su páramo la vida
Que la ilusión y la esperanza trunca,
Cuando pesa en el alma estremecida
Todo el horror de esta palabra: nunca?

¡Nunca! que si hay un prometido cielo,
No vive el alma en la pasada historia,
Por que abandona, al desatar su vuelo
En su desierta carcel la memoria.

Y es en vano llorrar: ¡oh! y es envano
El maldecir también; que lo que ha sido
No alcanza el génio del poder humano
A arrancar de la muerte y el olvido.

Solo queda al espíritu en su seno
Un insondabie y espantoso abismo,
Donde de inercia y de desprecio lleno
Se recoge en misántropo ostracismo.

IV

Héle allí aún, inmóvil, mudo y frío,
En el lugar que le fijó su anhelo;
Ni despeja en su frente el ceño impío,
Ni alza los ojos que enclavó en el suelo;
Ni del intenso vértigo sombrío
Le vuelve la ansiedad al desconsuelo,
Porque es mortal la herida de su alma
Y no dejó al caer furia ni calma.

¡Siempre allí, siempre allí! ¡Oh! ¿ni á qué intenta
Huír de allí con su dolor profundo,
Si es muy feroz de su alma la tormenta

Para ahogarse en las ráfagas del mundo;
Si el silencio del destierro aumenta
Del corazón el éco moribundo;
Sí, en fin, caído al golpe de la suerte
No le importa la vida ni la muerte?

V

No miró, porque en su alma pesaba
Ya su fúnebre vértigo cruel,
Una hueste que al llano bajaba
Entre nubes de polvo á sus pies;
Ni el monótono golpe escuchaba
En la tierra, del brioso corcel,
Ni el crujir de las armas prendidas,
Ni el gemir de las trompas heridas.

Viejos, jóvenes, todos mezclados
En columnas simétricas, van
Sobre el bravo corcel los soldados
En profundo silencio mortal:
Pero alumbra sus ojos turbados
La embriaguez de la gloria en la faz;
Que en su sueño de amor y alegría
A morir por la patria les guía.

Para súbito, inmóvil ya aquella
Ondulante columna sin fin,
Como un bosque llenando la huella
Con alegre y siniestro matiz
A la lumbre del sol que centella
En las armas, se ve relucir
Como trémula inmensa laguna
Donde rompe su rayo la luna.

Dos ginetes, del centro surgiendo,
Recorrieron la huesta en redor,

Y al lugar que dejaron, volviendo
Todo en mudo silencio quedó.
Luego inmenso, con hórrido estruendo,
Como el canto del mar, un clamor
Gritó: ¡viva la patria!; y el éco
Llenó rápido el cóncavo hueco.

VI

Y de la inmensa voz al hondo acento
El alma estremecida despertó
Con un nuevo y estraño sentimiento
Cautivo y arrobado el corazón;

Como si de él sintiese en su tristeza
Caer la tempestad que le oprimía,
Y que en pesada y áspera corteza
Al sonar de la voz se desprendía.

Y en inocente calma enternecida
Brotar en él un manantial de amor
Que las pasadas penas de su vida
Con su murmullo trémulo adurmió.

Y una fuerza después, irresistible,
Y ardiente como el soplo de un volcán,
Que con secreto ímpetu, invisible,
De allí le arrebataba á su pesar;

Que iba siguiendo su alma enagenada,
Confusa, aérea, mágica visión,
Que de vírgenes glorias coronada
A él perpétuas glorias le brindó.

Triunfos que su alma á definir no alcanza
Y huyen del alma si á tocarlos va,
Pero que en alas ¡ay! de la esperanza
A su esperanza sonriendo están.

Amor también que á regalar no acierta,
Que no fija al objeto el pensamiento;
Cierta seguridad y duda cierta,
Feroz y enternecido sentimiento.

Amor salvaje que en su mústio seno
Las hórridas pasiones sofocaron
Bajo el mar palpitante de veneno
Que el odio impuro y el dolor brotaron.

¡FIBRA SALVAJE que en furtiva calma
El nombre eterno de la patria hirió,
Y cuyo timbre puro llenó el alma
Con una intensa ráfaga de amor!

Y vió la pobre patria conquistada,
Mústia á sus pies la libertad cayendo;
Y miró aquella hueste que esforzada
Marchaba á la batalla sonriendo.

Y era su patria misma; que el proscrito
Una tierra natal tuvo también,
Que un día libre del dolor maldito,
Con venerado afán amó tal vez.

Y despeñado de la loma al suelo,
Al frente del magnífico escuadrón,
Como un cóndor audaz que cae del cielo
El frenético *pampa* sugetó.

—¿Dónde se muere por la patria?—dijo,
Soberbio alzando la mirada fiera,
Y el fuego todo de su rayo fijo
De su patria en la impávida bandera.

—Bajo su sombra—respondió un valiente.
—Yo por ella también quiero morir!
(Clamó, agitando la sombría frente)
¡Una lanza! una lanza para mí!

VII

¡Cae siempre al fin el opresor tirano!
¿Veis? El campo fecundo
Tinto con sangre está, pero no envano .....
De San Martín la formidable espada
En aquella jornada
Dió libertad á un mundo.

Rasgada y vencedora,
En la cima humeante
Se enclavó la bandera
Que el azul mismo del cenit colora.
Cadáveres sangrientos la rodean
Sobre el suelo sagrado
Que en suelo de venganza trocó Marte.
¡Ah! pero tú ¿quién fuiste
Que en el campo caiste
Al pié del melancólico estandarte?
Tú ropa no es la ropa del soldado:
Bárbara herida parte
Tu macilenta frente, pero en ella
Otra más honda y dolorida huella
¡Ay! enfierece tu postrera calma,
Porque fué de la herida de tu alma.

La palidez sombría
Que se cierne en tu faz sobre la muerte,
La frescura serena
Es de la loca juventud ardiente
Que marchitó el infierno de la pena:
Y su limpia pureza
Traiciona al hijo en tí del pensamiento,
Cuyo campo no era
El campo de batalla.

Mas si lo hollaste, no lo hollaste en vano.
    Mucha es la sangre extraña
Que el polvo á tu alredor humeante riega
O seca tiñe tu crispada mano:
    Y la feroz sonrisa
Que aún tu labio amoratado pliega,
Labio tal vez que ennegreció el encono,
¡Oh! que no siempre ha reposado en calma
    Tu formidable brazo
Muestra, y que en tu regazo
Desmayó antes que el furor de tu alma!

VIII

    ¡Una vez más los ojos
Te encuentran, Ezequiel, pero caído
    En sangrientos despojos!
¿Por la patria también tú has perecido?...
¿Qué era ella para tí mudo viajero,
    Cuando ya el mundo entero
Con todas sus caídas y victorias,
    Sus lágrimas, sus glorias,
    Su vida y su esperanza,
    En tu alma sensible
Al golpe del dolor, tan solo alzaron
El odio mudo y el desprecio horrible?

¿Por la patria también, mudo viajero?
    ¿Lo sabias tú mismo?...
¿Silencio, á tanto la razón no alcanza!
¡El corazón del hombre es un abismo

¡Oh! si solo la sed de la matanza
Te arrebató al campo de la muerte,
    Mi alma que valora
El salvaje dolor de tu alma triste,
    Una lágrima vierte,

Sola como tu amor! ¡Al fin caiste
Bajo el paterno lábaro de gloria,
En nombre de la patria combatiendo
Y por la eterna libertad muriendo!

LAMENTACIÓN Á LA PATRIA

EL 25 DE MAYO DE 1877

Sobre la inmensa ruina del pasado
Me siento á contemplar tu porvenir,
Y pulso el arpa que el Señor me ha dado...
¡Para llorarte, tierra en que nací!

¡Para llorarte, con cobarde llanto:
Como llora el esclavo envilecido,
Como llora tu pueblo, en el espanto,
Y en la miseria y la vergüenza hundido.

Para que el Sol de tu pasada gloria
El fango alumbre en tu divina frente,
Y la cobarde pluma del presente
Escriba con más lágrimas su historia.

Para que el negro del Brasil, ufano
Te muestre á su Señor como un trofeo,
¡Patria de San Martín y de Belgrano!
Hundida bajo el taco de un pigmeo.

Para que el grito de dolor profundo
Que rompe tus entrañas, Madre mía,
Estalle en mi sollozo y mi elegía
Y alce por tí la indignación del mundo.

Para que el pueblo mudo que sujeta
Ante la fuerza armada sus dolores,
Oiga que azota el verso del poeta
El rostro de sus viles opresores.

Los que en sistema de gobierno alzaron
La corrupción, la estafa y el pillage,
Y todas tus provincias amarraron
Al infame baldón del caudillage.

Los que á tu pueblo, que segó á montones,
Desde el Plata á los Andes tus laureles,
Remacharon el grillo en los pontones,
Y rompieron el cráneo en los cuarteles.

Los que tu pensamiento amordazaron
Escupiendo tu aureola en tu cabeza;
Los que en treinta dineros empeñaron
Por las calles de Lóndres tu grandeza.

Los que en un siglo de gloria y batalla
Que iluminó ante el mundo tu figura,
Arrojaron de pasto á la canalla
Que se partió tu régia vestidura.

Los que para guardar sus vientres llenos
Arrastran en tus plazas tus cañones,
Mientras que allá en tus Andes, á jirones,
Te arrancan las entrañas los chilenos.

Los que olvidan que el pueblo americano
Que el grito dió de libertad primero,
Ya en Southampton ha escrito este letrero:
¡Aquí se pudre mi último tirano!

¡Ah! por eso ante el mundo tus cadenas
Hago crujir llorando en mi elegía,
Para que salte sangre de tus venas
Al rostro de tus hijos, Madre mía.

Para que el grito de mi voz que alcanza
A los confines de mis pátrios llanos,
Guarde en los pueblos de mi pueblo hermanos
El fuego de la gloria y la esperanza.

Para mostrar que el sol de tu grandeza
Jamás ha de eclipsarse en tus destinos,
Mientras que los poetas argentinos
Lleven sobre sus hombros la cabeza.

Rugió el abismo del volcán tremendo,
La tierra se rasgó bajo la planta,
Templos, cabañas, montes y llanuras
Todo en ceniza sepultó su lava.

LA PATRIA

No pises en el campo del combate
Con el trofeo horrible de las armas,
Y en vez de abrir la carne de los hombres,
Cierra la herida que los otros abran.

Sonrie á aquel que te llamó cobarde,
Porque no derramaste sangre humana:
Como el divino Salvador del mundo
Que espiró en el patíbulo de infamia.

¡Ay! el risueño porvenir del mundo
Se rompe en cada palmo de batalla,
Como las ondas del torrente inmenso
Que por las rocas del abismo saltan.

El que descuella entre los hombres solo
Por la sangrienta punta de su lanza,
Con cada golpe que asestó en la vida
Allá en el porvenir su tumba cava.

Patria es palabra de ambición y guerra:
Si te oyes preguntar: ¿Cuál es tu patria?
Dirige al cielo tu inocente mano
Y la infinita bóveda señala!

EL MISIONERO

Cuando el mundo pasado
La órbita del Olimpo recorría
En un cielo sin Dios, desamparado;
Cuando la ciencia idólatra mentía
Y el arte prostituído blasfemaba,
Y en el estruendo de perpétua orgía
La miserable humanidad rodaba,...
Abrió la cruz sus descarnados brazos,
Con su gigante sombra cubrió el suelo,
Y el hombre en ella al estampar sus pasos
Sintiendo al Dios que el universo encierra,
Alzó la frente al cielo
Y cayó de rodillas en la tierra.

Así la humanidad fué redimida;
Así el Cristo en la cruz cambió su suerte;
Así, desde el espanto de la muerte
A la inmortalidad alzó la vida.
Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo
Solo la Cruz alcanza:
¡Ella es la tabla en que salvó el abismo
Desde la tierra al cielo, la esperanza!

Las creencias pasan, la razón vacila,
El ideal del arte se transforma;
La estirpe humana misma

Girando en el perpétuo torbellino
Donde la guía el resplandor divino,
Acercándose á Dios cambia de forma.

La ciencia balbuciente
Llama al dintel de la verdad en vano,
Sin encontrar siquiera
La ley que rige la materia inerte
Y enciende el pensamiento soberano
Que en la frente del hombre reverbera
Como diadema del linage humano.

¿Qué ha sido de la espada,
Qué ha sido del poder y de la gloria
Con qué la España deslumbró la historia
Al pisar en la América ignorada?...
¡Lo que fué de la estela
Que en las ondas del mar dejó el sendero
De la audaz carabela
Que guió de Colón la fe cristiana!...
¡Solo quedó la cruz del misionero
Abrazando la tierra americana!

Con júbilo profundo
Lo vé la mente que la ciencia absorbe,
Lo escucha el alma en su esperanza tierno;
Todo pasa en el mundo
Todo cambia en los ámbitos del orbe:
¡La Cruz solo es eterna!

....

Hombre mortal que brillas
En la aureola de Dios como una estrella:
Yo soy el fraile que en tu burla humillas,
Yo levanto la Cruz...yo muero en ella!......
Yo soy su misionero,
Yo soy su combatiente solitario;

¡Todas las sendas sobre el mundo entero
Son para mí las sendas del Calvario!
Soy el hijo proscrito
De la familia humana;
El hogar de la paz y la alegría
Se cierra para siempre el alma mía
Que ata el lazo bendito
Que el Padre al hijo ligará mañana.

En la cuna inocente
Donde tú ensayas tu primer respiro,
Pongo el sello de Dios sobre tu frente.
Y en el lecho doliente
Donde exhalas el último suspiro
De la vida precaria,
Yo aliento tu partida,
Te enseño el rumbo de la eterna vida,
Y te levanto al cielo en mi plegaria.

Cuando tu pecho late
Bajo la noble cota del soldado,
Yo te sigo á la brecha del combate
Con la sandalia de mi pie llagado;
Y entre el humo y la sangre y la metralla
Que ocultan á los cielos tus despojos,
¡Te hago besar la Cruz, en la batalla,
Y te cierro los ojos!

¡Y yo también, en la existencia triste
Soy soldado de Cristo sobre el mundo!...
Bajo la saya que mi cuerpo viste
Llevo el arma divina,
Llevo la cruz sagrada
Que las tribus caribes ilumina:
La cruz, más poderosa que la espada.

La cruz, que guarda en el hogar paterno
La fe sublime en que tu amor reposa;

La cruz, donde repite el niño tierno
La oración de la madre y de la esposa;
    La cruz, que en el regazo
    De la sagrada tierra
Que las cenizas de tu padre encierra
Cubre tus hijos con su eterno abrazo.

Cuando las hordas bárbaras rugieron
Y á la sombra de Atila se lanzaron
Y la espantada Europa sorprendieron
Y entre sus propias ruinas la abismaron,
    El fraile moribundo,
Hasta en las Catacumbas perseguido,
Salvó en las Catacumbas escondido
    El progreso del mundo.
¡La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
La civilización, que alza en su huella
    El hombre hasta la gloria,
Al surgir la Cruz renació en ella!

¿Qué fué en un tiempo tu mansión paterna,
Qué fué el hogar donde tu amor sonríe,
    Qué fué tu Patria entera
Donde hoy sus pasos el progreso estampa?....
Antes de alzar mi cruz, ¿sabes lo que era?
¡El salvaje desierto de la Pampa!

Yo caigo en él. Soy el primer cristiano
Que recibe la bárbara flecha
Y abre en sus hordas la primera brecha
    Al pensamiento humano
Y sobre el rastro de la sangre mía
Con que el desierto indómito fecundo,
Tiende la libertad la férrea vía
Por donde cruza el porvenir del mundo.

Yo caígo en él. ¿Qué pierdo
En la vida de glorias rodeada

Cuando la muerte mi pupila cierra?...
¿Qué puede sollozar en mi recuerdo?...
¡El pedazo de piedra
Que me sirvió de almohada,
Y el mendrugo de pan con que la tierra
Alimentó mi paso en mi jornada!

Sobre la huesa mía
En el mundo feliz, solo un lamento
Viene á llorar bajo la noche umbría...
El gemido del viento.

Caígo bajo la cruz con que combato
Por la gloria del hombre eternamente;
Y ahora, mundo atéo, mundo ingrato:
Escúpeme en la frente.

LA ORACIÓN

Oye la voz con que á los cielos llama
El universo que en la tarde gime,
Y alza al Creador sublime
La oración que en tu labio se derrama:
Siente la estrofa que la mar murmura,
Contempla el sol que su corona humilla,
Oh mortal criatura,
Y dobla sobre el polvo la rodilla.

¡Madre Naturaleza,
Cómo se templa enternecida el alma
En tu hora de calma
Al eco universal de tu tristeza!
¡Cómo en el hondo anhelo
Que el inmortal espíritu remueve

En tu misterio la esperanza bebe
La magestad que le sublima al cielo!

Todo en la tarde á la oración levanta,
Todo en el alma universal se anida,
Y la creación en éxtasis caída
Como arpa eólea su plegaria canta.

Rueda la mar sus gigantescas olas
Con manso y perezoso movimiento,
Hasta el desierto de las playas solas
Donde dormita el viento:
El último crepúsculo que baña
Con el color de fúnebre desmayo
La inmensidad del infinito ambiente,
Apaga el tornasol de la montaña
Que levanta la frente
Para mirar el rayo, último rayo,
Del sol que se derrumba al occidente.

El desierto sereno
Tiembla al paso del bruto, que se abriga
Entre la selva amiga,
De estraño afán y mansedumbre lleno:
El bosque bullicioso
Repliega en el silencio su follaje
Sobre el ave salvaje
Y el pájaro medroso;
Y como un alma tímida y errante
La sombra sale que en la selva espía
El último crepúsculo del día
Para tender su ala vacilante.

¡Soledad, soledad! sobre tu mundo
Cruza veloz la brisa pasajera,
Leve como el aliento estremecido
Que arranca el estertor al moribundo;
Parece que dijera

—¡Silencio! á la creación con su gemido.
Entonces en la bóveda azulada
Abre como las flores el lucero,
Y allá, sobre su límpida mirada,
En el cenit del orbe,
Vaga armonía suena,
Que el espíritu absorbe,
Y con sublime adoración le llena:

¡Alza la frente que la angustia vana
Abisma en el infierno de tu duelo,
Oh criatura humana,
Y oye ese canto que te llama al cielo!

¡Oh tarde majestuosa,
Cómo muestras á Dios en tu grandeza,
Cómo brota la vida misteriosa
Bajo tu aliento de inmortal tristeza!
En el eco lejano
Habla una voz que el corazón halaga
Como la voz del padre y del hermano;
Y en el suspiro de la brisa vaga
Que entre el cabello de la frente anida
Su secreto murmullo,
¡Oh, de la madre el cariñoso arrullo
Parece hablar al alma conmovida!

Sobre la cuenca lóbrega retumba
El salvaje alarido del torrente
Que cuelga en la pendiente
Y al antro pavoroso se derrumba,
Brama y se precipita,
Su golpe tiembla en el abismo hueco,
Y horrorizado el eco
Se asoma á las vorágines y grita.

La hoja que se mueve
Hace temblar el corazón con ella;

Parece el rumor leve
De una sombra evocada,
Y en la luz temblorosa de la estrella
Hay alguien que nos manda una mirada.

Hay una planta que se tuerce y gime,
Y la piedad invoca
Bajo el pie cauteloso que la oprime;
Hay una rama que al pasar nos toca,
Una tímida rama;
Hay una flor que se abre con delicia
Y su lluvia de pétalos derrama
Bajo el ojo mortal que la acaricia;
En las quimeras de la errante sombra
Se borra y se diseña
Una pálida mano que hace seña
Y un labio sonriente que nos nombra...
Sobre el mundo desierto
La soledad como un fantasma mira
Y resucita y se estremece y gira
La vida de lo muerto.

Oh mortal criatura,
¿No siente á Dios la esencia de tu vida?
¡Es que en el alma universal fundida
Aspira á El tu alma con tristeza;
Es que la majestad de la grandeza
El corazón inunda de ternura!

Oh tarde, tarde bella
Que vuelcas sobre el mundo el firmamento
En el fulgor de tu primer estrella,
Tú me templas el alma solitaria:
Siento en su seno una armonía, siento
Como un ángel que llora......
¡Oh Dios! es la plegaria
Con que en la tarde la Creación te adora!

LA HERMANA DE CARIDAD

¿Quién eres tú, celeste criatura,
Que descansas el vuelo
Sobre la cárcel del linaje humano,
Para abrir una fuente de ternura
Y una puerta del cielo
Donde se posa tu bendita mano?

¿Quién eres tú, que oras
Junto al desierto lecho del que espira?
¿Quién eres tú, que lloras
Por la desgracia agena?
¿Quién eres tú, que arrulla y que suspira
Al infeliz que arrastra su cadena?

¿Quién eres tú, que en el estrago horrendo
De la feroz matanza,
El rastro de la muerte vas siguiendo
Por el ¡ay! que se lanza,
Y entre la sangre y el dolor perdida,
Donde se dá la muerte das la vida?

Madre del desvalido,
Angel del moribundo,
Bálsamo misterioso del herido,
Y patria en fin del huérfano y el triste:
¿De que estrella caiste
Para enjugar las lágrimas del mundo?

¿Qué urna de piedad tu pecho anida
Para que quepan en tu amor sagrado
Todas las desventuras de la vida?

¿O qué caudal de abnegación encierra,
Que no acaba, regado
Sobre todas las llagas de la tierra?

No pisa sobre el mundo
Más que un ser, nada más, que templa y calma
Tanto dolor profundo
Con el insomne afán de su ternura...
¡Te adivina mi alma!...
Eres mujer, sublime criatura.

Eres mujer, lo eres,
Y no te abisma la borrasca humana
Al mágico festín de los placeres;
Y los vivos albores
De la ilusión galana,
No alumbran el Edén de tus amores;

Y tu rostro tan bello,
No es flor del mundo en el jardín viviente;
Y tu blondo cabello,
En ondas meláncolicas caído,
No es tesoro de un labio enardecido,
Ni espléndida corona de tu frente.

Y la angélica lumbre de tus ojos
Tan solo á Dios y al moribundo mira;
Y la frescura de tus labios rojos
Solo se va perdiendo y marchitando,
La helada cruz besando
Y la pálida frente del que espira.

¡Oh! ¿qué profundo encanto
En la divina abnegación se encierra?
¿Qué hondo placer se anida
Con el consuelo del dolor y el llanto,
Que el placer de la tierra
A cambio de él el corazón olvida?

¡Angel de caridad, alma templada
Del mismo Dios en el amor fecundo,
Tórtola de Noé desamparada,
Eres flor bendecida
Bajo la sombra de la cruz nacida
Donde espiraba el Salvador del mundo!

Tu enternecido corazón sublime
Es el arca del pobre:
Allí busca consuelos el que gime,
Allí pide una lágrima el que llora,
Y allí un pan, y allí un cobre,
Aquel que con el hambre se devora.

Allí, muertos de frío,
Van á llamar el huérfano y la viuda
Con la carne desnuda,
Y el pie despedazado
Bajo la noche del invierno impío
Sobre la nieve del invierno helado.

Y allí, cuando la muerte
Se para junto al lecho de la vida,
Lleva su mano inerte
El que está solo en su dolor horrendo,
Para besar tu mano bendecida
Y morir sonriendo.

Así tu vida en la piedad se encierra,
Así la viertes sobre el lodo inmundo,
Sin pedir ni una lágrima á la tierra.
Así tu noble corazón sincero
Sin patria sobre el mundo...
Patria es del mundo entero.

¿Por qué levantas la mirada al cielo?
Yo también solo allí busco mi palma:
Voy donde el diente del dolor se encarne,

Seco también las lágrimas del suelo,
Y cierro las heridas de la carne
Como tú las del alma:

¡Alumbra mi destino
Sobre la cárcel del linage humano!
¡Ay! solo pide mi ambición precaria,
Que en el último asiento del camino,
Pongas en mí tu mano,
Y levantes mi vida en tu plegaria.

EL POETA Y EL SOLDADO

POETA

Soy el alma divina
Que alienta el corazón de las naciones;
El astro que sus glorias ilumina.
Soy la canción primera
Que hace flamear al viento su bandera
Y levanta á su sombra sus legiones.

Soy la eterna esperanza
Que en la frente del hombre reverbera,
Y á cuya luz la humanidad alcanza
Desde su cárcel de fatiga y duelo,
A vislumbrar el rastro
Que deja de astro en astro
El Creador de los orbes en el cielo.

Soy el arrullo de la fe sublime
Que en el idioma de los cielos canta

Al alma de los mártires, que gime
En la encendida hoguera,
Y al corazón del Cristo que redime
Desde su cruz la humanidad entera,
Y á su origen divino la levanta.

Soy el rayo celeste que colora
La bóveda estrellada de la tierra;
Soy el rubor de la inmortal aurora
Que abrillanta y que dora
Cuanto en la vida la ilusión encierra.

Yo canto al mundo las eternas leyes
Que la sublime libertad inspira,
Y al arrancar la estrofa de mi lira,
Hago temblar el trono de los reyes!

Al son del arpa mía
La desolada humanidad despeja
Su doloroso ceño;
Yo acompaño en mis cánticos su queja;
Yo arrullo su agonía;
Yo cierro los ojos y la enseño
Del sepulcro á la puerta,
Que la muerte es un sueño
Que en la inmortal eternidad despierta.

Yo soy el arpa que en el triste suelo
Templa de Dios la mente soberana
Para que cante á la creación humana:
— Mortal: ¡álzate al cielo!—

SOLDADO

Yo soy la sangre universal que late
De la Patria en las venas;
Mi pecho es su muralla de combate.

Yo desnudo la espada
Por su gloria sagrada,
Y rompo de su planta las cadenas.

Yo soy su vengador. Yo soy el brazo
Que aplasta la conquista en su sendero
Y estrella el cráneo del león Ibero
En la nevada sien del Chimborazo;

Yo soy la carne de cañón que alfombra
Sangrienta y palpitante,
Rota y hecha jirones,
El camino triunfante
Que conduce á la gloria sus legiones;

Yo soy la abnegación desconocida
Y la pena ignorada,
Soy la sangre vertida
Con todo el sacrificio de la vida,
Y sin otra ambición en su carrera
Que un jirón de bandera
Que sepulte mis miembros en la nada;

El amor, el cariño,
Del dulce hogar el apacible encanto,
Las caricias angélicas del niño
Y de la madre el llanto,
Todo lo que encadena
A la tierra y al cielo,
Lo arrojo á la orfandad, lo hundo en el duelo,
Y con frente serena
Marcho al sublime horror de la batalla ......
¡Cuando el lamento de la Patria suena,
Hasta el lamento de la madre calla!

Yo soy el centinela de su gloria,
Yo marco con mi espada su destino,
Yo mismo hago su historia,
Regando con mi sangre su camino;

¡Para que el eco de su nombre vibre
Y cruce su estandarte el mundo entero,
La hago inmortal, y muero
Como un soldado libre!

. . . .

¿Cuál es la brecha en que tu lira amante
Batalla por la fe que tanto anhela?...

POETA

El destierro del Dante,
La tumba de Varela,
El tajo de la infame guillotina
Que hace rodar la frente iluminada,
Y los dos brazos de la cruz divina
En la cumbre del Gólgota clavada:
Esa es la brecha que el deber me fija.
La paz universal es mi bandera:
¡A su gigante sombra se cobija
La humanidad entera!

Mis armas no son armas de la muerte,
Son la fraternidad y la esperanza;
El grito del cañón no es el más fuerte:
Donde él no llega, la razón alcanza,

Allá en el porvenir reluce un día
Sin hierros, sin banderas, sin cañones:
Esa es la patria tuya,—esa es la mía,
¡La Patria Universal de las Naciones!

SOLDADO

La cuna del futuro es el presente
Y la paz es el fruto de la guerra;

Bajo ese sol no brillará mi frente...
No. ¡Yo he caído en la primer jornada,
Al pie de mi bandera idolatrada
Y abrazando mi tierra!

POETA

Si ha de brillar, en la lejana historia
De la pasada gloria,
En la epopeya de supremo duelo
Que el poeta divino
Cantará á las batallas del camino
Que salva el hombre de la tierra al cielo.

SOLDADO

—¿Esa es la gloria mía?

POETA

—¡Esa es tu palma!

SOLDADO

Hasta ese sol, adios. Tú eres mi hermano.

POETA

¿Adios?... ¡jamás!... Marchemos de la mano:
¡Tú eres el corazón, yo soy el alma!

PLEGARIA DEL ALBA

Soñé que allá, bajo el hogar paterno,
Dormido en tu regazo, madre mía,
Sobre mi frente pálida sentía
El beso de tu amor sublime, tierno.

Soñé que al despertar, tu dulce acento
Como un eco del cielo desprendido,
Anidaba su música en mi oído
Para arrullar mi insomne pensamiento.

Soñé que tu dulcísima mirada
Mis ojos ¡ay! acariciando abría;
Y al levantar los párpados veía
El rostro de la madre idolatrada.

Y soñé que tu angélica sonrisa
Risó por mí tu venerable frente,
Como clara y purísima corriente
Besada por el soplo de la brisa.

Soñé... mas ¡ay! que al despertar del sueño,
Me hallé muy lejos del hogar amado,
Y tan solo en mi espíritu grabado
Tu semblante purísimo y risueño.

¡Ah! yo soñaba despertar contigo
Madre de mis hermanos, madre mía,
Y me hallé que en un páramo dormía
Bajo el cañón del bárbaro enemigo.

Alzando entonces la mirada al cielo,
Y besando tus flores perfumadas,

Acaso con tus lágrimas regadas,
Levanté mi plegaria de consuelo:

Feliz aquel que al despertar del día,
Aunque proscripto del hogar paterno,
Encuentra el corazón profundo y tierno
Que responda al llamarle: ¡madre mía!

LAS DOS PLEGARIAS

Te ví con ropas de dolor vestida
A los pies del altar arrodillada,
Y la mirada, celestial mirada,
Con llanto de piedad humedecida.

Tu voz, como la brisa solitaria
Que á la oración por el desierto gime,
Sollozante, dulcísima y sublime,
Levantó bajo el cielo tu plegaria.

¡Ah! tú rogabas con fervor profundo
Por la paz de los muertos que te amaron,
Por un reposo, que en el mundo hallaron
Dos palmos ya bajo la faz del mundo.

Entonces ¡ay! mi espíritu abatido
Con el insomne afán del desconsuelo,
Miró una noche oscurecer su cielo,
Negra como el crespón de tu vestido.

Y mi voz sollozante y funeraria,
Rota contra las ondas del ambiente,
Volcó sobre mi lábio balbuciente
El inmenso dolor de esta plegaria.

¡Ah! tú no ruegas por aquel que cruza
La tierra propia como tierra extraña,
Rodando en la tormenta de la vida
Sin hogar de reposo en su jornada,
    Como las hojas
    Que el viento arrastra:
¡Oh! ruega por aquel que busca solo
Su día de descanso en la batalla.

¡Ay! tú no ruegas por aquel que habita
El tenebroso abismo de su alma,
Agitado en las horas de su sueño
Por el pesar que se alzará mañana,
    Como la muerte
    Que el reo aguarda:
¡Ah! ruega por aquel que nada espera
En el mundo feliz de la esperanza.

Su amor es prenda del amor ageno,
Su vida es sombra de la vida estraña,
Y el porvenir de la existencia suya
Como huracán que en el desierto avanza
    Bajo la noche
    Desamparada:
¡Oh, ruega entonces por aquel, que solo,
Como un espectro sobre el mundo pasa!

En tí la tierra mi esperanza lleva,
En tí los cielos mi esperanza guardan,
Y ya en el mundo y en el cielo mismo
Te perdió sollozando mi esperanza,
    Como un lamento,
    Como una lágrima:
¡Ah! ruega entonces por aquel que solo
No duerme bajo el polvo de tu planta!

LAS DOS ALMAS

Huérfana como el águila del cielo,
Errante como el céfiro del alba,
Triste como el desierto del proscrito,
Sola como la flor de la montaña,
    Como el lucero
    De la mañana,
Así vivió tu alma sin la mía,
¡Así vivió mi alma sin tu alma!

Como el cuerpo y la sombra de su cuerpo,
Como el mar y la onda de sus aguas,
Como el canto y el eco de su canto,
Como el sol y la lumbre de su llama,
    Como los ojos
    Y la mirada,
Así se unió tu alma con la mía,
¡Así se unió mi alma con tu alma!

Sobre la tierra de extranjeras olas,
Bajo el cielo sublime de la patria,
En las risueñas horas de la dicha,
En la noche fatal de la desgracia,
    Como dos ruedas,
    Como dos alas,
No se apartó tu alma de la mía,
¡No se apartó mi alma de tu alma!

Cuando el tremendo golpe de la muerte
La misma tierra á nuestros cuerpos abra,
Tu alma en sus alas alzará mi vida,
Mi alma la tuya subirá en sus alas
    Hasta ese mundo
    De la esperanza,
Patria inmortal de tu alma y de la mía,
Patria inmortal de mi alma y de tu alma.

1859.

ELEGÍA

Ubi dolor ibi fluctus.
Hipócrates.

Á MI BUEN AMIGO EL DOCTOR B. MARTINEZ

Al través de una lágrima te veo,
Tierra de los patriotas y valientes:
¿Y éstas llorando y humillada?... ¡Mientes!
¡Tú no eres la inmortal Montevideo!

El grito de tu llanto y tus ultrajes
De asombro al mundo y de vergüenza llena,
Y con sollozo de dolor resuena
En la tumba de Diaz y de Tajes.

¡Y ni una voz viril, ni un solo eco
Hoy pide cuentas de tu honor vendido,
Donde abortó con magnífico estallido
La tremenda palabra de Pacheco!

¡Ay!... ¿para trono de un caudillo inmundo
Los muros de nueve años se elevaron,
Y una hazaña en cada ángulo dejaron
Que basta y sobra para honrar un mundo?

¡Troya...y Gomorra! confusión doliente
Que ofusca el pensamiento horrorizado:
Arca de salvación en el pasado:
Tumba de dignidad en el presente.

¿Cómo ha caído tu soberbia raza
De hinojos á la espuela de un caudillo,
Agoviada tu diestra bajo el grillo,
Y sujeta tu lengua á la mordaza?...

¡Ah! solo el día de Polonia esperes
Si duermes á los pies de tu verdugo...
Hasta que venga á destrozar tu yugo,
El brazo vengador...de tus mujeres.

Para que ignore tu vergüenza el mundo,
Sofoco el corazón que me suspira,
Y lleno de dolor parto mi lira
Sobre las rocas de tu amor profundo.

Y al través de una lágrima te veo,
Tierra de los patriotas y valientes:
¿Estás llorando y humillada?... ¡Mientes!
Tú no eres la inmortal Montevideo.

LOS HUÉRFANOS

Cuando el estruendo del festín resuena
En torno de tu mesa regalada
Y entre las ondas del quemado aroma
El rumor de los brindis se levanta,
¡Acuérdate de aquellos
Que á los umbrales de la puerta llaman!

Cuando en el día de tus padres gires
En el salón de la revuelta danza,
Y dejes, al pasar, enternecido
El beso de tu amor sobre sus canas,
¡Acuérdate de aquellos
Que solo al borde de su tumba pasan!

Cuando el concierto de armonioso canto
Te arrulle con su música inspirada,
Y el lujo y el fulgor de la alegría
Doblen el espectáculo que embarga,

¡Acuérdate de aquellos
Que solo al ¡ay! de los pesares cantan!

Cuando en las horas de la noche negra
Contra tus muros la tormenta brama,
Mientras en lecho de mullida ropa
Junto á los hijos de tu amor descansas,
¡Acuérdate de aquellos
Que al solo amparo de los cielos andan!

Y cuando el rayo del albor primero
Entre por el cristal de tu ventana
A encender bajo el párpado que duerme
El fuego de la vida en tu mirada,
¡Acuérdate de aquellos
Que no despiertan más en la mañana!

¡Ah! piensa que el Señor no puso en vano
Un rayo de piedad dentro del alma,
Y sobre el cielo de la tierra triste
El sempiterno hogar de la esperanza!

EL ÚLTIMO ADIOS

Angel de mi terrestre paraíso,
Estrella de mi noche funeraria,
Arrullo de mi sueño desolado,
Música de mi selva americana,
Tórtola triste,
Como una lágrima,
Sombra de mi reposo:
¿A donde irá tu alma sin mi alma?

Inspiración divina de mi espíritu,
Impulso de mi carne fatigada,
Atmósfera celeste de mi vida,

Rumbo de mi existencia solitaria,
Mitad errante
De mi esperanza,
Ya no te ven mis ojos;
¡Allí quedó tu alma sin mi alma!

Patria de mis risueñas ilusiones,
Pupila de mis ojos arrancada,
Caricia de mi madre enternecida,
Descanso del naufragio y la batalla,
Templo caído
De mi plegaria,
En la tierra, en el cielo:
¿A donde irá tu alma sin mi alma?

Muda como los cráneos de la fosa,
Sola como el desierto de la pampa,
Mústia como los sauces del sepulcro,
Triste como la última mirada,
Como un sollozo,
Como una lágrima,
Así quedó tu alma sin la mía;
¡Así quedó mi alma sin tu alma!

DÉCIMA

No te vayas, luz nacida
En mi noche desolada,
Llevando en cada pisada
Un pedazo de mi vida;
Mi esperanza entristecida
Como un toque de oración,
Para comprar la ambición
De este inmenso amor sin calma,
Te trae un cielo en el alma
Y un mundo en el corazón!

INDICE

PÁGINAS

Bartolomé Mitre:

Juan María Gutiérrez:

Ricardo Gutiérrez:

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez

TOMO VII — NUEVA ALBORADA

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910